

# País de fabulaciones



ELAINE VILAR MADRUGA

## **País de fabulaciones**

**Selección, notas y prólogo: Elaine Vilar Madruga**

Edición: Marian Garrido Cordoví  
Corrección: Nora Lelyen Fernández  
Programación: Alberto Correa Mak  
Diseño de cubierta: Darianna Steyners

© Elaine Vilar, 2019

© Cubaliteraria, 2019

ISBN 978-xxx

Cubaliteraria Ediciones Digitales  
Obispo 302 e/ Habana y Aguiar, Habana Vieja, La Habana, Cuba

[editorial@cubaliteraria.cu](mailto:editorial@cubaliteraria.cu)

[www.cubaliteraria.cu](http://www.cubaliteraria.cu)

[www.facebook.com/cubaliteraria](https://www.facebook.com/cubaliteraria)

## **Nota a modo de breve prólogo:**

Desde octubre del 2016 he tenido el privilegio de conocer, de primera mano, la obra de los narradores que, en este milenio ya avanzado en su segunda década, siguen apostando por convertir a Cuba en un país fabulante. Son ellos los protagonistas de un paisaje que cambia, de una geografía literaria que, si bien trasciende el punto cardinal donde se encuentra nuestra isla, mantiene de igual manera un centro fijado en esas búsquedas universales (metafóricas, espirituales, de estructura) que, desde los comienzos de las primeras historias, han sido eje y materia(l) de la escritura.

Escritura que cambia, que no es inmóvil, que apuesta por indagaciones y vueltas de tuerca, que muchas veces no es cómoda.

“Fabulaciones” es el nombre de la columna literaria que, quizás por coincidencia y no azar, heredé en octubre del 2016. Desde entonces he intentado mostrar en sus páginas digitales no solo la obra de las generaciones vivas de escritores, sino también su pensamiento... porque, aunque muchas veces lo olvidemos, la escritura es, antes que todo, el eco, clarísimo, de aquellos motores que vibran en mente —y corazón, que es también músculo de la escritura— de los autores. Por cercanía geográfica, los cubanos han sido presencia mayoritaria en las páginas de “Fabulaciones”, con la ocasional colaboración de otros de Italia, España y Chile. Queda como mi deuda personal extender el diapasón territorial de la columna. Eso sí, en dos años han coexistido jóvenes creadores inéditos con otros multipremiados, los primeros cuentos de poetas junto a la poetización narrativa de algunos conocidos escritores.

En las páginas de esta compilación se reúnen (y no es azar) narradores consagrados (perdón por el lugar común de la etiqueta) junto al joven impulso de algunos más o menos noveles. Con independencia del camino recorrido y los géneros elegidos para dar forma a un discurso literario, todos mantienen una búsqueda común: encontrar la vía para dar forma a las historias. Historias incómodas. Con óxido. Con gritos. Que raspan. Ninguna de ellas se ha sentado a

coger el sol y, si lo han hecho, ha sido hasta el punto de la ampolla, hasta el punto de la quemadura.

Mi ganancia personal ha sido amplia. Durante estos dos años he fabulado junto a cada autor, he intentado conocer las estructuras internas y externas de los relatos y, de alguna manera, he creído que la cultura de la crítica y el encuentro son aún posibles.

Los relatos recogidos en esta antología son, a mi entender, semillas literarias que muestran la condición humana desnuda. Muchos autores han elegido escenarios fantásticos, apocalípticos, en retorcimientos de la realidad. Otros se han aferrado al recuento de la historia cercana. Algunos han apostado por mirar a los ojos del día a día, y tomar la foto incómoda de la verdad que nos ha tocado experimentar. En ellos conviven la vida y la muerte, la creación y la entropía, el descubrimiento y el olvido. Son cuentos que conforman un país de fabulaciones, un país que usted y yo, lector, merecemos habitar.

La invitación es para descorrer la neblina, el velo, la geografía superficial de los relatos. Solo después, en el fondo de todo, se podrá hallar el centro del círculo donde coinciden las historias de las historias. Esas que, dichas o no, son realmente el diamante espiritual (pulido y en bruto) de la narrativa contemporánea.

**Elaine Vilar Madruga**

**Septiembre del 2018**

## La ronda de las hormigas

Comienzan a caer las primeras gotas cuando el taxi se estaciona ante la verja del jardín. Del otro lado, las hierbas crecidas evidencian los días de descuido. Raúl las mira mientras desciende del auto. Hace una mueca. Ofrece un billete al chofer que con toda su calma saca el equipaje del maletero.

Un poco por el espeso tráfico de media mañana, otro tanto, quizá, porque el taxista no parecía tener ninguna prisa ante la cierta inminencia del aguacero (aquel cielo cerrado y las grises nubes bajas que los acompañaron desde la salida del aeropuerto venían a confirmar la buena racha de los últimos días para los nuevos gurús del parte meteorológico). Por lo que fuera, el viaje desde el aeropuerto demoró más de lo previsto. A cada momento Raúl miraba su reloj, al cielo, a la nuca ceniza del chofer, de nuevo al reloj, al cielo. ¡Estúpido chofer...! pensaba. Por qué no se apura. Se lamentó entonces de no haber cargado con el paraguas.

¡Estúpido chofer...! Repite todavía mientras los espesos goterones le caen sobre la mano extendida en espera del vuelto. ¡Comemierda!

Y son sus únicos pensamientos cuando corre hasta el portal de la casa, las ruedas de la maleta dando tumbos sobre la grama irregular del jardín, saca las llaves, abre la puerta, da el primer paso. Todo es maldecir hasta que siente el vaho denso y húmedo que no tarda en envolverlo.

Con gestos meticulosos, luego de cerrar la puerta y acomodar el equipaje junto al sofá, devuelve las llaves al bolsillo del pantalón. Afloja algunos botones de la camisa. Se deja caer en el sofá y alcanza todavía a imaginar que, de un momento a otro, incluso antes de cualquier saludo, su esposa asomará por el pasillo con su niña en los brazos para darle la bienvenida.

Nadie aparece, sin embargo.

Respira despacio. Deja que sus pulmones se acostumbren a los nuevos y viciados olores. También le resulta extraño semejante silencio en la casa a esa hora. Extraño y lógico, tanto como puede serlo para alguien que de antemano sabe encontrará su casa vacía, sin Laura; pero sobre todo sin su hija.

Cada mueble está en el mismo sitio. Incluso el moisés de mimbre sigue en aquella esquina, junto al ventanal de la terraza. Se acerca. Dentro hay algunos juguetes. Escoge uno. Lo mira. Es el gato naranja que le compró a su hija el día antes de viajar. También compró el libro de rondas infantiles que ahora encuentra en el suelo. Lo recoge.

Recuerda aquella tarde: la niña acababa de almorzar y parecía a punto de dormirse. Él le mostró el libro, lo abrió al azar, se arrodilló y empezó a cantarle:

Cuando cae la tarde y ya quiere dormir,  
el rey de mis sueños, dulce querubín,  
salen de las tenues sombras del jardín,  
danzando, danzando, danzando sin fin,  
pequeños granitos en ronda feliz...

Canta junto al moisés vacío, como si la niña continuara allí, escuchándolo, y su esposa también, justo como en aquella tarde, siguiendo con la cabeza el ritmo de los versos. Todo exactamente igual. Canta hasta que su voz es un llanto entrecortado que casi no le permite respirar. Suelta el juguete. Deja correr una mano por la sábana desierta. Primero es la mano y luego una lágrima que no demora en caer, otra, otra... Retrocede hasta el sofá. No debió terminar así, piensa, no debió doler tanto.

Se pasa ambas manos por la cara. Recuesta la cabeza hacia atrás.

El creciente redoble de la lluvia contra los cristales de la terraza resulta molesto, pero no tiene deseos de moverse, es demasiado fuerte esa sensación de vacío que lo aplasta contra el mueble. Algunas sombras tenues se enseñorean en la

habitación, inmóviles como cuerpos etéreos que escapan de la claridad para rodear la reproducción de Dalí colgado en la pared de enfrente: *Chica en la ventana*. Raúl mira el cuadro, el juego de claroscuros acentúa la sensación de soledad que le transmite esa muchacha ante el azul pálido de la bahía. Nunca entendió por qué a Laura le gustaba tanto ese cuadro, mientras que a él le producía tanto rechazo, tanta angustia. No deja de mirarlo. En la pintura hay una quietud que ahoga a pesar de la simpleza: solo la chica, la ventana, el mar, un velero a lo lejos, luego la orilla... más allá... dos hormigas él... el rostro de su hija... todo imágenes silentes en movimiento. Después el ruido pesado de la lluvia y el cansancio del viaje que acaban por rendirlo.

Sueña: está Laura sentada a la mesa de la cocina, la niña en sus brazos, el suelo lleno de botellas vacías, un mar de botellas verdes y restos de vino tinto. Laura sostiene la única botella aún llena, se da un trago, le da otro a la niña, la niña sonrío, las dos sonrío, la risa de la niña es un sonido ligero, como de finas láminas de metal que entrechocan suavemente. Beben y ríen hasta que ya no queda nada. Laura se levanta, esquivo con gracia las botellas que suben y bajan mecidas por un oleaje invisible, camina con la niña en brazos hasta la habitación al final del pasillo. No paran de reír. Sigue la risa todavía cuando Laura acuesta a su hija en la cuna, va hasta su cuarto, mete algo de ropa dentro de un bolso, recorre despacio el pasillo, abre la puerta, sale al jardín, traspasa la verja. A pocos metros de la salida, desaparece.

Raúl abre los ojos. Se incorpora intranquilo al descubrirse entre tanta penumbra. Reacciona de a poco y descubre que las sombras han ganado terreno definitivamente. La lluvia cesó en algún momento mientras él dormía, no hace mucho, al menos eso le parece.

Entre el ruido de los goterones que todavía se escurren en la terraza, escucha un ligero tintinear que llega desde el fondo del pasillo. Es un sonido ligero, como de finas láminas de metal que se besaran. Intenta mover la cabeza en esa dirección, pero un violento tironazo en el cuello apenas se lo permite. El dolor pasa en la misma medida en que se aclaran sus sentidos. Se tranquiliza. Sonríe al recordar el



sonajero que cuelga sobre la cuna en el cuarto de la niña. Quizá Laura olvidó cerrar bien las persianas. El diminuto artilugio es tan ligero que la menor brisa es capaz de hacerlo girar.

Su primer impulso es ir hasta allí. Se levanta. Da todavía un par de pasos antes de razonar que no encontrará a nadie en la habitación y la imagen de la cuna vacía lo detiene de golpe. Luego de permanecer algunos segundos recostado al marco de la puerta, a medio camino entre la sala y el largo pasillo interior, se decide por dirigirse a la cocina.

El no comer antes del vuelo es ya una vieja costumbre. Durante el regreso pidió algunos tragos y caramelos con poca azúcar. La mayor parte del tiempo la pasó durmiendo, método para no pensar en lo que encontraría al llegar a casa (o más bien en lo que no encontraría, aunque tratara de negarlo). Ahora el hambre parece desesperada por adaptarse a su antiguo huso horario. En el estante hay algo de comida enlatada y un paquete de galletas. Abre el refrigerador. Lo primero que ve es un biberón lleno de agua. También hay algunos restos de verduras, huevos, cajas con jugos naturales. Todo lo que su esposa consideró vital, dentro de ese indescifrable laberinto de sus pensamientos, para recuperar la figura luego del parto. Tanto fue así que desde el mismo día en que llegó del hospital se propuso retomar aquel régimen enfermizo de dietas y ejercicios, desesperada por regresar cuanto antes al cuerpo esbelto, al que, según ella misma solo renunció por complacerlo en sus deseos de tener un hijo.

De pie ante el refrigerador le viene a la mente el sueño: Laura, el vino, la imagen de la niña sola en su cuarto. Lo asalta una duda y regresa al aparador. Si Laura entró en crisis es muy probable que hubiera vuelto a beber. Sin embargo, allí están esas dos botellas de vino, intactas. Hace un esfuerzo, pero no consigue recordar cuántas había cuando se marchó.

Para Laura, hasta que salió embarazada, el vino era el mejor terapeuta: una copa de tinto cuando la depresión asomaba tras el ligero humedecimiento de las manos, dos copas cuando una ya no era suficiente y asumía su pose de flor marchita junto a la puerta de la terraza, tres mientras caminaba por toda la casa gritando que

estaba cansada de aguantarle su estúpida manía de limpieza, las mentiras, los viajes, aunque él le jurara que no existía nadie más, que se exprimía el cerebro trabajando el año entero solo para ella.

En esos momentos Laura era capaz de cualquier cosa. Así pasaba las crisis, una copa tras copa hasta terminar la noche completamente borracha. A la mañana siguiente se levantaba como si lo ocurrido el día anterior no hubiese sido más que un mal sueño. Entonces era la mujer más cariñosa del mundo, un auténtico espécimen de la nueva aristocracia que germina en el país: de vuelta con su rutina de ejercicios, tratamientos para el pelo, depilaciones y maquillajes.

A fin de cuentas, pensar en eso ya no sirve de nada. Raúl lo decide en tanto agarra una botella. Cierra el mueble y se recuesta a la meseta. Mira a su alrededor. Casi todo está como pensó encontrarlo. Todo menos ese silencio que persiste sin remedio y toma para sí toda la casa, roto a momentos por aquel tintinear melancólico al final del pasillo. *“Danzando, danzando sin fin, / pequeños granitos en ronda feliz... / pequeños granitos en ronda feliz...”*

Mientras observa la cocina, casi sin notarlo, en su cerebro se ha estado repitiendo una y otra vez la misma melodía. Solo a retazos se filtran otros pensamientos. Piensa en la comida, en qué hará luego de cenar, en la sonrisa de la niña, en lo difícil que será encontrar a alguien capaz de limpiar sus trajes como es debido...Piensa en Daína. Por primera vez desde que entró a la casa piensa en ella. Todo llega en desorden y se entrelaza con la música obligándolo a sacudir la cabeza. Ya a punto de irse, repara en las hormigas.

Pudieran ser miles, si acaso tuviera la paciencia de contarlas. Cubren por completo los panes enmohecidos en la cesta sobre el microondas. Pasa algún tiempo en el intento de descifrar qué fue primero, si la canción en su mente o las hormigas. A lo mejor ya las había visto antes y por ello la melodía se empeñaba en aparecer. Tal vez fue coincidencia. Se acerca. Descubre una larga fila que desciende a un lado del horno, bordea la unión de la pared y la meseta, luego serpentea bajo la mesa, llega a la puerta y se pierde en dirección al pasillo. Nunca

vio en su casa tantas hormigas, ni siquiera en esta época de lluvias. Un escalofrío le registra el cuerpo. Toma la cesta, la arroja dentro del fregadero y abre el grifo.

Aprovecha para mojarse la cara. Todo en su cabeza en un enredo. Al parecer todavía durará el aturdimiento producido por el viaje. También pasa por su mente el salir a comer afuera. Algo así como una celebración con nadie incluido para empezar a disfrutar su nueva vida. Al instante, la visión de las calles encharcadas y la humedad del ambiente lo hacen desechar la idea. La canción sigue en su cabeza, pero cuando mira alrededor las hormigas han desaparecido. Es como si nunca hubieran estado allí. Se pasa de nuevo las manos por el rostro, mira bajo la mesa, busca en los panes que se deshacen bajo el chorro de agua. No encuentra ni una sola hormiga que le devuelva la certeza de no estar soñando. Debe ser el cambio de hora, piensa, le ha sucedido antes.

Una aguda punzada en el estómago lo sacude. Toma del estante una lata de sardinas y el paquete de galletas; de pasada saca también un plato. Poco después está sentado de nuevo en el sofá, con su frugal cena sobre la mesita de centro.

El reloj de pared marca las siete y diez. Se sirve la primera copa de vino. Prepara algunos pequeños bocaditos con las galletas y el pescado, después los acomoda en el plato. Toma un trago, se recuesta, comienza a comer, todo con sumo cuidado para que las migajas no caigan sobre la ropa. Mastica instintivamente y sus ideas se empeñan en sucederse una tras otra sin orden preciso: su hija, detalles del viaje, el curioso *lobby* del hotel donde se hospedó, con su mezcla de minimalismo japonés y neoclasicismo italiano; la oficina, las hormigas, la copa en su mano, los senos de Daína. Daína atenta en la oficina, en el avión, en el hotel, arreglando la cama, corrigiendo el nudo de la corbata. Nadie como una buena secretaria para conocer el orden exacto de las cosas. Sonríe. Otro trago. Recuerda la forma en que Laura puso fin al matrimonio. Él preparaba las maletas para el viaje nocturno cuando el tono del celular le avisó que tenía un mensaje: *“¡Así que trabajando para mí, hijo de puta! ¡Puedes quedarte con esa, al final creo*

*que me han hecho un favor! ¡No te preocupes, lo dejo todo en la casa, no quiero nada tuyo!”.*

Lo que más le duele es el poco tiempo que disfrutó de su hija. Desde el nacimiento, entre las cuestiones de trabajo y los preparativos del viaje, solo pudo estar junto a ella el primer mes. Ahora no hay otra alternativa que esperar a que los días se acomoden y a Laura se le pase la crisis. Quizá entonces decida comunicarse para dar sus nuevas coordenadas. Aunque también puede querer que no las encuentre. No imagina qué le pueda estar pasando por la mente.

La oscuridad se impone. La lluvia ha dejado una humedad que hace aún más denso el aire dentro de la casa. Ahora siente con más intensidad ese raro olor que lo recibió a su llegada, un olor que se le antoja a ausencia. Tendrá que dedicar la mañana a una minuciosa limpieza. Se levanta y abre la puerta de la terraza. Aspira con fuerza la ligera brisa nocturna. Antes de regresar al sofá enciende una luz.

Entonces las ve de nuevo. Maldice un par de veces, sacude el plato y aplasta con los dedos a algunas hormigas que aterrizan sobre la mesa. El resto se desparrama por el suelo y se refugia bajo los muebles o en las sombras del pasillo. Luego del enojo inicial, aquello no deja de parecerle gracioso. Al menos estas intrusas alivian en algo su soledad.

Se sirve otra copa de vino. No quiere pensar en nada importante, no por esa noche. Tal y como están las cosas, no le parece útil. Prefiere imaginar a su hija: los diminutos ojos negros, su sonrisa, las manitas siempre ansiosas tras la forma de algún dibujo invisible. Había deseado tanto tener un hijo que el embarazo de Laura fue el único motivo para no terminar el matrimonio. Eso, o tal vez el deseo de no quedarse solo de nuevo. Tuvo incluso la esperanza de que el nacimiento de la niña la hiciera ver que en el mundo existen cosas más importantes que ella misma. Y algo logró hasta conocer a Daína, hasta el comienzo de las interminables peleas y de reconocer que en esencia nunca llegó a comprender a su esposa. Acaso sí, y en cambio fue ella quien no llegó a conocerlo del todo. Tal vez ambas cosas. O el hecho de que, al final, él fuera apenas un hombre de

mediana edad, medianamente feliz y deseando a medias a una mujer que se le hacía ajena al otro extremo de la cama.

Mientras se dispone a prepararse otra galleta, siente un cosquilleo y ve a esa hormiga que le recorre el brazo, bajando desde la manga de la camisa, moviéndose como si recorriera un terreno conocido; se detiene a la altura del codo, gira y reinicia la marcha en el antebrazo. Raúl la mira con cierta lástima. Podría ser Laura, piensa. Laura diminuta, convertida en una hormiga, sufriendo el peor de los castigos. La toma con cuidado para dejarla luego en la mesa. Termina de vaciar la copa y la voltea sobre la hormiga a modo de campana. Queda un rato observándola: intenta trepar por la pared de cristal sin avanzar demasiado, para caer una y otra vez en el mismo lugar. Recuerda a las otras, las que quedaron aplastadas sobre la mesa. Sin embargo, al buscar bien, descubre que no hay rastros de ellas, tampoco en el piso. Algo no está bien, piensa. No pueden desaparecer así, esfumarse. *"...salen de las tenues sombras del jardín, / danzando, danzando, danzando sin fin, / pequeños granitos en ronda feliz."*

Vuelve a sentir ese olor que se impone a pesar de la brisa que entra desde la terraza, hasta hacerle sentir náuseas. Es más intenso que en la mañana, y ahora le parece reconocer un hedor como de comida que comienza a descomponerse. Por instinto se asoma bajo los muebles. No bien lo hace y ríe ante lo irracional de su reacción. Sin dudas, a la mañana siguiente lo primero será limpiar y abrir toda la casa para que se ventile. De todos modos, le resulta extraño. La casa no ha pasado tantos días cerrada y, con excepción de los panes, no encontró ningún otro alimento fuera del refrigerador.

Separa un pedazo de sardina y encima libera a la hormiga. Llena de nuevo la copa, bebe. Mira el teléfono, a su mente no viene el nombre de nadie a quien pueda llamar. Tampoco tiene deseos de ver la televisión. Mira el reloj. Se siente incómodo, a falta de mejor palabra para definir su estado. No sabe si es el calor o el sueño, o la mezcla de olores, el vino, el pescado, la humedad. Tiene esa rara sensación de que algo no está bien, de que él no está bien, como si la casa fuera un gran rompecabezas y él una pieza totalmente fuera de lugar. Termina la botella

de vino entre recuerdos y planes para el día siguiente. En la mañana irá a la oficina. Más tarde, en la cuerda de los cambios, tal vez se dedique a reacondicionar la casa. Por supuesto, también deberá buscar algún veneno para acabar con las hormigas. Mira sobre el pedazo de sardina. La última hormiga también ha desaparecido. El sueño lo vence de nuevo. Se recuesta. Cierra los ojos.

Al rato camina por un lugar oscuro y húmedo bajo tierra. A pesar de la penumbra puede verlo todo. Es su casa, lo sabe. Una casa bajo las raíces de un árbol. No hay puertas, solo una estrecha abertura que conduce hacia arriba en un largo pasillo por el que constantemente suben y bajan cientos de inmensas hormigas, casi del tamaño de un gato adulto, entran como si aquel fuera también su propio hogar. Raúl reconoce a cada una de ellas. Tiene la certeza de poder llamarlas por su nombre. Pasan cerca, lo miran como a un padre, él les sonrío, sigue a las que avanzan pasillo afuera, se apoya en un nudo de raíces, toma impulso y llega a la superficie. Afuera lo recibe un aire fresco, una luz que lo enceguece. Apenas puede ver a su alrededor. Se recuesta a la salida. A muy pocos pasos algo sucede. Le parece distinguir un pequeño bulto que gime, se retuerce, cubierto por un manto negro y tupido. Se acerca. Aunque no tan rápido como las hormigas que pasan por su lado, suben al bulto que se sacude con violencia mientras lanza ahora unos chillidos terribles. Son más las hormigas que suben y el manto crece, crece incontenible. Raúl mira tranquilo, satisfecho. *Vamos, mis pequeñas, dice, vamos.*

Cuando despierta es ya madrugada. Un aire más violento entra desde la terraza. Sin embargo, él está sudoroso. Tiene la garganta seca y un fuerte dolor de cabeza. Se inclina en el sofá, respira despacio durante unos segundos. Se aprieta las sienes. Todo es tan confuso que no puede asegurar si está despierto. Quisiera dejar de pensar, desconectar algún interruptor, poner la mente en blanco al menos un par de horas. Se levanta, recoge la botella y el plato con los restos de la comida. Camina con paso inseguro hasta la cocina.

Allí las sombras vuelven a atraparlo. Entonces cae en cuenta de que se ha pasado casi todo el día entre la sala y la cocina. Y le parece normal, como si ahora que está solo el resto de la casa estuviera de más. Enciende las luces y deja todo junto al fregadero. Abre el refrigerador. Se da un largo trago de agua. De otra vez el biberón de su hija. Lo alcanza. Mira en torno suyo sin soltarlo, buscando sin saber qué. Todo permanece en orden, tal y como lo dejara horas atrás; incluso el silencio, el crudo silencio lleno de abandono y diminutas hormigas que intenta comprender desde que llegara en la mañana. Observa de nuevo. Ahora le resulta raro no encontrar a ninguna. Tampoco cree haberlas visto camino a la cocina. Recuerda que debe cerrar la terraza antes de acostarse. Comienza el camino de regreso y casi llega a la sala cuando algo lo detiene.

Mira al final del pasillo. La idea le viene de golpe en una absurda asociación de imágenes. Piensa en Laura, en ese escalofrío clavado en la espalda que lo ha acompañado desde que entró al apartamento, en el tiempo perdido entre una habitación y otra, en el miedo, en cosas absolutas como una simple palabra en medio de un mensaje, *todo, te lo dejo todo*; y en las pesadillas, la niña, el apartamento a oscuras. Corre y piensa también en la habitación al final del pasillo, en lo que puede llegar luego del desesperado encender de luces, en la rápida mirada de estupor, y el grito frente a esa cuna pegada a la pared, donde caerá de rodillas al descubrir la inmensidad de la nada, tan solo el vacío y la nada como un manto oscuro, tupido, interminable de hormigas.

**Nguyen Peña Puig.** Miembro de la UNEAC. Licenciado en Derecho por la Universidad de La Habana, egresado del Centro de formación literaria de La Habana Onelio Jorge Cardoso. Finalista del xv Premio de Cuento La Gaceta de Cuba. Primera Mención las ediciones XIII y XIX del concurso de cuento Ernest Hemingway. Mención en el Premio David de cuento (2012). Mención en el Premio Calendario de Cuento (2012). Premio de cuento La Gaveta (2013). Premio David de cuento (2013). Premio de narrativa Hermanos Loynaz, (2013). Cuentos del autor han sido publicados, además, en libros y revistas nacionales e

internacionales. Fue miembro del Jurado de narrativa en el Concurso Hermanos Loynaz, 2014.

## **Las hormigas danzan en Roanoke**

### I

Imagínese un cuadro (de Dalí), un cuadro que usted no entiende o desprecia por sencillo, a pesar de que las sensaciones (y el presagio) viven en él, se acunan en él, se desarrollan. Imagínese un cuento sobre un hombre hormiga, consumido en su agujero mientras el agua cae, mientras su mundo se desintegra. Imagínese una ronda de recuerdos. Solo entonces llegará, tal vez, a las nociones que Nguyen Peña quiere transmitirnos con este relato que es batalla, que es campo de guerra, que es machete sin funda.

### II

Un hombre sueña y sueña. Su mujer e hija ya no están. El mundo de lo onírico es adicción, botella abierta, trago espirituoso. La casa —el habitáculo, la cárcel del hombre, su espacio para encontrar la verdad— es ciertamente de nuevo el útero, la imagen del *amnios* claustrofóbico, solo que ahora es una figura que carece de sentido, de materia, de agua genésica: ¿cascarón?, ¿fragmento vacío?, ¿acaso es?

Es Roanoke, una colonia despoblada, misteriosamente han desaparecido todos sus habitantes y el invierno se acerca. Es Croatoan: una palabra, un vocablo desconocido, que se encuentra grabado en la corteza de un árbol y que algunos siglos después, los estudiosos contemplarán —lupas, corazón en mano— en intentos de buscar una conclusión a las pérdidas de Roanoke. Pero no la hay. Es en vano. Roanoke sigue siendo un misterio. Croatoan, una palabra más. Nguyen



baila en *La ronda de las hormigas* como si supiera algo que tú y yo desconocemos.

### III

Esta es una historia sobre la crisis. Tantas crisis que no pueden ser explicitadas en un solo manuscrito. Esta es una historia sobre las rupturas, sobre los (des)florecimientos, sobre las desapariciones que se muestran al mundo —hoja aparte— a través del influjo de la memoria. El hombre —nuestro protagonista— es el sapiente, el que recuerda, cierto búho deprimido que contempla la palabra Croatoan. Aunque no la entiende, finge que sí. En ese gesto radica toda su sapiencia. Las memorias son cortadas por cierto flujo de una realidad consumida por la lluvia (hay símbolos, sí, y algunos arquetípicos, algunos pertenecientes al mundo del psicoanálisis), una realidad que es invadida por nanas y cantos infantiles, el recuerdo de una niña que no está. Los pensamientos se filtran y el hombre los recoge. Suyo es el oficio de ser colector. O testigo. Colector y testigo, mejor aún.

### IV

En la decadencia hay cierta forma —torcida— de reconstrucción. Así que no debe extrañarle al lector que este mundo Roanoke sea invadido por viajeros, turistas, criaturas que habitan los espacios dejados al moho y al recuerdo: las hormigas. Que están ahí desde siempre, se advierte, pero que ahora han colonizado la realidad. Nuestro protagonista sabe que las hormigas han sido visitas usuales; sin embargo, nunca antes las había contado, o no se había detenido a contemplar su número, o no sabía, no quería saber.

Las hormigas aparecen y desaparecen. Son figuras oníricas. Cierta imaginario del apocalipsis.

Las hormigas custodian la entrada del Hades, sobre el cadáver de Cerbero han hecho su colonia.

Comen. Contemplan. Comen.

## V

Esta es la ronda de la soledad. Nuestro hombre lo sabe. A las puertas del fin del mundo —ha quedado huérfano de mujer e hija; un divorcio es también una forma simbólica de la muerte—, solo le queda comulgar con las hormigas. Las recibe bien y las aplasta. Tiene cierto apego hacia ellas. Le queda el *jetlag*, el desorden por los horarios que el cuerpo aún se resiste a entender. Una hormiga en su brazo se transforma en la esposa. La tortura con amor. También eso es metáfora, pero menos sutil, más explicada, cierre del círculo, ¿o no, lector?

## VI

Este es un cuento sobre los desaparecidos. Por eso insisto en la idea de que nuestro personaje es un colono del Nuevo Mundo, que ha vuelto a Roanoke después del largo invierno y solo ha encontrado una palabra grabada en un árbol. Esta es la señal y el señuelo. Este es también el descubrimiento de un Jasón moderno, de cierto huésped indeseado que ha cruzado los habitáculos de la muerte. Nuestro protagonista —su misión— es permanecer alerta, recoger la memoria, atestiguar la existencia de las hormigas.

## VII

Nguyen Peña no busca finales sorpresas. Deja —derrama— imágenes por aquí y por allá. Si el lector rastrea bien estos señuelos, podrá seguir su línea de pensamiento. El descubrimiento no será tal, sino confirmación. Y en esta confirmación es que su éxito radica, en la posibilidad de mantener la coherencia,

de conducir/guiar al lector a través de los diferentes habitáculos de la soledad, de la corriente de sentido y, en el proceso, lograr que no se pierda... que no se diluya la tensión que pone a la cuerda rígida, que la hace temblar y resonar. Nguyen pulsa la cuerda y no se escucha sonido, sino el llanto de una niña, de una hormiga, una nana.

Esa es toda la terrible verdad que ha de sobrevivir a la caída del mundo.

## VIII

Desconozco si Nguyen sabía de Roanoke al escribir este cuento.

En la ficción, cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

## Puntos de luz

Con la llegada de la noche comenzó a nevar. Los caminos que conducían a Hagen se fueron cubriendo poco a poco de un manto blanco. Por la radio, el locutor de la estación local, les recomendó a los vecinos que permanecieran en casa, encendieran la chimenea, prepararan una taza de chocolate y mantuvieran la sintonía. Anunció una *suite* para piano y orquesta interpretada por la banda municipal de Rostock y dijo que al regreso hablaría con el capitán Werner, una de las principales figuras políticas del lugar, alguien que hablaría de modo claro sobre los objetivos de la guerra y los pronósticos económicos, políticos y sociales, una vez que la nación triunfe tras la toma de Moscú.

La baronesa apagó la radio, dijo en voz baja que lo más probable era que Moscú no se rindiera, que la nevada durara toda la noche y que la cena que había preparado para los tres oficiales de las Waffen-SS que estaban de paso en la ciudad, se enfriara de modo irremediable. Caminó hasta el salón, encendió la lámpara y se mantuvo junto a la ventana viendo caer la nieve a través de las luces amarillas que custodiaban la carretera principal.

Tomó uno de los libros en la mesita de centro. Era el primer tomo de cuatro volúmenes de Botánica que detallaban la vida de las algas, el modo de reproducirse y los beneficios que entraña su existencia para el equilibrio del entorno marino. En las primeras cuartillas se hablaba del autor, un tal Bernabé Santelices, un biólogo de Antofagasta que era especialista en el campo de la ficología, un hombre que había dedicado toda su vida al estudio de las algas.

Leyó un par de páginas y lo echó a un lado. Tuvo la idea de caminar hasta el despacho, buscar en el librero algún título alemán, alguna de esas novelas que recién habían sido publicadas, una de esas novelas que estaban de moda; pero se mantuvo sobre el butacón mirando hacia afuera, intentando hallar una causa lógica por la cual su marido estuviera interesado en la botánica.

Al rato sonó el teléfono. Del otro lado del aparato el barón le decía que en Berlín no había nevado aún, pero que según la prensa el tiempo podría empeorar de un momento a otro, que los trámites eran más difíciles de lo que él había imaginado y que tardaría otro día más en tenerlo todo listo. No podía regresar a Hagen hasta dejar los documentos en orden.

El hombre colgó el teléfono, le dio las gracias al camarero y le preguntó a qué hora servirían la cena. El camarero dijo que lo esperara un momento y fue hasta la cocina. El hotel estaba prácticamente vacío. En tiempos de guerra la gente no viaja, solo los oficiales y los soldados se mueven de un lado a otro y no acostumbran a hospedarse en hoteles. A veces se llegaban al bar, tomaban un par de cervezas o una botella de vino, pero nunca pedían habitación, de allí se iban al cuartel o a la casa de putas.

No hay nada como tener sexo la noche antes de regresar al frente.

El camarero dijo que la cena estaría dentro de una hora, que se quedara en la barra, que para ello no tendría que pedir algo más de beber. El hombre le dio nuevamente las gracias y prefirió subir a su habitación para darse un baño. El tiempo prometía ponerse peor, y si comenzaba a nevar, no habría dios que lo obligara a entrar en la bañera.

La chica de la cocina interrumpió los pensamientos de la baronesa para decirle que ya la cena estaba lista.

—Es probable que bajo esta nevada no vengan mis invitados —dijo la baronesa.

—Si lo desea puedo servirle. El asado quedó muy bueno.

—Voy a esperar otro rato, los oficiales alemanes son gente muy seria, a quienes les incomoda no cumplir con lo que prometen. Quizás lleguen dentro de un rato.

—Quizás— dijo la chica de la cocina, cruzó los brazos tras la espalda, miró por unos segundos a las baldosas del suelo y dijo: “Hay algo que debo hablar con usted”.

— ¿Es otra vez el asunto del sueldo? Mi esposo regresa mañana, a más tardar en la noche, de seguro viene en el tren rápido. Te pagaremos los tres meses de atraso, incluso un poco más a modo de retribución.

—No es eso —dijo la chica. —Hoy será mi último día de trabajo. Quiero unirme a las juventudes hitlerianas.

—¿Estás segura?

—Sí, señora, muy segura.

La baronesa sintió un poco de pena, no supo de momento si por tener que prescindir de los servicios de la muchacha, o por la decisión que la chica había tomado.

Se mantuvo un rato en silencio, luego le dijo:

—Si yo tuviera tu edad, hiciera lo mismo.

La chica sonrió y regresó a la cocina.

El barón sacó de su maleta de viaje una camisa limpia, unos calcetines negros y un pañuelo de cuadros azules. Se vistió despacio frente al espejo. Miró la hora en su reloj de pulsera, tomó el abrigo, la bufanda, y bajó al restaurante. El cocinero le entregó la carta, un trozo de papel donde con mala caligrafía estaba escrito: puré de papas, espinacas y huevos duros. El barón pensó que nunca en su vida habría de comer algo tan insulso como aquello. El cocinero esperaba el pedido a una distancia prudencial de la mesa. El barón lo miró.

—No tenemos otra cosa —dijo el cocinero— es la guerra. Hace tiempo que solo entran al almacén papas y huevos. Las espinacas son una cortesía de mi mujer. Anoche cocinó demasiadas y a mis hijos no les gustan, a mí tampoco, en realidad ni siquiera a ella.

—¿Y para qué las cocinaron? —preguntó el barón.

—No había otra cosa.

El hombre se levantó de la mesa, dijo que no haría el pedido, fue hasta la barra y le preguntó al camarero si podía usar el teléfono.

La baronesa oyó el sonido de un auto que se detuvo frente a su puerta. Se asomó a la ventana y vio a tres hombres que con paso apurado caminaban hacia el portal. Miró a la chica y le dijo que abriera de inmediato.

Los oficiales pidieron disculpas por el retraso. La baronesa les dijo que no debían preocuparse, el tiempo allá afuera estaba muy feo, el gesto de haber venido ya era un halago suficiente.

La chica tomó las chaquetas y las colgó de un perchero junto a la puerta.

—Siéntense acá, cerca de la chimenea. ¿Quieren algo de beber? Tengo whisky, vino, brandy...

—Es difícil conseguir whisky en estos tiempos —la interrumpió un oficial de amplio bigote y cejas tupidas.

—Mi marido lo trae de Berlín. Tiene buenos amigos, amigos con recursos.

—Pues eso, pónganos una copa de whisky, si nos permite el atrevimiento —dijo el más joven de los oficiales.

—No faltaba más, yo misma se los sirvo.

Los oficiales se quitaron los guantes y se los extendieron a la chica, que solícita, esperaba en una esquina de la sala. Todos vestían el uniforme de gala, y sus medallas, al calor de la chimenea, parecían puntos de luz.

La baronesa trajo las copas y quiso saber de las impresiones que tenían los oficiales sobre Hagen, del tiempo que permanecerían allí, de sus anécdotas sobre la guerra, de cómo se habían ganado aquellas medallas y que opinión les causaba el *Führer*, si lo habían visto alguna vez en persona.

El oficial de pelo engominado respondió a cada una de las preguntas de la baronesa. Contó anécdotas personales y ajenas. Le confesó sus propias

impresiones del camino que tomaba la guerra y le dijo que sin dudas la victoria sería para Alemania.

La velada prometía ser encantadora. La baronesa asentía a cada comentario, servía el whisky con verdadera elegancia y esperaba el momento justo para decirles que ya podrían pasar al comedor.

La chica de la cocina aprovechó unos segundos de silencio para, con prudencia, hacer una pregunta.

—¿Es cierto que llegará a la ciudad un cargamento de judíos?

El oficial del amplio bigote dijo que en los campos de concentración no cabía ni uno más. El gobernador de Hagen se había comprometido a sostenerlos un par de días, el tiempo suficiente para hacer espacio en los campos y poder trasladarlos hacia allá.

—Es algo que nos preocupa —dijo el oficial del pelo engominado— acá no hay donde ponerlos y en el tren no se pueden quedar. Las vías deben estar libres para los soldados que tomarán Moscú.

—Seguro que encontrarán una solución —dijo la chica.

—Eso dalo por cierto —dijo el oficial joven y la miró con morbidez.

El barón anotó la dirección en un papel y salió a la calle para tomar un taxi. Después de mirar durante quince minutos la calle desierta, decidió ir a pie. A fin de cuentas, la casa de su amigo no quedaba tan lejos y a esa hora, la carne de cordero que por teléfono le había ofrecido, era un aliciente justo para caminar un montón de cuadras, a pesar de la inminente nevada.

Repasó varias veces la dirección, encontró la calle, el edificio, la puerta, y su amigo lo recibió con una amplia sonrisa y un abrazo efusivo.

—No te perdono que hayas decidido hospedarte en un hotel —le dijo Heinrich—. Acá tengo una habitación disponible. Esos lugares, desde que comenzó la guerra, han empeorado de modo fatal



—Pensé que este viaje sería cuestión de una noche, pero las cosas siempre se complican.

Después de las preguntas y respuestas de cortesía, pasaron a la mesa, a la botella de vino y el asado de cordero.

—Los negocios no andan bien —dijo el barón después de limpiarse los labios con una servilleta.

—Acá nada está bien. Hay que esperar que termine la guerra. Si Alemania sale victoriosa, nadaremos en oro.

—A ti nunca te ha ido mal.

—Hermann me envía lo suficiente —dijo el amigo del barón y fue hasta la cocina por un pastel de arándanos que le habían traído desde Kassel.

El barón suspiró por lo bajo y pensó en su mala suerte. De su padre solo había heredado el título y una editorial endeudada hasta los huesos.

En un principio la editorial gozaba de cierto prestigio, sobre todo porque en el año 1919 había publicado el primer libro en esa editorial de Hermann Hesse, *Demian*, del cual se habían vendido en los primeros dos meses solo treinta y nueve ejemplares, pero los treinta y nueve ejemplares suficientes para que aparecieran en las revistas literarias de moda tres reseñas laudatorias y se produjera la eclosión editorial.

En menos de un año se vendieron dos mil ejemplares solo en la capital de Alemania. Tres años después Hermann Hesse le confió a la editorial la publicación de su segundo libro, *Siddartha* y tras el éxito firmó un contrato en el año 1927 para la salida al mercado de su novela *El lobo estepario*.

La editorial rebosaba de salud, de abundancia. El padre del barón tomó riesgos con autores emergentes, con novelas sindicalistas y relatos de horror que no se vendían, pero que de cierta forma ampliaban el catálogo del sello editorial y no causaban grandes estragos económicos.

En el año 1930 Hermann Hesse decidió mudarse a Suiza y publicar con una trasnacional su libro *Narciso y Goldmundo*, que, a pesar de no haber tenido el mismo éxito de los anteriores, le dio paso a la que sería su principal obra: *El juego de abalorios*.

Esta última novela tuvo un récord de ventas por toda Europa, algo más que meritorio en un año como el de 1943, cuando a los europeos, lo que menos les interesaba, era leer.

La editorial no aguantó la pérdida de su principal autor, no aguantó el golpe. El poco dinero que el barón había ahorrado lo gastó poco a poco en los caprichos de la baronesa y ese viaje a Berlín, podría ser de todos, el más importante.

Su visita estaba precedida por la buena impresión que le había causado a uno de los intendentes del Tercer Reich el último libro publicado por la editorial del barón. El título era *La biología contra la democracia*, un ensayo del cubano Roberto Agramonte que ya había tenido su primera edición en La Habana en el año 1925.

El intendente le envió una carta al barón felicitándolo por el buen tino de llevar a la lengua alemana ese libro caribeño, le dijo incluso que era un volumen muy importante para las artes de la guerra, para las artimañas de la política y que si el *Führer* tuviera la oportunidad de leerlo de seguro orientaría hacer una edición millonaria para distribuirlo entre los alemanes.

El barón le contestó la carta, agradeció la correspondencia, le pidió que de ser posible le enviara un ejemplar al *Führer*, aunque imaginó que el líder debería estar muy ocupado planeando la toma de Moscú como para invertir el tiempo en leerse un ensayo, y le reveló varias ideas que le habían surgido a partir de las lecturas de algunos libros de botánica, varias ideas que de ponerse en práctica serían significativas para la guerra en la que el país estaba inmerso.

—Esto es algo de lo mejor que se hace en Kassel —dijo Heinrich mientras cortaba una cuña grande de pastel de arándanos.

El barón lo probó y le dijo que estaba en lo cierto, el pastel era magnífico.

Comieron despacio, saboreando cada cucharada. Afuera había comenzado a nevar. El tiempo empeoró de modo repentino y para cuando se sentaron en la sala a desempanzarse con un trago de brandy, ya resultaba prácticamente imposible salir a la calle.

—Es mejor que te quedes aquí —dijo Heinrich— mañana puedes ir al hotel por tus cosas. Antes de marcharte te voy a regalar una botella de whisky.

El barón miró hacia afuera a través de la ventana. Dijo que debía levantarse temprano para asistir a una entrevista. Tenía que pasar antes por su habitación para recoger varios apuntes y un libro de botánica.

Heinrich le habló un poco de la situación en Berlín. De lo difícil que resultaba obtener algunos productos desde que había comenzado la guerra y sobre su última novia, aquella chica rubia que tenía tatuados dos delfines en la nuca, que lo abandonó para inscribirse en las juventudes hitlerianas.

El barón le preguntó por su padre. Heinrich le dijo que estaba pasando unos meses en los Estados Unidos, que *El juego de abalorios* había sido traducido al inglés.

—¿Nunca has querido irte con él a Suiza?

—No —le dijo Heinrich— mi vida está aquí. Además, es como te digo, cuando Alemania gane la guerra, nadaremos en oro.

Al rato se fueron a dormir. La nevada aún persistía.

La chica de la cocina sacó del horno la última pierna de cordero que, hasta esa tarde, quedaba como reserva en el refrigerador. La colocó sobre una bandeja al centro de la mesa y dispuso un cuchillo para que alguno de los oficiales hiciera el honor de cortarla. El del pelo engominado se ofreció. Dijo que de niño había pasado largas temporadas en Rumanía, en una casa de campo que tenían sus tíos paternos, estaba entrenado en matar cabras, colgar reses y cortar todo tipo de carnes, ya sea en estado crudo o asadas al horno.

El oficial joven comentó lo mucho que le gustaba la carne de cordero y lo poco que la ponían en las cenas del cuartel.

—No hacen más que servir puré de papas y huevos duros —dijo—. Así no hay quien tenga fuerzas para matar rusos.

La baronesa los convidó a que se sirvieran más y aprovecharan la oportunidad. No debía quedar nada sobre la bandeja. Luego dijo que uno de los sueños de su marido era combatir en la guerra, ganarse grados y medallas tan brillantes como aquellas que ostentaban los invitados; pero la diabetes, unido a la hipertensión, a los cólicos y a las crisis de hemorroides, lo habían inhabilitado. Después del dictamen médico se deprimió mucho y ha hecho de todo para combatir desde otro frente.

—Solo existe un frente, señora, aquel donde están ubicados nuestros cañones.

—Eso no es lo que me dice el barón cuando se encierra en el despacho y pasa toda la noche prendido de un libro, de un manuscrito, o de un cuaderno de apuntes.

La chica de la cocina llevó los platos sucios hasta el fregadero. La baronesa advirtió que aún quedaba whisky en la botella. Les sirvió un último trago a los oficiales y caminaron hacia la sala. Afuera persistía la nieve. Los caminos a esa hora de la noche ya debían estar cerrados.

—Es mejor que se queden aquí— dijo la baronesa— Tengo dos habitaciones libres. Con un tiempo tan feo no podrán regresar.

—No se nos está permitido ausentarnos del cuartel durante toda la noche —dijo el oficial del bigote amplio y las cejas tupidas. Debemos estar presentes por si llega el cargamento de judíos.

—Mira hacia afuera —dijo el oficial joven— bajo esta nevada el auto no vendrá a buscarnos. Que Werner se las arregle como pueda. Es probable que los judíos no lleguen hasta mañana.

—El joven tiene razón —dijo la baronesa y le hizo una seña a la chica de la cocina para que buscara sábanas limpias y preparara las dos habitaciones.

—En cada habitación hay una cama amplia. ¿Podrán arreglarse?

—Si usted supiera de los lugares horribles donde hemos dormido... —dijo el oficial del pelo engominado.

—Entonces no hay más que hablar —dijo la baronesa— acepten mi modesta hospitalidad— y levantó la copa para hacer un brindis por un magnífico cierre de la velada y por la victoria de Alemania, por supuesto.

Al rato la baronesa dijo que estaba cansada y se iría a dormir. El oficial del amplio bigote y el del pelo engominado hicieron lo mismo. Le desearon buenas noches y una vez en el cuarto, pusieron sobre la mesita junto a la cama, bajo la escasa claridad de la lámpara del techo, sus puntos de luz.

El oficial joven se quedó un rato más en la sala para oír la radio. En la emisora local el capitán Werner había terminado su amplio discurso y el locutor presentaba una pieza para guitarras interpretada por la orquesta de Hamburgo. La chica de la cocina terminaba de fregar los platos y los cubiertos. Sacudió la mesa, alineó las sillas, se lavó las manos y le preguntó al oficial si podía tomar junto a él una copa de whisky.

—Claro, ya la baronesa se fue a dormir. Por mi parte no se va a enterar —dijo el hombre.

—Por la mía tampoco. Además, qué importa. Mañana me uno a las juventudes hitlerianas.

—Entonces celebremos —dijo el oficial y levantó su copa.

Hablaron un rato sobre la toma de Moscú, el fin de la guerra, las experiencias que adquirirían los chicos cuando se unían a las juventudes.

El oficial dijo que lo peor de la guerra era la soledad, que se imaginara por un instante a un montón de soldados sobre las trincheras, con la vista en el horizonte y la mente puesta sobre la fija imagen de una mujer.

—Es muy triste— dijo luego—, desde que comenzó la guerra no he estado con una mujer.

La chica se sonrojó un poco y dijo que no le creía. Cuando los soldados llegaban a los sitios recién ocupados o tenían unas horas de descanso y unos dólares en el bolsillo, lo primero que hacían era irse a una casa de putas.

El oficial dijo que a él no le gustaban las putas, que prefería las mujeres comprometidas con el futuro de Alemania.

—Acaso las putas no lo están —dijo la chica de la cocina—. Ellas cumplen su parte: apagan la fogosidad de los soldados, les brindan nuevos bríos, calman la desesperación.

—Quizás estés en lo cierto —dijo el oficial.

La chica levantó su copa y creyó que no habría nada mejor que tener sexo con un oficial de las Waffen-SS, la noche antes de unirse a las juventudes hitlerianas.

El barón les mostró una carta a los soldados que custodiaban la puerta del cuartel. Dijo que tenía una cita importante con el intendente. Estos buscaron su nombre en la lista y le pidieron que esperara sentado sobre un banco de madera al interior de la sala.

El barón aprovechó el tiempo de espera para repasar sus notas y leer algunos fragmentos del libro de Bernabé Santelices. Hojeó los capítulos donde se describen las algas de Europa, China y Japón. Concentró todo su interés en un acápite dedicado a la tipología de las algas que habitan en el mar Caribe. El autor había descubierto en las costas de República Dominicana una nueva especie a la que le puso su nombre: *Gelidium bernabel*. Este tipo de alga tenía facultades asombrosas, como la de encenderse por las noches, en una determinada época del año, con una fluorescencia entre blanca y amarilla. Las costas de Dominicana,

sobre los meses de noviembre y diciembre, se colmaban de diminutos puntos de luz.

En un viaje posterior descubrió en las costas de Cuba otro tipo de algas nunca antes visto. Las llamó *Petrohuabernabei*. Después de los estudios en laboratorio y algún que otro accidente, descubrió que con la unión de ambas se obtenía un producto altamente nocivo, incluso mortal, siempre y cuando fueran justas las proporciones. Dos años después Bernabé Santelices montó un estudio en el puerto de Gibara, cerca de la provincia de Holguín, en la zona oriental de Cuba. Se dedicó al cultivo de algas y a la búsqueda de algún efecto favorable. Su experiencia de biólogo le indicaba que en lo nocivo siempre está encerrada la solución a una enfermedad, a un mal o a un castigo de Dios.

Un secretario se acercó al barón y le dijo que lo acompañara. Después de un pasillo y algunas puertas llegaron a la oficina del intendente. El barón quiso saludarlo con un gesto militar pero el hombre se le adelantó, le estrechó la mano y le pidió que tomara asiento.

—Es un gusto recibirlo. He leído sus cartas y cada una de sus notas (el hombre puso sobre la mesa los apuntes que el propio barón había escrito). He enviado para Cuba a dos oficiales de las Allgemeinen-SS, a un botánico de la Universidad de Heidelberg y a dos soldados, más bien para que les carguen las maletas. He recibido llamadas diarias y los planes marchan a la perfección.

— ¿Encontraron a Bernabé? —preguntó el barón.

—No. El hombre se fue de Gibara. Al parecer se dio por vencido. Esas algas lo único que producen es la muerte. Algunos pobladores del puerto dicen que se fue para La Habana, que se unió al Partido Comunista y que un día apareció su foto en el periódico tras un accidente automovilístico entre la carretera de La Habana y San Antonio de los Baños, el auto se cayó por una pendiente a la que llaman “la novia del mediodía”. Otros dicen que regresó a Antofagasta y que nunca más han sabido de él. Pero eso son solo datos curiosos, lo importante está aquí.

El hombre le extendió al barón algunas hojas.

—Según los cálculos que usted mismo hizo, la transportación y el procesamiento de las algas resulta mucho más económico que esos gastos enormes en gas. Ya no tenemos donde meter a tanta gente. La solución que usted nos ha dado es perfecta.

El barón sacó de su cuaderno de apuntes algunas notas sobre el correcto procesamiento y las proporciones. Luego le entregó, envuelto en papel de regalo, el primer ejemplar de un libro titulado *Las algas como aliciente de la nación*.

—Si todo sale según lo previsto —dijo— este ejemplar podría convertirse en un documento histórico.

—Por supuesto —dijo el intendente y lo guardó en una de las gavetas de su despacho. Luego extrajo un sobre.

—Aquí tiene algunos documentos que acreditan su servicio y un poco de dinero, que en estos tiempos de guerra siempre hace falta —le hizo una seña al secretario. Este salió por una puerta secundaria del despacho y regresó al instante con una pequeña caja en las manos.

—Póngase de pie.

El intendente abrió la caja, sacó una pequeña medalla plateada y la colgó del abrigo del barón.

—No olvide su boleto —le dijo luego—, le hemos hecho una reservación en primera clase, el tren rápido sale dentro de dos horas.

El barón se despidió, esta vez con un saludo militar, y salió a la calle. En su pecho brillaba la medalla como un punto de luz.

El teléfono de la baronesa sonó justo a las seis y treinta de la mañana. Del otro lado del aparato el capitán Werner pedía hablar de inmediato con el oficial del pelo engominado. Este tomó el auricular, asintió un par de veces y dijo que saldrían de inmediato.



A la baronesa no le dio tiempo de prepararles el desayuno. La chica de la cocina ya se había marchado.

El oficial joven preguntó qué había dicho Werner sobre el cargamento de judíos. El oficial del pelo engominado le respondió que debían salir de inmediato para uno de los puertos en el mar Báltico. Cuatro días antes había llegado a Santiago de Cuba un barco lleno de refugiados. El gobierno no le permitió la entrada. Al contrario, colocó al mando a dos oficiales de las Allgemeinen-SS, a un botánico de la Universidad de Heidelberg y a dos soldados alemanes. Lo enviaron para acá con un cargamento de algas.

—¿De algas?

—Eso dijo, de algas.

— ¿Y vienen más judíos en ese barco?

—Creo que los judíos han muerto por el camino.

—Y la toma de Moscú —preguntó la baronesa.

—Esa nos la vamos a perder.

Los oficiales se despidieron agradeciendo la hospitalidad y aseguraron que cuando regresaran a Haven pasarían otra velada allí.

La baronesa los acompañó hasta la puerta, los vio subir al auto y se quedó sola, en medio de tanta nieve, mientras su marido viajaba a ciento veinte kilómetros por hora y el vapor *Virginia*, rumbo a las costas del mar Báltico y después de haber servido para la cena un puré de papas verdoso y brillante, iba dejando una estela de cadáveres fluorescentes como señales lumínicas sobre el océano.

**Yonnier Torres Rodríguez.** Sociólogo, Poeta y Narrador. Egresado del Centro Nacional de Formación Literaria Onelio Jorge Cardoso. Ha recibido numerosos premios. Entre sus últimos títulos publicados se encuentran los libros de cuentos: *El juego perfecto* (2013), Editorial Sed de Belleza; *Puntos de luz* (2015), Editorial Áncoras; y las novelas *Clavar los ojos al cielo*, (2012) Editorial Mecenaz y *Cerrar los puños* (2015), Editorial Gente Nueva. Es miembro de la AHS y de la UNEAC. Cuentos y poemas suyos aparecen publicados en revistas, antologías y selecciones de España, Argentina, Bolivia, Colombia y Cuba.

### ***Puntos de luz en el origen del mundo***

Aquí hablamos del arte de la memoria: se enfrenta al olvido y elige la costura de la historia para tocarnos. Yonnier Torres —una de las voces jóvenes más conocidas en el campo de la narrativa— nos sorprende con el relato “Puntos de luz” y dialoga con el lector desde la cercanía temporal del pasado. Este es uno de los pocos casos que conozco de la escritura novísima que se gesta en la Isla donde el juego con una cierta poética de la historia sirve como eje de conexión y entretenimiento.

En “Puntos de luz” apreciamos una galería de personajes que aparecen unidos por un mismo cordón umbilical: la necesidad de la grandeza y la victoria. Este elemento asume un rango abundante que camina en el margen que transcurre entre los deseos más pequeños y la grandeza de los sueños. Nos obliga, también, a mirarnos en un espejo cercano y nefasto, que casi nos grita pues múltiples han sido —y son aún— las ansias del ser humano por chocar más de una vez con la misma piedra.

Es fácil recurrir a una reseña que podría —o no— clarificar las ansias del lector por conocer un breve resumen de “Puntos de luz”. Para no ser víctima de la jugarreta del impulso, solo les invito a conocer un relato ambientado en los estertores de la II Guerra Mundial. El eje de la historia es pretexto, si bien

orquestrado con evidente coherencia por el autor, para hablarnos del inicio del mal —quizás ese, sí, el verdadero pecado original del hombre desde su expulsión del idílico Edén de unos abuelos simiescos. En “Puntos de luz”, los personajes continúan siendo los simios de la tradición, obsesionados por la mordida siniestra de una fruta del pecado, si bien ahora se disfrazan, si bien ahora visten galas militares, títulos nobiliarios, o simplemente se obcecán con la idea de unirse a los vencedores en las Juventudes Hitlerianas. Son estos personajes una necesidad que existe en el tiempo y el espacio, limitados por el contexto que los une y los separa: el ámbito de la historia es para ellos ese *corset* en el que se encuentran los motivos.

El mundo de la imaginería y los símbolos que el ser humano asocia con la II Guerra Mundial tiene *leitmotifs* limitados y parcialmente inspirados en el universo del séptimo arte. Eso, tal vez, sea un obstáculo para comprender que no todos los relatos deben conducir a un apocalipsis semiótico o visual, a la liquidación absoluta de los personajes que pueblan su espacio. Existen también las catástrofes mínimas, que se perciben bajo la forma de sutiles imágenes que Yonnier Torres deja como a la saga —esos puntos de luz— para no hacernos converger en un sitio abotargado de tragedia. Este cuento no habla de lo macro, sino del evento mínimo, comulgatorio en su pequeñez, con repercusiones de avalancha: la voluntad de una joven sirvienta, el instante de calma que poseen unos jóvenes oficiales de las Waffen-SS, la ausencia del esposo mientras la nieve cae, la toma de decisiones, el momento terrible en que se sabe que ha transcurrido el punto de no retorno. Y mientras, también, llegan las noticias de la radio —a modo de música de fondo—, campanadas de una realidad que ha sido distorsionada por sus propios hacedores.

Bajo la nieve ha quedado la galería de este museo. Sus puntos de luz brillan como algas en el centro de un océano sembrado de muertos. Definitivamente, no son estas las puertas que conducen al infierno bíblico (aunque la nieve, la tormenta, la imposibilidad de escapar sean un fuerte vehículo hacia un tipo de violencia externa, natural, fosilizada en los elementos). Estoy segura de que si pudiéramos

observar a través de una celosía el jardín del Edén, descubriremos que también el Mal —en su esencia primera— tenía puntos de luz.

## Los días de la histeria

*Nada gusta a los hombres tanto como tener enemigos y luego ver si son realmente como uno se los imaginaba.*

ÍTALO CALVINO

Las máquinas nunca duermen. Desde mi escondite puedo escuchar ese rumor al que, por fuerza, me he terminado por acostumbrar y ya es prácticamente imperceptible; esa vibración de los transformadores que delata la constante revisión de las listas de culpables.

Me siento muy débil. Apenas me he movido en los últimos tres días, agazapado como estoy en este cubículo, y en mi mano aprieto enfermizamente la última lata de conservas que poseo. Pronto caerá la noche y las máquinas comenzarán su recitación. Lo presiento, sé que hoy escucharé otra vez mi nombre en la fatídica lista. Ellas me condenarán y supongo que con razón.

Ahora recuerdo el nefasto día en que el alcalde celebró con orgullo oficialista la adquisición, por parte del Gobierno de la ciudad, de la docena de máquinas que facilitarían la vida de los habitantes de Adelma. Reunidos en la plaza principal, todos vitoreamos el advenimiento, ahora sí, de la modernidad. Era la nuestra una “ciudad” en tanto estaba poblada de edificios de cristal y acero, sitios de comida rápida, avenidas asfaltadas que ardían al mediodía, discotecas, bares, monumentos ... pero, por lo demás, era dueña del infierno grande que hubiese correspondido a cualquier pueblito de campo. Construida a propósito en una región aislada y de clima tropical, Adelma contaría con una extensión de cinco kilómetros cuadrados. Sus habitantes no rebasaban la cifra de los diez mil y a menudo se podía tener la impresión de conocer a cada uno de ellos.

Se trataba de una ciudad joven, heterogénea, recién estrenada. Nadie tenía más de cuarenta años. Estaba conformada principalmente por emigrantes que habían llegado de los más inesperados lugares bajo la promesa de mejoramiento

económico, como casi siempre suele ocurrir. Adelma no se supeditaba a ningún país, el terreno que ocupaba había sido comprado por un conjunto de corporaciones privadas para proyectar allí una ciudad ideal; utopía que sus autores consideraban totalmente realizable una vez que se tuvieran los recursos y la disposición para llevarla a cabo, tal y como ellos los tenían.

Su perímetro era meticulosamente custodiado por guardias de seguridad y vallas electrificadas, pues una vez que se entraba a Adelma no era posible salir. El perfecto funcionamiento de la ciudad ideal debía permanecer en secreto, por lo que una vez firmado el contrato no había vuelta a atrás. Aunque se suponía que aquellos aditamentos estuvieran allí para, más bien, evitar la entrada de individuos no autorizados –puesto que no se contaba con antecedentes de personas que hubieran decidido abandonar Adelma una vez establecidas allí– a veces me provocaban una inquietante claustrofobia.

Era esta, por lo tanto, una ciudad diseñada pensando en el futuro. La Administración había puesto sumo cuidado en controlar el equilibrio entre la cantidad de habitantes del sexo masculino y el femenino; y se hacía mucho hincapié en el aspecto de la fertilidad. Los aspirantes a ingresar en ella tenían que someterse a un riguroso ciclo de pruebas (médicas y de habilidades). Luego de la cuarentena previa a la entrada definitiva se debía firmar un documento en se daba autorización para utilizar toda la información privada que uno podía poseer. Tal exigencia se hacía con el objetivo de garantizar una completa seguridad, confort y complacencia. A nadie parecía interesar mucho el particular contenido de esta «letra pequeña» en el contrato de ingreso a la ciudad; sin embargo, llegado su momento, este acuerdo previo se habría de convertir en crucial para el desenvolvimiento de nuestras vidas.

En mi caso, llegué a Adelma huyendo del tedio y la miseria de mi pueblo de pescadores. Luego de la muerte de mi madre ya no quedaba nada que me atara a ese lugar. Había trabajado, desde mi mayoría de edad, como profesor de lengua en la única escuela que allí existía. Nunca sentí que encajara en el pueblo de todas maneras. Los que me eran contemporáneos siempre me miraron con

desconfianza, gracias a ese extraño hábito de andar leyendo todo lo que se me cruzara en el camino —que realmente era bastante poco, dada las circunstancias de pobreza y desidia—, mientras ellos se iban a hacer el trabajo en verdad productivo: la pesca submarina que sostenía precariamente la economía del centenar de familias que habitaban aquel lugar, que por rancio, no tenía siquiera un nombre oficial, sino que era llamado por todos, a falta de una denominación más certera, “el pueblo”.

No tengo muy claro qué factores influyeron para que aceptaran mi solicitud de vivir en Adelma pues no poseía yo habilidades fuera de lo común... incluso las tareas más pedestres he solido hacerlas siempre con cierta torpeza y morosidad. Pero supongo que incluso los proyectos utópicos necesitan de sujetos mediocres. Lo cierto es que me aceptaron y llegué a la ciudad con toda la ilusión que a un cínico le es permitida albergar. Me instalé en un complejo de apartamentos construidos con pladur y fibra de vidrio en lo que se pudiera denominar la periferia de la ciudad, mientras veía crecer cada día aceleradamente la urbe y proliferar los síntomas de la prosperidad y la armonía.

Desde la toma de posesión del alcalde Bursio, Adelma se reafirmó como un sitio para la experimentación y la implementación de proyectos, sobre todo de cariz tecnológico—medioambiental. De aquí la multiplicación de aerogeneradores; de automóviles y otros dispositivos que funcionaban a partir de energías limpias; de bioproductos o de edificios inteligentes que regulaban por sí solos, por ejemplo, la temperatura o la iluminación interior. Sin embargo, este mismo ánimo ambientalista revestía a la ciudad de cierto carácter agreste. Nos hacía vernos a nosotros mismos como los granjeros glorificados de un enorme rancho que gustaba disfrazarse de metrópoli.

De aquí el entusiasmo ante la llegada de las impresionantes supercomputadoras, a las que nuestro insuprimible instinto pueblerino nos hizo llamar genéricamente “las máquinas”. La empresa Avantis Inc. —asidua suministradora en Adelma de productos informáticos, cuyo sello característico era una estética retro, justificada en el romántico intento de recobrar los atributos de la edad dorada de la

cibertecnología— se había vuelto muy popular entre nosotros por sus rústicos, pero simpáticos teléfonos móviles «Martin Cooper Tribute». Dicha empresa había acabado de firmar contrato con el alcalde para probar la efectividad y utilidad de sus últimos artefactos que, de resultar exitosos, supondrían una revolución en cuanto a robótica e inteligencia artificial, según nos habían dicho.

Aquella mañana se cortó ceremoniosamente la cinta inaugural, se pronunciaron los discursos de rigor y se colocaron aquellos pesados armatostes en esquinas estratégicas del centro de la ciudad. No lucían muy diferentes a cajeros automáticos, pero su función era mucho más trascendental. Las máquinas, con su mecánica omnisciencia, fungirían a manera de oráculos y darían respuesta a cualquier pregunta que se les hiciera. Igual, serían capaces de emitir ciertas predicciones con un mediano plazo de cumplimiento y un alarmante estimado del ochenta y nueve por ciento de certeza.

Como gesto simbólico, el alcalde Bursio ingresó en la cabina, presionó los botones indicados y formuló la primera pregunta. “¿Quién será el próximo alcalde de la ciudad?”, dijo y una voz de sonoridades estereofónicas respondió por los altoparlantes que se hallaban a ambos costados de la cabina: “Adelma no tendrá otro alcalde que Regino Bursio”. Ante tal respuesta se produjo una ensayada ovación. Nadie pareció captar en aquel momento lo que de apocalíptico implicaba una predicción como esa.

Al inicio, la gente de Adelma se acercaba tímidamente e ingresaba en aquellos confesionarios a interrogar a sus nuevos dioses sobre cuestiones más bien pedestres: qué tipo de dieta sería mejor llevar si se padecía de acidez o cálculos biliares; qué automóvil comprar atendiendo al consumo y la comodidad; cuál zona de la ciudad era la más idónea para vivir con niños pequeños. Luego, las preguntas se fueron tornando algo más “metafísicas” y versaban sobre la profesión por la que algún individuo debía decantarse o la siempre socorrida elección de la pareja ideal; a tal grado que las máquinas antes parecían horóscopos que complicadas inteligencias artificiales diseñadas para optimizar la vida de los humanos en la democrática era de la información.



Un aspecto curioso del funcionamiento de estas Inteligencias era que sus respuestas siempre se emitían por los altavoces de los costados y a un volumen considerable; de aquí que se escuchaban, si no perfectamente, a varios metros a la redonda. La explicación para tal peculiaridad era que la información pertenecía por entero a la ciudad, por lo que no tenían cabida los secretos. En todo caso, al tratarse de un experimento, todo el proceso de intercambio y utilización de las máquinas debía ser visible (más bien audible), para facilitar su valoración por parte de los funcionarios de la Avantis Inc., quienes habían colocado sus oficinas-observatorios en las afueras de Adelma. Esto volvió hartó más ruidosa a la ciudad, cuyos bullicios del tránsito y la muchedumbre se mezclaron ahora con las estereofonías constantes de las sentencias de las máquinas y el implacable zumbido que emitía el generador de electricidad que las mantenía funcionando.

Al cartel de las instrucciones, colocado a la entrada de cada cabina, lo acompañaba otro en que se explicaba que los juicios y dictámenes de las Inteligencias se basaban en cálculos estadísticos hechos a partir de datos suministrados por encuestas, sondeos, revisiones de recibos, páginas web visitadas, post en redes sociales, correos electrónicos y mensajes de texto de los ciudadanos de Adelma; y que, por lo tanto, estos juicios no eran infalibles. Aunque se pudiera objetar que los medios de obtener la información violaban las más elementales libertades individuales, todos habíamos accedido a renunciar a la privacidad en pos de un bien mayor. En definitiva, tal y como explicara Bursio en sus sermones, este experimento no hacía más que vaticinar el futuro: la unión global en una mente única en detrimento de lo corpóreo. Compartir sin ningún tipo de restricción todos nuestros secretos era un paso mínimo, pero indispensable para lograr el salto evolutivo hacia una humanidad más perfecta; si se quería, una post-humanidad.

Así, a pesar de saber que tales métodos no eran a prueba de fallos, progresivamente nos fuimos volviendo más y más dependientes de la extraña magia de máquinas. Llegó el momento en que nos sentimos totalmente incapaces de tomar una decisión, por minúscula que fuera, sin antes consultársela. Se

debieron tomar medidas pues las filas para acceder a las cabinas se volvían kilométricas; se producían embotellamientos en las principales arterias y, n apariencia, la gente estaba dejando de trabajar para dedicarse a reflexionar y pensar en el futuro. Así que se racionó el acceso a las cabinas a una vez por semana y a dos preguntas por ocasión; lo que reducía considerablemente el número de consultas diarias.

De todas maneras, el radio de influencia de las máquinas se fue agrandando. Mientras más tiempo pasaba, más información recopilaban. Terminaron por intervenir en los aspectos más privados posibles. Pero lo realmente insólito fue que las autoridades de la ciudad, las organizaciones que dictaban las leyes y las hacían cumplir, comenzaran a utilizar las predicciones de las máquinas para administrar y decidir el destino de Adelma.

Que ocurriera esto fue lo más lógico. En los primeros cuatro meses las máquinas se ganaron nuestra confianza y admiración pues fueron capaces de predecir, con exactitud milimétrica, tres accidentes de tránsito masivos, un temblor de tierra de dimensiones considerables y un intento de atraco al banco principal de la ciudad. Esto, sin contar la multitud de casamientos y también divorcios celebrados bajo su auspicio. Evento que presagiara las máquinas, evento que indefectiblemente ocurría. Luego nos dimos cuenta: de ser negativo, tal evento podía muy bien no ocurrir si se tomaban las medidas necesarias para evitarlo.

Pero muy pronto el centro de las preocupaciones de las personas y, por ende, de las predicciones de las máquinas dejó de ser “el bienestar ciudadano”. Las máquinas ahora discernían sobre cuestiones más íntimas y delicadas. A estas alturas es imposible discernir quién hizo la primera pregunta incómoda, pero la mayor envergadura mediática la recibió aquel incidente en que el presidente de la compañía de seguros, Inmanis Morbus, acusó a su vicepresidente de tener planeado un desfalco a la empresa. Sus pruebas consistían en los inapelables datos que había recibido de las máquinas. Y a pesar de todas las advertencias de los creadores, de todas las letras rojas en los panfletos e indicaciones de uso, la

policía accedió a apresar al susodicho vicepresidente, la fiscalía a acusarlo y el órgano judicial de Adelma a condenarlo por malversación.

Este suceso provocó una proliferación de casos similares en que futuras víctimas denunciaban a tiempo los crímenes que habrían de cometer sus victimarios. En todas las ocasiones los sospechosos fueron juzgados y condenados. Una de las supercomputadoras fue trasladada de manera permanente al cuartel general de la policía de la ciudad y aquella conducta de adelantarse a los acontecimientos, valorada como prudente y provechosa, se naturalizó entre los ciudadanos de Adelma. No pasó mucho tiempo antes de que se realizara el primer homicidio preventivo. Nadie puso reparo alguno al tratarse de un potencial pederasta, pero, ciertamente, los días de la histeria estaban comenzando.

Recuerdo con exactitud la primera vez que me dirigí a una de las máquinas para realizar una pregunta. Obré como todos al principio, sin tomarla demasiado en serio y con ideas de utilizarla a la manera de cualquier inútil test de redes sociales de esos que indican el dibujo animado que hubieras sido o cuál de tus contactos estaba secretamente enamorado de ti. Actué, lo juro, más por curiosidad que por otra cosa; luego aquello se fue volviendo adictivo.

Ingresé a la cabina. Oprimí el botón de inicio y la máquina me dio la bienvenida con automática cordialidad. Al ser mi primera vez tuve que decir mi nombre y número de cédula. Acto seguido, un escáner recorrió mi cuerpo de arriba a abajo un par de veces; y ya la máquina supo todo lo que debía sobre mí. Sin embargo, me pidió que confirmara mi ocupación laboral. Al declarar que era guardia de seguridad en la Biblioteca Central de Adelma la supercomputadora demoró unos segundos en continuar su interrogatorio, como si le costara trabajo procesar una información como aquella. Quizás para su entendimiento, un trabajo como el mío era totalmente inoperante. Una biblioteca es una especie de almacén de información, y la información, en la particular ideología de las máquinas, pertenecía a todos, por lo que no tendría sentido alguno la existencia de alguien que la custodiara. Estas elucubraciones, por supuesto, son producto de mi reciente paranoia y de mis no tan paranoicos hallazgos, que me han hecho ver

segundas intenciones en todo el comportamiento de las Inteligencias y de quienes las controlaron –al menos durante un tiempo–, que me ha inducido a imaginarlas dueñas de una conciencia y un propósito. Pero ruego que se me entienda, mi mente ha necesitado crear esta treta para justificar la ruina de nuestra ciudad.

“¿Está en mi destino... enrollarme con Leslie Green?”, pregunté finalmente, queriendo sonar sarcástico y pensando conocer de antemano la respuesta. Sin embargo, la máquina contestó de manera insufriblemente enigmática: “El destino de Adán Guada en Adelma es la soledad”. Confieso que la respuesta me desilusionó bastante, pero, a fin de cuentas, no distaba mucho de la que podría haberme ofrecido cualquier test virtual. Me arrepentí de haber utilizado la palabra “enrollarme” pues quizás pudo causar algún tipo de confusión para la máquina que solo captó la noción de “destino”, por eso el matiz misterioso de su respuesta. No quise dar demasiado crédito, por mi propio bienestar mental, a aquel presagio... ni a las máquinas en general. De aquí que quedara tan conmovido cuando comenzaron los juicios por crímenes anticipados. No entendía cómo todos podían tomárselo tan en serio.

Si bien en un primer momento las predicciones que hacían las máquinas de las posibles infracciones les brindaron cierta ilusión de seguridad a los habitantes de Adelma, pronto un estado general de paranoia se fue apoderando de la ciudad. Aquel fenómeno se dio a conocer por los medios locales —los únicos que existían— como “los días de la histeria”. Las televisoras y la prensa instaban a las personas a mantener la calma, pero estas, por centenares, continuaban acudiendo a diario a las cabinas. En definitiva, las máquinas eran imparciales. No les interesaba quiénes éramos o quiénes decíamos ser; les era imposible discernir entre el bien y el mal, conceptos demasiado humanos. Su labor se limitaba, pues, a resultar útiles. Así, ayudaban a sus usuarios a discernir los aliados de los enemigos, les indicaban cómo proceder ante algún desagravio, les aconsejaban huir en caso de no quedar otra alternativa. Con Dios y con el diablo, las Inteligencias continuaron desempeñando su esencial labor... hasta las últimas consecuencias.

Ahora las preguntas más comunes eran: “¿corro algún peligro?”, “¿quién intenta hacerme daño?”, “¿alguien ha pensado asesinarme?”. Las respuestas solían ser muy alarmantes porque, si se piensa bien, cualquier persona en su sano juicio ha fantaseado alguna vez acabar con la vida de alguien, o ha hecho, siquiera, un chiste al respecto. Todos hemos estrangulado virtualmente a un jefe, un colega de trabajo, un contrincante, un familiar... la muchacha bonita y uniformada que te mira con desprecio a la salida de la biblioteca, cuando el resto se va a los bares a olvidarse de las preocupaciones, mientras tú recién comienzas la jornada de trabajo. Sí, lo admito, en más de una ocasión había fantaseado con asesinar lenta y tortuosamente a Leslie Green. Estas fantasías siempre cobraban un matiz erótico y terminaban provocándome una ridícula erección.

El caso es que la respuesta a preguntas como esas poseía un alto grado de volatilidad e impulsividad, típicas del género humano; nada que el raciocinio inflexible de una máquina pudiera comprender cabalmente. Pero los usuarios no realizaban estas inferencias. Ante la confirmación de que alguien había pensado alguna vez infringirle algún daño, o aún mejor, asesinarla, la persona se dirigía a las autoridades clamando por justicia.

La policía, por su parte, comenzó a cuestionarse si su actuación había sido la más justa y conveniente, al tomar tan al pie de la letra la opinión suministrada por las máquinas para juzgar y condenar a los futuros criminales. Lo cierto es que esta se rehusó a seguir aceptando pruebas de aquel tipo para encausar a delincuentes en potencia. Ante el desamparo en que los dejaba la oficialidad, los vigorosos habitantes de Adelma no tardaron en tomar la justicia por sus propias manos.

La ciudad se volvió un completo caos. La gente se agrupó en especies de clanes para lograr una mejor protección frente a los enemigos, que ahora estaban en cualquier parte. Comenzamos a desconfiar de todo, incluso de las máquinas... ¡sobre todo de las máquinas! Desconfiar parecía ser el único lazo que nos conectaba con nuestra humanidad; una humanidad trocada en dígito, estadística, lógica implacable. Algo, pensamos, no estaba funcionando bien. ¿Acaso las máquinas también se habían vuelto histéricas? Lo natural hubiera sido, entonces,

destruirlas. Sin embargo, las necesitábamos. Solo los que alguna vez hayan sido dependientes de una sustancia, únicamente aquellos que hayan experimentado el sometimiento ante una adicción pudieran llegar a comprender qué sentimos, pudieran llegar a sospechar la enfermiza relación de amor-odio que establecimos con esos artefactos.

Yo mismo no sé cuántas veces desesperé por consultar cualquier frivolidad. Más que con preguntas, me dirigía a ellas con dudas ontológicas que, aunque bien sabía que no estaban dentro de su competencia responder, me ayudaban a lidiar con el absurdo de mi existencia mediocre en el sitio que se pensaba a sí mismo como el mejor de los posibles. Creo que llegué a experimentar los síntomas de la abstinencia cuando el salir a las calles se volvió un auténtico peligro. Los homicidios preventivos aumentaron, acometidos ahora por las propias víctimas potenciales, y las autoridades no supieron qué hacer con la incontrolable ola de crímenes.

Lo más curioso era la vertiginosidad con que ocurría todo esto. De la noche a la mañana Adema se convirtió en un pueblo fantasma. Los comercios cerraron, las televisoras locales dejaron de transmitir, Avantis Inc. clausuró sus oficinas y se marchó de la ciudad. Cosa que no podía hacer el resto puesto que ni el contrato, ni los guardias de seguridad apostados en el perímetro de la ciudad se lo permitirían. Las calles se volvieron una amalgama de silencio y polvo en la que no era posible hallar ningún transeúnte. Todos sentían miedo. La gente había aprendido a matar o a esconderse para sobrevivir.

Yo fui de los que decidió esconderse. Nunca he tenido la suficiente sangre fría para matar más que insectos y roedores. Hubiera deseado intentar huir de la ciudad, pero ya era imposible dejarse ver a la luz del día sin recibir un disparo o ser víctima de una bomba casera. Al principio me refugié en la biblioteca. La conocía de punta a cabo y me hacía sentir seguro. Me escurría lo más sigilosamente posible por sus sótanos y en las tardes incluso me atrevía a ir a los pisos de arriba en busca de cualquier cosa comestible y algún libro con el que entretener mi simulacro de vida.

Cierta noche ocurrió lo inesperado. Luego de semanas de ininterrumpido silencio —puesto que ya no había persona que se atreviera a ponerse al descubierto y dirigirse a una de las cabinas— las máquinas volvieron a escucharse en cada uno de los rincones de la ciudad semidesierta. Pero esta vez hablaron al unísono, como si simularan un escalofriante cántico gregoriano. Sus idénticas voces, reduplicadas hasta el infinito, se escucharon con total claridad gracias al inmenso mutismo que reinaba.

“Louis Benes ha planeado por mucho tiempo la muerte de su hermano mayor, Thomas Benes, para apoderarse de la Compañía que juntos fundaron al llegar a Adelma. Louis Benes está escondido en la calle 17, en la buhardilla del Casino Magno. No merece vivir. Berta Nívia pensó en muchas ocasiones asesinar a su propio hijo recién nacido. Llegó a sostenerlo delante de la ventana abierta dispuesta a arrojarlo a la Avenida Principal. Ahora se esconde en una ferretería ubicada en la calle D. Berta Nívia no merece vivir. Gastón Uribe ha pensado...”.

Aquella información era recitada por las máquinas sin una inflexión, un dato a continuación del otro. La lista de acusaciones era interminable y en la ilimitada impiedad de las Inteligencias todos merecían morir. No alcanzo a comprender a qué se debió este cambio en sus comportamientos, esta sorpresiva autonomía que las hacía delatar a cada uno de los individuos que ahora habrían de esperar el momento de morir o asesinar a su adversario. La posible mutación que se produjo a nivel de su funcionamiento interno, la tecnología con que fueron creadas escapa totalmente a mi rústico entendimiento, pero supongo, en pos de hallar alguna explicación lógica, que en algún punto las máquinas terminaron por contagiarse con la paranoia de los habitantes de Adelma y acabaron por percibir como verdades absolutas las murmuraciones, desahogos y secretos que fueron dichos en su presencia. No pudieron más que ver pecados y crímenes en la conducta de los humanos.

Traté de seguir con mi rutina de vana supervivencia bajo las nuevas circunstancias en que las delaciones de las máquinas ponían a la ciudad. Ahora, además, funcionaban como si fueran noticiarios y no solo sentenciaban a aquellos que

debían morir, sino que informaban del estado general de los “ajusticiamientos”. Así, todos permanecían atentos y enterados de que Kalima Frías, jefe del clan que se hizo llamar los Justicieros Ciegos, había sitiado el centro comercial donde se hallaban escondidos algunos asesinos mentales notables, para darles muerte y acabar con su reinado del terror. Tres días le llevó acometer su ataque, pues los asesinos, pertenecientes al clan de los Altruistas, también habían sido advertidos de que Kalima Frías y los suyos querían darles muerte. De manera que se creaba un bucle de advertencias y muertes preventivas del que parecía ya imposible escapar. A veces se creaban pactos tácitos entre individuos que conocían su plan de ser asesinados el uno por el otro y decidían simplemente no actuar, en una especie de tratado de paz sin armas nucleares de por medio. Mucho más sencillo era cuando el culpable no pertenecía a ningún clan y resultaba presa fácil para recibir su merecido.

En honor a la morbosa verdad, las cosas se volvieron algo más animadas. Fue como si me hubiera vuelto seguidor de una truculenta novela radial que podía interrumpir la redundancia de mi día en cualquier momento. Así, cierta tarde, en una de mis andanzas cotidianas por la biblioteca me llevé la casi mortal sorpresa de encontrarme, parapetada detrás de un escritorio, a la mismísima Leslie Green, temerosa quizás de escuchar su nombre en boca de las máquinas o ser sorprendida por algún psicótico justiciero, sicario de brocha gorda, de los tantos que abundaban por aquellos días en Adelma.

No traía consigo ningún arma con qué defenderse. Tuve que agarrarla muy fuerte y taparle la boca para evitar que nos delatara. El desaliño del post-apocalipsis incrementaba la sensualidad en su habitual estética de empleadilla de limpieza. Cuando se tranquilizó, me miró unos instantes y luego se cubrió sus ojos oblicuos con las manos para llorar silenciosamente. Horrible como siempre he sido para las consolaciones, solo se me ocurrió darle unas torpes palmadas en el hombro. Esto pareció surtir algún efecto pues ella volvió a levantar la cabeza, tragó en seco y me preguntó si tenía algún plan para escapar.



Por supuesto que no tenía ningún plan, además de vagar en silencio por los pasillos de la biblioteca hasta que finalmente me descubrieran. Caí en la cuenta, en ese momento, de mi latente instinto suicida y mi socio-apatía. Yo tampoco contaba con un arma en caso de que alguien me sorprendiera; nunca me había dirigido a las máquinas para preguntar si querían asesinarme —presumo que no me consideraba lo suficientemente interesante para suponer un obstáculo a eliminar para cualquier otra persona—, en fin, no tenía planeada otra estrategia que esperar y ver cómo se solucionaban las cosas por sí solas. Sin embargo, cuando Leslie me preguntó de manera tan determinada si tenía un plan, deseé por unos instantes ser diferente. Lo hubiera dado todo por sonreírle y decirle con voz grave y enigmática que lo tenía solucionado y que pronto la sacaría de aquel infierno. Pero mi reacción fue la perplejidad.

Ella me miró decepcionada y a sus ojos oscuros vi asomarse por unos instantes el desprecio de ocasiones anteriores en que me sorprendió escudriñándola a la salida del trabajo, hurgando con mi mirada, adivinando sus formas bajo el uniforme de blanco delantal. Le dije, buscando desesperadamente su aprobación, que tenía, en cambio, latas de conserva que podía compartir con ella. Aquello pareció ser suficiente por el momento.

Ya empezaba a oscurecer cuando nos retiramos al sótano y abrimos una lata de atún. Ella se comió su porción con cierto desespero; luego me confesó que hacía días que no probaba bocado. Mientras, yo miré el envase con una conmoción semejante a la nostalgia y le comenté, queriendo sonar como sonaría un hombre cautivador, que quizás aquel atún había sido pescado en mi antiguo pueblo.

Hablamos un rato, con la franca sinceridad que suele practicarse entre los completos desconocidos, sobre nuestros terruños. Ella provenía de muy al norte y, antes de llegar a Adelma, no conocía más que el frío y la nieve. Me dijo que Leslie no era su verdadero nombre; había tenido que cambiarlo para encajar mejor. Su nombre real era Qanik, que en inuit significaba “copos de nieve en el aire”. Yo pensé confesarle, a cambio, mis fantasías en las que intentaba estrangularla y cómo estas terminaban todas las veces en una dulce y larga violación; pero preferí

hablarle de cuánto me gustaban sus labios, que era una verdad menos inquietante.

Me acerqué y la besé, no sin titubear por un instante. Leslie Green, ahora Qanik solo para mí, respondió a mi beso con lentitud, pero con disposición; abriendo despacio su boca, rozando con la punta de la nariz y con su labio superior mis comisuras, introduciendo de a poco su húmeda lengua para buscar la mía, en una danza que ya me imaginaba ritual y en algún sentido milagrosa. En aquel momento, por un breve intervalo, pensé que, después de todo, las máquinas se habían equivocado en su respuesta a mi primera pregunta; y tal error me hizo recobrar tenuemente la esperanza en nuestra salvación.

De repente, a mitad del beso, en una brutal e inadmisibles violación de aquel prodigio, un sonido estereofónico nos provocó un susto de muerte. La ronda de acusaciones de aquella noche daba comienzo. No tuve tiempo de emitir un solo sonido antes de escuchar cómo la letanía de las máquinas pronunciaba: "Adán Guada ha deseado violar y asesinar a Leslie Green en múltiples ocasiones. Se encuentra ahora escondido en los sótanos de la Biblioteca Central de Adelma. No merece vivir".

Vi como en la cara de Qanik, de mi recién descubierta y conquistada Qanik, se dibujaba una mueca de terror. Intenté en vano explicarle que aquello no era cierto, hacerle entender la irracional paranoia de la que todos estábamos siendo víctimas, pero ella ya había echado a correr pegando fuertes gritos delatores. Corrí tras la estela de su histeria mientras le suplicaba que callara pues nos haría matar a los dos. Ella, sin embargo, ya había dado alcance a la puerta principal y en carrera frenética se había lanzado a la avenida. Me detuve instintivamente en el umbral y vi su silueta, confundida con las opacidades de la noche, doblar en una esquina y desaparecer, ya para siempre, de mi vista.

Caí de rodillas en la entrada de la biblioteca y una sensación de asfixia se apoderó de mis pulmones, subió por mi garganta y llegó a mi boca convertida en un sollozo. Las máquinas habían terminado su pavorosa recitación. En el aire quedó

flotando el eco de su último “no merece vivir”. Unas desacostumbradas lágrimas me empañaron la vista y pensé, por largos segundos, en mi propia y realmente merecida muerte.

Se escucharon ruidos de explosiones. Logré ponerme en pie y me escabullí por una callejuela al costado de la biblioteca. Corrí enajenado por calles ruinosas e inciertas hasta que me introduje en unas construcciones que parecían haber sido oficinas de algún puesto administrativo. La noche interminable se aderezó con el sonido de continuos estallidos, hasta que con las primeras luces de la mañana sobrevino la calma.

Al clarear recorrí sigiloso el perímetro de la habitación en que me hallaba y caí en la cuenta de que se trataba de las oficinas de Avantis Inc. En el desorden de papeles y escritorios volcados se hacía evidente la premura con la que habían abandonado Adelma. Miré distraído algunos esquemas en que se representaban circuitos eléctricos y me sentí tremendamente impotente al no comprender ni una tilde de lo que allí se explicaba. Al parecer aspiraba a encontrar entre aquellos papeles una justificación para el enloquecimiento de las máquinas. En aquel momento aún las culpaba de todo lo ocurrido en la ciudad: de la histeria, los asesinatos preventivos, la paranoia... la muerte de Qanik.

Entonces encontré unos papeles algo extraños. Se trataba de una especie de bitácora del devenir de la ciudad desde que se instalaran las inteligencias: las primeras reacciones de la gente, la progresiva histeria a la que fuimos sucumbiendo, la violencia, la destrucción, la muerte... siempre la muerte. Si en algún momento yo había sospechado algo así, lo achaqué a otro de los síntomas de mi paranoia. Pero ahora no quedaban dudas. Todo había sido un experimento de Avantis Inc. Sus funcionarios habían estudiado metódicamente nuestras reacciones e interacciones con las máquinas y dejaron luego que el asunto se les saliera de las manos, no pudiendo hacer otra cosa que huir.

Miré por la rendija de una ventana y descubrí que afuera hacía un sol radiante. Justo al frente de las oficinas, a unos cien metros, se levantaban unas estructuras

parecidas a unos almacenes. Hasta ese momento no fue que noté cómo el rumor de los transformadores se sentía con mayor intensidad desde mi nuevo escondite; de lo que concluí que aquellos cobertizos debían albergar el generador de electricidad que mantenían a las máquinas funcionando.

Desde entonces han transcurrido idénticos los días. No hay en este sitio más que el agua de los bebederos descompuestos. Las provisiones de conservas —que me había acostumbrado a llevar en los bolsillos de mi chaqueta, por eso las traía conmigo en el momento de la huida— se están terminando. Mi único entretenimiento ha sido escribir estas líneas para luchar contra la culpa y los cada vez más genuinos deseos de acabar con mi propia vida. Escribir pareciera ser el único acto que se me tiene permitido entre tanto inútil papel de oficina.

A la caída de todas las noches las máquinas emprenden su aberrante recitación. Sus voces arañan mis tímpanos y me hacen retorcerme en este estrecho cubículo al que terminé por autorrelegarme y que en algún momento me brindara una tibia sensación de amparo. En cada oportunidad hay menos nombres en las listas de culpables. ¿Cómo conocen nuestros paraderos? ¿De dónde obtienen ahora los datos? No puedo pensar en otra explicación: las máquinas pueden leer nuestros pensamientos. Quizás siempre pudieron, solo que no los interpretaron de la manera correcta, de una manera imperfectamente humana.

Las sentencias han continuado siendo ejecutadas por los individuos que aún se hallan diseminados por los rincones de la ciudad. Es como si los que quedaran se hubieran dado a la tarea de limpiar lo que subsiste en Adelma de pecaminoso, como si su necia cruzada los redimiera de sus propios crímenes: imaginados y reales.

Aunque mi nombre no ha vuelto a ser mencionado he sentido la tentación de atravesar la puerta y caminar por las calles hasta recibir el balazo que acabará finalmente con esta angustia. También existe una alternativa; siempre hay una. Pero, preciso es advertirlo, esta es la historia de un cobarde. No esperen de mí ningún acto de heroicidad. Hubiera sido fácil acometer esa tan esperada maniobra

y salir corriendo de mi escondite para desconectar las endemoniadas máquinas, destruirlas a puros golpes, dominado por la rabia y la venganza. A fin de cuentas, el generador se halla justo enfrente. Pero no me atrevo y he llegado incluso a pensar que eso ya no tendría ningún sentido. Quizás las máquinas tengan razón y todos merezcamos morir.

La noche está cayendo. Dentro de unos instantes, no sabría explicar cómo, sé que volveré a escuchar mi nombre pronunciado unánimemente por las voces de las máquinas. Desconozco cuál será esta vez mi acusación, si seguiré pagando la culpa de las mil veces fantaseada muerte de Leslie Green o existirá algún cargo nuevo. Ya empieza: “Adán Guada quiere dar muerte a... Adán Guada. Se esconde en el kilómetro 0, en las Oficinas de Avantis Inc. No merece vivir”.

...

Salí a la calle. Por buen rato deambulé entre las ruinas de Adelma. La oscuridad amasaba formas inquietantes en cada esquina, pero el miedo ya me había abandonado. Vi las ventanas rotas de los edificios, los modernísimos autos volcados, la basura esparcida por las aceras. No parecía quedar nadie con vida. A cada tanto tropezaba con algún cadáver a medio chamuscar. Ese particular olor a carne quemada lo envolvía todo.

Me he dirigido y actualmente estoy frente al punto de control que da acceso a la ciudad. Las vallas electrificadas han sido desgarradas y nadie hace guardia en la posta. Parece que algunos lograron sobrevivir y escapar. Está por amanecer. De fondo, las máquinas continúan repitiendo, como si se hubieran averiado, la letanía de “Adán Guada no merece vivir”. Quedan dueñas de Adelma. Ninguno sobrevivió a sus delaciones, ninguno se atrevió tampoco a destruirlas. Quizás todos resultamos ser unos cobardes.

Frente a la otrora puerta de entrada, ahora únicamente servible como salida, me volteo por última vez hacia la ciudad. La luz amarillenta del crepúsculo matutino descubre para mis ojos un paisaje grisáceo debido al humo de los últimos

incendios. A mi alrededor, impregnando mis ropas, haciendo arder mis ojos y mi garganta, flotan diminutas pelusillas de ceniza, como si de copos de nieve en el aire se tratara.

Cuando me haya marchado, las máquinas se sumirán en una mudez culpable, resentida... inevitablemente solitaria. No puedo imaginar una mejor venganza.

**Maielis González Fernández.** Es graduada de Letras y fue profesora de Literatura en la Universidad de La Habana entre los años 2012 y 2015. Egresada del Centro de Formación Literaria Onelio Jorge Cardoso. Recibió la beca Caballo de Coral y el segundo premio en el concurso de cuentos de ciencia ficción Juventud Técnica en 2014, así como el Premio Eduardo Kovalivker en 2015. Ha publicado los libros *Los días de la histeria* (2015), Colección Sur; *Sobre los nerds y otras criaturas mitológicas* (2016), Guantanamera; y *Espejuelos para ver por dentro* (2019), Cerbero, además de haber aparecido en revistas y antologías en Cuba, *Ariete* (2018), Argentina, *Revista Próxima* (2017) y España *Alucinadas II* (2016). Sus artículos y ensayos sobre ciencia ficción y literatura fantástica han aparecido en varias revistas y antologías en Estados Unidos, Suecia, Argentina, España y Cuba; la más reciente de ellas es *Infiltradas* (2018) .

## **Por qué ya no habitamos un *reality show***

Son los días de la historia, los días de la histeria: lo sabe Maielis González, lo testimonia frente a las máquinas porque la vida es un *reality show*. De los peores. De los que no tienen final feliz ni reinas coronadas, ni alguien que es rescatado de una isla. La vida es un testimonio de la paranoia, una película en blanco y negro, la mecánica de lo que no puede ser parado luego de que los motores han echado a andar. Los protagonistas de esta vida que Maielis nos denuncia no habitan el cuerpo de Katniss Everdeen y no será este el cuento de un amor adolescente que

halla su final feliz después de una saga de libros y algunos escollos porque no hay tiempo para eso: no somos jóvenes y las máquinas acechan.

Este bien podría ser un cuento sobre la realidad. No porque la ciencia ficción enmascare aquello que nos puede resultar complejo de narrar en terrenos no precisamente ficcionales, sino todo lo contrario: el fantástico, en su espectro más amplio, conduce a la exploración de un mundo nuevo que es a la vez un mundo viejo, entiéndase, nuestro universo de todos los días. Un elemento diferente es lo único que resalta a la vista en este cuadro: las máquinas. No la paranoia. No la histeria. Esa la conocemos. Descubrimos su olor. Somos una jauría que se deja llevar por el chismorreo de la aldea global, que denunciemos aquí y allá, que tenemos miles de quejas, que deseáramos —de ser posible— saber un futuro y quién nos odia y quién nos ama y quién nos hundirá el cuchillo cuando no sepamos.

Maielis toma la materia de la realidad y la funde en nuevos cuerpos de textualidades distópicas donde sí, hay sin dudas influencia de clásicos como *1984*, de George Orwell y una comunidad de otras múltiples referencias. Su discurso en primera persona humaniza, porque es necesario humanizar la matanza, el *reality show* que no lleva ese nombre pero que sigue siendo *reality show* (al menos para la entidad, si es tal, de las máquinas): la cacería.

Porque sí, este es un cuento donde sus actantes son cazadores o presas, donde los motores del salvajismo se ajustan perfectamente a la condicionante del miedo y la denuncia. Es arcaico el miedo. Y casi arcaica la denuncia. Sin embargo, ambos son conceptos muy modernos, no solamente en el campo de lo literario, sino en el cuerpo —siempre múltiple, siempre mejor que el reflejo en el espejo de la ficción— de la realidad.

La autora revisa, (re)visita la monstruosidad interna de cada uno para invitarnos a bailar en este carnaval de esperpentos, un carnaval que daría risa si no fuera un asunto tan serio, tan cercano, tan a nivel de entraña. Ella conoce la materia de nuestras paranoias. Nuestros barrios y nuestros habitantes. Los suyos, los tuyos, los míos. Porque nadie está a salvo, no te creas, aunque las máquinas no existan

y el miedo parezca la cadencia de otro mundo (¿distópico?, ¿irreal?). Nadie está a salvo porque no habitamos la utopía, porque el mundo que nos ha tocado es la historia, la historia de un final.

Habrà quien comentarà de la hipérbole en la trama. Habrà quien dirà que es demasiado. Demasiado increíble. Demasiado sin frenos. Demasiado todo. Pero mi capacidad de sorpresa va aún más lejos y no se detiene, no ve hipérbole donde otros hechos (estos, de la historia real) han sobrepasado con creces cualquier horror narrativo.

No es este un documento de denuncia ni pretende serlo. Al menos, no a primera vista. Ni alerta con luces de neón en alto. Es: simplemente. Su autora, bien nutrida de una escritura interesante, renuncia a los rejugos del lenguaje para entregarnos un texto simple estructuralmente, complejo en sus ideas, multifacético en sus propósitos.

Los días de la historia han llegado. Estos días de una historia compartida. Alguien buscará refugio, alguien se consolará en una biblioteca, entre aquellos libros que nadie lee pero que aun así contemplarán todo en el papel de testigos de una ciudad vacía, barrida, seca. Una urbe fantasma. Poblada solo por la jauría de unos exiguos sobrevivientes y por la mudez de las máquinas.

No se trata de que el hombre es lobo del hombre, ni que habitamos un *reality show* conducido por monstruos, sino del temor oculto que nos mueve, del titiritero de la historia que agita nuestros hilos y nos hace bailar la macabra danza.



# Orfelina

*“las mujeres sostienen el mundo en vilo para que no se desbarate”.*

G. G. Márquez

Las ropas tiran con fuerza, tratan de zafarse, dan vueltas y se enroscan en el cordel, víctimas de los arrebatos del viento. Los primeros goterones del aguacero ya están cayendo mientras Orfelina se apura en recogerlo todo. Qué antojo de llover. Hace un rato no había ni una nube. Que no se moje la ropa, ya bastante trabajo se ha pasado lavando. Las piezas secas sobre el hombro derecho, las húmedas sobre el izquierdo. Las húmedas habrá que tenderlas dentro de la casa, dejarlas que se oreen toda la noche para que mañana amanezcan secas.

La plancha está puesta al carbón. Orfelina lleva toda la tarde planchando. Las sábanas se secan rápido, siempre se secan rápido y plancharlas es bastante fácil. Ojalá todo fuera sábanas. Ojalá no hubiera tantas batas de niña, tienen demasiados vuelos. Vuelo a vuelo las gotas de sudor corren por la frente de Orfelina. Vuelo a vuelo se enfría la plancha y hay que volver a ponerla sobre las brasas. Cuidado que el fogón no se ponga a soltar humo, porque el mal olor se mete a la casa y se pega a la ropa, Que no se le peque el olor a la ropa o hay que comenzar de nuevo. De nuevo las sábanas, de nuevo las camisas, de nuevo las batas de niña y sus vuelos infinitos, de nuevo los vestidos de la señora. Lavar, almidonar, planchar. El sudor corriendo por la frente. Cuidado que el sudor no caiga sobre la tela, que no se manche la tela con el cansancio, porque la ropa no puede parecer cansada.

Toda la tarde planchando y toda la noche. Orfelina no quiere comer hasta que no termine. Luego será que coma, en lo que el calor se le pasa, porque no se puede bañar así, no vaya a ser que le suceda como a Rita Pavón, que se quedó tiesa por culpa de la plancha y del agua fría. La madre dice que descanse un rato, que lo

deje para mañana, pero ya está terminando. La madre quiere ayudar, pero Orfelina no quiere que la madre ayude, ni que esté pasando esos calores, no quiere que le salga sarpullido, ni que al acostarse le duela la cintura, la cabeza, las piernas, la vida. Ya bastantes dolores tiene la madre. Dolores de vieja que no necesitan razones y que no encuentran descanso.

El fogón se enciende temprano. La madre hace el café de la mañana y un cocimiento de chaya para curar el mal de orine. A la madre le da lástima que Orfelina tenga que estar haciendo esas cosas. Cuando se busque un marido va a pasar menos trabajo. Ojalá haga como Romelia, que fue inteligente, y no se casó con un guajiro cualquiera, sino con Pepe. Pero Orfelina todavía no tiene cabeza para buscar marido. Es muy jovencita. Está en la edad de pintarse los labios y ponerse un vestido. Con lo que le pagan por lavar se ha comprado sus cosas, pero nunca un vestido. Orfelina da casi todo a la madre, para la casa, para la comida, para lo que haga falta. Buena hija. El día que se case la va a extrañar.

La madre no tiene ganas de que la muchacha se case. Al menos no por ahora. Ojalá se quedara pequeña, presa en la edad, con la voz chillona y las rodillas firmes, con esa fascinación hacia la madre, ese amor infinito hacia la madre que sabe que pronto aparecerá un hombre, diciendo que la quiere bien, que con él no le faltará nada. Habrá que permitirle las visitas de novio, dejar que se conozcan antes de que se robe a la muchacha, y la lleve a vivir lejos, donde el diablo dio las siete voces y nadie lo oyó. Entonces solo podrá preguntarse a dónde la llevaron, si estará bien, si el marido es bueno con ella. La angustia de esas preguntas que nadie responde.

Menos mal que el hombre aún no aparece. La madre tiene ganas de disfrutar de la hija, ahora que está grande y se puede hablar con ella de cosas que antes no podía hablar. Da gusto hablar con Orfelina. De pronto pareciera que tiene diez años más. De pronto pareciera su amiga, sangre de su sangre y amiga. Cosa rara. Linda pero rara. A la madre le hubiera gustado ser amiga de la abuela, que en paz descansase, pero los tiempos eran otros, o quizás la abuela era muy bruta, buena pero bruta.

La madre alguna vez tuvo una amiga con quien hablaba todo mientras jugaban cerca del río. Con los años cada cual cogió su rumbo. Desde entonces nadie volvió a escucharla así. Ni siquiera el padre de sus hijos. Hombre serio, de hacer muchos cuentos, pero de escuchar poco. Los hijos se le parecen bastante, incluso Romelia, la mayor. Pero Orfelina es distinta, es la más chiquita y parece más grande, como si tuviera en la cabeza las entendederas que sus hermanos no tienen. Quizás porque creció mirando la vida desde los ojos de la madre, viendo llorar a la madre por culpa de los hijos, ayudándola a zurcir la misma ropa desgastada, notando que la madre siempre era la última en sentarse a la mesa, que al sentarse ya casi todos habían terminado de comer, que la comida apenas alcanzaba.

Doblarlo todo con cuidado, ponerlo en la cesta con cuidado. Es agradable el olor de la ropa limpia. Dulce y suave el olor. La mejor parte del trabajo es esta. Da gusto ver la diferencia entre la ropa que llegó y la que se va, parece mentira que sea la misma. Incluso las telas parecen haber cambiado de color y de textura. Fascinantes las telas. A Orfelina le gustaría aprender a coser telas como esas, hacer vestidos como los de la señora. Cómo se le vería un vestido de aquellos. Dan ganas de probárselo, pero no está bien que lo haga. No le pagan para que ande probándose una ropa que no es suya. Y si se rompe, o se mancha con el suelo de tierra. Ya no da tiempo de volver a lavarlo, almidonarlo y plancharlo.

Hay que llevar la entrega pronto. No puede hacer esperar a la gente de la casa. Orfelina nunca los ha hecho esperar, por eso confían en ella. Tantas muchachas que se dedican al lavado de la ropa y siempre la mandan con ella, porque tiene palabra, porque hace bien su trabajo, porque nunca llega tarde.

Tienes un don. La señora de la casa lo dijo. Cada cual tiene un don en la vida. Orfelina hubiera preferido que su don fuera otro, que fuera, por ejemplo, coser a máquina. La máquina hace casi todo el trabajo y no hay que estar pasando calores, ni esperando un rato para bañarse. Pero cada persona tiene un don en la vida, la señora de la casa lo había dicho. A Orfelina nadie le encontró nunca un

don. Quizás los dones andan sueltos por el aire, esperando que alguien los atrape, los reparta, les asigne un dueño. Tantos dones y le viene a tocar justo ese.

La niña de la casa juega en el patio. Sentada sobre la hierba juega, con su bata de mil vuelos juega. La niña no sabe que la hierba mancha, que se pasa mucho trabajo para sacar ese color verde-amarillo de la bata. Habrá que echarle limón y ponerlo al sol, dar puño con cuidado de no romper la tela, con cuidado, pero mucho. La niña no sabe esas cosas. Es muy pequeña la niña. Quizás todavía no tenga un don. Quizás su don sea el de ensuciar la ropa. Orfelina tiene ganas de decirlo, de enlazar a la niña con el don. Mira a la señora de la casa, toma aire para decir la frase, pero no la dice. No le pagan para que ande atrapando dones y dándoselos a la familia. La familia no necesita esos favores. Da rabia ver a la niña manchando la ropa, pero la niña no tiene la culpa, es muy pequeña.

Bonitos los muebles, bonitas las cortinas, bonitos los retratos. Lo que más le gusta a Orfelina de aquella casa son los retratos, la gente pequeñita, presa en los cristales que cuelgan de la pared. Se le van los minutos viendo joven a la señora. Bonita la señora, entonces señorita. Con cada retrato la señora se estira, se ensancha, se endurece. La señora se parece muy poco a la señorita. Parece mentira que sea la misma. No es la misma. Eso es lo que tienen los retratos. La gente se cree que los de los retratos son ellos, pero no lo son.

Orfelina mira los retratos, de pie junto a la puerta, los mira. Nadie le dijo que pasara y se pusiera cómoda. Esos formalismos no hacen falta. La señora volverá enseguida, fue a llevar la ropa limpia y a traer la sucia. La ropa nunca acaba. Por suerte nunca acaba, por suerte tienen dinero para pagar. Dinero que alimentará a la madre de Orfelina. Todos los hijos han hecho su vida fuera de la casa. Todos se han ido dejándola en la miseria. Vienen de vez en cuando con unas yucas, un pedazo de carne, un puñado de arroz. Los hijos piensan que eso alcanza. Después de que el padre murió nada alcanza. Para colmo los años le cayeron encima. A Orfelina le da lástima ver a la madre aplastada por la edad. Ver que las manos de la madre ya no responden como antes, tiemblan. Es difícil enhebrar una aguja con ese tembleque de las manos.

Hace unos años la madre cosía para la calle. Sabía hacer de todo. Las canastillas más lindas que se habían visto por aquella zona. Bordados preciosos. Una artista de la aguja. La madre tenía un don, todavía debe tenerlo, pero los ojos ya no la acompañan, ni las manos. Da pena mirar a la madre así, triste, lejos de sus agujas, aplastada por el peso de la edad, o aplastada por el peso del don. Quién sabe. Un don tan grande debe ser muy difícil de llevar a medida que los años inflaman las rodillas.

El dinero está completo. No hace falta contar. Basta con meterlo en el escote. Discreto el escote. Discreta Orfelina. A la señora le da lástima la muchacha. Hay gente que pasa mucho trabajo en la vida. Tan joven y mira lo que hace para comer. Por suerte la niña nunca tendrá que lavar para la calle. No se le pondrán las manos reseca del agua y el jabón. La niña nunca será Orfelina. Está a mucha distancia de serlo. Años de distancia. Siete. Ocho. Diez. No llega a diez años. ¿Cómo será la niña dentro de diez años? ¿Cómo será Orfelina? Para Orfelina el tiempo pasará más rápido. Diez años serán como diez vidas. Le habrá cambiado la voz. Estará casada, con hijos. Estará gorda. Estará vieja. Le dolerá la cintura, las piernas, la cabeza, la vida. Y tendrá que seguir. Lavar, almidonar, planchar. No sabe hacer otra cosa. Esta es la edad de aprender todo de la vida, de aprender y pintarse los labios, salir con las amigas, estrenar un vestido, antes de que un hombre la mire a los ojos y le ponga todos los pelos de punta. Es la edad de aprender, la edad es esta y no hace más que lavar, almidonar, planchar. Presa del don que atrapó la señora.

A la señora le da lástima la muchacha. Le ha visto las manos laceradas por el agua. Suavidad del agua, suavidad del jabón, suavidad de las telas. Cosas de apariencia inocua. Quemaduras del roce sobre la piel vulnerable. Dedos manchados de espuma. Algo tan inconsistente como la espuma le ha manchado los dedos. Quizás Orfelina es más frágil de lo que parece. Orfelina, hecha de burbujas para circundar a la madre, para mantenerla a salvo del mundo. Hay quien no se merece los hijos que tiene. Eso piensa la señora. Siempre le dijeron que es

malo sentir lástima de la gente, pero no puede evitarlo. Aunque le busque un nombre distinto, el sentimiento es ese y no otro.

Mira, Orfelina, esto es para ti. Eso dice la señora y se ponen grandes los ojos de Orfelina, asustados, nerviosos. La muchacha no sabe qué hacer, no cree lo que está pasando. La señora sonrío, piensa que hizo bien en no botarlo. Estuvo a punto de hacerlo varias veces, pero no lo hizo. Siempre lo dejó para después. Hay recuerdos difíciles de lanzar a la basura.

Sobre el pecho, el encaje ha adquirido una tonalidad amarilla, y en medio de la saya, puede que también en otros lugares. El tiempo y su costumbre insana de marcar todo lo que encuentra. En la pared cuelga un retrato donde el vestido es blanco, donde la señora es la señorita. Puede que la señora haya tenido alguna vez la edad de Orfelina, puede que el vestido le sirva a Orfelina. Todas esas manchas se le caen. La señora, que no sabe nada de manchas, lo dice, se le caen si se lava bien. Orfelina no sabe qué decir. La lengua se le ha trabado. Los ojos se humedecen. No puedo aceptarlo, eso dice la muchacha y la señora replica. Claro que puedes, yo te lo estoy regalando.

Desde la puerta de la casa, la señora ve alejarse a Orfelina. Ingrávida. Feliz. La cesta de ropa sucia no le pesa. Solo el peso del don que carga evita que levante el vuelo por esos caminos. Cuántas ganas de llegar. Probárselo delante del espejo. Se verá linda de blanco. A nadie le queda mal el blanco. Eso piensa la señora y vuelve la mirada hacia el retrato en la pared donde ella y el vestido no son los de ahora. Recuerdos muy antiguos duermen en el vestido, es difícil ver que se alejan en los brazos de una muchacha lavandera. Pobre muchacha. Seguro se asusta cuando se vea a sí misma disfrazada de mujer. Debería asustarse. Tiene esa edad donde todo está a punto de ocurrir.

Queda ya muy poco de Orfelina en el camino. La señora la sigue con los ojos hasta que la muchacha desaparece. Desaparecer es algo natural. Más tarde o más temprano siempre ocurre. Todos lo saben excepto la señorita del vestido blanco en el retrato. Muchacha bonita, tiene unos años más que Orfelina. La señora mira a la señorita y quiere decirle que todo está a punto de ocurrir, que lo

mejor sería desaparecer, desaparecer es algo natural. La señora podría decirlo, pero le da lástima quebrar la sonrisa de la muchacha en el retrato.

Verde-amarillos los vuelos de la bata, pero la niña no tiene la culpa, es muy pequeña la niña. Se le puede perdonar todo, basta con que se ría. Todo se estremece cuando ríe, los muebles, las cortinas, los retratos, incluso la gente pequeñita en los retratos. La niña es la alegría de la casa. La señora lo sabe, por eso ríe con ella, la carga y le da un beso, dos, tres, todos los besos que le quedan son para la niña. Mi niña. Ojalá fuera más grande. Diez años más grande. Ojalá pudiera hablar con ella de ciertas cosas. Pero la niña es muy pequeña. No es justo pedir que las edades pasen más rápido. Ya habrá tiempo de crecer. Crecer es algo natural.

Los dedos entran al arroz, revuelven los granos, tratan de alcanzar la semilla que se escabulle risueña, que se burla de los ojos gastados y de las manos temblorosas. Es la segunda vez que se escabulle. La madre de Orfelina está perdiendo la paciencia. Las gallinas se acercan a contemplar la escena. Tercer intento. Persecución. Dedos que buscan y no encuentran, dedos temblorosos. Escape. Me caso en diez. Las gallinas observan. La madre lanza un puñado al patio y ve a las aves de corral avanzar ligeras, ingravidas, contentas por un puñado sucio que contiene una semilla burlona. Batir de alas y de sonidos. Apetito voraz. El hambre no deja tiempo para analizar las cosas. Las gallinas se contentan con poco.

La voz de Orfelina la delata, está feliz. La madre observa y no dice nada. Siempre tuvo la ilusión de ver a la muchacha vestida de encajes blancos. Sueño recurrente. Cosas que se imaginan, pero nunca se cumplen. Ideas lindas para sobrevivir a los tiempos difíciles. Tantas veces se paseó una Orfelina invisible entre la madre y el espejo. Era una sensación placentera, muy distinta a la que siente ahora. Debería estar feliz, pero no lo está. El sentimiento es otro. Que no se dé cuenta Orfelina. Que no advierta la humillación en los ojos de la madre, los mismos ojos que ya no la acompañan. Ojalá se le caigan las manchas a la tela. Es difícil aplacar los

estragos del tiempo. Habrá que cogerle algunas pinzas, zurcir los pequeños agujeros que han dejado las trazas, para que no se deshile. La tela está podrida.

Tanto dinero y mira lo que le viene a dar. Eso piensa la madre. Hay que dar las gracias a la señora por cubrir a Orfelina de encajes podridos. Que no se dé cuenta Orfelina de la rabia. No tiene derecho la madre a robarle esa sonrisa frente al espejo.

**Martha Acosta Álvarez** (1991). Ingeniera en Ciencias Informáticas, narradora y poeta. Miembro de la AHS. Egresada del Centro Onelio Jorge Cardoso. Ha obtenido, entre otros, los premios Iberoamericano de Cuento Julio Cortázar 2018, Novelas de Gavetas Franz Kafka 2018, Celestino del Cuento 2018, Dador de Narrativa 2017, Calendario de Narrativa 2017 y Pinos Nuevos de Narrativa 2016. Ha publicados los libros *La periferia* (2018), novela, Editorial FRA; *Paraísos perdidos* (2018) cuento, Casa Editora Abril; *Distintas formas de habitar un cuerpo* (2018) poesía, Ediciones La Luz; y *Pájaros azules* (2016) cuento, Letras Cubanas.

## **Genealogía de la felicidad**

Confieso no ser asidua lectora de textos que llevan en su título nombres antiguos, nombres de abuelas, nombres de mujeres que no conozco ni conoceré. Da la sensación de ser espía, *voyeur* asomada a los ojos de la realidad, a la cerradura de un estado de ánimo. Es mi cobardía escritural, cobardía de estados de ánimos. Con “Orfelina”, Martha Acosta Álvarez me convenció de la necesidad de romper el equilibrio, la promesa —nunca dicha— de no leer cuentos cuyos títulos llevan nombres de mujeres. Y fue una buena decisión.

Es este un texto —tratado sobre la genealogía femenina, sobre los intrínquilis del alma humana, el alma humana, mujer. Desde la focalización psicológica y la



transición de los sentimientos de los personajes a través de un carrusel de emociones, la autora encuentra motivo para mostrar la multiplicidad de puntos de vista, cuyo único eje común es la mujer.

No es este un texto semiótico sobre la fémina salvadora del destino, sobre la heroína que enfrenta la adversidad, ¿o tal vez sí?, ¿es posible equivocarse, errar tan profundamente en la lectura?, ¿es Orfelina, la Madre, la Señora, bestias heroicas de una pasividad que incluso se percibe como ganancia? Quizás. O no. Es ese estado latente —el minuto próximo y desconocido, lo que está por suceder a la vuelta de la esquina— lo que marca la posibilidad de los personajes y teje sus nexos con el mundo ya no a través de un manuscrito encontrado debajo de una pila de ropas sucias, sino en el punto de quiebre, de ruptura necesaria, el tránsito entre el nacimiento, la muerte y la resurrección de una esperanza que es plural.

Algunos cultos en el Neolítico Superior adoraban a la mujer como Diosa, imaginaban la trinidad de rostros femeninos como caras de una realidad. Las estatuillas de la Joven mártir, la Madre mártir, la Señora mártir no son aquí triplo unánime para una adoración del lector, sino espacios de tiempo y circunstancias, bucles circulares que se encuentran y se cierran sobre sí mismos gracias a la habilidad de la escritura, de la palabra rítmica, muchas veces repetida, asunción poética. No hay gratuidades en esta autora ni en este cuento. Tal vez solo el título, que sigue cerrándose su puerta pero que es también parte del imaginario cerrado de un rostro y un estado del alma: ¿el de la autora transformada en personaje?, ¿el de Orfelina transformada en creadora?, ¿el de la mujer como ideal colectivo?

Advierto desde ahora que la búsqueda de esas respuestas no será fácil, pero que una vez abierto el límite que marca el tránsito del título a las primeras letras de este cuento, cierta madeja de posibilidades se extenderá desde el ojo avizor del que lee hasta el alma avizora de quien siente.

## Perdón

Yo nací en el barrio equivocado. Y en un año de inmensas promesas.

Me paseé por los muslos de mis tíos, hundiendo el dedo en sus vasos tallados de ron de tienda. Yo iba a ser como mis tíos. Lo que pasa es que algo se rompió.

Luego mi padre, temeroso, me colgó un saco de boxeo en el patio. Yo iba a ser boxeador. Lo que pasa es que mi primo siempre me ganaba. Ahí me entró el miedo, de repente. Un miedo insoportable a mi primo y a los golpes, que nunca confesé.

¿Cómo se confiesa algo así?

Uno baila aquí.

Y pelea.

Y es guapo.

Y se faja.

Uno no es un señorito aquí.

Y yo era como un señorito. Hembra.

Y uno no es hembra en esta tierra de generales. De todos modos, aguanté un poco. Hasta los doce o trece años aguanté. Con el ceño fruncido y piedras en las manos.

Casi desbarataba las piedras con las piedras de mis manos.

Sobreviví, sí; pero lloraba por las noches en una almohada de lona guerrillera.

Lloraba y escribía poesía. Los mostré a la gente, temeroso también, como mi padre, y aquellos trazos, incomprensibles hasta para mí, terminaron por demostrar que las becas no son para todo el mundo.

“Solo uno sirve. Ese canto al fusil”.

Y en las prácticas de tiro siempre acertaba con rabia en el blanco lejano, a doscientos metros. Hubiera podido quedarme allí, lejano, donde era bueno, pero imágenes antiguas venían tormentosas y me sacaban otra cuartilla, y otra, y otra más.

Ya no enseñaba ninguna.

Quería la lástima.

Y el consuelo.

La comprensión.

El perdón.

Quería la lástima.

Frente al espejo admiraba mi belleza. Me animaba la sensación de ser casi perfecto, solo para mí; sin embargo, mi destino era otro.

Un rostro con cicatrices.

Cara de delincuente.

Es mejor ser un delincuente que una hembra.

Existen hembras, pero existen hembras temibles.

Por momentos parecía que dentro de algunos años alguien iba a temerme. Y luego le diría que no era para tanto. Que también escribía sobre mi primo. Sobre mis tíos. Sobre la bolita y los gallos y las espuelas de gavilán.

Que lloraba sin consuelo y sin esperanza también.

La esperanza es para los hombres de verdad.

En el retrovisor de un camión militar buscaba mi barba, que no acababa de nacer. Y las primeras cicatrices vinieron cuando intenté desenterrar mi barba.

Entonces llegó la compañía. Por primera vez estaba feo y acompañado. Por todo tipo de felices, de normales.

Militarcitos.

Cientifiquitos.

Hombrecitos de pequeños discursos en los matutinos.

Iba de fiesta en fiesta y de propuesta en propuesta, mientras el tiempo se me agotaba.

Pero podía ser un ensayo aquello.

Alguien así merece un ensayo occidental.

Y un bastón.

Y una pajarilla.

Allá.

Allá puede ser que me entiendan.

Luego de allá venían y alzaban la mano para estar de acuerdo. Eran señoritos perdonados, lastimosos señoritos. Con toneladas de consuelo mal pagado. Esto es el paraíso de lo nuevo.

El hombre nuevo. Que no entiende de la noche. La noche es para dormir. Si bailas de noche eres tan culpable como el que de noche escribe. No se puede apoyar la rodilla ni para escribir.

Sin embargo, mis rodillas buscaban el suelo para todas las cosas.

En tiempo de olimpiadas observaba gente dedicada al deporte.

Y en otros tiempos gente que siembra.

Que habla.

Que sigue.

No sé si además lloran, pero debe ser que no. Los que siguen no lloran, porque siguen. Tienen a quién seguir. Y yo que no encuentro y que me muero...

En las profundidades descubrí bandos de cincuenta años, enfrentados en congresos completamente inocentes.

Vómitos y diarreas.

Miedo.

Tribunas. Juicios tontos.

Volví a mi tierra a seguir a los que siguen. Pregunté, pero todo era un secreto.

Yo no sé, yo lo hago así. Hay cosas que tú no sabes. Decídetes, no hay ayuda.

La ayuda siempre llega si te decides por la primera letra y el primer número.

Una línea.

Una línea muy fina entre la desaparición y el seguimiento.

Una línea que florece en enero, o en abril, o en julio, pero ya. Ahora mismo en el mapa y en el almanaque yo no aparezco como algo trascendente.

Y mientras mis tíos morían, mi primo se convertía en tío; con línea y jardín y saco de boxeo. Yo te puedo ayudar, pero suelta la cadena. Y suelta el mono.

No escribas más mierdas.

Tienes una hija.

Siento su lástima; pero le digo que lloro por alguna efeméride sin importancia.

Llegó la lástima. Un clavo caliente. Una camada de perros a la cual pertenecer.

Echamos un topecito; mi primo me destroza el rostro. Se ha encontrado a un señorito, pero le sonrío miedoso mientras le digo que nunca fui bueno en esto.

Que soy malo.

Que tiene mucha suerte de ser así.

Que lo envidio.

Entonces me perdona. Solo así me perdona

**Manuel Roblejo Proenza.** Poeta y narrador cubano, nacido en Bayamo, Cuba, en 1982. Es graduado de Ingeniería en Telecomunicaciones y Electrónica en la Universidad de Oriente, en el año 2006. Ha sido merecedor, entre otros, del Premio Relatos Asombrosos, Argentina, 2016; Premio de Literatura Félix Pita Rodríguez, 2017; Premio de Literatura Emilio Ballagas, 2018; y del Premio Gregorio Samsa de Novela Breve, España, 2019.

## Los óleos del perdón

“Perdón”, la breve pieza narrativa de Manuel Roblejo Proenza, bien podría calificarse como monólogo o cualquier otra forma textual dramática —quizás basada en lo testimonial o en el texto documental— que se base en la exploración cinética de una sinestesia construida a manera de relato. Insisto en que la base teatral monologada de esta obra no forma parte de una arquitectura *ad libitum*, sino que es cimiento del edificio escritural, argamasa y cúpula. A medio camino entre la dramaturgia y la narrativa, “Perdón” reutiliza (recicla) algunas buenas maneras de lo teatral, en esa mezcla que es tan recurrente en algunas historias contemporáneas.

Merece un renglón aparte el uso constante del “Yo”. Como afirmación. Como recurso. Como cadencia verbal repetitiva. Como esencia del personaje que constantemente requiere una tabla (de salvamento) en la cual apoyar su historia y su discurso. “Perdón” indaga en esas construcciones sociales y familiares que estigmatizan a la figura masculina. Va más allá. No se conforma con eso ni con la construcción genealógica de un árbol que podría explicar por qué un hombre se siente hembra en “tierra de generales”. Y está bien que así sea. Es correcto que el autor elija ese molde —lleno de algunas imágenes narrativas muy bien logradas— para su historia.

No es tan convincente —desde mi punto de vista— que el relato solo se concentre en la exploración relativamente lineal de sentimientos y acontecimientos, en ese

“Yo” que una y otra vez se reafirma y reaparece como cláusula para el abordaje de la narrativa. ¿Es aquí hándicap lo teatral? ¿Lastre? De manera inicial, sería demasiado afirmar que sí. No me atrevería a tanto, pues es bien visto que la historia funciona, que tiene sus resortes y mecanismos colocados en puntos álgidos y esenciales del discurso. Sin embargo, ¿solo discurso?, ¿la acción verbalizada y solo eso?, ¿el recuento monologado del recuerdo? Un poco más no habría sido malgastado en canvas sin óleos, o tela sin puntada.

Existen tela y canvas. Pero falta el material que cubra sus puntas.

Los largos saltos narrativos —más largos aún se perciben, quizás, por la brevedad del texto— nos remontan a una escritura que tiene mucho de trepidante pero que aún carece del equilibrio para dosificar la violencia del ritmo con la manera — muchas veces poética— del discurso.

Sin embargo, sí es meritorio destacar cómo el escritor trabaja al doble. La contraposición entre la criatura que es el personaje y la criatura que desea ser, es la dicotomía vital que enriquece la historia. Esta comparación —su reborde filoso— es la mayor riqueza que el autor logra. Eso, y ciertos momentos narrativos de una solidez sin quiebra: instantes en los que solo una oración o una frase constituyen y articulan el universo de la historia.

El perdón es más que *leitmotiv* narrativo. Es su raíz más esencial. Esencial en el sentido de que conforma las dinámicas de relaciones entre los personajes, también entre el protagonista y su contexto externo e interno. Finalmente, el perdón es la nebulosa que penetra en la dicotomía de ser y desear de ese hombre que escribe mientras sueña cicatrices. Es la justificación. La arquitectura. El decorado. Los esenciales óleos que, quizás, han aparecido para demostrar que no todo necesita ser dicho.

## Pura física

En los ratos libres lleva a Ezequiel a su casa y le enseña los trofeos. En la sala, cualquier superficie está llena de piezas que ha recuperado íntegras. Palancas, espejos retrovisores, cascos, focos que no tuvieron tiempo de romperse. También hay una infinidad de arandelas, tornillos y pequeñas partes que debieron ser importantísimas en su momento, pero ahora no sirven de nada. Con cada una, la tarjeta: fecha y hora en que las recogió. Ezequiel está impresionado con la cercanía de muchas de las fechas. Es la casa, le revela ella. Localización, localización, localización, como dicen los americanos. Una zona peligrosa, la intersección de dos calles inclinadas, dos inconfundibles lomas santiagueras, de mucho tránsito. Cuatro esquinas que dan al mar, siempre llenas de brujería. No sabe si eso influye, pero parece que sí.

En el primer cuarto, por otra parte, están las fotos. El primer cuarto es otra cosa: lo de la sala puede pasar, y pasa, como una colección atípica. Algo morbosa, pero inofensiva. Y sin embargo todo había empezado por las fotos. Como un mero ejercicio documental, en vistas a un trabajo periodístico, extenso y profundo, más adelante. Iba a ser una denuncia de las escenas que llevaba veintiún años viendo casi a diario. Quizás consiguiera hacer que todo parara.

Así cada vez que escuchaba el frenazo, se ponía en alerta esperando el golpe. Si no llegaba, la culpable desilusión, la rabia del niño al que le prometen juguete nuevo y se lo niegan después. Y mientras más fotos reunía, menos pensaba en el trabajo revelador que detendría todo. ¿Por qué debía parar? ¿Por qué perder la sensación de esperar y *sentir* el golpe, con una mano en la cámara y la otra en la puerta, lista para la lucha? Y las fotos. Oh, las fotos. Había que verlas, organizadas por fecha y día, como era de esperarse. Sujetas alrededor de la cama con hilos de pescar. Su propia tendedera del desastre.

Dos accidentes jamás suenan igual, le explica a Ezequiel. Son como las huellas digitales. Unos vienen con frenazo previo, otros no. Si son dos autos, primero se escucha el estrépito del hierro golpeando hierro. No importa si son americanos



viejos o de los modernos, casi plásticos. O una mezcla de ambos. Cada choque tiene su sonido. Y siempre es una sinfonía llena de matices. Aprendió a distinguir, junto al primer golpe, el romperse de los vidrios. Un parabrisas no se oía igual que un foco, y era incomprendible cómo no se daba cuenta antes. Después, algún carro que se desequilibró termina de volcarse, o vuelve a su posición inicial sobre sus cuatro ruedas. El toque maestro puede ser un claxon que se quedó pegado y da la nota final, cuando todo lo demás hizo silencio. Entonces le toca a los curiosos y los gritos. Los heridos chillando desesperadamente, los vecinos pidiendo un transporte para el hospital o dando instrucciones, las peleas entre los testigos que juran tal o mas cual cosa, pero ninguno habla frente a la policía. Ella reconoce, con su vista experta, a los dos o tres que sacan el celular o la cámara. Todos, sin excepción, hacen de aquello el suceso del día.

Ezequiel casi siente la pasión del choque. Ella aprovecha para señalar otras fotos. Algunas paredes derrumbadas, postes torcidos, raíles de línea arrancados de cuajo en su misión de proteger las casas. ¿Y eso?, pregunta él. *Eso es la tercera ley de Newton*, responde la muchacha. Cuando los carros chocan y deciden generar una fuerza contraria y estrellarse, a su vez, contra alguna casa. Un segundo y a veces hasta un tercer gran golpe. La gente se pone aún más gritona. A nadie le gusta despertarse con un carro parqueado en su sala.

Aunque tiene que admitir que sus favoritos son los que involucran motos. Casi todos, últimamente. Ella los reconoce de lejos porque hacen menos ruido. No hay tanto hierro que golpear, sí más carne; así que el ruido es casi apagado o con un tono más agudo. Las motos siempre quedan peor. Los motoristas y sus pasajeros siempre quedan peor. El vehículo para sorpresivamente y el conductor, que ni se entera, sale disparado con la misma velocidad que llevaba antes del golpe. Maravilloso. Y para las fotos, los mejores accidentes.

Pero hay algo que no está bien. Ella le muestra una serie de tomas muy buenas: las víctimas, rodeadas, levantadas por la multitud. Remetidas dentro de algún auto. Y las caras de la gente. Pero otras, las más, son apenas una mancha de sangre en el piso; un casco y una chancletas abandonadas; un charco escarlata

donde con mucho zoom e imaginación aquello blanco *podiera ser* un diente, un hueso o, quien sabe, incluso algo de masa encefálica. Más nada.

Le faltan los heridos en su estado puro. Tendidos en el piso, impolutos, sin que se manche la inocencia de su caída por la curiosidad del vulgo. El cuerpo de un hombre al caer a metros de su vehículo. Desplazamiento, velocidad, rozamiento, fuerza. El ángulo antinatural y poético de un brazo dislocado. La cabeza, milagrosamente detenida a milímetros de la piedra que pudo ser fatal. Y, sobre todo, sus rostros. Ella quiere fotografiar el miedo, el aturdimiento o la inconciencia simple y franca. *Necesita* llegar a tiempo. Aquello le falta, lo quiere, y Ezequiel puede dárselo.

De cierta manera, se lo debe. Él tiene su propia colección, que únicamente ella conoce. ¿Acaso Ezequiel no recuerda los gigas y gigas de la pornografía más perturbadora, los cientos de fantasías inverosímiles de tan morbosas que guarda bajo siete llaves, en ese disco duro inaccesible? Y ella lo sabe, y las acepta, y las comparte. Ezequiel *sabe* que nadie más se sentará con él a ver aquello, y lo irá comentando con voz calmada. Nadie que no sea ella le dirá que si según la psicología de tal personaje, o que si tal fallo dramático, porque ninguna otra lo verá como cine, arte, entretenimiento. Solo ella. ¿Y qué diría el jefe si se enterase del *hobby* de su hombre de confianza? El jefe, tan cristiano y mojigato...

Entonces, claro, solo le queda aceptar. Y él toma el espejo y se para en la puerta, con calma. A recordar el juego de la primaria de reflejar con el reloj. Las clases de óptica del pre. Solo ellos saben las cosas que puede hacerle un reflejo a los ojos de un chofer. Las maravillas de la física. Y mientras, ella estará ahí, al frente, cámara en mano, esperando el golpe.

**María de Jesús Chávez Vilorio.** Estudiante de Periodismo en la Universidad de Oriente. Egresada del Curso de Formación de Escritores Centro Onelio Jorge Cardoso, en el año 2016. Con este texto, abandona la condición de autora inédita.

## **El testigo siempre tiene la razón**

Descubrir —en la historia de una autora apenas conocida— a los hermosos monstruos que pueblan el mundo de la narrativa, es siempre un privilegio. No solo por el carácter de revelado, casi epifanía, que tiene todo acto de descubrimiento, sino también porque detrás de un texto corto puede hallarse la perla de un escritor con algo por contar (asunto este cada vez más escaso en los tiempos que corren). Como texto iniciático, puede que el lenguaje no acompañe a la forma de una obra tan versátil, pero lo verdaderamente importante —por favor, no entremos en debates sobre la archiconocida lucha de importancia entre contenido y forma: soslayemos— es la aparición de una voz joven, con cierta frescura de imágenes y la dualidad exquisita de sus personajes.

En el trasfondo de la historia, subyace una parafilia o tal vez la suma combinada de varias: quizás sea este el eje fundamental que arroje zonas de luz sobre una historia que no obedece principios de la física, sino que contradice su título para marchar hacia las teorías del alma humana torcida en su propio nudo. Solo que aquí no hay necesidad de cortar un nudo gordiano, ni siquiera intentarlo. Se pide al lector solo que sea observador (pasivo) de la historia y contemple el revelado de la foto de una catástrofe en la que participa, si duda hubiese, un fuerte componente de lo erótico.

Existe, acaso, cierto hálito de terror en la síntesis de esta historia, ya de por sí breve, que no convierte al cuento en un tratado del género, sino que otorga la potestad suficiente como para dibujar personajes que sí cargan con el peso de la monstruosidad. Son ellos, junto al escenario del texto —con fuertes influencias de lo cinematográfico— el máximo logro de la autora. Ciertos breves regodeos en la parafernalia grotesca de los accidentes, concede sin dudas un aire de verosimilitud al hecho narrado.

Existen historias que se viven barranco abajo, sin frenos ni cinturón de seguridad. Al lector le queda siempre la posibilidad de tomar la foto. Ser el causante de la catástrofe u observar desde el techo, ente pasivo de toda la acción, cómo el

mundo de los muertos arroja su manto sobre la tierra. Quién dice que no es esta una historia que merezca ser contada. Sí lo es. Cuestión de pura física.

## El encargo

Despiertas sobresaltado, lleno de dolor, con las sábanas mojadas. Entonces recuerdas que es el sueño de siempre, donde sales corriendo por un callejón y sangras de una herida en el hombro. Sin armas para defenderte. Cruzas la calle sin mirar los autos y te lanzas por la entrada de un restaurante momentos antes de que tres disparos mellen la puerta principal, la misma por la que acabas de salir volando hacia el otro lado. Caes delante de la rubia del traje rojo, imponente con su cuerpo, su pelo. Te quedas babeado, sin quitarle la vista a sus piernas difíciles. Te levantas atropellándole los zapatos. Echas una ojeada a la calle y la encuentras vacía, demasiado sospechosa.

La rubia extiende su mano y la tomas, comienzas a sentir una erección que los pantalones no van a resistir. La acompañas desconfiado, hay tres tipos cayéndote atrás por un motivo que no conoces. Te arrastra hacia lo que parece ser la bodega del restaurante, no logras entender, ni siquiera cuando te besa mientras se acomoda en un barril con las piernas abiertas que tus manos sudadas, temblorosas, tratan de tocar. No lleva ropa interior.

Disparos y gritos estallan en el salón cuando ya los dedos se inundan de humedad. La miras con ojos de bestia asustada, aguantando las ganas de morderla y vuelves a correr.

Entras por una puerta que nunca has visto y de nuevo en la calle. Subes las escaleras de un edificio donde en las noches de domingo hay un departamento que siempre tiene la luz encendida. Llegas y no te da tiempo a abrir la puerta, los extraños ya estaban esperándote. Disparan desesperados por el odio y caes con el cuerpo adolorido, baleado. Sientes que una mano cercana palpa la frialdad de tus huesos, pero...

Despiertas sobresaltado, lleno de dolor, con las sábanas mojadas. Dejas caer los pies en la frialdad del suelo, te levantas, caminas descalzo por la habitación y prendes la radio por esa obscena manía de esperar alguna noticia. Vas hasta la cocina a preparar café, y mientras se esfuma de la cabeza esa pesadilla de la que eres víctima hace algún tiempo, recuerdas que hoy llega el encargo que pediste

en aquella tienda de juguetes. Esa tienda que desde entonces te ha hecho saber que estás lejos de tu tierra.

La señora que atendía aquella mañana preguntó si te sucedía algo, y le dijiste que no, sin mirarla, sin percibir el perfume que llevaba puesto. Escribiste los datos de tu encargo en un papel que revisaste mil veces para no perder ningún detalle. Te aseguraste de que podían cumplir con lo que pedías y esperaste con mucha paciencia.

Hoy en la cancha va a rodar el balón, las gradas repletas, los cánticos, y tú aquí de suplente. No podías cambiar el turno de trabajo sin antes tener que aguantar la rabieta de tu jefe. El encargo debe llegar antes de irte a trabajar, así que estiras las piernas y sacudes los huesos. Escuchas en la radio que en el norte de Japón hubo un terremoto, pero no percibes los detalles, al fin de cuentas no estás allá, debajo de las piedras con el cuerpo destrozado, esa no fue la realidad que te tocó vivir. Terminas el café tratando de imaginar la emoción que sentirás cuando abras el paquete. Reunirte con tus amigos es la única ilusión que has tenido desde que llegaste a este país, eso y el fútbol. Una pasión que no viste llegar. De buenas a primeras te encontraste en el bar de la esquina viendo los partidos junto a los demás, llorando las derrotas. Sí, porque descubriste que la única manera en la que ibas a disfrutar del fútbol en toda su esencia, era sufriendo. Y justo ahora que el equipo te necesita, que tiene posibilidades de ganar la liga, debes irte a trabajar. Tu situación ya no tiene arreglo, así que te vas al baño a cepillarte los dientes. Examinas tu sonrisa y notas que se ha desdibujado un poco, pero estás seguro que cuando aparezcan tus amigos por esa puerta, las cosas van a cambiar. En realidad los extrañas mucho. Hace más de un año que saliste de Cuba para llegar acá.

Te queda muy poco tiempo antes de irte a trabajar. Así que vas al armario y encuentras una camada de trajes, todos oscuros. Los observas con seriedad y al final coges cualquiera. Te cambias despacio, sin notar la gran diferencia que existe entre un traje Armani y tu uniforme de guardia de seguridad.

En la cancha, el juego ya debe haber comenzado. Tienes ganas de encender la radio, pero hace tiempo juraste que cuando no pudieras ir a la cancha, bajo

ninguna circunstancia ibas a conocer el resultado hasta que repitieran el partido en la televisión. Para vivirlo como si fuera en vivo, para llorar cuando las cámaras enfocaran a la hinchada desbordada en el graderío, y gritarle “culero” al árbitro.

Te pones la camisa. La abrochas hasta el final. Lo piensas varios segundos y la desabotonas lo suficiente para que se vea la camiseta azul y amarilla. La del club que aprendiste a amar desde que llegaste.

Miras el reloj de la pared, sabes que estás atrasado y el encargo que pediste aún no llega. No puedes seguir esperando por más tiempo. Quieres aguantar unos minutos por si tus amigos llegan antes de irte a trabajar, pero no puedes con la desesperación, ni con ese reloj que está a punto de convertirse en una mina antipersonal a medida que avanzan las manecillas. Te cagas en la madre de la encargada de la tienda, ella te había asegurado que el encargo iba a llegar temprano, que tus amigos estarían plásticos y sonrientes en la puerta de tu casa para recordarte desde ese momento, aquellos tiempos cuando estabas en Cuba y todo era difícil.

No vas a esperar más. A menos que quieras quedarte en el paro, tienes que salir corriendo para el trabajo. Ya se te hizo tarde y no podrás ver a tus amigos. Ese encargo que tuviste que pagar a plazos, con negocios inventados y personas peligrosas. Lo único que sabes es que vale la pena. Por eso cierras la puerta y sales de la casa.

La calle está vacía. Las tiendas tienen colgados en sus vidrieras los carteles: “Estamos para la cancha. Hoy ruge la 12...”. Caminas apurado. De vez en cuando te llega el sonido lejano de la transmisión del partido, pero no logras escuchar bien. Te quedan pocos minutos. Tu jefe no va a perdonar esta tardanza. Comienzas a correr. Una, dos, tres, cuatro cuerdas. Tienes demasiadas cosas en la cabeza y no te has dado cuenta en medio de tu desespero, de que el camino por donde estás corriendo, no es el mismo de siempre. Hasta que llegas a una calle que solo existe en ese sueño que te ha estado estremeciendo todos los días, y sientes un escalofrío que te recorre el cuerpo, como si fuera un camión despachurrándote las piernas.

Aprietas el paso y no quieres mirar atrás, sabes por culpa de ese sueño de mierda, que hay tres tipos vestidos de negro, con gafas oscuras, persiguiéndote. Quieren acabar con esa pequeña llama que a veces no cabe en tu pecho. Entrás al restaurante apurado por los disparos. Pasas de largo a la rubia del traje rojo que siempre te espera con las piernas abiertas.

Tú solo quieres correr, abrazar a esos amigos que extrañas hasta para ir a orinar, y llegar al trabajo. Pero las circunstancias no lo permiten, porque la vida vuelve a ponerte en la entrada de ese maldito edificio. La única salida posible. Y todo sucede otra vez. Los tres tipos disparan antes de que abras la puerta. Caes. Entonces vuelves a sentir una mano fría que entra en tu carne, que te quema por dentro y te retuerces mientras...

Despiertas sobresaltado, lleno de dolor, con las sábanas mojadas. Solo que ahora, mientras aguantas la esquizofrenia con que suena el despertador, entre las lágrimas, el sudor y el semen derramado, recuerdas que es el sueño de siempre, y después de que este se disipa, también recuerdas que hoy llegan tus amigos con el encargo que pediste unas semanas atrás en aquella tienda de juguetes.

**Ariel Maceo Téllez.** Poeta, narrador, fotógrafo *freelance*. Egresado del Centro de Formación Literaria Onelio Jorge Cardoso, de La Habana. Miembro de la Asociación Hermanos Saíz (AHS). Ha publicado poemas, cuentos y fotos en los sitios y revistas *digitales Letralia, Revista Negra, Isleada, Literatosis, FullFrame, Cráneo de Pangea, Quinque, Todo Cuba*, etc. Entre sus reconocimientos se encuentran: segundo premio de poesía y segundo premio de narrativa en encuentro de talleres literarios de la Habana, 2009. Su primer libro de poesía *Último cumpleaños* salió publicado por la editorial argentina Bruma Ediciones. Su libro de poesía *¿Sabes quiénes son los monstruos?* fue publicado por la colección Guantanamera, de la editorial Samarcanda, en España.



## Un lazo para el dios de las pequeñas cosas

Despiertas como cada mañana sin saber que has caído en el bucle, en el *loop* de una historia que te acribilla. No es el balazo definitivo, pero sí tienes ventaja porque dibujan para ti un escenario de película. Te provoca la mirada inquisitiva que el autor dirige a los elementos fotográficos: la luz (o su ausencia) y el color (una mujer rubia de vestido rojo). Sonido. Acción. La imposibilidad de escapar del cerco porque no tienes idea de cómo, ni por qué te encuentras dentro de él, y dónde ocurrió la metamorfosis que te hizo carne de cañón del tiempo, cervatillo dentro de la trampa del tiempo, conejillo de indias de una historia.

En pocas palabras, esta podría ser la síntesis del cuento que Ariel Maceo Téllez nos presenta. El tema no es *rara avis*. Múltiples manifestaciones de un mismo sentido narrativo nos sorprenden —más, menos o nada— aquí y allá, tanto en la literatura como en el cine. Pero Ariel Maceo Téllez no pretende vendernos un final que, de cierta manera, ya es conocido por todos aquellos que dominan, básicamente, algunas convenciones de ciertos géneros (nuevamente literarios y cinematográficos). Ariel no se escuda en intentos de dar un vuelco a la historia para suscitar sorpresa en el espectador. Va hacia otros derroteros y quizás ahí, en ellos, es que sale vencedor.

El autor no se detiene en la idea del *loop*. Lo usa como una herramienta necesaria para orquestar un final y un comienzo, para lograr los correctos engranajes que ponen a rodar la maquinaria de lo cíclico. Hablemos entonces del *loop* como tecnicismo, como efecto especial, como el ángulo curioso de una foto, pero sin ir más allá. Importa lo otro. ¿Qué es lo otro? La capacidad de recrear algunas horas de un día a través de eventos intrascendentes —condenados, por ende, a lo repetitivo, si mal no leemos entre líneas— y hacer que el lector sienta que son hechos únicos, dinamitados por el resorte de la casualidad: un partido de fútbol, un encargo que no llega a tiempo, la necesidad de llegar temprano al trabajo, la historia —soterrada— de un inmigrante que sueña y ansía, y cuya vida —de alguna manera— antes de llegar al *loop* ya era cerco repetitivo.

Ariel sustenta la arquitectura de su relato en los pequeños detalles, en lo intrascendente que dota de naturalidad a lo acontecido en la trama: sin grandes saltos ni tecnicismos, sin hacer malabares de sentido. Curiosamente, con este tratamiento coloca a su cuento en la delgada frontera entre lo real y lo fantástico, una imbricación umbilical entre ambos géneros que tiñe al relato con uno y otro matiz, sin ofrecer un entintado definitivo.

Este cuento pudo haberse convertido, muy fácilmente, en un lugar común absoluto, pero creo que el autor consigue no cobrar por esa etiqueta, gracias —en amplia medida— al hecho de que “las pequeñas cosas” lo colocan en balance. Puedes olvidar lo obvio del final e imaginar, incluso, que no has visto dos veces esa misma película, ya que Ariel te invita a otros laberintos, a otros derroteros que sí recorren la senda de la angustia y la inconformidad pero que se concentran más en los detalles normales (y hasta cierto punto repetitivos) de una de las tantas historias anónimas del mundo. Ariel no cae en su propio lazo. Ariel no es carne de cañón del *loop*. Lo esquivo por poco, por muy poco. No obstante, sabe él y sé yo: el testimonio final será del lector, del espectador de esta película.

Ignoro si esta es una forma nueva de contar temas ya demasiado conocidos: no me atrevería a afirmar tanto, pero al menos sí me parece que —como relato individual— es capaz de sortear el canto de sirenas de lo “demasiado” común. No obstante, lector, no hablamos de una historia de grandes ecos. Estamos en presencia de lo que, auguro, puede ser una voz narrativa particular que precisa, aún, de estructurar otros lazos escriturales para atrapar a sus presas.

Por ahora podemos contentarnos con mirar la fotografía y agradecer al dios de las pequeñas cosas por esos ínfimos detalles que le otorgan relieve, hondura y bordes.

## La masacre

I

Han pasado dos siglos desde que Sandra Magín fuera devorada, milenios desde que un joven nombrado Jesús con su expiación desnuda, transformara los ojos de la Madre en escudillas y sus seguidores temblaran en la arena bajo el lirio y la palma de los ángeles. A pesar de la épica de los primeros cristianos, y la eterna entrega de Nuestro Señor, para los habitantes de aquella ciudad de mar no existiría otro cuerpo de veneración que el de la mártir devorada.

La historia comenzó con la aparición milagrosa de una niña regordeta en el torno del último convento de Semolinas Descalzas de la Ciudad del Mar. Las hermanas que la criaron pertenecían a la orden del Santísimo Salvador de Santa Sémola, y su carisma consistía en la fabricación de la Santa Pasta que alimentaba a los menesterosos. El monasterio había sido establecido un siglo antes de la llegada de la niña.

Una negra mandinga conocida como Sémola de las Mercedes fue su fundadora y primera abadesa. La orden no tardó mucho en ganar adeptos por lo que pronto se extendió por toda la isla.

A pesar del éxito alcanzado en sus orígenes, las Semolinas no lograron mantenerse unidas. Con la muerte prematura de la iluminada, la nueva abadesa modificó la regla y transformó la orden, subsistiendo dos congregaciones bien diferenciadas: las Descalzas propiamente dicho y las Mecanizadas, estas últimas agrupaban a las seguidoras de la revolución, cuya aportación esencial consistió en sustituir el antiguo y laborioso método por otro más eficiente, de allí el nombre adoptado por las religiosas de la reforma. Hoy en día son mayoritarias.

Las religiosas tradicionales continuaron con la antigua costumbre de pisar descalzas el gluten para dar forma a los tallarines.

En un claustro Descalzo creció la pequeña Sandra. Años más tarde entraría como novicia de la orden y terminaría su corta vida devorada por los habitantes de la ciudad.

## II

Sana y muy bien alimentada, correteó entre la masa fresca y suave de la pasta, perfumada por los mil olores de las especias utilizadas en la preparación.

Su apetito era brutal y a pesar de ello no se le podría acusar de gula desmedida, pues el sentido natural de la compasión la llevaba a compartir sus macarrones con el prójimo hambriento. Nunca dejó de reír y supo reírse de sí misma cuando los habitantes de la ciudad se burlaban de su gorro frigio.

Compleja y mística, su entrega estaba dotada de la más profunda pureza: si calor era lo que faltaba al menesteroso, toda ella se transformaba en un sol nuevo y recién horneado, si sed se traslucía en su faz, todo un día de lluvia venido de no se sabía dónde lo inundaba.

Cuando se le tensó la redondez hiperbólica de sus formas juveniles, tampoco dudó en darlas sin límites si eran requeridas. El único saber de su existencia era el de brindar pasión hospitalaria. A pesar de venerar los prodigios de la novicia, las reverendas maternidades no aprobaban sus prácticas sexuales e intentaron detenerlas encerrándola en el campanario del convento. La severa disposición no logró nada en concreto, pues la joven nunca abandonó al prójimo sin su dádiva necesaria; apareciendo milagrosamente allí donde se le necesitara.

En su universo erótico el manantial aromático de sus carnes untadas de especias y el deseo del necesitado fueron maridaje perfecto: si el suplicante había sido vinicultor olía a queso fermentado, si era un boticario a ipecacuana o belladona, si una florista a jazmines, si un travesti a carmín y coloretos, si un monje al incienso más perfumado, en un infinito de combinaciones capaz de satisfacer hasta el último de los menesterosos. Podía ser pura en la pasión, sin perder la pureza de la pasión en sí misma. Cada jornada amatoria era entregada como la sagrada eucaristía.

Si en un inicio el portento que entregaba la beata fue del beneplácito y la admiración de sus coterráneos, con el pasar del tiempo la situación cambió. Mareados por el vaivén de su isla en el mar, dejaron de ser pacientes mendigos.

El convento se transformó en un hervidero de almas hambrientas de placer que no esperaban a estar necesitadas para exigir limosna. Las Semolinas no alcanzaban a repartir la Santa Pasta que frenéticamente elaboraban entre tantos indigentes salidos de todos los rincones. Sin comprender lo que ocurría, pisaban día y noche la masa de sémola que se mezclaba con la sangre de sus pies.

Como no recibían más que fideos, porque la Santa solo obraba milagro en el necesitado y no en el codicioso. La muchedumbre se abandonó al frenesí imitativo de la autosatisfacción. La ciudad perdió su prístina forma para convertirse en una plaza donde todos y cada uno de sus habitantes no eran otra cosa que andrajosos mendigos. Falsos santos y santas proliferaron como esporas en panes podridos. La urbe trasmutó, y Sandra se tornó tan ajena como las mariposas al planeta Saturno. El ímpetu mimético y la avidez de gozo no eran otra cosa que ansias antropófagas. Con el deseo cincelado en el rostro, los habitantes, no podían disimular el hambre que los devoraba. Como pájaros embalsamados que rompen los alambres de sus falsos esqueletos, la observaban fumar y la imaginaban dorándose lentamente en el humo sazonado del tabaco. Los voraces moradores alucinaban con el cuerpo desmembrado de la novicia y el succulento banquete se paseaba rollizo por las calles de la ciudad.

En un principio se tomaron serias medidas para contener las dentelladas que le lanzaban los más osados. Intentando transformar el apetito en palabras, el consejo de los hermanos que regía la isla, decidió que toda alucinación relacionada con el anhelo de devorar, debía ser confesada públicamente.

De estas reuniones surgieron las más insólitas recetas: vísceras guisadas con frutas y glúteos horneados y gratinados con quesos importados; pastas caseras salteadas con dedos y párpados; extremidades cocidas al vapor teniendo en cuenta la nueva corriente de la cocina orientalista; todo un sin fin de exquisitas combinaciones eran dictadas diariamente. Se llegó a hablar de Sandra macrobiótica como última tendencia de la nutrición, no faltó algún que otro vegetariano no ortodoxo que propuso exquisiteces con los fluidos lácteos de la

venerable novicia. Años más tarde las mejores y más revolucionarias recetas fueron recogidas en el primer libro culinario de la ciudad.

A pesar del entusiasmo inicial de la disposición, esta no dio los resultados esperados, pues los venerables hermanos del consejo ciudadano se contaban entre los más fervientes oradores.

Una tarde en que se realizaba el tradicional acto de contrición, un frenesí incontrolable se apoderó de la multitud. Muertos del hambre, se arrojaron sobre las tapias del viejo convento. Los muros cedieron al primer embate. Las monjas corrieron a ocultarse en lo profundo del recinto y sus gritos simulaban cien mil pitos cumpleaños. La joven Sandra, sentada en medio de la biblioteca fumaba sin imaginar que todo el griterío que escuchaba se originaba en el interior mismo del edificio y que era suscitado por el apetito vulgar de la chusma por su carne bendita. Preparados para el banquete la rodearon, Sandra giró el torso y los contempló extasiada mientras afilaban las herramientas de corte. Sus delicados labios dibujaron la más enigmática de las sonrisas. Un sin fin de olores y formas brotaron de su cuerpo, y cada platillo imaginado durante las largas sesiones en la plaza, ahora tomaban forma real ante los ojos hambrientos de la perrería humana. En un instante la magra obesidad fue reducida. Hedieron las mandíbulas afiladas, y chorros de saliva inundaron el refectorio y las celdas de las penitentes. No se escuchó un solo gemido.

Tras la hecatombe la calma brillante se apoderó del recinto, y el sol lo violó todo sin reparar en géneros, sus dorados penes eyacularon torrentes de luz en las paredes.

A la mañana siguiente entre las ruinas del convento podía verse a las maternidades recoger como cuentas de un collar roto, los despojos de la Santa.

**Eduardo Herrera Baullosa.** Graduado de Medicina, Eduardo fue escritor de un programa radial especializado en arte lírico, para la emisora Habana Radio de la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana, por dos años. Luego integró el equipo técnico del Anfiteatro del Centro Histórico como asesor y asistente de

dirección de teatro musical por seis años. Poeta y narrador. Fue miembro del grupo literario Silvestre de Balboa. Ha obtenido premios en diversos certámenes como el primer premio del concurso Oscar Hurtado en la categoría de poesía fantástica 2010, mención del concurso Salomón 2009. En 2011 fue finalista en la categoría poesía del concurso Premio David de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba y jurado del concurso de poesía fantástica Oscar Hurtado. Su libro *Despedida en La Habana como si fuera Ítaca*, resultó Primer Premio del concurso internacional de poesía El mundo lleva Alas, que auspicia la editorial Voces de Hoy en Miami.

## **(Re)significar el martirologio**

“La masacre” se rige bajo el principio de construcción de la ironía. Ironía que se percibe en el discurso, en la construcción verbal polifónica —y muy barroca— que el autor nos propone como manera de (re)crear un universo que bebe de lo macondiano en sutiles formas y de lo cortazariano de manera más evidente, casi a modo de homenaje. “Las ménades”, cuento de Cortázar, aparece aquí y allá como referencia a la cual Herrera Baullosa se ata como punto de culminación y clímax dramático de su propia historia. Sin embargo, su ruta es diferente. Diverso es su camino. Divergente es su propuesta.

Bien se percibe la influencia de lo poético que conforma parte del hacer literario del autor de “La masacre”. Su lenguaje apuesta por búsquedas lingüísticas que, por momentos, pueden oscurecer la comprensión del discurso pero que, no obstante, mantienen la suficiente claridad como para permitir aferrarnos a un hilo conductor que enriquece la trama. La construcción de esta ciudad-isla, ciudad-convento, ciudad-orden religiosa es una baza de triunfo que permite exploraciones a cierto universo que, quizás, el escritor debería desarrollar en otros cuentos.

Punto y aparte merece la creación del personaje central, esta Santa, este cuerpo sacrificado, esta mártir hedónica y erótica, hasta cierto punto lánguida y activa en

iguales dosis: Sandra Magín. El cuento es una racionalización literaria de la gula, especie de metáfora literaria constituida sobre la idea del pecado capital y, a la vez, sobre la idea griega del *pharmakós* y de la comunión caníbal (carne y cuerpo son consumidos por la gula, por el apetito erótico de la horda).

Una vez más, Herrera Baullosa construye con sutileza la ironía de comparar la entrega de la Santa —su sacrificio heroico y hasta cierto punto deseado, porque a pesar de todo es una mártir— con la idea judeocristiana de la última cena. Así lo advierte Juan 6, 54-56: *El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré el último día. Porque mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí, y yo en él.* Y Eduardo Herrera Baullosa parece también afirmarlo. Cabría entonces cuestionarse hasta qué punto se trata de un sacrificio hedónico de la Santa y no de una forma de asimilación y perdurabilidad en el cuerpo de otros. El autor da a entender ambos motivos y no elige ninguno, sino que permite que el lector construya su propia imagen de los eventos, lea entrelíneas y/o superficialmente, y elija qué tipo de comunión le place.

Podrían hablarse de otras lecturas, por supuesto: la lista de interpretaciones es infinita y solo culmina en la experiencia individual de cada uno de los lectores. ¿Será este cuento, acaso, una metáfora de la relación canibalística que se establece entre el autor y su obra, o entre el lector y el autor, o entre el lector y la obra? ¿Es Sandra Magín un símbolo que representa conceptos superiores, solo entrevistos en el texto? ¿O estamos frente a la disposición de un mundo que cruza la línea de lo real para adentrarse en el boscoso espacio de los signos?

Concomitante con el realismo, el autor utiliza el lenguaje, una vez más, como herramienta que le permitirá al lector darse cuenta que se halla ante una realidad otra, extraña y dotada de nuevas reglas, de una vida propia que el espectador tendrá que develar en cada línea de texto. Pinceladas del absurdo. Un toque, un pellizco de fantástico. Una realidad bifurcada. Dos corrientes paralelas que parecen transitar entre dos mundos distintos y que, sin embargo, se resumen y confluyen perfectamente en uno.



La idea del martirologio hedónico es uno de los momentos que, a mi entender, son cumbres en este texto. Pienso en Gian Lorenzo Bernini y *El Éxtasis de Santa Teresa*. Recuerdo el rostro de placer de la Santa ante la presencia del ángel barroco y su mundo de un dolor agridulce. De alguna manera, creo que Bernini y Herrera Baullosa comparten un sentido común, un denominador semejante que (re)significa el concepto del mártir y de la comunión con el otro, sea este ángel, flecha, horda o lector hambriento.

## Qué hice

Me entró al baño con no sé qué pretexto. Estaba oscuro y ella no prendió la luz. De pronto sentí golpes en la cabeza.

—¡Descarada! Los brazos. ¡Mentirosa! El rostro. ¡Me tienes harta! Cállate o te doy más duro.

En medio de todo me pregunté por qué estaría pegándome esta vez. Cuando se cansó, salió y me dejó sollozando. Recuerdo las paredes ásperas y lo estrecho que me pareció el baño y la angustia creciendo como una gran ampolla dentro de mí. Al rato logré calmarme un poco, y la escuché riendo con la vecina. Entonces fui directo a las pastillas que ella guardaba en su bolso. Escogí de todos los colores, me las puse en el bolsillo y fui al refrigerador, llené un vaso con agua y me tomé unas cuantas. Quería dormir, dormir mucho.

Cuando me desperté, traté de moverme y comprobé con susto que no podía. No era la primera vez que me pasaba, el cuerpo paralizado y yo haciendo esfuerzos por abrir mis ojos completamente. Pero esta vez, tenía delante unas antenas enormes, y muchas patas que se movían con agitación. El animal feo lanzó un graznido y a su lado corrió otro igual, pero más grande.

—¿Tú no querías una hija? Pues ahí la tienes —dijo el primero, y echó a correr zigzagueante hasta desaparecer por un agujero.

El otro, haciendo gestos raros con la cara se me lanzó arriba. Yo chillé y el animal, como si hubiera recibido una descarga eléctrica, se separó rápido.

— ¡A mamá no se le grita!, niña malcriada —me dijo.

Se zafó una de las antenas y comenzó a pegarme con fuerza en los muslos.

—A esta niña vamos a tener que educarla muy bien Y para que sepas, no vas a comer hoy.

Los golpes me estuvieron ardiendo hasta que lentamente me desvanecí. Unas sacudidas me trajeron de vuelta. Esta vez quería que fuera mi verdadera madre, pero no, volvía a aparecer el bicho.

—¡Levántate, tienes que ensuciar la casa, o piensas que aquí vas a vivir durmiendo!

Miré la cama de alambres donde había estado. Restregué mis ojos para que se acostumbraran rápido al lugar. Tenía miedo que el bicho volviera a quitarse otra antena. Caminé sobre hollejos de toronja, cabos de cigarro, granos de arroz con moho, escupitajos. Ensuciar más la casa era difícil, pensé.

—Anda —dijo—, haz lo que te ordené.

Ya no pude más y las lágrimas salieron. Cuando me vio llorando, el bicho entró en pánico.

—¡El agua estropea la casa! —gritó—. ¡So cochina!...

Me cogió del pelo y me puso de rodillas sobre dos chapas de refresco viradas al revés, frente a un montón de comida vieja. Ante aquella basura, y el calambre con dolor que me subía desde las rodillas por la columna vertebral, imaginé que era una agente de otro reino, una espía que había sido sorprendida en una misión. Yo estaba en ese lugar para evitar que sustituyeran la comida de nuestras cocinas por aquella asquerosidad que tenía delante. Querían obligarnos a comer los desperdicios y tomarnos fotos, grabar películas, para mostrar a los demás pueblos en qué nos habían convertido. Mi misión era ser famosa, reconocida como la niña que los había salvado a todos de la humillación. Quizás así mi madre se sentiría orgullosa y me querría. Pero había en mí otro deseo: quería ver a mi madre comiendo de aquella comida podrida. Por eso, tal vez, no sería famosa.

El animal se paseó frente a mí con una de sus antenas en la mano. El vómito me salió como una regadera, lo que al parecer, fue mi salvación. El bicho se colocó la antena en la cabeza, agarró lo que quedaba de una ciruela podrida y me la obsequió.

Le di una mordida, y el sabor agrio me provocó más náuseas. Las patas del bicho daban palmadas de alegría cada vez que, retorciéndome, me apretaba la barriga, hasta que vi salir algunas pastillas de colores, amontonadas sobre la espuma que salía de mi boca.

Reconocí a mi mamá en ese momento. La vi venir hacia donde yo estaba tirada sobre un charco pastoso. Corrió haciendo muecas, con los ojos muy abiertos. Me levantó y me abrazó. Yo me le resbalaba sonriente, tratando de extender el brazo hacia mi bolsillo para buscar más. Ya sabía qué hacer cuando quisiera zafarse una antena. No recordaba el sabor de tantas pastillas de colores.

**Ketty Blanco Zaldívar.** Poeta y narradora. Licenciada en Ciencias de la Religión, por el ISECRE (La Habana, 2012) y miembro de la Asociación Hermanos Saíz. Egresada del Curso Nacional de Técnicas Narrativas Onelio Jorge Cardoso (La Habana, 2005). Participó en el Primer Festival de Narradores Jóvenes (Ciudad de la Habana, 2008) y en el primer curso impartido por el Centro de Formación Literaria Hotel Kafka, de Madrid (La Habana, 2008). Ha obtenido, entre otros premios y reconocimientos: Primer Premio de Poesía en el Concurso Nacional El Camello Rojo (La Habana, 2006); Primer Premio de Poesía en el Concurso Alfredo Torroella (La Habana, 2009); Primer Premio en el Concurso Nacional de Poesía Regino Pedroso (La Habana, 2009); Primera Mención en Cuento, en el Concurso Nacional Mangle Rojo (Isla de la Juventud, 2009); Primer Premio en el Concurso Internacional de Minicuentos El Dinosaurio (La Habana, 2010); Primer Premio en el Concurso Nacional de Cuento Ernest Hemingway (La Habana, 2010); Beca de Novela Fronesis (La Habana, 2015); finalista del Concurso Internacional El Mejor Poema del Mundo (España, 2016) y premio de Poesía Portus Patris (Puerto Padre, 2016). Obras suyas han sido publicadas en revistas y antologías, en Cuba, España, Estados Unidos de América, México, Chile e Italia.

## La búsqueda de la metamorfosis

Desde hace un tiempo ya, la voz poética de Ketty Blanco ha comenzado a darse a conocer dentro de la polifonía de cantos jóvenes creativos de la Isla. Sus poemas duelen. Dan a conocer la corteza de ciertos sueños rotos. Tal vez su narrativa sea menos mencionada, aunque ostenta en su quehacer diversos premios y becas que ya la hacen merecedora de un nombre. Ketty Blanco no gusta de las historias fáciles, aunque es suya la simplicidad del verbo en su aspecto demiúrgico. Construye las atmósferas de su fabulación con mano tenue, caricia del abanico, en esos gestos que parecen ambiguos y menores, pero que remueven — telúricamente— la estructuración de las historias.

Bien complejo es simplificar la teatralidad de una poética como la de Ketty Blanco en solo unos párrafos de presentación, pero confío que el texto “Qué hice”, muestra de lo más reciente de su producción, invite a la búsqueda de nuevas obras, de nuevos universos de posibilidades narrativas.

En “Qué hice”, la autora apuesta por un joven narrador personaje, una niña colocada en el ambiente hostil de un mundo disfuncional, una madre olvidadiza y violenta: patético dragón (o cucaracha) que custodia esta suerte de castillo en las nubes de donde no hay escapatoria posible.

Nuestra pequeña heroína tiene un breve *leitmotiv*: huir del universo constreñido que la define. ¿Pero cómo? ¿Quizás a través del cambio, de la transmutación de niveles de realidad, de un salto narrativo hacia otras posibilidades demiúrgicas? Escoja el lector el acápito que le pertenezca. Lance el lector una moneda al vacío y luego defina qué superficie le pertenece: cara o cruz.

Ketty Blanco juega —con equilibrio protector, sin llegar a límites de catarsis que hubieran resultado innecesarios y excesivos para el cuento— con los márgenes de referentes de la literatura universal. Referentes que bien pueden pertenecer al universo de cuentos infantiles (¿quién ha olvidado a aquella Cucarachita Martina, tiernísima, a la espera de un pretendiente mientras se limpiaba las alas y las

antenas?) o bien a una dimensión más sordida y profunda, donde Kafka y su Gregorio Samsa continúan siendo ejes de distensión. En todo caso, la cucaracha no es aquí un animal simbólico aunque continúa siendo el eje hacia una transición dramática: convertirse en insecto o ser humano, esa es la cuestión. La cucaracha en su dimensión de criatura de metamorfosis sirve como pretexto para la fabulación del personaje, como escape, como válvula hacia otra realidad. El resto es solo silencio.

“Qué hice”, en su brevedad, condensa la capacidad dual de los personajes en su condición de seres contruidos para el bien y el mal, o tal vez para un estadio intermedio entre ambas condiciones. Con economía de recursos, con ese equilibrio que es uno de los rasgos más sutiles en la escritura de Ketty Blanco, se propone un cuento conmovedor, buena literatura, ala límpida de insecto en búsqueda de una metamorfosis: final feliz definitivo.

## Tarea escolar

El niño se acomoda en el suelo. Cruza las piernas. Juega con el cuchillo. Pasa la punta por un dedo, y luego por otro indistintamente. Detiene su mirada en el borde, delinea la parte del filo. Canta en voz baja. *Se me parte la tuba en dos, se me parte la tuba en tres... Ay, mami, se me parte, se me parte. Tú no eres tacaña, tú reparte...* El niño pregunta a la abuela sobre la muerte, pero esta pregunta no resulta espontánea en ningún sentido. Su profesora les ha asignado a todos los alumnos la misma tarea. ¿Qué saben de la muerte? La profesora es rara a veces y por eso, hace preguntas raras. Pero es joven todavía y está buena, lo que es suficiente para que el niño quiera complacerla y quedar bien con ella. Antes, no había tenido profesoras como esa: interesada por la historia, atraída por las ciencias, obsesionada por las cartas de José Martí al Ismaelillo como por la extinción de los osos y el deshielo de los casquetes polares; entusiasmada siempre por todo lo que los demás profesores ya no se entusiasman. Hasta por la muerte. ¿Cómo es morir, abuela? Tú eres muy vieja y debes saberlo. Y la abuela que no tiene mucha paciencia, no le importan los versos sencillos o el efecto invernadero, para librarse del asunto, le responde de inmediato al niño que mejor averigüe con sus padres porque la culpa de que él haga esas preguntas tan absurdas y anormales para su edad, es de ellos. “Crié bien los que me tocaban”, dice resuelta. El niño podría preguntarle a su padre, piensa mientras agarra el cuchillo con una mano, aprieta la empuñadura y escarba bajo las uñas; él sabría responderle porque cada vez que juegan, el niño gana siempre y termina matándolo. A la madre, en cambio, no le gustan esos temas y juegos. Es una miedosa que todavía se tapa los ojos frente al televisor cada vez que aparecen imágenes de muertos y heridos en las noticias. El niño podría preguntarles a los padres, pero eso será difícil, sobre todo porque ellos cada vez hablan menos. Casi ni se dan cuenta. Él, ya no la quiere a pesar de aparentarlo con toda voluntad. Ella, ya no lo quiere, a pesar de decir lo contrario en voz alta. Discuten por todo. Gritan por todo. Pero no quieren separarse. Ya ni siquiera se besan. Al menos, no como hacen las parejas de enamorados en las novelas y películas, como quisiera

hacerle el niño a la profesora si se dejara. El niño sabe que es inútil averiguar con los padres porque hay cosas de las que no quieren hablarle. Ruptura. Crisis matrimonial. Convivencia. Vacaciones divididas. Ma-nu-ten-ción. El niño sabe que hay cosas de las que no se habla, como que el padre solo tiene cabeza para pensar en una sirena que lo tiene loco. Así le oyó decir una vez mientras trabajaba en la barbería, o que su madre, desde hacía tiempo solo anhelaba un par de alas, para salir volando y no parar hasta caer en una isla desierta. A pesar de que el niño sabe que todos sus amigos tienen padres divorciados, y eso ya es normal; sus padres insisten en seguir juntos, obstinándose la vida, no saben qué hacer el uno sin el otro, y no quieren que él sea víctima y salga lastimado. Pero el niño ya está grande. Es todo un hombre. Y hace cosas de hombres. Ahora es el que manda, y por eso, insiste. Le pregunta nuevamente a la abuela, la interroga una y otra vez hasta sacarla de quicio. “La muerte es una puta y con eso no se juega”; grita la abuela al niño desobediente, culicagao y atrevido, y con la misma, le intenta arrebatar el cuchillo de las manos al niño llevándose un corte en la palma. La abuela no grita, se incorpora y observa el tajo, profundo, de un lado a otro de la mano, pero la sangre no fluye, no sale rápida fuera del puño. Más bien parece una herida hueca, una nueva línea entre tantas arrugas de los dedos. El niño no se inmuta. “Cada día me horrorizo más con la educación y la enseñanza que les dan a ustedes”. Es un desastre; comenta la abuela para volver luego a la cocina, hablando bajito como hacía cuando se enfadaba. El niño, por su parte, no hace caso. Ahora sabe qué decirle mañana a la profesora que está buena, sabe cómo lucirse, ser el mejor del aula, al menos, el más original, y por una vez, se siente satisfecho de haber hecho bien la tarea.

**Roberto Viña Martínez.** La Habana, 1982. Licenciado en Arte Teatral en el perfil de Dramaturgia por el Instituto Superior de Arte en el 2013, profesor de la Facultad de Arte Teatral del Instituto Superior de Arte, egresado del Centro de Formación Literaria Onelio J. Cardoso en 2006, miembro de la Asociación Hermanos Saíz desde 2008 y guionista del programa de TV *Entre Libros*, dedicado a la literatura



cubana, desde el 2009. Entre sus reconocimientos se encuentran: Premio Casa Seoane 2016 de Cuento, en el 2do Encuentro Hispanoamericano de Escritores, Villa Clara; Beca de Creación Dador 2016 y 2013 en el género Teatro, Premio de Ensayo Enrique Sosa 2015 y 2010 de la Revista Cultural Videncia, Premio Calendario 2014 en el género de Teatro, Segundo Premio del Concurso Internacional de Teatro Casa de Teatro 2011, en Santo Domingo, República Dominicana; Premio Literario Fundación de la Ciudad de Matanzas 2010 en el género de Teatro, Casa de las Letras Digdora Alonso (Ediciones Matanzas), Mención en el Premio Internacional de Cuentos Casa de Teatro 2008, en República Dominicana y Mención del Premio Mundial de Poesía Nosside 2013 y 2014 en Calabria, Italia.

## **Una foto para la tarea escolar** **(en créditos de la película)**

Autores como Roberto Viña, cuya habilidad escritural lo conmina a moverse en diferentes registros poéticos y diversos géneros con igual oficio para sortear los escollos, tienden a ser definidos con rapidez arbitraria como si una camisa de fuerza obligara a limitar. Narrador, poeta y dramaturgo, para nadie es secreto que su obra teatral es la arista más reconocida de su creación. No obstante, este cuento muestra una versión nueva, el polifónico rostro del autor que no se conforma con la demiurgia sino que desea tomar una foto. Este Roberto Viña es el fotógrafo de una realidad versionada, es la cara de un niño que desea, por primera vez, hacer bien una tarea para sorprender a su profesora, es también tratado verbal y discursivo sobre el sórdido mundo que rodea la infancia.

No hablamos aquí de un texto monumento en su estructura ni orquestado en experimentaciones verbales que a poco o nada conducen: su poesía recoge tan solo el breve hálito de unos minutos, materia mental fácilmente degradable y que el autor, cámara en mano, se empeña en recoger. Hablamos de la salvación de

una memoria breve, donde el universo del niño ya no es el reinado de la fantasía, sino de imaginaciones casi apocalípticas: la familia que se desmorona, la abuela que debe conocer la muerte, el despertar de la sexualidad, el sonido de la música que se inserta en el discurso y que realza la ambientación de la trama.

El equilibrio ha sido roto desde hace mucho tiempo. *In media res*, como los autores de cierto drama dodecafónico, nuestro personaje percibe los colgajos del mundo, los colgajos de la comunicación, incluso las ruinas de los balcones de su infancia. ¿Qué es la muerte?, no es una pregunta simple para contestar en una tarea escolar, pero qué importa, se sabe que la orquestación de esta historia no transita por los fáciles caminos, por la estructura clásica pregunta-respuesta, sino por la senda opuesta, la no-pregunta, la no-respuesta, el vacío, la consunción del sentido, es decir, la consumación del sin-sentido.

“Tarea escolar” es, por lo breve, solo el fragmento de una realidad última, una realidad abanico, que muestra una de sus caras antes de batir el aire de la soledad; una soledad que se respira en los personajes, atados cada uno a sus propias tragedias individuales, teatro de máscaras, de pantomimas, coro para la desintegración.

## Incendio

En la reunión de la semana pasada conocí a un bombero. Ahora tenemos conversaciones interesantísimas sobre el peligro. Las reuniones de NA (Narcóticos Anónimos) son una escapatoria, me quito a mis padres de encima y comparto con hermanos de verdad. Todos hemos roto algo. Voy a reuniones de NA en el Vedado y voy a reuniones en La Habana Vieja, el mes que viene habrá un evento internacional y contaré mi testimonio. "Solo por un día". Tengo un sello de 1 año limpia. Pero el bombero todavía consume y trabaja en una estación de bomberos desde hace meses y parece un muchacho sano. Olvidé lo que significa estar reunidos aquí y hablar de intentarlo. Mis padres parecen felices. Pero mi infelicidad es negarme a salir, no tengo amigos, nadie se fija en mí. Soy bella únicamente cuando consumo, entonces soy graciosa y tengo ángel, ahora estoy apagada. El bombero me invita a su noche de guardia. Me manda unos mensajes súperchulos y quiere que lo ayude a salir de este bache, sus padres lo cogieron robándoles dinero para comprar hierba y le resolvieron que llegara hasta aquí para ser salvado. Yo quiero hablar con él, aunque sea peligroso. Es el único que ha visto algo en mí desde hace un año. En la estación me presenta a los otros bomberos. Me pasa a su cuartico y me brinda polvo. Es un químico nuevo. Primero quiero decir que no, pero me dice que yo sé cuánto lo necesito, y yo sé que estoy muerta y que debo probar una vez más la felicidad, solo una vez más. Quiero salir del cuartico en penumbras y me pone una canción que nunca había escuchado. Dice que no para de pensar en mí desde que me conoció en la reunión, que piensa en mí todo el tiempo. Termino probando un poco del polvo, solo un poco. Saca una botella para celebrar mi revolución. Y qué es esto. Soy yo, otra vez yo, soy yo de verdad y estoy arriba, flotando, me elevo y estoy feliz, tan feliz. Es un vuela riquísimo. Con esa canción que parece eterna, otra probada y otra. Llegan los bomberos que están de guardia y también brindan por mí. Les digo que yo canto, que me presten un sombrero. Quiero lanzarme del tubo famoso de la estación de bomberos. Quiero lanzarme desnuda por ese tubo de metal frío. Aplauden. Quiero más. Un poco más. Nos reímos tanto que duele. Los ojos

saliéndose de la cara. Me estoy babeando de la risa. Bailamos juntos y había olvidado que estaba desnuda, di giros en el tubo frío y los bomberos aplaudieron el acto circense y ahora bailan conmigo. Antes del cuartico ya bailaban conmigo. Me deslizo. Uno por uno bailan conmigo, ahora soy yo, puramente yo, me sacudo y me sacuden, librándome de la infelicidad, para traerme de vuelta. Me despiertan. Me chupan los senos, la oreja, la boca, me muerden. Están dentro de mí. Me penetran tan duro, pero no duele. La espalda, me tuercen los huesos al entrar, pero no mata. Soy tan libre. La nariz contra la pared y la frente contra el escritorio. El pecho contra una silla y las piernas sostenidas en arco. Tantas manos que tropiezan unas con otras. Un codo penetrándome. Han entrado en mi oído. Uno por uno, todos a la vez, llegan todos a tomar lo que soy, totalmente libre en la estación, totalmente feliz, un instante puesto encima del otro, la calma más grande, la esencia más pura. Siento que no voy a despertar, es un sentimiento profundo que surge del vacío.

**Martha Luisa Hernández / Martica Minipunto.** Teatróloga, poeta y performer. Fundadora de la editorial independiente ediciones sinsentido. Coordinadora de la Residencia de Creación Zona Ibsen (2015-2016) e Inservi. Residencia de Creación. Su poemario *Días de hormigas (puesta en escena)* fue reconocido con el Premio David de Poesía 2017. *Pezuñas (trilogía del nacimiento)* obtuvo mención en el Premio Pinos Nuevos 2018. Trabaja como dramaturga de Teatro El Público.

## **Las descomposiciones**

El mundo se descompone y Martica Minipunto se da cuenta, así que dispara, dispara a quemarropa, a ver si algo arde, si el mundo aguanta una rebelión más o se ha consolado con la involución. A gritos, a cabillazos, cuenta Martha Luisa Hernández Cadenas de la peste que azota sus universos, de las enfermedades, de la fiebre contagiosa y el ruido de los huesos reumáticos que quiebra los

cimientos de su escritura (los mina, pero no los hace más débiles). Sus criaturas son bacterias. Sus personajes son bacterias. No hay humanidad en ellos sino el trazo de lo que fue la humanidad: un concierto sin música y con mucho audio, una canción vieja y de moda, un animal muerto que se pudre en soledad. Se trata de ser testigo de lo que sucede y contarlo así, como lo hace ella, a modo de susurros de hormiga. Escarbar para encontrar el agujero donde duele y donde se huele la podredumbre.

Este cuento no es la catarsis aristotélica. No es catarsis teatral, pero habla de la necesidad de la purga. Esa purga que Martica Minipunto entiende bien y que refleja en "Incendio". Podría ser una historia de amor o una historia de horror o la historia de una violación colectiva, pero la autora se contiene, pone frenos, no opta por lo obvio, sino que se contenta con ser el testigo, el *voyeur* que se transmuta en primera persona distanciada, alguien que ejecuta y a quien ejecutan sin mover un músculo. Personajes títeres que bailan una vieja canción de moda.

Hay teatralidad, es evidente, en estas palabras, en el testimonio de las bacterias que conforman el universo de Martica. Y hay poesía. Algo doloroso que se mezcla y se diversifica, de raíz a raíz, de vena a vena, de una arteria a otra. Contagio y contaminación. Epidemia zombie. Mundo Z. Pero no, esta es la realidad. No la realidad Z sino la del cotidiano, la que tú y yo no alcanzamos a ver desde el ángulo de nuestra fotografía, pero que la hormiga Martha bien conoce y bien retrata. Entonces, sí, hay teatralidad y hay dolor, breves ambas como breve es el relato. Contención donde todo está contenido. Acto repetitivo. Espasmo. Violación. Un codo que penetra la mente del lector: existe lo terrible en este hecho, existe el grito, pero no se culmina, y de cierta manera es mejor así, de cierta manera es mejor la niebla, el final abierto, la sensación de que está mal pero no importa porque todo, o casi todo, ya lo hemos vivido.

¿Quiénes? Tú y yo. La hormiga Martica Minipunto. La chica empastillada y el bombero. El baile final. El sexo final. Los *voyeurs* y violadores. Lo peligroso del vacío es contemplarlo porque al vacío no le gustan las intromisiones ni los mirones, ni los rascabuchadores, el vacío es una criatura seria, una bacteria gorda

que se ceba en nosotros. Este es un cuento que también se ceba en nosotros, lector. Que vive de nuestras emociones y que las reproduce como el buen arte debe hacer. Breve pieza narrativa y teatral. Breve momento de catarsis y de poesía. En la literatura no hay fronteras. Solo un mundo que se descompone. Un mundo de pequeñas hormigas que aplauden a la caída del telón y lloran, se emocionan por nosotros, los tristes espectadores que hemos contemplado todo el sufrimiento sin mover un dedo.

De eso se trata: del testimonio, de mantener el libro abierto y la página escrita, no en blanco. Y de aprovechar el incendio —los incendios— que gritan a puertas cerradas, en la tragedia cotidiana que casi siempre pasa por alto.

## La silueta del suba

El Espaciobus emprendía el aterrizaje cuando la azafata habló por el altavoz:

Queridos pasajeros, nuestro vuelo YT78—e65d<sup>3</sup> con destino al planeta Tierra comenzará su penetración a la exósfera en unos minutos. Les rogamos que ajusten sus hidroespumas protectoras y cierren los tubos de nutrido. Por favor recuerden que la materia suba es aceptada como moneda comercial y por ello no es necesario hacer el cambio por divisas terrícolas. La temperatura planetaria actual varía entre -23 y +35 grados Celsius. Nuestro piloto automático y yo misma les deseamos una feliz estancia en la Tierra y les agradecemos el haber escogido Suba-Spaceways para sus viajes interplanetarios.

Blutr obedeció inmediatamente: alargó uno de sus pliegues y ajustó la cantidad de hidroespuma hasta sentirse inmovilizado.

En lo que esperaba por el aterrizaje, consultó una de las revistas cerebrales a su disposición. En ella, halló un artículo comparativo entre su especie, los suba, y una raza de animales terrestres llamados perros Shar Pei. Fuera de la existencia de pelaje, de extremidades musculares, y de la forma esférica de los ojos, el parecido era evidente. Al principio, la imagen telepática del perro le pareció algo obscena para tratarse de una revista apta para todas las edades: aunque tuviese pocas arrugas, no estaban siquiera retraídas y, a decir verdad, le comenzaron a excitar.

La Tierra había alcanzado cierto renombre por el turismo sexual y libertino de sus habitantes, los cuales no sentían vergüenza alguna en andar con los pliegues descubiertos.

Pronto pasaron la zona de turbulencias atmosféricas y tocaron suelo terrícola. Las espumas se desintegraron y todos los suba quedaron libres de sus asientos. Blutr avanzaba lentamente pues sus fisuras motrices aún estaban tensas por la excitación causada por el Shar Pei.

Aun así, pocos minutos y una nave transportadora más tarde, alcanzó el centro de la ciudad. Por la calle, veía gran cantidad de humanos demasiado lisos para su

gusto. Probablemente tuviese que ir a algún lugar especializado donde ofrecieran los servicios inter-especies que él y muchos otros venían buscando.

No tardó mucho en encontrar lo que quería. El letrero de la entrada pregonaba “Chez Madame Pantuja; tienda especializada y burdel para subas; fundada en 2112, año de llegada de los suba; autorización número AbC123456”.

Al entrar, se encontró con una humana de lisura asquerosa pero que ,al menos, tenía la decencia de llevar la ropa arrugada.

“Buenos días”, dijo. “Soy Madame Pantuja. ¿En qué puedo servirle? ¿Está buscando un producto en específico o algún servicio especial?”

Blutr quedó silencioso.

“Ya veo, es un poco tímido, ¿no? ¿Esta es su primera visita? Bien, déjeme ayudarlo: antes que todo debe escoger el género pues los seres humanos se dividen en machos y hembras. Como es su primera vez, le aconsejo que escoja el sexo femenino, los hombres pueden resultar algo rudos si no se está habituado”.

El suba asintió.

“Muy bien. Prosigamos. Nuestros especímenes de “chicas” se dividen en cuatro categorías de rugosidad: atentas viejas, complacientes gordas, exquisitas viejas-gordas, y sensuales viejas-gordas-verrugosas. Cada categoría cuesta 100 ml más de materia que la anterior, es decir que los precios varían desde 100 ml hasta 400 ml por hora”.

Lentamente, Blutr seleccionó la categoría más cara.

“Perfecto, un cliente decidido. Ahora, observe las siguientes imágenes cerebrales y escoja la que más le apetezca según su número”.

La elección de Blutr fue corta: entre el recuerdo del Shar Pei y las imágenes eróticas de las mujeres aglutinándose las masas, el suba sintió que iba a estallar.

Apresuró el tentáculo hasta la número 14.

“Muy bien”, dijo la matrona. “Sígame”.

Blutr obedeció, aunque con dificultad, pues el estímulo visual le había vuelto a atiesar las fisuras motrices.



Rápidamente, llegaron a un salón oscuro. “Esta es la antecámara, le ruego que espere un momento mientras se prepara todo”, dicho esto, Madame Pantuja se marchó, dejándolo sobre un cómodo asiento.

Ante él, sobre una larga mesa, estaban dispuestos todo tipo de juguetes sexuales que iban desde una excitante gelatina, hasta un extraño cilindro de treinta centímetros de largo, de marca Consol-plus 3000. No comprendía su uso, pero presumió que era exclusivamente humano.

Entre todas estas cosas encontró un manual cerebral que comenzó a hojear. Se titulaba *Descriptor Básico de Anatomía Humana para Extraterrestres*. Entonces aprendió que hombres y mujeres poseían miembros que llamaban brazos o pies y cuya diferencia no parecía muy fundamentada; también memorizó otros términos como músculos, bocas y órganos reproductivos, pero sin saber cuál era la función de cada uno. Se sobresaltó al escuchar la voz de Madame Pantuja decirle: “Ya está lista”.

Siguió en silencio a la dueña por un largo pasillo hasta que se detuvo, le abrió una puerta y le hizo entrar.

Una humana obesa reposaba sobre un blando mueble. Hasta ese entonces el suba no había flaqueado, pero al ver aquel cuerpo agitar sus arrugas, un temor nervioso se apoderó de él.

Haciendo memoria de sus clases de Lenguas Terrestres probó hablar algo: “Blutr my nombre is. Soy am un suba. Ich gusta much tou pelos.”

“Gracias”, respondió la cortesana.

“¿Sí?”, dijo Blutr, algo tranquilizado por lograr comunicarse. “Ich gustan much tou cabezas y tou páncreas y tou agujeros.”

Sin decir nada, la concubina sensual vieja-gorda-verruginosa # 14 avanzó hasta él y tomándole por las masas, lo arrojó delicadamente sobre la cama.

Sin esperar, adentró los dedos en los pliegues fofos hasta aquel profundo lugar donde se encontraban los sensores de placer de estas criaturas.

La maniobra había tomado al extraterrestre por sorpresa. Al principio, permaneció inmóvil, sintiendo una mezcla de vergüenza y letargo sexual. Tomó cierto tiempo

para que Blutr se relajara por completo y pudiese disfrutar del extasiado masaje que le proporcionaba la humana de manos sabias.

Olvidó los tabúes de su planeta. El recuerdo de aquel excitante Shar Pei no era más que un placer menor, casi microscópico, en comparación. Al abandonarse por completo a la maestría de la cortesana, el suba comenzó a ondular sus gordas rajas brotantes. La inusual caricia que, entre los de su planeta, duraba pocos segundos era prolongada durante varios minutos por aquellos dedos gordos y artríticos.

Mientras la mujer continuaba amasando los flácidos bultos alienígenas, Blutr sintió la necesidad de regurgitar la baba reproductiva. Sabía que no se trataba de un apareamiento, y que el deshacerse de este fluido no incrementaría su placer, pero no importaba... ya nada importaba...

Seguía estando en la misma posición horizontal, sobre ese mueble raro que llamaban cama, en un planeta desconocido para él y con aquella rugosa humana encima.

Pasaron quince minutos y el suba continuaba gimiendo y flatulando de placer, sin embargo, la concubina no parecía sentirse de la misma manera que él. Blutr alargó lentamente varias de sus masas para tocar cada regordeta flacidez, cada trozo de sebo de la prostituta.

No le disgustó el sudor de la mujer, que creaba una capa de mantecoso líquido y facilitaba el acceso hasta el fondo de cada hendidura; pero pese a su servicial fricción, la cortesana seguía inmutable.

Como los suba no se dan fácilmente por vencidos, continuó la búsqueda de algún bulto de pellejo que le pudiese proporcionar, a ella, algo de goce.

Tras muchos intentos encontró un pequeño pliegue: una diminuta grieta cuyo contacto provocó la inmovilización y estremecimiento de la humana. Al notar que había tocado —al fin— un punto sensible, Blutr continuó alargando sus masas hasta dar con el fondo de la cuestión. Los ojos esféricos se abrieron más allá de su límite máximo y cesaron los masajes al extraterrestre.

Blutr no estaba muy contento de que su larga sesión de placer terminara, pero como la humana parecía tener ocupadas las manos halándose el pelo y

paseándolas por todo su cuerpo, le pareció de mala educación molestarla en ese preciso momento.

Como no tenía más nada que hacer, continuó ondulando y hundiéndose por la grieta de la mujer. “Qué extraño que aún no haya tocado fondo”, se dijo. Entonces, la prostituta asió las masas que le sondeaban, impidiéndoles que avanzaran pero también evitando su retirada. En pocos segundos, tuvo unos temblores que se convirtieron en sacudidas y luego todo paró.

“¡Ay, virgen santísima!”, dijo ella en un aliento entrecortado. “Hacía años que no... que no... ven para acá, gelatinita dulce, esto acaba de ponerse bueno. Para darte las gracias, te voy a dar una noche de esas que no se olvidan”.

Seis horas más tarde, el suba se alejaba del burdel imitando los gestos de despedida de la prostituta (al menos suponía que fueran de despedida). “Tou esperea”, gritó, mientras subía en una nave transportadora. “Blutr volverá back. Blutr apporter much materia suba y gastiert tudo en tou. Wier nos viajeroms a my planetan juntas and ser felicidad”.

Desde la ventana de su cuarto, sensual vieja-gorda-verruginosa # 14 sonreía y ondulaba su obeso brazo en dirección al suba. Continuó este movimiento hasta que la nave no fue más que un punto en el horizonte callejero. Entonces dejó de despedirse y esperó —limándose las uñas— que las asistentes parteras terminaran de quitarle los recién nacidos subas que ya brotaban de su piel de concubina. En un fulgor, la matrona entró al cuarto. “Acaben de quitarle todas esas cosas”, dijo. “Tenemos otro cliente esperando así que llévense a todos esos monstruitos a la guardería del restaurante chino y tú, ahora eres exquisita vieja-gorda # 3. ¿Oíste?” Mientras se dirigía de nuevo hacia el cuarto, la prostituta desechó el recuerdo de lo prometido por aquel suba, como ya lo había hecho cientos de veces antes.

**Carlos César Muñoz García del Pino.** Ingeniero en Telecomunicaciones y Electrónica. Egresado del curso 2004-2005 de Técnicas Narrativas en el Centro de formación literaria Onelio Jorge Cardoso. Miembro de la organización de jóvenes

escritores y artistas cubanos *Asociación Hermanos Saíz*. Miembro del taller literario de Fantasía y Ciencia Ficción Espacio Abierto.

**David Alfonso Hermelo.** Profesor de Lengua francesa y Lingüística en la Facultad de Lenguas Extranjeras de la Universidad de la Habana. Egresado del curso 2010-2011 de Técnicas Narrativas en el Centro de formación literaria Onelio Jorge Cardoso. Miembro de la organización de jóvenes escritores y artistas cubanos *Asociación Hermanos Saíz*. Miembro del taller literario de Fantasía y Ciencia Ficción Espacio Abierto.

Han recibido los siguientes reconocimientos: Mención Concurso Calendario en la categoría de ciencia ficción (2015 y 2016), finalista del I Concurso Nacional de Microrrelatos por SMS Mancuspia +53 (28 jun 2013), Primer premio del V Concurso Juegos Florales del Reparto Siboney en la categoría Cuento 2013, Primer premio del Concurso de ciencia ficción Juventud Técnica 2012, Mención en el Concurso Internacional de Minicuentos El Dinosaurio 2013, Primer premio del IV Concurso Oscar Hurtado en la categoría Cuento de Ciencia Ficción 2012, entre otros.

## **La silueta de la belleza**

Es este un binomio de autores —Carlos César Muñoz y David Alfonso— que ya ha mostrado sus facilidades para el complejísimo ejercicio de la escritura a cuatro manos en las diversas lides que abarcan los concursos y las publicaciones. Ambos han apostado por un estilo fresco, numerosas veces humorístico; abundan en la parodia y en la desacralización. “La silueta del suba”, el cuento que le proponemos, es una muestra evidente de estas afirmaciones.

Para aquellos que no sean lectores conocedores del género fantástico, dentro de las especificidades estilísticas y de lenguaje de la ciencia ficción, quizás este

pueda resultar un texto críptico, hasta cierto punto impenetrable. Pero les aseguro que es solo la antesala, la puerta, para entrar a un texto que indaga no solo en la sexualidad humana y el sexo interespecies —coordenada textual que ha sido *leitmotiv* de algunas de las más reconocidas obras del género— sino en el efecto que produce la parodia de este registro.

Hay desacralización, por supuesto, del cuerpo humano y de una sexualidad que marca, hasta cierto punto, las diferencias que se establecen al comparar un elemento que se percibe como extranjero, extraño, otro, alienígena (guiémonos por la raíz etimológica de la palabra). Esa sensación de extrañeza —enfrentada por la parodia, cara a cara— no ha de producir, como en efecto podría, alejamiento. El lector debe advertir que lo más importante es involucrarse, ser juez y parte de una situación rara y hasta cierto punto —por qué no— también metafórica: el suba, trascendamos los ámbitos del género fantástico, podría convertirse en uno de los tantos cuerpos extranjeros, desconocedores, ajenos, que pueblan el imaginario de la literatura en el *maistream* realista.

No ha de buscarse en este texto un manuscrito erótico, si bien se coquetea con las múltiples aristas de la sensualidad y de la exploración en torno a la psiquis sexual humana. El erotismo aparece como distorsión de los estándares de belleza. Es ahí, en ese cuestionamiento de lo que puede resultar hermoso u horrible, que radica la máxima exploración que realizan los autores, gracias a los resortes de la parodia, el humor y el ridículo. La categoría estética de lo bello es puesta en una palestra de duda, implosiona y finalmente explota.

Con un lenguaje que no abunda en lo soez, pero que abandona por completo cualquier registro poético y de alta cultura, este binomio de autores expone, en “La silueta del suba”, el “divertimento” literario de fina ralea, tan poco usual en la escritura de nuestro patio. Desde ese humor que entretiene —y que a veces, también, cuestiona— se yergue este cuento, a caballo entre la parodia erótica y las preguntas en torno a la belleza. No nos provee de personajes memorables, pues muchas veces asoma la cabeza la nube de la llamada “caja cerrada”, pero sí

de una situación rica en sus aristas, iconoclasta por momentos, desbordada en el sentido de la *hybris*, que el lector, sin dudas, agradecerá.

## Todos somos mercancía

La clientela se movía como abejas en una colmena; daban trabajo a sus bocas, salivaban, troceaban las empanadas de carne, se manchaban los dientes con el café.

No era uno de los mejores días a mi criterio, pero daría lo suficiente para abrir mañana. Con el aumento de los precios se dificultaba encontrar mercancía aceptable. Sin embargo, si no conseguía algo pronto, tendría que abandonar por un tiempo mis famosas empanadas de carne y mis mejores clientes desaparecerían antes de que me percatase.

Y en ese momento me fijé en él. Era alto, robusto, moreno de tanto sol. No tengo memoria fotográfica, pero lo recordaba vagamente de días atrás, en que intentó ofrecerme carne de cerdo fácil y barata, la cual rechacé por estar abastecida. Lo vi acercarse al mostrador para quedar entre dos vecinas que conversaban a viva voz.

—¿Todavía la policía no la encuentra?

—Nada, ¡y nadie sabe, Juana no estaba esclerótica para perderse! Ya van tres días... ¿Qué crees, Lily?

—Seguro se fue a Matanzas a casa de su hermana —respondí por cortesía—. ¿Otro cafecito?

—Yo quiero uno —intervino él—. Y una empanada.

Lo observé durante los minutos en que las vecinas dejaron de especular sobre la desaparición de Juana y se marcharon. Ahora estábamos solos. Lo dejé hablar primero mientras dejaba el cambio sobre el mostrador.

—Traigo lo mismo de hace tres días: carne de puerco, picadillo del bueno, queso y jamón de la tienda, ¿te cuadra?

Volví a mirarlo de arriba abajo. Sus brazos eran fuertes, fibrosos...

—¿Y los precios? —me interesé.

—No encontrarás más baratos en La Habana —se mojó los labios, no dejaba de mirarme—. ¿Vamos a mi casa por la tarde? También tengo algo que te cuadraría mucho más...

Hizo un símbolo de cuernos con la mano derecha. Arqueeé una ceja, ¿carne de res? Procuré asentir con disimulo, ya que una inspectora de Salud Pública se acercaba tablilla en mano y bolígrafo al frente como si fuese un sable. Él dio unos golpecitos en el mostrador.

—Vengo a las seis, dijo, y fui atacada por la inspectora.

En contra de mi pronóstico mañanero, fue un día con bastante clientela, lo cual confirmó mi idea: necesitaba mercancía con urgencia. Un par de policías se acercaron a hablarme; querían saber si había visto a Juana antes de que desapareciera. No les di muchos datos, pero parecieron satisfechos. Eran las cinco. Esperé paciente a que dos hombres se terminaran las empanadas y cerré el toldo en cuanto me dieron la espalda. Corrí a la casa, me di un buen baño, alimenté las ganancias de ese día con ahorros y bajé a esperar. Cerca de las seis y diez llegó él. En cuanto se acercó lo noté un poco ansioso.

—Vamos, son un par de cuabras.

Lo seguí sin preguntar. Andaba a grandes pasos, me era difícil ir a su ritmo. No dejaba de mirar alrededor casi como un paranoico.

—¿Cómo te llamas? —apenas gruñó.

—Lily, ¿y tú?

—Yosvany, por fin, ¿qué vas a llevar?

—Lo veo y te digo.

Yosvany asintió brusco. Después de caminar más o menos la distancia que me había anunciado se detuvo frente a una casa de dos plantas. Subimos por una escalera externa, me invitó a pasar primero. Todo estaba oscuro, apenas podía



distinguir los muebles. Las ventanas cerradas, cortinas encima de ellas, las puertas de las habitaciones trancadas, un espacio reducido. Lo único amplio era la cocina, al fondo. Sentí caer el seguro en la puerta principal y me produjo un escalofrío.

—Entonces... —su mano se posó sobre mi hombro—, quieres ver lo mío.

—Sí, ¿podría ser rápido? Tengo un compromiso —inventé en un murmullo apagado.

—¿Por qué tanto apuro, Lily? —su aliento caliente en mi oído me puso la carne de gallina—. ¿Qué te parece si nos divertimos mientras ves lo mío?

Me zafé de su contacto en mi hombro con un manotazo y me volteé a la defensiva, sin dejar de buscar una salida entre tanto encierro. Yosvany se relamió, tenía los ojos como puntillas de luz, igual a los de una fiera.

—Tranquilita, Lily, solo vamos a divertirnos, ¿eh? ¡Divertirnos, puta!

Se me abalanzó encima y de un golpe me rasgó la blusa, grité con la esperanza de que me escuchara algún vecino, pero él hundió una mano en mi boca a la par de hacerse con todo el dinero que tenía encima. Caí sobre una butaca, él se echó sobre mí, arañaba mis mulsos a través del pantalón, intentaba dominarme con una mano mientras con la otra me ahogaba. Yo golpeaba su espalda, me debatía, pero sus músculos y tamaño jugaban en mi contra.

Él emitió un alarido: mis uñas habían dado en sus ojos. Rodé fuera del butacón, tropecé con la mesa del centro en un intento por huir y ponerme en pie. Yosvany, medio ciego, lanzaba las manos al aire para atraparme de regreso. Corrí a la puerta y forcejeé porque había olvidado el horrible sonido del seguro puesto. Me di vuelta para quedar aplastada contra la madera, el sudor bañaba mi cuerpo, la presión de las manos de Yosvany me dejaron entumecida la boca, un sabor agrio.

Él se acercó lento, los ojos llorosos, rojos, sus movimientos de oso me hipnotizaron unos instantes.

—Eres una perra —rumió. Crispó los dedos—. Pero ahora vas a pagar por quererte hacer la simpática...

Se abalanzó sobre mí con un bramido, pero sus manos quedaron a milímetros de mi cara. Yo le sonreía sensual.

—¿Q-Qué...?

Sin darle tiempo a más fui a su encuentro y lo besé, hundí la lengua en su boca, palpé sus brazos, sus muslos, sus nalgas... sí, sí... él... él era...

Yosvany emitió un sonido ahogado contra mis labios, paralizado en un espasmo. Me despegué de él y volví a sonreírle.

Él cayó sobre sus rodillas, su expresión denotaba que apenas podía creerse el agujero en su estómago, la sangre que manaba a torrentes manchaba el suelo de granito gris. Con un ronquido se desplomó a mis pies. Pasé sobre él, fui a la cocina, escogí el cuchillo más afilado y me dispuse a rasgarle la ropa. En cuanto di el primer corte en un brazo de Yosvany, comprobé las conclusiones de mi examen visual: poca grasa, mucha fibra.

Esta carne estaba mucho mejor que la de Juana; ya había recibido algunas quejas de que las empanadas estaban sosas. Sonreí complacida.

Nunca había encontrado mercancía tan buena.

**Malena Salazar Maciá.** Graduada del Centro de Formación de Escritores Onelio Jorge Cardoso y también de Informática. En la actualidad, se encuentra a punto de obtener su diploma de Licenciatura en Derecho. Ganadora de diversos premios nacionales, entre los que destaca el David 2015 en la categoría de ciencia-ficción, por su novela *Nade* y mención en el Premio Hydra de novela fantástica. Esta joven autora ya es miembro de la AHS y de la UNEAC.

## Comulgar con la carne y el cuento

El cuento “Todos somos mercancía”, desde el título, se erige en una condición casi aforística, enseñanza textual de una condición de vida que bien puede resumirse en un proverbio, tantas veces escuchado: “El pez grande se come al chico”. En esta historia, Malena Salazar nos presenta un mundo donde los personajes se alzan como lobos, jaurías enfrentadas a jaurías en busca de una carne simbólica, alimento existencial pero también del espíritu: carne como sangre, carne como materia, carne como satisfacción para nuestros múltiples mundos deshechos. Es este un universo de profundos ejes de desarraigo, donde los personajes deambulan como zombies de una de las tantas películas de terror que abundan en nuestra época.

“Todos somos mercancía” es, además, deudor temático del cine de autor con pocas pero sólidas locaciones, si bien sus recursos apuestan por una teatralidad de las sensaciones. Ha de apreciarse la influencia que juega dentro de esta textualidad una serie de cuentos y de filmes; entre ellos, podría señalarse buena parte de la obra narrativa de Virgilio Piñera y de Vladimir Hernández, así como —y quizás este sea el referente más comercial y/o conocido— establece hilos de paralelismo con *Sweeney Todd: The Demon Barber of Fleet Street*, tanto en la versión musical de Stephen Sondheim y Hugh Wheeler (a su vez inspirada en la obra de teatro de Christopher Bond) como en la más conocida película dirigida por Tim Burton y que el espectador cubano reconocerá sin dudas. El recurso simbólico de la carne es eje común de estas historias, donde el canibalismo es apreciado no como tabú social sino necesidad, lucha, vínculo comulgatorio, supervivencia en ambientes hostiles.

La construcción del escenario y los personajes es, quizás, el mayor éxito de este cuento que presentamos. La autora introduce personajes con pocas fisuras, que establecen sólidos nexos con la recreación de ambientes. No se habla aquí de un final sorpresa, inesperado en su tejido. No creo que sea intención de Malena Salazar Maciá reservar el grito final, ahogado, que todo cuento con una dosis

comedida de temor pretende mostrar, sino lo contrario: propiciar la reflexión sobre la deshumanización, la alienación de la criatura tildada *homo sapiens*, los extremos de violencia y asco hacia los cuales nuestra condición de monstruos puede llevarnos.

Asistimos, aquí, a un retablo de posibilidades narrativas que muestran la mano de una autora en desarrollo, capaz de sintetizar parte del pensamiento humano más sórdido en pocas cuartillas de acción. Ha de apreciarse también el lenguaje cinematográfico y la capacidad que muestra para desarrollar ambientes de tensión, no precisamente marcados por el terror, sino por la condición dual de la extrañeza y la cercanía. De esta manera, el lector/espectador de este cuento/obra/película textual puede sentirse en vínculo comulgatorio, no solo con la carne simbólica del texto, sino también con los nexos que se muestran en la búsqueda de esta teatralidad cinematográfica.

Malena Salazar no pretende lo novedoso, es cierto, pero sí una estructura de solidez, tanto en el desarrollo de los ambientes como en la configuración de los personajes. Más importante aún, propicia el diálogo receptivo y la construcción conjunta de la realidad —*a priori* y *a posteriori*— entre el autor, la madeja textual y el lector. Adviértase que estamos en presencia de una autora prometedora que, con esta obra, suerte de ópera prima de su cuentística, nos grita sobre una realidad que quizás ya ha trascendido el ámbito del texto, para convertirse ya no en sueño, sino en pesadilla concretada. Queda por nosotros darnos cuenta de que su sentencia ya existe en nuestro cotidiano porque —al final del día— todos somos mercancía.

## La paz

Llegamos por un sendero de polvo rojizo que nacía en la misma cima de la colina, bajando a darle una vuelta en forma de espiral a la casa. El sol daba de lleno sobre los muros. La entrada principal era por el costado derecho, aunque había bastante ajeteo frente a la puerta de servicio. Estábamos al amparo del cielo más azul que he visto, con el pelo pegado encima de los ojos, casi cerrados a causa de la luz. Un velo de blanquísima brisa cubría cada protuberancia y depresión del terreno, perfecto para el emplazamiento de varias baterías completas. El aire me supo a pólvora.

A medida que nos acercábamos, un murmullo de animales felices se adueñó del entorno. Me detuve un instante a sacudir la casaca. A mi izquierda la hierba se volvía trigo buscando el horizonte; del otro lado subía una pendiente ligera, áspera, lo suficientemente alta como para no ver más lejos. Tuve un atisbo de la tricolor, desplegando su sombra en el lecho dorado, podía sentir el pesado rumor de la tela ondeando en el viento. Mis compañeros se irguieron, la espalda bien recta y el semblante adusto mientras la turba de gallinas y cerdos huía de nosotros. Ahora que estábamos más cerca vi que lo que supuse manchas eran, en realidad, tupidas hojas de parra subiendo hasta el techo, colgadas de cuanto borde o saliente hubiera. Tres o cuatro mozos salieron a nuestro encuentro dirigiéndose a las columnas de la entrada. Para su asombro torcimos en dirección contraria deteniéndonos justo en la puerta donde, de lejos, se veía el tumulto. Desmontamos, mis botas se resintieron sobre el fango distinto.

Una mujer obesa, su hija, los jóvenes y un viejo. El resto viene en el tiempo de siega o cuando los olivos se doblan sobre sí mismos. Su pago es parte de la cosecha y lo que el dueño quiera dar. El anterior fue un sujeto bastante generoso que murió sin familia, sus criados conservan un orden muy estricto que no voy a alterar.

Luego de cepillar a los caballos y darles de comer nos fuimos a dormir. Caí sobre el encaje con todo el uniforme. No me descalcé.

Por la tarde cenamos con hambre de mendigos, sin usar los cubiertos. Después hicimos un fuego y fumamos cerca de los olivos. Sin hablar. Hasta el amanecer.

Mis compañeros partieron al mediodía siguiente a tomar posesión de sus respectivos sitios. Nos abrazamos en silencio. Cabalgaron a galope tendido sin volver la cabeza. Cuando al fin se perdieron en el polvo logré cerrar los ojos, dentro de mis párpados persistía el brocado de sus mangas. En mi pecho, debajo de la camisa abierta, el corazón comenzó a pesar.

Desperté con un destello hincando mi nariz. La ventana abierta a las nubes enormes, hojas de parra asomaban sus bordes por el marco, una oruga intentaba atraparlas encima del abismo. Al rato un pájaro oscuro posó el pico en su cuerpo blando, graznando tanto que me incorporé para espantarlo. Un latigazo de luz me hizo llevar los dedos a la cara; a través del hilo de pestañas cientos de corazas bruñidas permanecían muy quietas, en una armonía de reflejos alternando con el corte impecable de los trajes. Mi rostro era devuelto por los yelmos, cruzados por la sombra de penachos batientes. Tenía la garganta seca. Cerré los ojos. Al abrirlos ya habían desaparecido. Durante el resto del día traté de no salir afuera.

Ejercitar al caballo. Lustrar las botas. Limpiar el uniforme.

Todas las mañanas desarmaba mis piezas, las pulía, engrasaba y volvía a guardar. Luego me tendía en el piso a escuchar la madera, crujía igual que las ruedas gastadas. Después del almuerzo hablaba con los criados —no más de unos pocos minutos con cada uno—, encendía mi pipa, esperando a que el sol se pusiera. Una tarde mi caballo escapó y no volvió en dos días. Lo había espantado un regimiento de infantería, apostado a ambos lados del camino con las bayonetas enhiestas. Durante una semana el viejo y los mozos trabajaron a su lado como si no les vieran. No hubo comentarios. Yo cerré las ventanas y seguí fumando.

Siempre parecía ser la misma hora, el eco omnipresente de los grillos era sustituido por perros lejanos en la madrugada. Podía dormir sin sobresaltos.

Finalmente llegó la época de siega, la casa se llenó de gente de piel ennegrecida y cara de montura vieja. Vinieron algunos niños a pedir municiones usadas, también mujeres jóvenes de pelo negro y uñas sucias. Me uní a los segadores, trabajando desde el amanecer hasta bien entrada la noche. Por un tiempo las tropas pudieron descansar.

Sin las mieses altas los cascos eran perfectamente audibles en el suelo pisoteado. El mar de espigas se había secado en todas las colinas, nubes de plomo cobijaron mi sueño. Al ver mi reflejo en el agua de la tina comprendí que yo a nadie le importaba. Esa tarde fui al valle a buscar una esposa.

Un par de meses después ella entraba a la casa sin séquito. Tocó cada botón como si fuese el primero. Al cabo de una semana me hizo saber lo inútil que le parecía que yo les diera brillo tan reiteradamente. En ese momento dejó de existir.

No salir a los campos por el mediodía. Cobijados por la luz, detrás de la colina, ellos están listos, esperando.

Me acostumbré a tomar un baño largo en las noches. Al sereno el agua es muy fría y un poco más dulce, en aquellos momentos era casi imperceptible el clamor de las culatas golpeando el polvo. Regresaba a la cama cuando ella se dormía.

Su vientre ha comenzado a hincharse, no quiere verme a su lado.

A cada rato siento en los ojos un fulgor imprevisto mas no puedo llorar. El suelo se estremece al paso de la artillería. Las bestias resuelan. Ayer un bello húmedo me tocó la frente.

Las mieses han vuelto a crecer demasiado. He visto algunas lanzas moverse en el ocaso. Comenté con los mozos la posibilidad de que algún batallón errante vagara por la comarca. Negaron con la cabeza. Mientras me alejaba los escuché reír con disimulo.

Hay tumulto de suelas en la planta baja. Vinieron del pueblo a verla, ninguno preguntó por mí. En el patio cuelgan paños mojados. Quisiera estar muy lejos cuando la criatura empiece a llorar.

Hoy salí a correr entre las espigas. Les llamé. Nadie contestó. Parece que se han ido.

La casa está tranquila, no hay luna. De fuera llegan ecos de un galope frenético. Me asomo para ver mi caballo, más oscuro que el cielo, perderse tras la colina. Un clamor de tambores se avecina despacio. No entiendo por qué solo yo puedo oírlos. Jamás vi cañones tan resplandecientes. Ojalá no asusten a los perros. La bandera tricolor abierta al firmamento, ondeando sobre los uniformes. Ellos deben ser miles, avanzan por categorías, dispuestas hacia a mí sus bayonetas. Apuntan. A una señal mía ninguno fallará.

Tengo el sable en la mano. Voy a levantarlo.

**Duchy Man Valderá.** Artista de la plástica, diseñadora de vestuario y narradora. Luego de una fructífera carrera como ilustradora en las editoriales Gente Nueva y Letras Cubanas, decidió incursionar en el mundo de las historietas y las novelas gráficas. Actualmente reside en Bruselas, donde se desempeña como ilustradora e historietista (dibujante y guionista). Recientemente la editorial francesa Mosquito publicó su álbum *Rosa de La Habana*, primera historieta 100% cubana publicada en lengua francesa. Es también coordinadora de proyectos culturales entre las capitales de Bélgica y Cuba.

## **El héroe no tiene rostro**

¿A quién o a qué tememos cuando ya se ha desafiado a la parca en batalla?: al anonimato, a la muerte simbólica —que no física, herida sobre la herida—, a la conversión que sufre un héroe cuando descubre que en tiempos de paz no hay manera de huir a lo común. Son estas algunas de las grandes interrogantes con las que Duchy Man Valderá pretende golpearnos en la cara cuando esgrime el arma metafórica del cuento “La paz”. Un título sutil, efímero, que en apariencia



nada cuenta más allá del peso de una palabra tan usual como esa —tan mal usada. Pero no se escude el lector en el facilismo de creer que todo ha sido dicho o escrito desde la presentación de un cuento. Hay ecuaciones mucho más complejas y esta es una.

Duchy Man Valderá ha sido reconocida en los predios de la Isla y en otras fronteras como ilustradora, dibujante, pintora e historietista. Algunos conocen de su voluntad —nada incipiente— por el verbo, asunto que le ha hecho acumular páginas y páginas que tarda años en enseñar a su público. Su idioma, su lenguaje original son aquellas letras que se dibujan con pinceles. Esa es su casa. Su lugar para el reposo y la batalla. Pero en la literatura, Duchy Man se reinventa. Quizás porque articula su discurso en un proceso inverso: un proceso donde cada palabra cuenta, precisamente, porque rinde un secreto homenaje a la pintura. En “La paz”, como en toda su literatura, Duchy extiende un tapiz de personajes orquestados con un lenguaje poético, muchas veces críptico, muchas veces onírico, que otorga materia para la especulación y el reconocimiento.

Reconocimiento, sobre todo, pues permite a los lectores la construcción conjunta de una historia que ella solo traza sobre las páginas, como al descuido, para que así el ojo avizor la atrape, la teja, la haga trama. No por esto ofrece la autora una arquitectura incompleta de los acontecimientos y los personajes, sino que ha de percibirse este texto en su condición de estructura laberinto, y ha de recorrerse pista a pista, en busca de uno de los tantos rostros de la verdad que Duchy dibuja.

A largos trazos, a largos tramos, percibimos el retorno de la guerra de cierto hombre —un desconocido de sí mismo— que añora aquellos tiempos pasados de batalla, los detalles ínfimos de los botones lustrosos, de la bandera tricolor, del llamado al combate, de la camaradería y el sudor compartido. Ni esposa, ni hijo, ni siega le acompañan. Son los tiempos difíciles de aquel que vuelve a casa sin tener motivos; de aquel que ha encontrado su verdadero hogar en los campos de la guerra. En un *crescendo* brutal, se avista en la narración el enrarecimiento de la conciencia de este personaje que ya advertimos delirante, casi loco, a un paso de lo onírico, en el borde virtual entre la vida y la muerte. El tiempo —¿un año, dos

años, una década tal vez?— pasa sobre él sin un sentido y, por un momento, quizás el lector se pregunte si debe creer o no en aquel sujeto consumido por un *pathos* que se desconoce (y que tal vez no exista). Pero fe. Que nos conduzca a todos el sonido de las palabras.

La culpa —del que ha sobrevivido, de quien ha retornado— es uno de los principales motivos de esta obra, si bien nunca se menciona como tal. Gravita, eso sí, por encima de los escenarios físicos y simbólicos del cuento. Es una culpa no sólida. Una culpa que se extiende como niebla entre las colinas. Culpa que se esconde entre las cadencias de la palabra paz. Y es en esa palabra que advertimos la ironía final de este cuento. Para algunos, la guerra es el reposo. Para algunos, la paz es la verdadera guerra.

Ellos —los marchitos culpables del día a día— son aquellos que arrastran la culpa de todos sobre los hombros, son los verdaderos mártires, son los héroes que es mejor olvidar.

## Misérias del reloj

Malo cargarlo a usted, mi socio, malo cargarlo a usted. Así repetía, jadeante, Lorenzo Cuesta, con el doctor Cabrales en la espalda, a pesar del arrastre inoportuno de sus piernas y del maldito viento, pero sin soltarlo. Un saco de papas, una maceta grande, cualquier cosa, menos cargarlo a usted, mi socio, se repetía Lorenzo, encabronado, para darse ánimos en la oscuridad, con la lluvia encima como alfilerazo, pero sin soltarlo.

El doctor Mario Cabrales, pesaba un mundo, carajo, parecía como si en veinte años de ausencia se hubiera tragado media España él solo, así habían dicho, varios meses antes, agitadísimos, los dos enfermeros de ambulancia que lo depositaron, como un saco de papas sobre una silla de ruedas, frente a la puerta que él les indicó, y tenían una razón tremenda. Los pobres, en el aeropuerto, por roturas mecánicas en su equipo, se vieron obligados a cargarlo con enorme dificultad, desde la silla de ruedas hasta la cama de ambulancia, y estuvieron a punto de partirse las espaldas; luego, desanimados, con dolores, como si cumplieran la peor de las penitencias, tuvieron que cargarlo otra vez, y por mucha propina que donase, dijeron, ya tenían suficiente motivo para odiar a ese gordo con maletas.

Pero ante la mirada de espanto de una esposa en delantal, ni ellos ni el doctor Cabrales tuvieron tiempo de pronunciar palabras, y la mujer, atónita, sorprendida en la mismísima puerta, con una repentina palidez, como si no pudiera creer lo que veía, solo dijo, Ay, Mario Cabrales, aparecer después de veinte años, y los camilleros se apuraron en sostenerla cuando desmayaba.

Malo cargarlo a usted, mi socio, malo cargarlo a usted. El doctor Mario Cabrales, empapado, asustadísimo, sin otro remedio que ir sobre Lorenzo Cuesta, permaneció en silencio ante esa frase, repetida como salmo para extraer fuerza interna, espantar la lluvia que los desorientaba, el viento que los detenía, el agua que los inundaba, y avanzar un paso más con él encima. El doctor Mario Cabrales, con los ojos cerrados ante la incertidumbre, se sintió el tipo más triste del mundo

y, por primera vez en aquellos meses, se arrepintió de haber regresado a La Habana.

Para su esposa, Danae Torres, aquel regreso constituyó uno de los acontecimientos más impactantes de su vida. Ya recuperada del desmayo, en el comedor, con el rostro entre las manos, a punto de pellizcarse para despertar de semejante pesadilla, lo escudriñó en silencio por casi media hora, como si tratara de explicarse la presencia de aquel gordo en su casa.

—Vengo a repatriarme, le dijo, estos veinte años no han sido fáciles.

—Ya veo, dijo ella.

El doctor Cabrales comprendió el sentido completo de las dos palabras y sonrió, como diciéndose que, a pesar de tanto tiempo sin saber de su esposa, el sarcasmo continuaba siendo el mejor de sus recursos para contrarrestarlo. ¿Esposa?, ¿acaso después de veinte años de ausencia contaba con suficiente valor para llamarla así?, ¿habría vivido ella con otros hombres como mismo había hecho él con tantas mujeres?, ¿se habría divorciado por rebeldía una de esas tardes en que se sintiera ganada por la depresión?, ¿esposo?, ¿esposa?, ¿sería posible que Danae aceptara aún semejante nomenclatura?, se dijo, y volvió a sonreír.

Luego, un poco incómodo ante aquellas dos palabras, como si las mismas hubieran hecho el efecto deseado, no tuvo otro remedio que suspirar y autocontrolarse, registró en una cartera que traía ajustada a un lado de la panza, extrajo un bulto de billetes enrollados con una liga y los puso sobre la mesa, ante la mirada expectante de quien fuera su esposa.

—Ahí tienes veinte billetes de quinientos euros, dijo.

—¿Y eso?, dijo ella.

—Es mi perdón por estos veinte años.

—Hace mucho que estás perdonado, Cabrales

—¿Desde cuándo?

—Desde que te olvidé por completo.

—Son diez mil euros contantes y sonantes.

—Anjá, como si acabaras de romper tu alcancía.

—Y traigo veintiocho veces más en las tarjetas.

—El dinero, por suerte, no lo arregla todo, Cabrales.

—Pero calma los nervios, dijo él.

—Tienes razón, ¿por qué no te compras algo en otra parte?

—Esta es mi casa también, herencia de mi padre, ¿o se te olvida?

El recién aparecido doctor Cabrales, esa misma tarde, pasó algo de trabajo para convencer a Danae Torres, sobre la necesidad de auxiliarse con algunas personas del barrio, dispuestas a los trabajos domésticos, Aquí no puede faltarnos nada, dijo, les vamos a pagar muy bien, sobre todo a quien lo atendiera exclusivamente a él, lo más urgente posible, pues necesitaba bañarse, acostarse y dormir a pierna suelta, Estoy molido por el viaje, concluyó.

Una hora después el doctor Mario Cabrales estuvo sobre la cama matrimonial del último cuarto, atendido por dos vecinas dispuestas a probar suerte, a cambio de diez dólares per cápita, en la misión de bañar con esponjas su descomunal cuerpo. Ellas lo habían conocido desde sus años de estudiante de Medicina, y así se lo hicieron saber, lo recordaban cuando aparecía en la cuadra, delgadito, con su bata blanca, un libro bajo el brazo y el estetoscopio en el cuello, en papel de novio feliz de Danae, con ella de manos, dueño de la destreza que ofrecía la juventud. Pero ahora, y esto no se lo hicieron saber, por mucho que lo contemplaran, desnudo e inerte de las piernas hacia abajo, a causa de tanta gordura, con aquella panza de asco y esos muslos de buey, no se podían explicar tanto cambio en una misma persona.

Trabajaron en silencio, sin comentarios ni quejas, mientras lo acomodaron de un lado a otro con demasiado esfuerzo para dos pobres mujeres. Sudaron, exprimieron, recogieron, como si fueran expertas de toda la vida en esos asuntos, siempre con el temor de que pudieran esfumarse aquellos diez dólares, medio mes de trabajo de un ingeniero o maestro, en caso de que el doctor advirtiera sus deseos de comentar, o de reír, por semejante espectáculo.

Pero antes del baño, el doctor Cabrales sintió una imperiosa necesidad de dar del vientre y se lo hizo saber a las vecinas, quienes, bajo su orientación de urgencia, registraron como locas en una de las maletas. Apartaron camisas, pantalones, culeros desechables, un sin número de otras vituallas, y, por fin, dieron con un pato plateado comprado en España. El doctor les indicó con desespero que lo colocaran debajo de sus nalgas. “De prisa, mujeres, que me cago, por favor.” Y ellas trataron de cumplir la encomienda, pero demasiado tarde; el excremento de Cabrales (pastoso al principio, licuado después) salía a chorros por el orificio, como por tubería defectuosa, como en dique con salidero, imposible de contenerse.

La sábana quedó convertida en un campo de batalla enfangado y el pato apenas pudo llenarse, pero el doctor ordenó que lo vaciaran rápido, que necesitaba continuar dando del vientre, De prisa, mujeres, que me cago, y las pobres vecinas, a pesar de sus guantes de estreno y de la necesidad de diez dólares, sintieron un asco enorme, unos deseos tremendos de vomitar, de largarse de allí, pero hicieron de tripas corazón, respiraron profundo en la ventana, volvieron con el pato medio limpio, y lograron colocarlo bajo el culo de Cabrales, quien, satisfecho, extasiado, como si no hubiera nada mejor a esa hora, pudo llenarlo otras dos veces, sin que cayera una sola partícula en la cama, hasta que sintió la paz en sus tripas, recuperó su semblante de gordo feliz y pidió a esas dos heroicas mujeres, pasar al proceso del baño.

Bajo la dirección de Cabrales las dos vecinas forraron la cama con un *nylon* impermeable, moviendo el cuerpo hacia el lado conveniente. Auxiliadas con un cubo de agua tibia y dos esponjas, humedecieron al doctor de arriba abajo y de

lado a lado, añadieron gel al cubo y sustituyeron las esponjas por dos estropajos especiales, volvieron a la misma misión de restregarlo de arriba abajo y de lado a lado, cambiaron el agua con gel por otro cubo de agua tibia, cambiaron los estropajos por nuevas esponjas y, agotadísimas, volvieron a pasarlas de arriba abajo y de lado a lado.

Al finalizar la tarea del baño, procedieron a secarle el cuerpo con cuatro grandes toallas descubiertas en una de las maletas del doctor, quitaron el *nylon* de la cama corriendo a Cabrales hacia el lado conveniente, colocaron otro *nylon* impermeable como protección, tendieron un par de sabanas olorosas, enfundaron cuatro grandes almohadas, y, a una orden suya, se dispusieron a colocarle el enorme culero desechable, no sin que advirtieran, una vez más, las diferentes magulladuras, granos y moretones en la entrepierna, en las nalgas, bajo las axilas y en otras partes del cuerpo del doctor Cabrales, lo que las hizo comentar, después, que semejante espectáculo era algo difícil de creer si no lo hubieran visto con sus propios ojos, y que ellas, a pesar de los diez dólares, constantes y sonantes, tan necesarios y difíciles de encontrar, por ese cuarto, jamás volverían.

Danae Torres, desde afuera, pero sin atreverse a entrar, estuvo pendiente del ajetreo que duró un par de horas y cuando las mujeres salieron a punto del desmayo, esperó a que botaran los guantes, cuchichearan en el patio con afanoso misterio, acomodaran las sábanas sucias en el lavadero, exprimieran las frazadas de limpiar, se asearan con el agua de una llave bien abierta, y las indemnizó con diez dólares de más a cada una, gesto que las hizo repensar su negativa. Hasta mañana, vecina, dijeron con una extraña alegría en sus rostros y Danae las acompañó a la puerta, pero de repente las detuvo, recordó que apenas contaba con un pedazo de pan para el desayuno, Tomen estos cuarenta, por favor, y tráiganme de todo lo que encuentren, les dijo, a partir de mañana, supongo, aquí se va a comer demasiado.

El doctor dormiría a pierna suelta durante toda la noche, eso evidenciaban los ronquidos que salían de su cuarto, mientras la mujer, después de cerrar bien la puerta, ya sola en una de las sillas del comedor, intentaba responderse un sinfín

de interrogantes inútiles. Cabrales había regresado a esa casa, legítima herencia de sus padres, después de veinte años, sin preocuparse por nadie jamás, eso era todo, había partido delgado, repleto de ilusiones, y regresaba inesperadamente gordo, en silla de ruedas, y dispuesto a abrirse paso, esa vez, a golpe de mucho dinero.

Danae Torres, sacó el rollo de pesos enligados y lo colocó en la mesa, El dinero, por suerte, no lo arregla todo, Cabrales, se dijo en voz alta, delante de aquellos diez mil, constantes y sonantes, y no le quedó más remedio que morir de risa. Luego, sin poder evitarlo, se le aguaron los ojos y sintió deseos de echarse a llorar, pero suspiró y se contuvo, No puedo darle ese gusto, se dijo y sin querer fijó la vista en una de las rajaduras del techo. Miró otra en la pared, volvió al rollo de billetes y sonrió, muerta de cansancio, dueña de un sueño enorme, pero con una buena idea en la cabeza. Caminó a su cuarto, apagó las luces que encontró en el pasillo, con la convicción de que esa noche no iba a poder dormir bien, por causa de un gordo y de una silla de ruedas, pero, al menos, lo intentaría.

Justo a las siete y media de la mañana, el doctor Cabrales, en silla de ruedas, fumaba en el portal. Por sus propios esfuerzos había logrado quitarse el culero desechable repleto de orina, ponerse una bata de casa de estreno, tomar su pipa con relieves moriscos, el *nylon* con picaduras de tabacos cubanos y, por primera vez, luego de veinte años de ausencia, salió a fumar como si celebrara en paz su regreso. Hubiera querido recorrer la costa a esa hora, permanecer un tiempo detenido frente al mar, respirarlo profundo como no podía hacerlo en Madrid, pero aún ese deseo no era posible. Necesitaba encontrar a alguien fuerte, diestro, desenvuelto, que se mantuviera junto a él a tiempo completo y no reaccionara como esas dos pobres mujeres, que se murieron de asco ante un poco de mierda blanda, sin poder disimularlo.

La gente del barrio caminaba hacia el trabajo, algunos niños iban con sus padres a la escuela, otros lo hacían solos, uniformados, con prisa, y contrario a otros sitios del mundo, Madrid, por ejemplo, pocos automóviles se veían a esa hora. El doctor, meditabundo, absorto en la contemplación y en el placer del tabaco, se sentía



feliz, como si no existiera algo más que una pipa y un paisaje, pero por causa del ruido metálico de un carrito de barrer calles, de repente salió de su marasmo, maldijo aquel escándalo de mierda y, para su buena suerte, detuvo su vista en el dueño del desmadre, un muchacho que no llegaba a los cuarenta.

Iba con los escobillones acostados en un lateral del carrito, parsimonioso, más ensimismado que el doctor o que cualquier otro ser del planeta, con una paz tan auténtica encima, que llamó su atención de inmediato. Mario Cabrales, conocedor del alma humana como pocos, hombre que había vivido al por mayor, siempre en zona de riesgo, sintió envidia sana de aquel muchacho, alguien que portaba un aura limpia a distancia, ausente de oscuridades, sin nubarrones de odio, satisfecha por existir sin nada a cambio, parecía como si los terribles conflictos del mundo incidieran en cualquier otro humano, menos en él. Cabrales lo vio perderse a lo lejos en busca de la avenida y comprendió de inmediato que ese era el tipo que necesitaba.

“¿Cómo se llama el muchacho que barre la calle?”, preguntó a las mujeres cuando estuvo en el comedor, sentado frente a los platos, pero como si presintieran peligro, ambas se hicieron las desentendidas, encogieron los hombros, continuaron inmersas en sus labores y ninguna supo dar una respuesta.

El doctor Mario Cabrales no quiso repetir la pregunta, tenía delante un poderoso ejército de frutas (lascas de mango, plátanos maduros, naranja picada en tapas, lascas de guayabas pintonas, grupo de mandarinas, lascas de piña, lascas de mamey, papaya en trozos, tajadas de melón, racimo de mamoncillos, jugo de toronjas, jugo de guayaba, jugo de naranja, jugo de mango) y un no menos poderoso ejército de vegetales (fuente con habichuelas, berro bien picado, berenjena hervida en trozos, col o repollo, lechuga fresca, tomates de ensalada, pepino en ruedas, aguacate en trozos, cebolla en rodajas, remolacha hervida, pimientos enteros) ambos ejércitos listos para ser devorados cuanto antes. Todo lo consumió con calma, protegido por un paño en función de servilleta, sin dejar un solo plato, a pesar de la avanzada hora de la mañana, para su disgusto. Los desayunos deben ser más temprano, dijo, no es bueno que se junten con los

almuerzos. Era cierto que las dos mujeres, agitadísimas, pero contentas por su buena suerte, habían tenido que comprar en el agromercado, cargar con varias jabas de frutas y vegetales, prepararlos al gusto del doctor en la cocina, bajo la orientación estricta de Danae, a quien Cabrales notó más calmada de nervios, incluso lo trató con cierta ternura, contrario a como estuvo el primer día, menos mal.

—Lorenzo, se llama Lorenzo Cuesta, el muchacho, dijo Danae.

—Ah, sí, el retrasado ese, dijo una de las mujeres.

—Tiene un retraso mental tremendo, apoyó la otra.

En la tarde, a la hora del baño, las dos mujeres vinieron a emplearse a fondo en la misma tarea del día anterior, pero por la propia Danae, como si no pudieran creerlo, se toparon con la nueva de que el doctor Cabrales les estaba muy agradecido, aunque por razones de fuerza mayor, teniendo en cuenta que ellas eran frágiles, mayores de edad, mujeres al fin y al cabo, en lo adelante ya no necesitaría de sus servicios, pero en retribución a sus desempeños, impagables aunque no los ejercieran, el doctor las premiaba con veinte euros, constantes y sonantes, para cada una.

Lorenzo Cuesta y Mario Cabrales, frente a frente, con un estrechón de manos, sellaron el pacto de caballeros más singular en la historia del barrio. Después de veinte minutos de conversación, en el patio de la casa para evitar chismorreos, sobre todo los de las vecinas rechazadas, tomaron varios acuerdos sin perjudicar a ninguna de las partes. El doctor Cabrales, con todo su sentido del humor puesto a pruebas, pretendió colocarse a la altura mental del muchacho y en su laptop de último modelo, como si estuvieran en alguna notaría, redactó varios acuerdos de pacto sagrado, en la medida en que dialogaban.

El primero consistía en que Lorenzo Cuesta iba a recibir al mes cuatrocientos euros, constantes y sonantes, más desayunos, almuerzos y cenas, a cambio de convertirse en la sombra perpetua de Mario Cabrales.

El segundo consistía en no afectar, bajo ningún concepto, el desempeño de Lorenzo Cuesta, en el servicio comunitario que con tanto gusto realizaba, lo que aseguraría al muchacho barrer la calle, temprano en las mañanas, e incorporarse después a su segundo oficio de sombra perpetua. Lorenzo se comprometía al barrido de su parte en la avenida, una hora antes de lo habitual, cambio que coordinaría con su jefe, el compañero Teodoro Meriño, responsable del mantenimiento de la segunda rotonda y de su fuente de agua.

El tercer acuerdo trataba acerca de la higiene y del aspecto personal, por ello se hacía necesaria la compra de dos mudas de ropas y de dos pares de zapatos que Lorenzo Cuesta vestiría sin objeciones, siempre que tocara en la puerta de Mario Cabrales, con la condición de haberse bañado, afeitado y perfumado, como si estuviera listo para salir con el doctor. Para ello recibiría un módulo de aseo con cepillo y pasta de dientes, jabones, desodorantes, perfumes, cremas y gel, sumados a un par de toallas y a algunos calzoncillos modernos. Ambos irían personalmente a la tienda, para que dicho vestuario quedara justo en el cuerpo de Lorenzo Cuesta.

Un cuarto acuerdo otorgaba cien euros de adelanto, en ese instante, si el empleado asumía el nuevo trabajo allí mismo, porque Cabrales requería de una prueba real antes de contratarlo.

Un poco más tarde, ya Lorenzo Cuesta se encargaba del aseo del doctor Mario Cabrales, algo que concluyó en menos de una hora y con tanta destreza que, según el paciente, Jamás alguien me había manejado tan bien, así dijo a Danae Torres, y ella los vio alejarse, ya bañado y vestido el doctor, de camino hacia la costa.

Cuando llegaron, Cabrales sacó la fosforera antigua de un bolsillo, la picadura de tabaco cubano, relleno la pipa con algo de emoción y, con un poco de maña para evadir el viento, logró prenderla. Luego, soltó el humo despacio, inclinó su enorme cuerpo hacia adelante, suspiró satisfecho y dijo, Mejor, imposible. Más temprano de lo que imaginó había vuelto a un sitio añorado de su juventud, fueron incontables las madrugadas en que sus amigos de la facultad y él intentaron

arreglar el mundo, cada cual con un criterio distinto, pero todos alrededor de una botella de ron, una guitarra y canciones de la nueva trova, lo mismo de Silvio Rodríguez, Carlos Varela o del aún desconocido Frank Delgado, ahora famoso cantautor, quien para colmo vivía cerca, aún sin guitarra propia y loco por aprender los acordes que Pancho Verdecia, el mejor estudiante de la facultad y amigo del alma de Cabrales, por compasión, en algunas ocasiones le enseñaba. Tantos recuerdos albergados en esa playita artificial, tantas noches que pasó junto a Danae, ambos en solitario, dispuestos a imaginarse el futuro cuando se graduaran. Allí estuvieron un día antes de que él partiera, se juraron amor eterno y lloraron juntos por última vez.

El doctor Cabrales y Lorenzo Cuesta, uno junto a otro, estuvieron bastante tiempo frente al mar, en profundo silencio, ensimismados, escudriñándose a veces por el rabillo del ojo, y el muchacho, como si no pudiera creerlo, descubrió que el doctor se ahogaba en lágrimas.

—También vine a operarme, dijo, si lo hago, pronto podré caminar.

—¿Operarte de qué?, preguntó Danae Torres.

—Reducción del estómago, primero.

—¿Y después?

—Liposucción, dijo él.

—¿Y después?

—Las rodillas.

Lorenzo Cuesta contaba con cinco años completos encargado de la limpieza de una parte de la avenida principal de la ciudad, por donde pululaban los autos de ministros, los de embajadas, los de turismo, hasta los de la caravana presidencial, pero nunca imaginó que alguna vez sería él quien tuviera la dicha de montarse en uno de aquellos carros y contemplar la vida desde otro punto de vista. Donde más lejos había llegado a semejante contemplación, fue en la altura de algún asiento de guagua, noche por noche, lo mismo en recorrido hacia los carnavales, que al

cine a ver cualquier película que proyectaran; a la heladería Coppelia, dispuesto a una enorme cola para matar el tiempo; a caminar el largo Malecón habanero hasta que se agotaran sus piernas, o a deleitarse en solitario, siempre en solitario, con la orquesta que tocara en algún baile público.

Ese día, en cambio, como si fuera un ministro, un turista, o el propio presidente del país, recorría la ciudad junto al doctor Mario Cabrales en uno de aquellos carros modernos y se sintió el hombre más feliz de la tierra. Por primera vez en su vida había estado en un asiento tan cómodo, con cinturón de seguridad, brazo sobre la ventanilla y la mirada dispuesta a contemplarlo todo, comenzando por la calle que tanto barría.

—Anoche no dormí bien, dijo Cabrales, tengo un mal presentimiento.

—¿Y eso?

—Qué sé yo, debe ser que cené tarde.

—Ah, bueno.

—Tengo ganas de sonarme un trago, ¿tú tomas ron, Lorenzo?

—No.

—¿Nunca?

—No.

—¿Y eso por qué?

—Preferiría no hacerlo.

Embajadas, garitas con custodios, embajadas, garitas con custodios, mansiones, mansiones, palmas, palmas, palmas, hilera de palmas en el separador, bancos de parque en la avenida, algunos destruidos, algunos desaparecidos, semáforos, semáforos, Ladas, Moscovich, Ladas, carros modernos, con chapas diplomáticas, con chapas de turismo, motos, policías de tránsito, gente deseosa de lograr botellas, aventón le decían en las películas, barrenderos con escobillones y carritos como el de él, gordos en monos deportivos en carrerita cómica por el

separador, bellas mujeres con aires de burguesas, perritos peludos de las mismas mujeres, hombres trabajando con los martillos neumáticos, viejos con bastones, muchachas en licras, grupos de viejos en pleno ejercicio en los parques, hilera de estudiantes de primaria con la maestra detrás, chinos sonrientes tomando fotos, mansiones, mansiones, mansiones, embajadas, embajadas, embajadas, palmas, palmas, palmas, así era la avenida principal de la ciudad y Lorenzo Cuesta sonrió por haber tenido tanta suerte al contemplarla.

—Tengo un mal presentimiento, dijo Cabrales.

—¿Y eso?

—Qué sé yo.

Tomaron el túnel, salieron a El Vedado, al Malecón y ambos miraron a su izquierda el Torreón de la Chorrera, la hermosura de un mar estable que se perdía en el horizonte, como obra maestra de pintor; una hilera de pescadores sobre el muro, un vendedor con ensartas de pargos que aprovechaba el semáforo para ofertar su mercancía, un crucero a lo lejos con destino a El Morro, gente que se ejercitaba en carreritas como si no les importara el tiempo; a la derecha vieron el legendario hotel Riviera, el más reciente hotel Cohíba, el complejo de tiendas con cristales opacos de Galerías Paseo, la Fuente de Paseo, un amplio descampado ahora repleto de nuevos restaurantes, cafeterías y cafés, edificios, edificios, residencias, residencias, El litoral (“Dicen que es excelente”, dijo Cabrales, ahí cenaremos cualquier noche de estas) la Oficina de Intereses, perdón, La Embajada de los Estados Unidos, perdón, la Oficina de Intereses; la famosa calle Línea, el legendario hotel Nacional, La Rampa, el parque Maceo, y detuvieron el carro en el Hospital Hermanos Amejeiras.

—¿Verdad que no tomas ron?

—Preferiría no hacerlo.

Su amigo del alma, el doctor Pancho Verdecia, después de auscultarlo sobre la camilla de su consulta, ayudó a Lorenzo Cuesta a colocar a Cabrales en la silla de ruedas. El aire acondicionado estaba alto y Lorenzo sintió frío, hizo ademán de

salir cuando advirtió que Verdecia se mantenía callado, tal vez en busca de privacidad, pero Cabrales le pidió quedarse.

—Habla sin pena, Pancho, él es de confianza, dijo.

Entonces, su amigo del alma, el doctor Pancho Verdecia, la persona que lo mantuvo al tanto todos esos años, primero a través de correos electrónicos, luego mediante el recurso de Facebook, acerca de las virtudes y de los pesares de La Habana, sus villas y castillas, sus calamidades y grandezas, las crisis y las alegrías, el destino de los otros amigos, el desatino de los enemigos, o los detalles de la vida de Danae, sobre todo en los últimos tiempos, se echó hacia atrás en su silla, cruzó los brazos y lo miró fijo un instante que pareció un siglo.

—Te queda muy poco, Cabrales, dijo.

—¿Cuánto?

—Tres meses como máximo.

—Miserias del reloj, dijo Cabrales, miserias del reloj.

Danae Torres aceptó la invitación a El litoral por no contrariarlo, pero ella no estaba para restaurantes, así dijo dentro del carro, y así repitió cuando el *valet* pidió la llave para ubicarlo en el parqueo, mientras Lorenzo maniobraba con Cabrales y la silla de ruedas. Entraron. Por suerte habían tenido en cuenta los accesos para discapacitados y el muchacho no pasó trabajo en subir con Cabrales. El Litoral era el mejor restaurante de Cuba, eso le reafirmó el doctor Pancho Verdecia, su amigo del alma, antes de despedirse, y no estaba equivocado, pensó Cabrales, cuando tuvo enfrente sus aperitivos. Para Lorenzo Cuesta, aquella era la primera salida a un restaurante de tanto *glamour* y Danae, comprensiva, como madre que enseña a su hijo, lo auxilió con el pedido a la carta, con la servilleta, y hasta con el uso de los cubiertos. Comieron croquetas de la casa como aperitivo, acompañadas con aceitunas rellenas de pimiento, jamón serrano de Teruel, dados de queso Entrepinares de Valladolid y rodajas de pan de lechuguino, tomaron cervezas Cristal, vino blanco de Rueda y jugos de naranja Taoro, comieron camarones enchilados, camarones al ajillo, langostas termidor,

langostas grillé, arroz blanco en mantequilla, frijoles negros bien dormidos, calabazas rellenas, plátanos borrachos, papas a la irlandesa, ensaladas mixtas de estación, con habichuelas, quimbombó, tomates, pepinos y aguacates, comieron de postre flan de maní, tortas negras de coco, bizcochuelo camagüeyano, tomaron helado de almendras, de fresa, de guanábana, tomaron café expreso, pagaron una costosa cuenta y, satisfechos, extasiados, con grandes deseos de volver, partieron de El Litoral.

—El mejor restaurante de Cuba, dijo Danae, ojalá se mantenga, por mucho tiempo.

—A mí me han contado, Lorenzo Cuesta (el doctor Cabrales, en la terraza, tenía un vaso repleto de ron en una mano y la botella de Havana Club en la otra), que usted ha sido siempre un tipo deseoso de que lo premien, de que lo vean cumplidor en el trabajo; a usted le encanta que el Secretario General del Sindicato, mencione su nombre como obrero ejemplar en las asambleas, que lo tengan siempre en las listas de los trabajadores destacados; por eso usted jamás llega tarde ni se va más temprano, usted es el típico hombre nuevo que necesita este país, Lorenzo Cuesta; usted se siente muy bien cuando en esas reuniones lo aplauden con delirio, mientras emocionado, erizado de pies a cabeza, usted se levanta de la silla, camina despacio hasta la presidencia, recoge su diploma muy serio, ofrece apretones de manos a los dirigentes (en especial, a su jefe inmediato, el compañero Teodoro Meriño, quien le consiguió ese trabajo y quien atiende, además, la segunda rotonda y su fuente de agua); usted también ofrece besitos en las mejillas a las compañeras de la presidencia, se detiene ante la multitud que lo aplaude, muestra el diploma de trabajador ejemplar como si fuera Ronaldo, o Messi acabado de meter un golazo; usted baja los escalones de la presidencia, vuelve a su silla con un regocijo difícil de explicar, mientras lo felicitan; usted contempla el diploma con tanta fijeza, con tanta emoción, aunque no sepa leer lo que dicen las palabras, que a usted le brota una lágrima de uno de sus ojos y, antes de que venga el mar de llanto, usted se marcha rápido de la asamblea, Lorenzo Cuesta; entonces, con discreción, con disimulo, aprovechando el alboroto



en la entrega de diplomas, alguna compañera también se levanta a auxiliarlo; ella corre a alcanzarle un vaso plástico con agua, o con refresco instantáneo de polvito, que usted se bebe despacio, ahogado en pucheros, pero sin contener las emociones; la compañera de trabajo, igual de conmovida por su sensibilidad, por su convicción de trabajador destacado, recuesta la cabeza de usted sobre su pecho, No llores más, mi cielo, no llores más, a ver, tomate un trago de ron, a ver, pero usted se niega rotundo, Preferiría no hacerlo, le dice, con el intenso calor de esas tetas gordas de la compañera desajustándole el alma, e imagina que se interna en un campo de flores por el que se avanza muy bien; usted siente una erección tremenda, inevitable, martillante, y la compañera comprende que para su buena suerte, usted ha tenido una erección tremenda, inevitable, martillante, mientras en la reunión continúan los aplausos a otros compañeros destacados; entonces, a la compañera de usted, tan bondadosa, tan sensible, tan entregada, tan solidaria, no le queda otro remedio que sonreír y acariciarle, con inmenso placer de hembra en celo, el bulto enorme que a usted se le ha formado allá abajo.

Danae Torres tenía previsto un viaje a Holguín, necesitaba visitar a su madre, ya había reservado pasaje en la Terminal de Ómnibus, pero esa misma mañana, Radio Reloj confirmaba la cercanía inevitable de un peligroso huracán. Las provincias orientales del país debían pasar a fase de alarma informativa. Danae Torres, frente al televisor, escuchaba explicaciones de los meteorólogos y maldecía al dichoso huracán, de fuerza cinco, que ya había destrozado a las pobres islas Vírgenes, tanto inglesas como norteamericanas, y, por probabilidades geográficas, dentro de poco podría recorrer el norte de toda la Isla. Danae miraba las rajaduras del techo y las de las paredes, arrepentida por no haber comenzado las reparaciones aún, cuando apareció Cabrales con Lorenzo detrás.

—Pronto tendremos huracán, dijo ella.

—¿No jodas?

—Lo dice Rubiera, el meteorólogo.

—Ah, sí, Rubiera, dijo Cabrales.

—Ese huracán es un peligro, arrasó con esas islas chiquitas.

—No te preocupes, eso aquí no llega, dijo Cabrales.

—Ojalá no pase, dijo Lorenzo Cuesta.

—Ojalá no pase, repitió Danae Torres.

Lorenzo Cuesta, a punto de barrer la última cuadra, se enteró de que a su jefe, Teodoro Meriño, justo en la segunda rotonda, lo había matado un carro. Al principio, el muchacho no supo qué hacer, un extraño zumbido se apoderó de su cabeza, pronto fue ganado por sudoraciones, y nervioso, lo mismo continuaba barriendo, que se detenía. Mantuvo esa actitud de desconcierto por varios minutos, hasta ver que otro compañero iba con prisa a la segunda rotonda, entonces, no lo pensó más, guardó la pala y el escobillón. Era la primera vez, en cinco años completos, que abandonaba el trabajo antes de terminarlo.

Echó a correr detrás del compañero y cuando llegó, agitado, difícil, a la segunda rotonda, pudo ver el cuerpo de su jefe, Teodoro Meriño, cubierto con una sábana, junto a un charco de sangre. Varios policías no dejaban acercarse al cadáver y se comentaba que los del carro eran dos jóvenes que se habían dado a la fuga. “Maricones”, gritó Lorenzo Cuesta, desconsolado, como si hubiera perdido a su padre por segunda vez, y se sentó a llorar.

Esa noche, el doctor Mario Cabrales, acompañó a Lorenzo a la funeraria de setenta y veintinueve, pero no quiso bajarse del carro, para no hacerle pasar trabajo con la maniobra de su cuerpo y la silla de ruedas. “Si te preguntan...”, dijo, “...diles que soy tu tío.” Estaban presentes, la mayoría de los compañeros de la sección sindical; Lorenzo, ahogado en lágrimas, los abrazó uno por uno, pero todos quedaron boquiabiertos, como si no lo pudieran creer, cuando asociaban al muchacho, tan bien vestido, con el lujoso carro con gordo sentado.

Lorenzo Cuesta caminó hasta el féretro y vio a su jefe por última vez. La mujer y la hija de Teodoro Meriño lloraban desconsoladas y a Lorenzo lo sorprendió el mismo zumbido de por la mañana. Sintió un terrible dolor de cabeza y muerto de

llanto, espantado, contaminado por los alaridos de aquella familia, salió corriendo de allí.

—Ese muchacho no anda bien, dijo Danae.

—Mataron a su jefe en la avenida, no es para menos.

—Pobrecito, es un cordero de Dios.

—Cálmese, compadre, dijo Cabrales, con un vaso repleto de ron en una mano y la botella de Havana Club en la otra, cálmese, la muerte es algo natural en todos los seres vivos, considérelolo como un cambio de forma, como una mutación de la materia, míreme a mí, me fui flaco y vine gordo como una bestia, en silla de ruedas, con mucho dinero, pero con necesidad de usted para valerme, en Madrid yo vivía a mis anchas, tenía mi consultorio, mis negocios, mis amiguetes, mis putas, mis bares predilectos, pero lo mandé todo a la mierda y vine a repatriarme, hasta llegué a ser amiguísimo de Joaquín Sabina, nos íbamos de copas y de tapas como dueños de la noche, vivíamos en la misma calle, en el mismo edificio, fui su médico de cabecera incluso, solo me faltaba ponerme a cantar, no niego que me fue bien en España, que fui feliz hasta cierto punto, pero lo mandé todo a la mierda, a mal tiempo buena cara, vamos, hombre, tenemos la obligación de vivir por nuestros muertos, mi amigo del alma, el doctor Pancho Verdecia, sin pelos en la lengua, me ha dicho que me quedan pocas semanas en el barrio, yo tengo los días más contados que los de Teodoro Meriño, vine con tantos planes, con tantos proyectos y ahora debo cambiarlos, la vida es cambio, corregir el tiro es nuestra tarea, a la mierda las operaciones, a la mierda la liposucción, a la mierda mis rodillas rotas, usted tiene tremenda suerte, hermano mío, su aura limpia lo ilumina en cualquier territorio, las ruindades de este mundo nunca logran lastimarlo, yo lo envidio a usted, Lorenzo Cuesta, ojalá hubiera tenido yo la suerte suya, viviría intenso y sin complicaciones, sin temor alguno a las adversidades, con una paz tremenda rebosando este cuerpo, cambie esa cara, vamos, a mí me queda poco y quiero que la pases bien cuando me vaya, no tengo a nadie más en este mundo, solo a Danae Torres y a Lorenzo Cuesta, así que ya usted sabe, les dejo todo lo que tengo, también les dejo el tiempo, todo el tiempo, hablaré con ella para dejar

las cuentas claras, pronto los tres iremos a un notario, papelitos hablan lengua dice un chino, pero bueno, que no se diga, hermano mío, pórtese bien, así es la vida, puro cambio, qué pasa.

—Han albergado a miles de personas en Oriente.

—Eso aquí no llega, mujer, no te preocupes.

—Tengo miedo, Cabrales, ese huracán me asusta.

—Carmen.

— ¿Qué?

—El huracán, mujer, se llama Carmen.

Lorenzo Cuesta necesitaba estar solo, era mucho el tiempo ocupado en atender a Mario Cabrales, esperó con calma a que llegara la sesenta y nueve, y logró un asiento con ventanilla en la zona de atrás. El aire golpeó su rostro mientras disfrutaba la noche y se sintió mejor. Contempló la calle ochenta y cuatro, brillante por causa de la lluvia, luego detuvo su mirada en la calle diecinueve, en la panadería de setenta y ocho, en la Casa de los Combatientes, en la gasolinera de setenta y cuatro, en el antiguo cine Cosmos, en el separador de la calle setenta, en el semáforo de sesenta y en la esquina de cuarenta y dos. Lorenzo cerró los ojos, aunque no tenía sueño, le gustaba aquel aire húmedo, se sentía pleno, feliz, pero pronto debía cambiar de guaguas, cuando llegara a la avenida cuarenta y uno, y tuvo que bajar con prisa, por poco se pasa de paradas.

Lorenzo Cuesta caminó bajo la llovizna, cruzó cuarenta y uno con calma, no había nadie esperando la otra guagua, esa ancha calle estaba tan desierta como las anteriores, pero necesitaba salir solo, recuperar su antiguo estado de ánimo. La muerte de Teodoro Meriño no lo dejaba dormir, el cadáver de su jefe se le aparecía cubierto con sábana en los sueños, luego se destapaba en medio de la avenida, junto a la segunda rotonda con fuente de agua, se ponía de pie empapado de una sangre que se limpiaba con ayuda de la propia sábana, pero continuaba saliéndole a borbotones; su jefe se sentaba junto a él, para decirle,

“Compay, no llore tanto, no sea llorón, esto le pasa a cualquiera, como dice el doctor”, y Lorenzo despertaba ahogado en llantos y en gritos, algo que nadie sabía, pero ese sueño constante, como si no pudiera creerlo, lo estaba matando.

En el Yara tampoco había mucha gente, la taquillera, con cara de pocos amigos, le vendió el ticket, tal vez extrañada de que alguien entrara a esa hora y con semejante película. Lorenzo entró, agradecido por su buena suerte, pocas veces se había visto en un cine para él solo, pero no, no estaba solo, pronto descubrió a dos o tres extraviados en las diversas lunetas, tipos con ánimas tan solitarias como la de él, tan especiales como él, tan incomprendidos como él. Nunca tuvo claro si la película era de amor o de misterio, si los personajes hablaban en ruso o en inglés, él no podía leer aquellos subtítulos que cambiaban tan rápido, pero en realidad no le importaba, jamás había leído una película subtitulada, él no sabía leer; en la escuela, por mucho que sus maestros se empeñaron, nunca había logrado concentrarse en la lectura de algo. Lo importante era el cine en sí, pagar la entrada con categoría, recibir un ticket para perderse en aquella oscuridad, permanecer sentado un par de horas en las lunetas del medio y dejarse llevar por los acontecimientos que les ocurrían a otros, aunque no los entendiera. Total, la vida era así, un cúmulo de acontecimientos que nadie entendía.

—Arrasó en Oriente, Cabrales, ¿cómo estará mamá?

—Cálmate, Danae, por favor, aquí los huracanes no matan.

—Trae vientos terribles, fuerza cinco, acabó con las casas.

—Tranquila, mujer, por favor.

—Sí, como no eres tú.

—A mí me han dicho, hermano mío, que usted quedó desconsolado cuando perdió a su madre, dijo Mario Cabrales, junto a un vaso repleto de ron y una botella de Havana Club, le pasó parecido como con Teodoro Meriño, pero con menos experiencia, y se trataba de su señora madre que no es igual, por suerte para usted, ella lo enseñó a valerse por sí mismo desde chamaco, aprendió a cocinar frijoles y arroz, a freírse una tortilla, a preparar congrí, carne de puerco, a

zurcirse la ropa de la escuela especial, y todo, por si algún día llegara a faltarle, como sucedió después, dicen que cuando a ella le dijeron en el policlínico, Compañera, su hijo no es normal, se resistió a creerlo y ya ve, muchos quisieran vivir como usted vive, tan dueño de su paz interior, una paz envidiable, con un aura limpia, sin odio, sin remordimientos, sin rencores, usted quedó solo como si lo pusieran a prueba, ni madre, ni padre, ni hermanos, ni nadie que pudiera consolarlo, a no ser esas vecinas bondadosas que siempre aparecen, para su buena suerte, pero de ellas hablaremos después, a mí me han contado, Lorenzo Cuesta, que su madre le inculcó, además, una profunda devoción por el trabajo, ser disciplinado al máximo, llegar temprano como el primero e irse tarde como el último, le mostró el camino para obtener diplomas de trabajador ejemplar en cualquier empresa que estuviera, daba lo mismo la construcción que comunales, pero siempre llegar temprano, cumplir sin quejas, coleccionar diplomas, sentir aplausos en reuniones sindicales, a mí me han contado, Lorenzo Cuesta, que en cierta ocasión, cuando usted trabajaba construyendo el hospital Pediátrico, usted se levantó temprano como siempre, bebió su taza de café y salió camino a la parada, le extrañó que estuviera sin un alma, pero subió a su guagua que también estaba casi vacía, si acaso el chofer y un par de personas, algo que a usted le encantó al no tener que sentirse apretujado por los demás trabajadores, dicen que cuando llegó al trabajo usted tampoco vio a nadie, ni un alma había, mejor que mejor, se dijo usted, mientras se cambiaba de ropa en la taquilla, luego avanzó con cincel y mandarina hacia la piedra que le habían asignado, la peor de las piedras posibles, y comenzó a golpearla, a abrirle huecos mortales con todas sus fuerzas, esa piedra no podría con usted, ni con su mandarina, ni con su poderoso cincel, usted sudaba a chorros olvidado del mundo, abstraído en la contundencia de sus golpes, como si estuviera en un campo de flores donde se sentía muy bien, pero de repente, la voz de un custodio lo sacó del ritmo, “¿Quién anda ahí?”, dijo, detrás de usted, con el revólver cargado y a punto de sonarle un balazo, “Soy yo, qué pasa, no ve que estoy trabajando”, “¿Y qué haces tú trabajando, compadre?”, le dijo, aún muerto de susto, mientras enfundaba el revólver, “¿Cómo que qué hago trabajando?”, usted llegó a pensar que a ese custodio le faltaba un tornillo,

“Pero si hoy es el Día de la Patria, compadre, es día feriado, nadie viene a trabajar”, le dijo, entonces usted recogió su mandarria y su cincel, regresó a casa en otra guagua vacía y se acostó a dormir como un santo, ¿ser así, tan diferente, con tanto autocontrol, es o no es envidiable, Lorenzo Cuesta?, pero vuelvo al asunto de las mujeres, muchas coinciden en que usted resulta poderoso en la entrepierna, que se manda mal con su paquete, eso a ellas les saca a flote sus instintos aunque traten de evitarlo, las alborota como a gatas en celo, las pone lelas cuando en su mente lo sustituyen a usted por sus maridos, entonces, a la menor oportunidad, aparecen solidarias y tocan a su puerta, me han contado que en una ocasión, reciente el fallecimiento de su madre, la vecina más encantadora del edificio, vino a saber de usted con un plato de pudín entre las manos, y usted, sin poder evitarlo, miró sus bellas piernas, su bata de casa, ella entonces, entalcadita en el cuello, en los hombros, le sonrió al descubrirle la mirada, dijo que su marido andaba en asuntos de movilizaciones, en ejercicios de defensa, y solidaria, tan sensible como aquella compañera de trabajo, cruzó una pierna sobre otra, dejó ver todo ese muslo desquiciante y ya usted no se pudo contener, corrió desesperado hacia la silla, descruzó ese muslo, inclinó su cuerpo en el lugar que le mostraban, e hundió su cabeza como pudo, con los nervios de punta, acalambrado, eufórico, en el oloroso centro que su vecina separaba, con un perverso gusto, para usted.

—La Habana está en fase de alarma, dijo Danae.

—Tranquila, mujer, tranquila, aquí estamos protegidos.

—Pero yo tengo miedo, Cabrales, ese huracán nos viene encima.

—Carmen.

— ¿Qué?

—El huracán se llama Carmen, Danae.

El doctor Mario Cabrales dio del vientre sentado en la taza, como ocurría desde que, para su buena fortuna, Lorenzo Cuesta se había convertido en su sombra perpetua. “Nada más rico que cagar”, dijo, muerto de risa, frente al muchacho,

quien también estaba sentado, pero en la cama, en espera de que terminara la función con mucha peste de todos los días. Mario Cabrales pujaba como toro en aprietos, una y otra vez, mientras el ruido de sus tripas evidenciaba la salida estrepitosa de una montaña de excrementos.

Era la primera parte de todo un ritual, después vendría el asuntico del baño allí mismo, estirar la ducha con agua tibia y ponerse a regar ese cuerpo como si fuera la fuente de la segunda rotonda, el sitio donde trabajaba su jefe Teodoro Meriño. Luego tocaba el turno al gel con las esponjas, la frotación intensa hasta llenarlo de espumas, levantarlo apoyado en sus hombros para limpiar el culo, volver a pasarle la ducha con agua tibia, evitar con la escoba que el agua saliera del baño hacia el cuarto, secarlo con dos o tres toallas enormes. Llevarlo despacio y con esfuerzos tremendos a la cama, untarle cremas diversas, entalcar la penosa entrepierna, el cuello, las axilas, colocar el gigantesco culero desechable, perfumarlo como si fuera un bebé, sentarlo en la silla de ruedas, limpiar el baño y el cuarto, escucharlo hablar sobre esas mierdas baratas, chismes que los otros le contaban todo el tiempo.

“Ya terminé”, dijo Mario Cabrales, sentado en la taza del baño, pero cuando Lorenzo Cuesta intentó levantarse de la cama para comenzar su faena, lo sorprendió un zumbido idéntico al que había estado sintiendo desde que vio en la calle el cadáver de Teodoro Meriño. Logró ponerse de pie apoyado en la cama, intentó dar un paso, pero la multiplicación del zumbido provocó que pusiera los ojos en blanco. Lorenzo Cuesta torció los brazos en plena combustión, cayó al suelo temblando, pataleando, soltando espumas por la boca, ante la mirada de espanto de Mario Cabrales.

“Epilepsia”, dijo el doctor. Luego, pegó un grito de auxilio, pero comprendió que era inútil, Danae a esa hora no estaba en casa y con todas las puertas cerradas nadie podría oírlos. Por causa de los golpes que su cabeza daba contra el piso o por la lengua torcida, el muchacho podía morir, había casos en que los epilépticos partían la lengua con los dientes y casos en que llegaban a tragárselas. El doctor Mario Cabrales no lo pensó más y se dejó caer al suelo, después, con extrema



lentitud, comenzó a arrastrarse como babosa enorme en un baño con peste. A duras penas logró llegar al cuarto, pasó mucho trabajo para alcanzar la boca del muchacho, metió su mano hasta la lengua, y pudo enderezarla, a pesar de recibir una mordida como de guillotina francesa. Los temblores fueron cediendo de a poco hasta que quedó dormido, inerte, como un ángel cansado que se salva y el doctor Cabrales, con la mano aún sangrante, se dejó caer junto al epiléptico, maldiciendo por tanto susto, a la hora de su baño.

—Quitaron la electricidad en toda La Habana, dijo Danae.

—Carmen pasará en un rato, dijo Cabrales, maldito Huracán.

—Han albergado a casi toda Centro Habana.

—Pobre gente, las casas son pésimas allí, menos mal que esta aguanta.

—Es una fuerza cinco, no te confíes, Mario Cabrales, son unos vientos terribles.

—Tranquila, mujer, las casas por acá aguantan eso.

—Debimos haber reparado el techo y las paredes, dijo Danae.

—Tranquila, mujer, tranquila.

—Tengo miedo, Cabrales, hace un viento terrible, ¿no lo sienten?

Malo cargarlo a usted, mi socio, malo cargarlo a usted. Así repetía, jadeante, Lorenzo Cuesta, con el doctor Cabrales en la espalda, a pesar del arrastre inoportuno de sus piernas y del maldito viento, pero sin soltarlo. Un saco de papas, una maceta grande, cualquier cosa, menos cargarlo a usted, mi socio, se repetía Lorenzo, encabronado, para darse ánimos en la oscuridad, con la lluvia encima como alfilerazo, pero sin soltarlo. El doctor Mario Cabrales, pesaba un mundo, carajo, parecía como si en veinte años de ausencia se hubiera tragado media España él solo.

En cuestión de minutos la parte de atrás de la casa se había ido abajo, por causa del Huracán Carmen, de fuerza cinco, con vientos sostenidos de trescientos kilómetros por hora, y por allí, por el último cuarto, andaba Danae Torres,

pobrecita, ni llegó a gritar cuando tuvo el techo encima, debió haber muerto al instante, pero a Lorenzo Cuesta le alcanzó el tiempo justo para echarse a correr, con el doctor Mario Cabrales en silla de ruedas, mientras la casa continuaba el declive de atrás hacia adelante y ellos llegaban al portal.

De repente, el viento del Huracán Carmen cesó, permitiendo una extraña calma, un insoportable calor, y ellos advirtieron que otras casas, resistentes en apariencias, también estaban en el piso, y que, para complicarse aún más, el agua de mar comenzaba a amenazarlos. Los árboles de la cuadra, arrancados de raíz, yacían sobre la calle junto a un enredo de cables del tendido eléctrico y varios vecinos, algunos con heridas en las cabezas, con gente en las espaldas, apoyada en hombros, ensangrentados, adoloridos, desesperados, trataban de alejarse chapoteando en el agua. Oigan, ustedes, dijo alguien con un niño en brazos, salgan rápido de aquí, estamos en el ojo del huracán, en minutos regresarán los vientos, si quieren salvarse corran a la escuela, es lo más seguro.

Malo cargarlo a usted, mi socio, malo cargarlo a usted. El doctor Mario Cabrales, empapado, asustadísimo, sin otro remedio que ir sobre Lorenzo Cuesta, permanecía en silencio ante esa frase, repetida como salmo para extraer fuerza interna, espantar la lluvia que los desorientaba, el viento que los detenía, el agua que los inundaba, y avanzar un paso más con él encima. El doctor Mario Cabrales, con los ojos cerrados ante la incertidumbre, se sintió el tipo más triste del mundo y, por primera vez en aquellos meses, se arrepintió de haber regresado a La Habana, Danae Torres, su esposa, acababa de morirse bajo los escombros; la calle era presa del destrozo total, sentía gritos de dolor por todas partes, el jadeo inconforme del muchacho, un calor intenso, pesado, como de horno de crematorio y el agua que ya subía por sus piernas.

Lorenzo Cuesta, sin que nadie pudiera creerlo, logró llegar al edificio de la escuela, con el doctor Mario Cabrales encima y toda la pesadumbre de los tiempos en su cabeza, otra vez a punto de estallar por los zumbidos. Varios vecinos, a pesar de tantos sinsabores, aplaudieron su temible osadía y lo palmearon en la espalda, como si hubiera obtenido el mejor de los diplomas

sindicales. Cargar un peso así, por tantas cuadras, no era fácil, bromearon algunos y él se sintió orgulloso de su fuerza interna, pero cuando fue a comprobar cómo andaba Mario Cabrales, su mejor amigo en los últimos tiempos, sintió un dolor tremendo en el pecho y cayó al suelo. Minutos después, ante un grupo de vecinos, crispados por tanto infortunio, el doctor Cabrales informaba, ahogado en llanto, que el muchacho, como si nadie pudiera creerlo, había muerto de un fulminante infarto del miocardio.

**Alberto Guerra Naranjo.** Licenciado en Historia y Ciencias Sociales. Escritor, guionista, profesor, promotor cultural. Algunos cuentos suyos aparecen en revistas y antologías junto a los de Jorge Luis Borges, Juan Rulfo, Nabokov y Tarkovsky, y varios han sido publicados al idioma inglés, francés, alemán, italiano, finés, portugués, checo, croata y chino mandarín. Con *Misérias del reloj*, el autor obtuvo el segundo premio del III Certamen de Relatos Cortos sobre Discapacidad, convocado en Valladolid, España.

## **Elegía para un nuevo Telémaco**

Este es un relato sobre una ida y un retorno. Sobre un moderno Odiseo que, tras su paso por veinte años de ausencia, llegó a casa sobre un escudo humano: derrotado y victorioso, paradójicamente feliz e infeliz al mismo tiempo. Es también la historia de su contraparte, una moderna Penélope que tejió coronas en su espera y que ahora recibe al esposo después de tantos años de ausencia. El escenario es una Habana caótica, hecha de la materia desastre, una ciudad de edificios apuntalados, un escenario de cara al apocalipsis. Un apocalipsis que no es bíblico, aunque lo acompañen los vientos huracanados y la miseria del cuerpo que este moderno y obeso Odiseo nos muestra.

Alberto Guerra marca su primer punto de inflexión en el retorno del héroe. La ironía del relato comienza en este momento cúspide (casi siempre final) de las

historias. Con una inversión inteligente de la estructura del cuento clásico —por otro lado, ya superado a lo largo de la historia— Guerra planta su bandera en el deterioro físico de este personaje, en las escoriaciones corporales y espirituales de un matrimonio apuntalado como un edificio al borde del derrumbe, y en la relación del protagonista con un muchacho simple, un hijo simbólico de pocas luces que ha de convertirse en su sombra. Soterrada emulación, nuevamente, del cuento clásico, donde el acompañante juega un papel fundamental en el éxito o la derrota del héroe: aquí, Guerra hace de nuevo uso de las armas de la ironía, en una construcción sin excesos que desplaza el interés del lector hacia este nuevo personaje. Quizás, ante la podredumbre y el desahucio, este joven sencillo —a todas luces discapacitado mental— es el único capaz de conservar lucidez en el corazón.

Y es aquí donde se produce un segundo desplazamiento. El autor provoca que, si bien la figura central —el núcleo del conflicto— continúe siendo este hombre obeso mórbido, el antihéroe recién llegado a las puertas de su vieja casa y de la muerte; por simpatía, el rol protagónico comienza a ser también compartido por el muchacho cuidador y su simpleza.

La semilla de la ironía es una de las columnas centrales del texto. Bien dosificada, como Guerra muestra, es la argolla que se prende a un micromundo de horrores físicos, de decadencia, enfermedad y deterioro. Tal vez por esto, el autor elige a esta contraparte simple, al muchacho barrendero —válido el simbolismo en un texto cargado de significados— que no solo limpia la calle de las inmundicias, sino que también depura, hasta cierto punto, el alma del antihéroe recién llegado.

Esta es la historia también de un martirologio. Se esperaría que, ante una palabra semejante, el cuento exhibiera grandes banderas y desfiles. No. Pero sí hay sacrificio. Y existe ironía en ese sacrificio. Una ironía trágica, casi euripidiana. Casi griega. Pero, en el fondo, Guerra esquiva este deseo y si bien el caos, la situación límite asume las formas de la llegada del huracán —un escenario que bien a algunos pueda resultar excesivo decorado—, el desenlace se conduce como un animal pacífico. Ironía. Su cosido sobre la tela del texto.

Este texto, Segundo Premio del III Certamen Internacional de Relatos Cortos sobre discapacidad, es la historia, también, de una nueva Ítaca (isla al fin), de un Odiseo roto y de una Penélope hasta cierto punto doliente. Pero, sobre todo, es un cuento sobre un nuevo Telémaco, un hijo simbólico, un escudo humano que cargó al héroe hasta el borde del mundo.

## La Secreta(ria)

*A mis amigas secretarias*

La discreta música del reloj rebota en mis oídos, en mi cerebro. Cierro los ojos para entregarme al odio:

—Estúpido aparato... ya sé que voy a cansarme con este cansancio que no se me quita...

Lo miro de reojo y me permito unos minutos más. Pido clemencia:

—¡Dios mío! Dame más tiempo para descansar, Señor, no te olvides de mí, yo también existo, envíame un ángel solucionador de conflictos que medie entre yo y los (sí los porque son muchísimos)... prójimos que joden cantidad... Dios mío, dame

La oración inconclusa me dio el impulso necesario para saltar de la cama, prolongar esta comunión sería perder la puntualidad, que es lo mismo que el salario en divisa.

El silencio de la oficina es propicio para preparar los documentos que mi jefe va a necesitar. Lo intuyo por sus conversaciones de ayer, él no tiene capacidad previsor y no puede saber de antemano lo requerido para su día de labor. Manipulo los papeles a hurtadillas mientras disfruto de la tranquilidad de no ser notada, ser invisible es la manera más cómoda de trabajar.

En cuanto la gente nota mi presencia se acaba mi tranquilidad, vienen a formar parte de mis conflictos para que yo les solucione los suyos, ¡cómo yo si tuviera un don sobrenatural que da el remedio para cada problema! ¡Qué barbaridad! ¡Si yo creo que cuando nació Dios estaba de vacaciones y no se percató de mi existencia... ahhh! Pero las secretarias tenemos fama de ser mujeres de mal carácter. Sí, mujeres, porque todavía no he visto un secretario. Hago un pedido de paciencia y concluyo la oración, en el momento en que puedo, para mantener en lto el nombre de nuestro gremio y no dar pie a las murmuraciones.

—Buenos días.

Saluda José y sin esperar mi respuesta habla con rapidez.

—Regálame un sobre, no, ese no, de aquellos.

Dice señalando el grupo que está en lo último del armario, no quiere los que están a mi altura, para complacerlo debo subirme sobre la mesa.

Le sigue Marta:

—¡Eh! No te vi entrar ¿Hace rato que llegaste?

Un movimiento afirmativo de cabeza.

—Préstame el bolígrafo, al mío se le acabó la tinta.

Ernesto es muy simpático, pero siempre tiene algo que ocultar:

—Déjame hacer una llamada desde aquí, que Marta está en todas. Dice muy bajito, mientras la mujer da la espalda en marcha hacia su oficina. Lo miro en silencio, en espera de la próxima solicitud:

—Dame un papel para anotar un teléfono.

No soy adivina, pero sé cuál es la que sigue y abro la *Guía telefónica*.

—Dime el teléfono de...

—Préstame tu creyón de labios un momentico.

Interrumpe Rosita y su pedido se une al de Marta:

—Sácame una copia de esto, es para la escuela de mi hijo, que la maestra hace días se lo está exigiendo. Consígueme una libreta y un lápiz, en la escuela no hay.

El trasiego de gente aumenta en la medida en que avanzan las horas y mi interés por la cooperación disminuye, la importancia de no dar pie a comentarios cesa, a las doce del día me da igual que digan que soy... ¡lo que sea!

El teléfono da instrucciones con la voz de mi jefe del otro lado:

—Busca el informe del financiamiento, sácale copias y distribúyelas a los directores, en cuanto las tengas me llamas.

Visito cada oficina para cumplir con exactitud cada indicación.

—¿Y Marta?

Pregunto con suavidad, hay que mantener la discreción para que no se creen malos entendidos y no piensen que cuestiono a las personas ausentes. Una joven levanta los hombros. Titubeo con el papel que le debo entregar a Marta, pero decido quedarme con el documento por temor al extravío, continúo hacia el próximo director. En la sala contigua hago una pregunta similar:

—¿Y Ernesto?

Salió ahora mismo.

Corro hacia mi puesto por el apremiante llamado del teléfono. Respiro profundo antes de soltar la voz para conseguir un tono pausado y demostrar elegancia.

—Con Ernesto, por favor.

—Esta no es su oficina, si quiere le puedo dar el número.

—Ya lo llamé y me dijeron que salió y como él casi siempre está ahí...

Mi experiencia en las artes comunicativas (teléfono, fax y correo electrónico) me indica que se deben dar respuestas convincentes, la incertidumbre muestra indisciplina y hay que velar por el prestigio de los compañeros.

—Lo llamaron con urgencia de la oficina del ministro.

—Dígale que Esther lo llamó.

Unos segundos con los ojos cerrados, para detestar al prójimo es un pequeño ejercicio que libera mi garganta de las falsedades que van acumulándose en el transcurso de la jornada.

El timbre otra vez, al mismo tiempo que alguien pregunta ante mi buró:



—¿Tienes hilo y aguja?

Le respondo con el dedo índice sobre la gaveta, mientras escucho la voz de mi jefe del otro lado.

—¿Por qué no me llamaste? ¿Entregaste las copias?

—Sí.

—Entonces, ponme con Marta.

—Está en una reunión.

—Bueno, dile a Ernesto que quiero hablar con él.

—Tuvo que salir, lo llamaron de...

—¡Localízalos y me llamas a la oficina del ministro!

Ahora había individualizado el engaño, a mentira por persona corría el riesgo de ser descubierta en cualquier momento y por cualquier persona. Algo debía hacer para terminar con esta situación. ¿Y si me vuelvo sincera? ¿Y si de pronto comienzo a decir verdad a diestra y siniestra?

Pero para dar una solución momentánea es necesario que me olvide del conflicto de la mentira ¿o de la verdad? Después pienso en eso. Lo urgente ahora es encontrar a Marta y a Ernesto.

Concentro toda mi atención en Marta, a Ernesto lo obvio por el momento. Es más fácil con una sola persona: pienso con fuerza en Marta, cómo vino vestida, saya blanca y blusa azul, su expresión, estaba preocupada por ella y de pronto recuerdo un pequeño detalle que me da una pista y marco su teléfono:

—¿Es la casa de Marta?

—Sí, pero está trabajando ¿Le pasó algo a mi hija?

—No, no, por favor, soy la mamá de un compañerito de su nieto. ¿Usted tiene el teléfono de la escuela? ... es que...

Con un ensarte de mentiras conseguí hablar con Marta, recordar las fotocopias que hice para la escuela de su hijo iluminaron mi mente y me llevaron al sitio donde se encontraba Marta.

Su cara sudorosa y enrojecida ante mi puerta, borró mi inquietud. La comuniqué con el jefe. Mientras habla noto la discordancia entre su voz y su cara, la entonación que da a cada palabra tiene un sosiego que le falta a su semblante. ¿Será este otro modo de mentir? No, ella no ha dicho ni una mentira, solo finge estar tranquila. La mentirosa soy yo.

—Gracias, menos mal que diste conmigo, por cierto, ¿quién te dijo que yo estaba en la escuela?

Me dice al colgar y luego de un profundo suspiro.

—Nadie, intuición de secretaria.

—Hablas como si fueras Sherlock Holmes. Déjate de cuento que tú no eres adivina, seguro que fue Ernesto, a ese no se le va una.

—No, él no me dijo nada. Lo supe por...

Hizo un sonido con los dientes, puso cara de “quién te lo va a creer” y se alejó bruscamente.

Esta vez, dreño el malestar con la cabeza colocada sobre las rodillas, leí una vez que invertir la posición del cuerpo es muy bueno para que las malas ideas salgan, esto no es lo ideal, lo perfecto es hacerlo poniendo los pies en la pared, pero aquí ni siquiera me dan esa oportunidad.

—¿Qué te pasa? ¿Te sientes mal?

La voz de Ernesto suena angustiada.

—Nada, se me perdió un arete.

—Serán los dos, porque no tienes ninguno puesto.

Dijo con una rodilla en el suelo.

—Deja, después yo los busco.

Le hablo con los ojos puestos en Marta, que acaba de hacer su entrada y nos mira con aire inquisitivo.

—¡Eh! ¿Qué se traen ustedes?

—Se me perdieron los aretes.

Repito la mentira para evitar las malas interpretaciones que se forman alrededor mío, pero ella responde con seguridad:

—Se te habrán quedado en la casa porque hoy no te he visto con ellos en ningún momento. En algo andan ustedes.

Obvio su maliciosa insinuación con una sonrisa que ella no corresponde para regalarme su preocupación:

—Ahí están los funcionarios que citaron para la reunión de hoy. ¿Qué hago?

—Llévalos para el Salón de Reuniones, voy a preparar el café, vas conversando con ellos mientras damos tiempo a que llegue el jefe.

—¿Se demorará mucho?

Paso por la oficina de Ernesto y le comento sobre la llamada de Esther.

—Quítame a esa mujer de arriba, que no quiero hablar con ella —me dice con un gesto de desagrado.

—Por cierto, ¿viste la puya que me tiró Marta? ¿Quién se creerá que es?

No respondo su pregunta y sigo en silencio. ¿Quién se creerá que es? ¡Quiénes coño se creen ustedes que son! ¡Así que yo soy la que tiene que quitarle la mujer de encima! Ya no solo es engañar a mi jefe, al ministro, ahora tengo que inventar un recurso para que él termine con una mujer...

La idea de comentarle a Marta y a Ernesto lo que cada uno opina sobre el otro me provocó una deliciosa tentación.

La sonrisa es indispensable en una secretaria, sobre todo cuando va acompañada de la bandeja con los néctares ofrecedores de la cortesía.

Un serio semblante podría comunicarles que no son bienvenidos.

Servidos todos con la consiguiente disculpa a nombre de mi jefe, me retiro sin mostrar la preocupación, que ha ido en aumento por su impuntualidad, rasgo inusual en su conducta.

Una homóloga siempre está dispuesta a colaborar, por lo que timbré a la oficina del ministro para recibir información de primera mano.

—Oye, ¿le puedes dar un recado a mi jefe?

—Hace rato que se fue.

—¿Estás segura?

—Sí, claro.

—Dame una pista.

—Almuerzo en El Tocaroro.

—Hay gente esperándolo aquí.

—Pues inventa algo, porque se fue con el mío y un cliente que los invitó.

Grité por el intercomunicador el primer nombre que vino a mi mente:

—¡Ernesto!

—Coño, me vas a matar del corazón. ¿Qué te pasó?

—A mí no, al jefe.

—¡¿Qué le pasó?!

—Nada. A él nada. Eres tú. Tienes que dar una reunión.

—¿Yooooo?

La colaboración de Ernesto fue obtenida con un pequeño trato: yo le quito de encima a Esther y él entretiene a los visitantes hasta que llegue el jefe. Pero debía mantener a Marta fuera del asunto porque es muy chismosa y lo echaría todo a perder, pensaba en cómo hacerlo cuando me sobresaltó el teléfono:

—Por favor, con Ernesto.

—No está.

—Qué casualidad. ¿Por qué cada vez que lo llamo tú me dices lo mismo?

Reconocí la voz y la respuesta solidaria afloró junto a la llegada de Marta:

—Por celos.

—¿Y tú quién eres?

—Su mujer.

El golpe del aparato ensordeció mi oído izquierdo, pero continúe simulando para matar dos pájaros de un tiro.

—Ah, así que no es su mujer, creí que no me había avisado porque estaba celosa.

Miré a Marta y con la cara muy seria respondí su curiosa mirada:

—Dice mi amiga la que trabaja en la tienda de Monte, que me había dejado el recado con mi vecina de que sacaron libretas, lápices y no sé cuántas cosas más.

—¿Y quién era la celosa?

—Mi vecina, que se pone celosa con todo el mundo. Ay, vieja, con la falta que me hacen las libretas.

—¿Y el jefe no ha llegado?

Casi sonríó, su pregunta era la prueba de que funcionó la treta. La imité dándole serenidad a mi semblante:

—No, él ya no viene, llamó para decirme...

—¿Y esos que están esperándolo?

Abrió los ojos y me di cuenta de que había cometido el mismo error de generalización, pero arriesgué la última carta.

—Ya se van, se confundieron. La cita es para mañana.

Desde la ventana la vi alejarse rumbo a la tienda mientras paladeaba con histrionismo el eficaz efecto de la mentira. De pronto me llegó su imagen ante el mostrador solicitando los artículos inexistentes y sentí alegría, el antiguo remordimiento por cada mentira se había esfumado. ¿Estaba disfrutándolo? Sí, era seguro que sí. Ver el carro del jefe aumentó mi júbilo.

Su pelo enmarañado sobre la frente marcaba en su rostro un aire despreocupado que nunca antes le había visto, alisarse de derecha a izquierda con un pequeño peine que guardaba en su bolsillo era en él un gesto muy frecuente. Corrí de la ventana a la puerta y antes de saludarlo, le recordé la reunión.

—¡Ay, mi madre! ¡Se me olvidó!

Habló llevándose la mano a la cabeza, con su ademán noté la manga de su camisa enfangada.

—Mire, tiene sucio ahí... —hablé con la voz en un hilo al tiempo que recordaba a Ernesto y los visitantes. Le tendí el brazo para evitarle otro tropiezo, al acercarse respiré con desagrado su aliento a rones.

Cuando sonó el despertador, mis ojos se abrieron como un resorte, sonreí al recordar a mi jefe dando tumbos, a Ernesto hablando a los visitantes españoles sobre un tema que desconocía y a Marta comprando unos artículos que no existían. Una sensación de levedad se apoderó de mí. Si se hacía tarde, con seguridad algún buen pretexto iba a ocurrírseme para salvarme a mí misma. Bostecé y me acomodé entre las sábanas.

Llegué al mediodía a la oficina, mi jefe sonrió al verme, luego circundó mis hombros y habló con alegría:

—Ven, siéntate aquí y cuéntame bien. Pero primero llama a Ernesto, que quiero agradecerle.

Convencida de que la mentira es menos paradójica que la verdad y su uso es indispensable para mi oficio, le dije sin asomo de remordimiento.

—Él no viene hoy, está reunido con el ministro.

Por su expresión supe que no me había creído, pero estaba segura de que tampoco iba a pedir que lo localizara. Ernesto, que pudo salir airoso gracias a los informes del financiamiento fotocopiados por mí y que él no iba a solicitar, ahora estaría rumbo a Varadero para mostrarles las bellezas de la Isla a los hijos de la Madre Patria.

**Lourdes de Armas.** Teóloga. Máster en Ciencias de la Religión. Editora. Instructora Docente. Narradora y poeta. Ha realizado estudios e investigaciones en las temáticas de género y religión. Ha publicado en los géneros de cuento, novela, poesía y ensayo. Cuentos suyos han sido antologados en Cuba y en el extranjero. Ha ganado diversos premios por su labor literaria. Entre los que se destacan: Premio Nacional Farraluque 1999. Premio Pinos Nuevos 2000. Dolores Ibarruri 2001. Mención Concurso Nosside 2000. Mención Especial de Honor al Mérito Literario en el Premio Margot Rosenzweig 2003, en México, en el género de cuento; Premio concurso Rodrigo de Xeréz 2004; Premio Concurso Fundación Avón 2005. Ha impartido conferencias y talleres en México, Colombia y Panamá. Participó en Feria del Libro de Guadalajara, 2006/2018; Feria del Libro Bogotá Colombia, 2007, 2008, 2009 y 2010; en la Feria del Libro Panamá, 2011 y en 2012 en x Encuentro Internacional de Escritoras; y en las ferias de Colombia y Panamá 2013, 2014, 2015 y 2016. Impartió seminarios de Técnicas literarias, en La Universidad de Panamá, Santiago de Veraguas. Su novela *Marx y mis maridos* ha

sido publicada en Colombia, Cuba, España y Canadá. Su última novela, *Miradas inquietantes*, fue publicada por la editorial Sagitario, en México, 2017.

## **Show must go on**

“Hay un ojo que siempre te ve”, sentencia el dicho popular, al que cabría añadir: “y una lengua que siempre te mide, y una mano que siempre prueba tu fuerza”. No es puro parafraseo. Es la discreta música —el sonsonete— del Gran Hermano (no el *reality show* sino el personaje, la presencia omnisciente de la novela de George Orwell). Un Gran Hermano que ahora asume una dignidad más discreta, aunque no renuncia a ser la pupila de la vigilancia, el titiritero que mueve los hilos detrás de la cortina del mundo: en este caso, detrás de la cortina de un microuniverso en el cual se mueven ciertos organismos pluricelulares que Lourdes de Armas exhibe en su texto “La Secreta(ria)”.

Escrito en primera persona —hay ciertos instantes monologados que bien recuerdan a una obra teatral—, Lourdes hace alianza con las armas de la cercanía verbal que disponen sus personajes con respecto a la posición del espectador. Simpatía y rechazo (una asunción remasterizada a los tiempos modernos del *Eleos* y *Phobos* griegos) son las cartas que este personaje juega: no es su intención exhibirse como heroína sino mostrar los rebordes de una realidad monótona y hasta cierto punto repetitiva.

En esta repetición, no obstante, existen pequeños giros de tuerca. El éxito de Lourdes consiste, precisamente, en enseñar los mecanismos que ponen en funcionamiento el (micro)cambio. ¿Su otra baza de triunfo?: la elección del personaje y la imantación que la autora conduce, con facilidad, en torno a los hilos que su protagonista mueve (y aquellos que, a su vez, la mueven).

El resto es decorado. Fondo de escenario. Utilería. Pequeña puesta en escena que conduce a estos fantasmas de la realidad —a estos damnificados, a estos caídos en combate de la realidad— de ventana en ventana, de posibilidad en



posibilidad, de pequeñas venganzas a pequeños deseos, de frustraciones a sueños, en un recorrido que visibiliza cada detalle olvidado con una meticulosidad de miniaturista.

Una vez más se hace presente el dios de las cosas diminutas. Un dios caprichoso, que en ocasiones parece regodearse en insignificancias y que, sin embargo, tiene el objetivo (único) de mostrar las cosas invisibles, de evidenciar los mecanismos que normalmente se obvian en la construcción de un texto. No es esta una forma diferente de narrar, y a la vez lo es. Que no parezca contradicción.

En cualquier caso, este es un texto que merece especial atención, que requiere de un lector que ponga un alto a la velocidad de su cotidiana vida y ralentice cada uno de sus acontecimientos. De alguna manera, es el simple acto de contemplar(nos) bajo un microscopio. Como si fuésemos bacterias. Como si fuésemos el bacilo de una enfermedad atroz, recién descubierta.

*Eleos y Phobos.*

El ojo del Gran Hermano y los hilos del Gran Titiritero.

Detalle técnico: leer mientras se escucha "Show must go on", de Queen.

## Los suicidios de Ivette

Los rayos de sol bañan de luz las cortinas oscuras que cubren la ventana, y te despiertan. Tu conciencia es la primera en espabilarse. Y piensas lo mismo que todas las mañanas desde hace semanas, tu mente reitera esa certeza que te hace desear nunca más abandonar el lecho. Antes la combatías; ya ni siquiera lo intentas. Sabes que es cierto. El paso del tiempo solo logra demostrar lo fútil que será resistirse a lo obvio.

No quieres seguir viviendo.

En el campo profesional, fuiste siempre exitosa, aún lo eres; pero has fracasado como persona, y como mujer. Por eso intentaste suicidarte un día después de cumplir los treinta y cinco años. Aquella noche caíste en la cuenta de que estabas sola e infeliz. El cuchillo abrió tus venas y moriste, por casi un minuto. Los médicos lograron traerte de vuelta. Pero no solo volviste tú, alguien, o algo más regresó contigo. Lo puedes sentir, a veces lo oyes. Y eso te tiene inquieta, pese a que no le das mucha importancia.

Ahora, sentada en la cama, dedicas unos instantes a observar las cicatrices en tus muñecas. Son el testamento, visible, de tu voluntad de morir. Otros lo esconden, tú ya no puedes.

Sales de la cama, cueles café y lo bebes. Luego te preparas para ir al trabajo. Lo haces todo con despreocupación, caminas lento, encorvada. Tu cuerpo se ha convertido en el vivo reflejo de tu alma: deshecho, abandonado. Cubres el espejo del baño antes de asearte. Le temes a tu propio reflejo.

Desde la niñez, le has caído mal a todo el que te conoce. No tienes amigos; los novios son páginas rotas —con apenas varias líneas memorables —de un largo libro de fracasos románticos. La gente te critica tu autosuficiencia, ese orgullo que pareces exudar, el hecho de que nadie gana las discusiones, excepto tú. Dicen que no te preocupas por ningún ser humano. Para ellos no eres una individualista, eres simplemente una bruja apática, y ahora una cobarde que se corta las venas para desertar de su soledad. Muchos ni opinan, se limitan a saludar, reír, y después hablar a tus espaldas.

Nunca prestaste demasiada atención a la opinión ajena. Juzgabas erróneo vivir según el criterio de las amistades o la familia. Para ti, eso se llamaba imitar. Tus padres querían que su única hija fuera abogada, pero entraste a la Medicina, y triunfaste. Hoy eres una de las mejores cirujanas del país. Decir tu nombre equivale a magnificencia. Y durante muchísimo tiempo, eso sirvió de armadura contra el odio y envidia de los demás, de las infidelidades de tus parejas, de tantas cosas.

Pero lentamente, notaste lo solitaria que era tu vida. No tenías a nadie esperándote en casa, un hombre cariñoso al que abrazar y amar tras un largo día de trabajo. Y empezaste a sospechar que a lo mejor la gente llevaba razón. Quizás fueses tú la equivocada. Quizás eras tan orgullosa que provocabas alergia a quien intentara una conversación. Un análisis de tu vida te permitió concluir que habías alcanzado las metas que te impusiste. Sin embargo, ¿dónde estaban los detalles que coronaban los logros? ¿Dónde estaban los amigos, la familia, el amor? Siempre supiste lo vacía que era tu vida, pero el éxito logró taponar el hueco. Ya con tus sueños realizados, ¿entonces qué quedaba? ¿Qué te haría feliz? Nada. El día de tu cumpleaños nadie llamó para felicitarte; ni un alma tocó la puerta. Tú eras tu propia enemiga.

Y hoy, mientras caminas hacia el trabajo, te sientes igual que antes de cortarte las venas. Miserable y deseando la muerte. Entras al hospital y no saludas a nadie en el trayecto a tu consulta. Las mangas de la bata médica ocultan las cicatrices, pero sientes los ojos ajenos buscar tus muñecas.

Tienes guardia esta noche y el día se va lento. El hospital parece poseído por las voces entremezcladas de la gente; una alevosía de murmullos, con la ocasional intervención del siseo de las camillas y carritos de limpieza que recorren los pasillos. Tales sonidos impregnan sus paredes y salones; son una constante que fluctúa, pero no desaparece, e infunden vitalidad al edificio.

Haces ocho cirugías. Cuando empieza a oscurecer, tu cuerpo no puede más, pero le fuerzas a ir a la sala de Neonatología. Hay un problema con los recién nacidos. Todos han perdido peso y los doctores están alarmados. Sospechan la

entrada de un virus o infección que afecta la vida de los infantes, pese a que los test no muestran nada.

Son las diez de la noche y haces una parada en el baño antes de llegar a la sala de Neonatología. Te lavas las manos luego de orinar. Alzas la vista y tu mirada tropieza con el espejo. Entonces lo ves y gritas, pero algo ha impuesto silencio a tu voz: produces el gesto, pero no emites sonido. Temes a los espejos. Les temes porque te muestran esa imagen que ahora vislumbras.

De los hombros para arriba has dejado de ser tú, has dejado de ser humana. Ahora posees un rostro similar al de un león, aunque plagado de cicatrices y llagas supurantes, con un hoyo por nariz; la mandíbula inferior apenas ostenta piel, es solo tejidos putrefactos coronados por dientes necróticos. De la espesa melena grisácea que circunda tus nuevas facciones brotan, entre crujidos, seis patas esqueléticas y deformes que terminan en pezuñas. Las extremidades, dispuestas en círculo alrededor de la cabeza, se retuercen en espasmos intermitentes, como si despertasen tras un largo sueño. Es grotesco, repugnante. Quieres gritar de nuevo, pero ya no tienes voz, ni brazos, ni piernas. La vista se te nubla y finalmente, la oscuridad es lo único que ves.

Sientes un pánico horrible. Esto no te ha ocurrido antes. Por lo general, ves a la criatura durante varios segundos y luego de un pestañazo, se esfuma y tu rostro vuelve a la normalidad; hoy, eres tú quien se desvanece.

Tus sentidos retornan en breves lapsos. Oyes el eco de los pasos, alguien te saluda. Has salido del baño. La oscuridad se disipa por tres segundos. Miras arriba y ves un letrero en la pared, justo encima de una puerta. "Sala de Neonatología"; lees antes de perder de nuevo la vista. Sientes que te mueves. Tu cuerpo no es tuyo. No lo puedes blandir. Quien manda es la criatura, sin embargo, la gente no la puede ver, pues nadie grita, nadie se alarma. Te está usando para sus propósitos, pero ¿cuáles son?

Escuchas más puertas abrirse. Si el horror te sobrecoge, ¿entonces por qué tu corazón no emite latidos? Olvidas la interrogante cuando recuperas de nuevo la vista. Tienes delante a Dayana, la enfermera que asignaron a cuidar los bebés enfermos. Ella está de guardia hoy. Debido a la enfermedad de los pequeños, los

tienen aislados. Ni siquiera sus padres pueden verlos hasta que se determine la causa de la afección.

—¿Viniste a examinarlos? —la oyes decir.

Y ves como la criatura, usando tu mano, le coloca un dedo en la boca a Dayana y esta cae al suelo, inconsciente. Te has detenido frente a una de las cunas. Retorna la oscuridad a tus ojos. Entonces, aterrada, oyes el llanto de un bebé, seguido por un extraño ruido de succión.

Luego sientes que giras y te agachas. Tu dedo toca algo y de inmediato oyes la voz de Dayana:

—¿Qué pasó? —dice. Suena confundida.

—Te desmayaste, ¿no lo recuerdas? —es la criatura quien habla, con tu voz.

—No.

Y de pronto, no escuchas, no ves. Incluso el miedo se ha ido. No sabes por cuánto tiempo dura esa inercia. Todo empieza a regresar. Te han devuelto tu cuerpo: los ojos ya ven, puedes oír, respirar. Estás en tu consulta, sentada a la mesa. Crees que todo fue una pesadilla, sin embargo, de cara a la duda, vas a la sala de Neonatología. Allí reina un ambiente sombrío y pronto descubres la razón: uno de los niños empeoró la noche anterior y falleció en la madrugada. Los padres están devastados; lloran con el bebé muerto en brazos, piden cuentas al hospital.

Tú retrocedes y apenas logras llegar al baño para vomitar en un lavamanos. No entiendes lo que sucede, pero sabes que es cierto. Sabes quién asesinó a ese niño.

Tú. O lo que vive dentro de ti.

Te relevan de la guardia y regresas a casa. Has tomado una decisión sobre lo que debe hacerse. Pensaste en lo que ha sucedido desde tu fallido intento de suicidio. No queda otra explicación. Hace dos meses, estuviste muerta por casi un minuto. De lo que ocurrió en ese lapso no tienes memoria, pero las consecuencias acabas de vivirlas. Cuando los médicos te resucitaron, algo más vino contigo, en ti. Ese algo, esa criatura grotesca de otro mundo que solo tú, su portadora, ves en los espejos y que achacaste a tu imaginación, es lo que drena la vida a esos bebés. Y ya mató a uno.

Tu decisión es irrevocable. Eres la herramienta de una monstruosidad. Y si mueres, también eso lo hará. Entrás a tu casa y abres la gaveta de los medicamentos. Sacas el frasco de antidepresivos que te recetó el psicólogo, lo acercas a tu boca y empinas el codo. Ignoras la molestia en la garganta mientras las píldoras descienden. Sueltas el frasco vacío, lo oyes rebotar en el suelo mientras llenas un vaso con agua. Bebes. A pesar de los mareos, logras llegar a la cama y acostarte. Cierras los ojos.

Minutos después, mueres.

A la mañana siguiente, abrirás los ojos y no recordarás nada del día anterior. Volverás a sentirte sola, frágil. Serás la mujer exitosa que sucumbió a la depresión y trató de suicidarse. Irás al hospital y en cierta hora del día, decidirás visitar la sala de Neonatología; porque digan lo que digan de ti, adoras a los niños y no soportas verlos sufrir. Antes de llegar a Neonatología, irás al baño. Y mirarás el espejo y verás un monstruo que te devuelve la mirada, un monstruo que se apoderará de tu cuerpo y lo usará para alimentarse de los bebés. Luego descubrirás que cuando estuviste muerta y los médicos te resucitaron, esa criatura usó tu alma como medio de ingreso a este mundo. Decidirás suicidarte para así, eliminarla y también porque, en el fondo, quieres morir. En tu casa, buscarás el frasco de píldoras, pero estará vacío; no entenderás el por qué, dado que no recuerdas. Eso no te detendrá; hallarás otro modo de morir. Siempre hay opciones en lo que a morir se refiere.

Y una vez más, morirás.

Pero yo te traeré de vuelta, borraré tus recuerdos y seguiré aquí. Y tú despertarás para hacer un fugaz *tour* por tu vida, tu pasado, lo cual te llevará a pensar en lo miserable que eres y lo mucho que codicias el suicidio. Y querida, la muerte no es la vía para expulsarme, es lo que me fortalece. Siglos atrás, alguien logró desterrarme de este mundo, pero gracias a ti, he vuelto. Y no me iré. Ahora estoy contigo.

El Sol asoma en el horizonte. Tú duermes todavía. Ya los recuerdos se han ido y la vida retorna. Es hora de levantarse, Ivette.

Despierta...

**David Martínez Balsa.** Contador de profesión y graduado del taller de técnicas narrativas, dramaturgia y lenguaje de radio, televisión y cine Herramientas del Escritor, auspiciado por el grupo Punto de Giro. También es egresado del Centro de Formación Literaria Onelio Jorge Cardoso, donde obtuvo la beca de creación literaria El Caballo de Coral, en el año 2015. Mención en el Concurso Oscar Hurtado 2014; primera mención en el Camello Rojo 2016; tercer lugar en el Concurso Juventud Técnica 2017 y galardonado con el Premio David 2017 de Cuento.

## **Esta podría ser la historia de un ángel de la muerte**

Esta podría ser la historia de un ángel de la muerte, pero no. Podría ser la historia de una mujer distorsionada, cuya mente juega el partido final contra sí misma: si gana, el premio serán los barbitúricos. Esta podría ser la historia de una denuncia feminista —mujer profesional y exitosa que carece de lo elemental en la vida “real”, oculta entre paredes, la muchacha que no tiene el talento para simular el rol de “chica buena”: mamá orgullosa, esposa amante; esa, la que no tiene ningún hombre para abrazar luego del esfuerzo de un largo día de trabajo—, pero la verdad se resiste a ser sometida de manera semejante. Pero, ¿qué realidad?, cabría que los lectores se preguntaran, también ellos resistiéndose a recibir estas palabras como un manual de (auto)ayuda a la lectura. Y hacen bien los lectores. Pero insistiré. Ivette —nuestra protagonista— es ciertamente un ángel de la muerte, un sobrenatural ángel que viste la piel del alien (nunca mejor empleado este término del cine de terror y *gore* de las últimas décadas), de la criatura que vive soterrada dentro (o debajo) de la piel del portador. Solo que el alien de esta historia es a la vez suicidio, enfermedad mortal y alegoría de lo extraño. Es

símbolo y materia fetal. Es maternidad impuesta por el autor y cuerpo violado de la mujer objeto. Es sexo no consentido y desmemoria.

Ivette es la criatura pasiva, la criatura de referencias borgianas que se asoma al espejo y teme verse reflejada en él (sí, ya sabe ella lo que se esconde debajo de la piel/capa de la cebolla: el tufo que hace llorar). Ivette se asoma a la cuna de los infantes y su *leitmotiv* es la muerte: comer de ellos o comer de sí misma. El suicidio es la figura simbólica que se yergue en su construcción de vampiro, dígame absorción de las energías vitales, suicidio a través de barbitúricos u otro método de (auto)eliminación, negativa a la contemplación.

El centro temático de esta historia lanza sus líneas de conexión hacia el cine de terror psicológico (y sus primos menos gentiles del *gore*), pero no tema, lector: si no le apetece encontrar escenas con abundancia de sangre, este joven autor ha tenido el buen tino de escuchar la influencia aristotélica, la voz de Sófocles y Eurípides, para convertir el dolor y la desgarradura en referencia, prehistoria, hecho verbal narrado, no vivido. El uso de la segunda persona del singular como sujeto narrativo (y también narrador personaje, temo decir: alerta de *spoiler*, pero así es) si bien puede vender un final que resulta evidente/previsible al menos para mí como lectora, al menos demuestra la capacidad que tiene este joven autor de elegir —correctamente— un narrador que obedezca al sujeto alien, al sujeto vampiro, al sujeto *nosferatu*, Gregorio Sansa en distorsión asesina que es, al fin y al cabo, esencia de la historia.

Las referencias no son sutiles y la influencia de la circularidad se percibe, pero no son estos hándicaps de la estructura, pues la historia se disfruta plenamente y no se usan vericuetos argumentales para contar un relato que no pierde su esencia. Su autor, David Martínez Balsa si bien este relato no forma parte del libro del premio que se le ha otorgado, en este relato puede apreciarse la mano de un autor en ciernes y de un lector inteligente, que se esfuerza en desentrañar los vericuetos de la experimentación y del lenguaje, con aciertos y desaciertos, con momentos de lugar común y otros de lucidez, luces y sombras, claroscuros. “Los suicidios de



Ivette” es la historia, sin dudas, de la criatura y su huésped, de la mujer y su carga: la alegoría de un grito que, sin dudas, Eurípides habría sabido apreciar.

## **Al mundo no le es difícil destruirte**

*En la vida el dolor y el placer son instantáneos. (...) Nuestro miedo más grande no es la muerte, la muerte es nuestra fantasía. Papeles sucios en las calles. Gente, mar que choca contra el muro, vivir para llegar a ese destino.*

Marcelo Morales Cintero

—El niño se meó —mi madre llama.

Cargar al niño, mimarlo.

—¿Quién es el chiquitico de mamá?

Quitarle el calzoncillo, lavar al niño, secarlo y ponerle uno limpio.

—¡Qué limpiecito quedó el nené!

Babearle la cara y regresarlo al piso. El niño comienza a llorar.

—¿Qué le pasa a la cosita de mamá?

Cargarlo otra vez. Él detiene el llanto. Regresarlo al piso y sus gritos vuelven a detenerme camino al balcón.

—Está llorando —vuelve a llamar mi madre.

Cargar al niño y darle manotazos.

—Déjalo tranquilo.

—No te metas, mami.

Aumentar el ritmo.

—Mira cómo lo tienes, no te da pena, está llorando, pobrecito.

—Todavía no se ha reportado el primer niño muerto por llorar.

Me lo quita de las manos.

Recojo en el cuarto la ropa de Ernesto y la meto en la lavadora con sus calzoncillos, las medias y las camisetas.

—Mija, eso se lava a mano —explica mi madre.

—Entonces lávalo tú, si quieres.

Por gusto, porque ella nunca ha querido ayudar con Ernesto.

—Ese es tu marido y debes atenderlo tú.

Todo tengo que hacerlo yo: lavar su ropa, plancharla, cocinar y en las noches estar a su lado en la cama, como una muñeca, porque entre su trabajo y esa maldita tesis está que no quiere mirarme.

Frente al espejo, me unto crema por todo el cuerpo: las piernas, los brazos y los senos, lentamente, cosa que a él ni le va ni le viene. Permanece sentado en la cama ante su laptop.

—Le vas a abrir un hueco con la nariz.

—¿Qué? —pregunta sin mirarme.

—No, nada.

Luego, ya a su lado, abro las piernas para acariciarme, pero para él, en este cuarto, soy completamente invisible.

Llega el momento en que no puedo. Le cierro la laptop.

—¿Y ahora qué pasa? —pregunta.

Le descargo todo lo que tengo por dentro. Le grito, lo acuso de estar acostándose con su secretaria; amenazo con dejarlo.

—Pero mi amor, no te pongas así.

—Te vas pal carajo.

Me acuesto frente a la pared, convencida que continuará hasta tarde frente a ese maldito aparato.

En la mañana no me levanto a prepararle el desayuno, no porque esté molesta, simplemente porque no tengo ganas.

—Compra café en la esquina y come algo en el trabajo, si quieres —le aconsejo.

Sobre las diez despierto, me visto y llevo al niño al zoológico.

En la entrada le compro una chambelona.

Le muestro cada uno de los animales y lo enseño a repetir sus nombres.

El niño pregunta sobre las jaulas. Supongo que se refiere a que no son libres. Le explico a pesar de que no entiende. Al final recuerdo el balcón y dejo de hablar de cosas tontas.

A la salida le compro una pizza. Saco de la cartera los últimos veinte pesos.

—Solo quiero una —le repito al vendedor, un gordo calvo que de mala gana me devuelve diez pesos.

Cerca de las cinco regresamos a casa. Yo me meto en la cocina; hoy le haré a Ernesto una sopa, “una deliciosa sopa de vegetales”. Para el niño y mamá, preparo pollo.

A las seis mamá come y luego le da la comida al niño.

—¿No vas a comer? —pregunta mi madre.

—No, mami, voy a esperar a Ernesto.

Aprovecho para bañarme y luego sentada en la butaca me aburro viendo la televisión.

A las ocho se abre la puerta.

—Hola, mi amor —voy a su encuentro y lo beso en la boca—. ¿Te fue bien?

Le preparo el baño y después de bañarse nos sentamos a la mesa.

—¡Mira lo que te preparé!

Sirvo la sopa en dos platos, uno para cada uno.

—¿Esto fue lo que hiciste?

—¿No te gusta? —le pregunto sin dejar de tomar la sopa.

Se para de la silla.

—¿No vas a comer?

Lo miro por un momento y luego vuelvo al plato.

En la cama él comienza a acariciarme. Quisiera saber qué bicho lo picó.

—¿Y ese milagro?

Me lame las orejas, luego el cuello.

—Déjame tranquila —le suelto al fin.

Él insiste con sus manos en mis nalgas, pero no quiero.

—No tengo ganas.

—¿Qué te pasa?

—Nada, me duele la cabeza.

Después de un rato me entra sueño, pero él sigue.

—¡Ay, ya, viejo! —le grito—. ¡Déjame tranquila!

En el desayuno le preparo un jugo de platanitos y un trozo de pan guardado por cinco días.

—¿Esta mierda?

Lo miro y bostezo.

—¿Ahora te ha dado por esto?

Bostezo y lo miro.

—Contigo es inútil. Últimamente no se puede.

Abre la puerta y la tira con violencia al salir.

Mamá se acerca, mirándome como si yo estuviera loca.

—Tratas a ese hombre como basura.

Me siento en la butaca a fumarme un cigarro.

—Un hombre tan bueno.

Cada vez hacen los cigarros más malos.

—Se te va a ir.

Ojalá y se vaya.

—Piénsalo bien, no todos los...

El cigarro se me cae de la mano.

—¡Cojones, será posible que en esta casa una no pueda ni fumarse un singao cigarro en paz!

El niño llora.

—Tiene hambre —explica mi madre.

—Dale pan.

—El niño no come pan solo.

—Hazle una tortilla.

—No quedan huevos.

Voy al cuarto y busco en el bolso los últimos diez pesos.

—Toma y ve con el niño a la esquina, cómprale cualquier cosa.

Recojo el cigarro del suelo y vuelvo a la butaca.

Calmarme, solo quiero calmarme. Pero no puedo.

Termino el último cigarro. Tengo que comprar, pero ya no me queda dinero.

—¡Qué asco de vida!

Camino al balcón y me detengo. Todos los días he querido llegar al balcón y no detenerme. Pero me detengo, y comienzo a dar cabezazos sin querer parar.

Siento la puerta abrirse.

—¡Basta! —grita mi madre—. ¡¿Estás loca?!

—¡Basta de detenerme! —quiero gritar, pero no puedo.

Cabezazos en la pared hasta que se desprenda el balcón, cualquier día mi cabeza comienza a agrietarse y un hilo de sangre corre por el balcón, fuera del apartamento.

**Ariel Fonseca Rivero.** Narrador y poeta. Graduado del XIII Curso de Técnicas Narrativas del Centro Onelio Jorge Cardoso. Miembro de la AHS. Ha obtenido entre otros premios: Beca Sigifredo Álvarez Conesa (2012 y 2015), Beca La Noche (2013), Premio Oriente en Literatura para niños y jóvenes Herminio Almendros (2014), Premio Celestino de Cuento (2015) Premio Fundación de la Ciudad de Sancti Spíritus Fayad Jamís (2016, 2018 y 2019) y Beca Dador (2016). Tiene publicados: *Aquí Dios no está* (2010) Ediciones Luminaria; *El circo invisible* (2014) Editorial Oriente (2017) Guantanamera; *Hierbas* (2016) Ediciones La Luz; *Ventana al mar* (2017) Ediciones Luminaria; *Restos* (2018) Ediciones Luminaria; y *Une los puntos y verás* (2018), Editorial Oriente. Está incluido en las selecciones: *Abrir otras ventanas* (2013) Editorial Luminaria; *La casa por la ventana* (2013) Editorial Arte Cuba; *Esos cuentos me gustan* (2014), Editorial Montecallado; y *La isla en rosa* (2017), Casa Editora Abril.

## **Cada hombre feliz es infeliz a su manera**

Si existiera un manual sobre personajes que sufren de *Horror Vacui*, sería este. Tumulto de ideas, de objetos, de personas, de esperanzas y desesperanzas trepan sobre la historia y asfixian a sus actantes. Hablamos del síndrome de claustrofobia, del aire que escapa, del síntoma de una generación joven que padece de angustia. Hablamos de la era de la incomunicación: a pesar de que se ha globalizado la amistad por las redes y los monólogos sordos, el ser humano aparece —en la ciudad, en el espacio público y, sobre todo, en el privado— como la criatura más solitaria de la eternidad. Hablamos del fenómeno del cavernícola moderno, violento aún, apagado en su propia circunstancia, que ha cambiado la cueva por la casa, el mamut por el propio cuerpo, el mazo por la cabeza golpeada contra la pared. Hablamos del hombre Gregorio Samsa, aplastado por su propia familia, por el hijo recién nacido, por la experiencia kaftkiana de la incomunicación y la asfixia.

Y, si eso fuera poco, el autor —Ariel Fonseca Rivero— titula su cuento “Al mundo no le es difícil destruirte”, en una reiteración que en realidad es poco necesaria pues, en cierta medida, vende el propio espíritu de la historia; aunque sí posee el carácter de fijar el concepto, la idea, la verticalidad de la idea. No se necesita ser un lector avezado para descubrir que se escribe desde la distopía; es decir, desde el preciso lugar donde la utopía concluye, donde el cuento de hadas cambia el “felices para siempre” por la infelicidad compartida.

Este es el ámbito de la historia que hoy se presenta en estas páginas. Personajes que tientan el límite antes de lanzarse, con un salto largo, hacia el abismo (destrucción que es, a su vez, un grito de libertad). Personajes que oscilan entre el olor a meado de bebé, las palabras de consuelo, el llanto del niño, la ropa sucia del marido y la necesidad urgente de escapar a cualquier sitio.

No ha sobrevivido amor, ni familia, ni placer, ni sexo, ni maternidad, ni hambre. Nada sublime ni nada bajo. Ni siquiera el instinto juega aquí un papel preponderante. Es solo agujero. Una historia agujero negro que seduce desde su magnetismo, que atrae al objeto—lector. El personaje se ha convertido en una

masa de inexistencia: se contrae, se expande, se reduce, se quiebra. Existe, porque no queda otro remedio.

Desde la agonía de esa supervivencia que no es vida se alzan los postulados de este cuento. No hablan de un mundo mejor, de ese paraíso que nos espera una vez se ha cerrado la página del libro o se ha alcanzado la dosis suficiente de heroísmo merecido. De hecho, pienso, esta historia no habla siquiera de un mundo, sino de la oscuridad, del salto de fe que media entre el comienzo del fin y el fin mismo.

Abiertas las puertas de esta ciudad, de esta casa, de esta familia agujero negro, no podrán ser cerradas nunca: algo respira adentro.

# Casa de cristal

## I

Un nuevo amanecer. Jenny sale de la cama y observa por la ventana. Todo igual. Los rescatistas de las Naciones no han llegado aún. Afuera, en las calles, las brigadas de exterminio rondan por el vecindario. En ocasiones fingen buscar sobrevivientes del cataclismo, pero ella sabe que no es así.

Sus trajes amarillos son fáciles de distinguir y Jenny, al divisar la cruz carmín estampada en las pecheras, recuerda las palabras de Hiram: “el rojo es el color de la muerte. Debes esperar por la cruz azul, el nuevo emblema de las Naciones. Solo tienes que ser paciente, ellos vendrán”.

Abandona la recámara, baja a la sala. Por ahora evita el *hall* que da acceso a la entrada, ya tendrá tiempo más tarde. Sentada frente al panel de controles, comienza la inspección matutina de los componentes esenciales en la vivienda: generador de electricidad, filtro atmosférico, purificador de agua, procesador de alimentos, seguridad. Todo en orden. Cumplida la rutina diaria, ya puede ir a verlo.

Al llegar a la entrada, activa el dispositivo de visión externa. La puerta pierde su immaculado color blanco mientras se torna transparente como el más fino de los cristales. La visión unidireccional le permite a Jenny ver la figura del hombre en el pórtico. Hiram mantiene la misma postura de siempre: tumbado de espaldas contra el tabique del vestíbulo. En silencio, Jenny extiende una mano a la altura de la cabeza de él, acaricia la pared y trata de imaginar la sensación del contacto con los cabellos.

Una vez más, agradece al cielo por su presencia. No sabe que haría si en algún momento las brigadas recolectaran el cadáver apartándolo de ella. ¿Sería capaz de luchar por él? ¿Tendría el valor de enfrentarse a los asesinos? ¿Saldría afuera? No lo sabe y esa duda le hace desear con más fuerza el arribo de los rescatistas. Quizás estén cerca. Quizás lleguen a tiempo y pueda darle un entierro digno a Hiram.



## II

Hiram fue uno de los muchos que golpearon la puerta buscando ayuda durante los primeros días de la contaminación. En aquel entonces, el paso de la estampida humana por el portal parecía no tener fin. En varias ocasiones Jenny temió por la integridad de la casa y de sí misma. Por suerte, la enfermedad actuaba tan rápido que casi siempre los intrusos preferían gastar sus últimas fuerzas en llegar a un sanatorio antes que derribar los muros de una casa en apariencia impenetrable.

Más de uno comenzó a experimentar los espasmos finales en el clausurado vestíbulo. Jenny los vio a todos: a los que murieron junto a la entrada, a los que apenas pudieron desandar sus pasos hasta la acera o la calle, a los que se marcharon, a los que nunca volvieron. Ella los vio a todos.

Sin embargo, era incapaz de recordar el rostro de Hiram en aquellos momentos. Jenny no podía decir si fue de los que tiraron piedras contra los cristales de plástiacero o si, por el contrario, estaba entre los que llamaron con decencia implorando refugio. No, Jenny no tenía forma de saberlo, porque ella nunca respondió a las súplicas. Ni hombres, ni mujeres, niños, ancianos o conjuntos mixtos, pudieron ablandar su corazón, tan hermético como la casa en que vivía. Para ella todos eran iguales: pecadores condenados por el apocalipsis, víctimas insalvables de la decadencia humana, carne infectada cuyo roce atraería sobre ella el castigo divino.

En cierta medida, no dejaba de tener razón, pero aun estando equivocada y aunque no fuera el fin de los días anunciado por las escrituras, aun así, ella no iba a abrirles la puerta.

De todos ellos, Hiram fue el único que regresó, días después del primer brote de contagio. Jenny lo sorprendió una mañana, mientras intentaba hackear con un microcomputador el sistema de seguridad de la entrada. Parecía conocer bien aquella labor, incluso llevaba consigo un set energético para alimentar los paneles del portón previamente desconectados por ella.

Fiel a su costumbre anónima, Jenny se acercó en silencio por el *hall* hasta alcanzar los controles manuales de la puerta. Entonces, desinstaló un par de componentes más del sistema para asegurarse de que nada, ni nadie, desde el exterior, fuera capaz de irrumpir en la casa. No obstante, sin importar la discreción impuesta a cada una de sus acciones, él la descubrió.

—¿Hay alguien ahí? —esa fue la primera vez que Jenny escuchó su voz, pero por supuesto, no contestó.

—Por favor, responda —insistió él —Sé que está allá dentro, sé que desconectó la energía de la puerta y ahora quitó los pernos electrónicos del sistema. Escúcheme, mi nombre es Hiram y no estoy contagiado. Puede examinarme, solo le pido que me deje entrar. Por favor, no soy un ladrón, no soy un asesino y no estoy enfermo. Solo necesito un lugar estéril donde esperar por las brigadas de salvamento. Se lo suplico, déjeme entrar. Haré todo lo que me pida.

Por un instante Jenny estuvo a punto de suspender la visión externa del portal y retirarse a su habitación. Sin embargo, algo en aquellos ojos negros la hizo desistir y esperar por la reacción del hombre.

Al no obtener respuesta alguna, Hiram dejó a un lado las herramientas electrónicas, apoyó sus manos en la superficie y recostó un oído contra la fachada.

—¿Sigue ahí? ¿Me oye? —silencio del otro lado —Puedo probarle que estoy sano. Mire, por favor.

El intruso se separó de la puerta y ante los recatados ojos de Jenny, comenzó a desvestirse.

—Como ya sabe, la plaga es producto de un proto-hongo —iba explicando él al tiempo que se deshacía de sus ropas —no recuerdo el nombre... es algo raro. Lo importante es que el hongo se aloja en el sistema sanguíneo, ¿no es así? y luego devora las paredes de arterias y venas.

Jenny quedó prendada con la visión del cuerpo del joven, pero cuando él comenzó a desabrocharse el pantalón, su férrea enseñanza la obligó a voltearse escandalizada.

—¿Lo ve? —continuó exponiendo el intruso— Cualquiera que estuviera infestado tendría hematomas visibles, producto de hemorragias internas. Por supuesto, tampoco viviría lo suficiente como para explicar todo esto. ¿Ve lo que le digo? Yo no estoy enfermo. Míreme bien, por favor.

Ante la insistencia, Jenny giró levemente la cabeza, solo para encontrarse con la imagen de la espalda y los glúteos del desconocido. Reprimiendo un grito de pudor, regresó a su anterior postura, no sin antes sentir la mordedura del bochorno en las mejillas.

—Por favor, observe bien cada parte de mi cuerpo —seguía diciendo Hiram — Convéznase...

De repente, la voz del hombre se cortó como si le hubieran arrebatado la capacidad del habla. Incitada por la curiosidad, Jenny volvió una vez más la cabeza para ver qué sucedía con el extraño en su portal. Ante ella, el intruso llamado Hiram se cubría con las manos los genitales mientras una máscara de terror desfiguraba su rostro.

—¿No será que usted...? —balbuceó tratando de recoger con los pies el reguero de ropa a su alrededor— Usted... usted no está enfermo, ¿verdad?

Jenny encontró graciosa la manera torpe e infantil con que Hiram intentó vestirse a toda velocidad y huir del vestíbulo. Pensó que nunca más volvería a ver al simpático intruso. Como es de suponer, estaba en un error.

### III

Están dentro de ella. Los puede sentir, diminutas agujas pinchándole cada microscópico milímetro de su cuerpo. ¿Cómo llegaron? ¿Cómo se contagió? ¿De dónde viene la inexorable muerte? ¿Del agua, de la comida? ¿Acaso algún contacto fatal envenenó su epidermis o es un factor atmosférico? ¿Está en el aire?

Jenny no tiene respuesta para ninguna de las preguntas. Solo sabe que ha sido contagiada y que su existencia ha llegado a su fin. Entonces comienza el verdadero suplicio de la infección. Se encoge de dolor, cierra los ojos, pero las imágenes continúan atormentando su cerebro y como una explosión de diapositivas, golpean sin descanso la oscura pantalla en que se han convertido los párpados.

Reconoce las esporas invasoras en el torrente sanguíneo del cuerpo. Son tan pequeñas, más que los glóbulos rojos, más que los leucocitos, los cuales ni siquiera reconocen al patógeno. Con el camino libre de obstáculos, la colonia de hongos inicia los procesos naturales de la vida: nacer, crecer, reproducirse, morir y volver a empezar.

Nada fuera de lo común, nada contrario a los designios de la biología moderna. La única inconveniencia es que estas fases se encuentran en evolución dentro del sistema circulatorio de una mujer indefensa.

Las esporas despiertan del letargo, se adhieren a las paredes de los capilares. Para Jenny es como si diminutos pulpos la aprisionaran con sus ventosas y eso es solo el principio. La siguiente etapa inicia cuando el hongo extiende sus filamentos. Los incontables componentes de la colonia se unen en una feroz telaraña carnívora que con gran rapidez va ocupando toda la red capilar.

El próximo paso del letal organismo es reproducirse y otra vez el cuerpo contagiado se satura de esporas asesinas. Sin embargo, en esta ocasión las minúsculas células contaminantes no solo viajan por las carreteras sanguíneas. En su lugar aprovechando la debilidad de las vías, escapan, atraviesan las paredes carcomidas y embisten a las venas desde el exterior.

El organismo hospedero trata de reaccionar, pero ya es muy tarde. El sistema linfático es incapaz de crear una respuesta efectiva contra la infección y una tras otra, las oleadas de leucocitos son engullidas por el atacante. En medio del caos celular, las plaquetas intentan remendar los daños en las estructuras

arteriales. Sin embargo, no logran otra cosa que emular la suerte de los glóbulos blancos. Todo es en vano.

A simple vista, parece que los micelios del hongo han formado una capa inexpugnable sobre las venas, pero no es así. La verdad es que las paredes que retenían el fluido sanguíneo han dejado de existir y el líquido desborda los diques naturales. En el exterior, la epidermis va adquiriendo la característica coloración oscura producto de las hemorragias.

Jenny quiere gritar, pero el río que corre por su garganta lo impide. Quiere abrir los ojos, pero solo consigue desbordar una cascada sanguinolenta sobre el rostro. Cada orificio de su cuerpo es una fuente en constante emanación y nada puede detener el torrente. La cama se inunda, la sangre coagula sobre las sábanas, sobre el colchón, las almohadas.

A pesar de todo, Jenny continúa aferrándose a la vida. ¿O es tan solo la reacción instintiva de un organismo que se niega a dejar de funcionar? Son pocas, pero todavía quedan arterias pulmonares resistiendo el asedio. Su corazón sigue trabajando, pues el grosor de las venas aún no ha sido socavado del todo. Algo de sangre debe llegar al cerebro. Jenny continúa viva y consciente, aunque desee justo lo contrario.

El tormento alcanza su clímax cuando los músculos ceden ante la voracidad del patógeno. Ya nada detiene el líquido vital y lentamente, el cuerpo de la mujer disminuye su densidad. Jenny siente piel y huesos juntarse, separados solo por la maraña de tejidos del hongo. Sin capilares, sin carne, sin estructuras que la contengan, la sangre sede ante la ley de gravedad y termina descansando sobre el lecho, apenas retenida por la epidermis.

Jenny ya no es una mujer, Jenny ya no es un ser independiente. Ahora Jenny es parte de un organismo más grande. Un organismo que la ha convertido en una bolsa de cuero humano donde contener los 2/3 de líquidos que otrora formaron parte de su cuerpo. Justo lo que necesita la colonia para sobrevivir hasta que los

filamentos rasguen el pellejo y salgan a la superficie, listos para esparcir las esporas en la atmosfera.

#### IV

De repente, los golpes en la puerta de la casa la sacaron de su pesadilla. Escuchó gritos lejanos desde la entrada. El delirio en que estuvo sumergida la mantuvo aletargada, impidiéndole reconocer al causante del escándalo. A pesar de ello, una chispa en su subconsciente la instó a acudir a las llamadas.

Cuando reactivó el sistema de visión, se encontraba más despierta. Ya no le costó trabajo identificar la voz y el rostro del joven. Hiram había traído consigo una mandarina, pero golpeaba los muros de la residencia con las manos desnudas.

—¡Escúchame, maldito bastardo! —reclamó él con toda la fuerza de su garganta, sin saber que Jenny se hallaba tan solo unos centímetros y podía escucharlo incluso sin activar el sonido del sistema de seguridad— ¡Escúchame! Ayer me engañaste con tu silencio, pero hoy no va a ser igual. Sí estás enfermo, entonces ya debes haber muerto. De lo contrario, tienes un minuto... un minuto, malnacido, para abrir la puerta y dejarme entrar o comenzaré a tumbar la casa.

—No, no lo harás—pensó Jenny sin demasiada convicción.

El minuto pasó sin que mediaran palabras entre el intruso y la inquilina. En el mismo momento en que Jenny comenzaba a recuperar la seguridad en sí misma, Hiram, enrojecido de furia, levantó el mazo del suelo.

—¡Última oportunidad, hijo de puta! ¿Crees que no lo voy a hacer? Tú dime, ¿qué tengo que perder? Llevo una semana sobreviviendo en medio de este infierno. Por lo que sé, puedo ser hasta inmune al puñetero hongo. ¿Qué tal tú? ¿Quieres probar suerte? No necesito derribar la puerta, solo hacerle un pequeño hueco por el que entre la infección. Luego, me iré y te dejaré morir solo, como el perro que eres. Bien, basta de charla. Uno, dos...

—¡NO! Te lo suplico. No tires la puerta. Aquí no hay nada que pueda ayudarte, solo vete y déjame en paz, por favor.

La reacción de Jenny, o mejor dicho, su voz, detuvo el arrebato de Hiram. El joven colocó la mandarina otra vez en el piso del portal y tras inclinarse hacia ella, preguntó:

—¿Una mujer? ¿Hay alguien más contigo? ¿Por qué no me respondiste antes?

—Sí. No, estoy sola. Tenía miedo. Nunca he salido de esta casa. Mi madre me crió aquí adentro, siempre fuimos nosotras dos. Me dijo que el fin de los días estaba cerca y que tratar con la gente solo iba a condenarnos.

—¿Dónde está tu madre ahora?

—Murió el año pasado.

—¿Cómo puedes vivir sin salir nunca? ¿Acaso tienes un procesador de alimentos? ¿Un purificador de agua? Vaya suerte, yo nunca he visto ninguno de esos, son caros y muy escasos. ¿Y las cuentas de electricidad? No, espera, si son pocas personas, pueden mantener el nivel de consumo por debajo de lo que produce un generador antiguo o quizás tienes células fotovoltaicas en el techo, ¿no es cierto?

Jenny no quería responder las preguntas del extraño. Por primera vez en su vida, estaba experimentando esa sensación de la que tanto habló su madre; por primera vez, se sentía violada.

—Por favor, solo soy una creyente —consiguió decir con las lágrimas deformando las palabras en su garganta—. No puedo acogerlo, márchese y no vuelva nunca más.

Hiram ignoró sus palabras concentrado en analizar la nueva situación que se le presentaba.

—Si tienes electricidad, significa que puedes acceder a los sistemas de información. ¿Qué tipo de receptor tiene el ordenador central de la vivienda?

—Ninguno —respondió Jenny con sinceridad, deseando que su respuesta lograra desilusionarlo—. Mamá desactivó todos los contactos externos cuando compró la casa. No tengo manera de saber lo que sucede más allá de este vestíbulo.

—Entonces, ¿no sabías nada del hongo caníbal y de la epidemia?

—No. Pensé que era el eco de las primeras trompetas. ¿Acaso no lo es?

—Depende como lo mires —concedió él mientras cruzaba las piernas para sentarse frente a la puerta—. Sé que puedes verme. Lo correcto es que yo también pudiera verte a ti. Si lo haces, prometo olvidarme de la mandarria. ¿Qué dices?

Nada, Jenny era incapaz de encontrar palabras para aquella proposición. Nunca había mantenido un diálogo con alguien que no fuera su progenitora. Incluso cuando murió, la madre dejó todo listo para que su hija continuara enclaustrada. Tras despedirse de Jenny, la mujer marchó a un hospital donde falleció unas semanas después. Jenny no supo la fecha exacta, para ella su madre dejó de existir en el mismo momento en que abandonó el hogar.

Ahora, un extraño, un intruso, la obligaba a romper su arraigado mutismo y no conforme con esto, también quería verla. Como si ella fuera algo digno de observar, con esa bata de dormir; con aquellas ojeras de pesadillas. El pelo alborotado, los pies descalzos y sucios de recorrer la vieja alfombra. No obstante, su mano acabó sobre el panel de control y el cristal de la puerta se hizo transparente en ambas direcciones.

Por algunos minutos, ninguno de los dos dijo nada. Hiram la estudió de arriba abajo y cuando terminó con su escrutinio, comenzó otra vez y otra y otra. Por su parte, Jenny mantuvo una postura erguida, negándose a obedecer los deseos de sentarse a la altura del desconocido. Al mismo tiempo luchaba con los rubores, deseosos de florecer en su rostro y así, delatar el estado nervioso provocado por los inquisidores ojos del intruso.

—Eres bonita —concluyó Hiram—. Es una pena que nunca hayas conocido nada más que esta casa. Apuesto que te verías hermosa en un vestido de noche. El



negro resalta los tonos rubios de tu cabello. Puedo conseguirte un traje digno de una princesa, ¿quieres?

¿Bonita, hermosa? Jenny conocía aquellas palabras, pero nunca las hubiera imaginado como calificativos para sí misma. Después de todo, su madre le enseñó que en la boca de los hombres solo hay engaños y mentiras. No, ella no era hermosa. De seguro lo dijo para ganarse su confianza y hacerle abrir la puerta. ¿Acaso no había amenazado unos minutos antes con dejarla morir como un perro? Entonces, ¿por qué la actitud y el tono de su voz cambiaron de repente?

—Deberías sentarte. Estarás más cómoda.

—Sí, ¿por qué no?

—Así está mejor. Cuéntame algo de ti. Me gusta oír tu voz. Es lo más agradable que he escuchado en esta última semana. En verdad, es lo único agradable que he oído.

¿Contar algo? ¿Ella? ¿Qué podría contarle a aquel extraño? ¿Sus rutinas diarias, la monotonía de la vida junto a su madre? ¿Qué podría interesarle a él? Entonces, mientras su vista vagaba por el portal en un intento de eludir la mirada de Hiram, Jenny descubrió uno de los cadáveres en el vestíbulo. La imagen de la muerte, tan cercana, tan presente, le hizo recordar las pesadillas de la noche anterior.

—He estado soñando...

—¿Conmigo? —la interrumpió él en broma— Lo siento, continúa.

—Soñé... —prosiguió Jenny tras reponerse del malestar que le produjo el tono de burla de Hiram— soñé que había sido infestada. Soñé que moría, de manera rápida y dolorosa. Era como si “eso” devorase todo dentro de mí, hasta que solo quedó la piel y los huesos y la sangre y yo no era más que un enorme pellejo, desparramado sobre la cama, en espera de que la carne se abriera y brotaran las esporas. ¿Es así como sucede? ¿Es eso lo que pasa cuando el hongo te contagia?

—No exactamente, aunque hay puntos en común —confesó él—. Pudiera ser que al principio sea algo parecido a tus sueños. No lo sé, no soy científico, ni he sentido la inclinación suicida de analizar los cuerpos a profundidad. No obstante, tú misma puedes comprobarlo desde tu fortaleza, después del fallecimiento, las personas no pierden la forma, ni emiten esporas al exterior. Yo diría que la muerte del hospedero también acaba con el patógeno y a partir de ese momento, los cadáveres son inofensivos. Creo que eso ha pasado antes, con otras enfermedades quiero decir... Por cierto, disculpa mi mala educación, todavía no sé tu nombre. ¿Cómo te llamas, preciosa?

—Jenny —en esta ocasión ella no fue capaz de contener el sonrojo.

—¿Jenny? Me gusta. Por cierto, Jenny, ¿sabes que ahora mismo podemos ser las únicas personas vivas en toda la ciudad?

Ella negó con la cabeza sin pensar siquiera en la envergadura de aquella noticia.

—Lo imaginé —dijo Hiram mirándola a los ojos—. Déjame contarte cómo son las cosas aquí afuera. Tal vez así puedas entenderme y perdonar mi anterior comportamiento. ¿Me escucharás?

—Sí —respondió Jenny mientras abrazaba sus rodillas.

\*\*\*\*\*

No sé dónde surgió el brote, ni de dónde vino el “paciente cero”. De hecho, técnicamente, sé muy poco sobre las interioridades de la plaga. Llevo tiempo buscando un ordenador que pueda acceder a la red satelital. Quizás en ese nivel encuentre ayuda o medidas sanitarias para evitar el contagio. Aún no lo he conseguido. Otros tuvieron la misma idea antes que yo. El caos, la desesperación y tal vez, la falta de respuestas alentadoras, les hizo destrozar las computadoras. Quedan muy pocas funcionales y ningún receptor intacto.

El día en que empezó todo, yo estaba en mi casa sin nada que hacer, algo así como tú ahí dentro. Es casi seguro de que la información sobre la epidemia estuviera en los medios desde muy temprano, pero yo solo me enteré cerca del

mediodía, por los gritos de mis vecinos. Debo explicarte que vivo en un edificio y la protección y la esterilidad de los apartamentos es mínima, comparada con las casas de esta zona.

Por eso, en el instante en que comprendí lo que pasaba, abandoné la poca seguridad de mi hogar y corrí junto a cientos de personas en busca de los centros de atención médica y de evacuación. Sin embargo, todos los que pensamos de aquella manera sufrimos un cruel desengaño, pues el gobierno nunca estableció hospitales, ni organizó el éxodo de los sobrevivientes hacia las bases militares como especulaban algunos. En su lugar, nos abandonó a nuestra suerte, aunque hay que reconocer que la plaga actuó de una manera tan violenta que ese mismo día por la tarde las cadenas informativas dejaron de transmitir y eran pocos los que continuaban sanos. Imagino que la alta jerarquía gubernamental y el ejército no hayan sido la excepción.

Esa noche no dormí. Fui de un lado a otro de la ciudad, vagando sin rumbo y sin un propósito definido en mi mente. Las calles estaban atestadas de cadáveres, pero el gentío, luego de comprobar que sus hogares tampoco eran seguros, se reunía en las avenidas e intercambiaban historias y terrores por igual. Nadie tenía información precisa, nadie sabía nada realmente importante. Recuerdo estar conversando con un grupo de personas y de repente, más de la mitad de ellos empezaron a padecer los síntomas del hongo. El resto escapamos de aquella esquina. Fue la última vez que me junté con tanta gente al mismo tiempo.

Alguien me sugirió acompañarlo a la parte alta de la ciudad, donde las viviendas son más herméticas. Ese alguien nunca llegó hasta aquí. Era el primer amanecer después del brote, todavía quedaban personas, algunas escondidas dentro de sus casas. Otras contribuían al caos callejero robando las carteras de los fallecidos o saqueando centros comerciales. No puedo decir que la epidemia haya sido amable con ladrones y acaparadores, pero tampoco lo fue con aquellos que quisieron aislarse.

Caminé por este vecindario durante esa jornada, uno más de los que íbamos de puerta en puerta en busca de refugio. Ahora que evoco esos momentos con más

calma, comprendo que hiciste bien en no responder. Si hubieran adivinado la presencia de una persona sana dentro de un ambiente estéril, no pararían hasta sacarte de ahí y exponerte a su misma suerte.

Yo no soy así. Debes creerme, Jenny. He visto muchas más muertes de las que jamás pude imaginar. Tengo los pies cansados de tropezar con cadáveres, mi nariz está tan acostumbrada a este hedor putrefacto que apenas distingo otra cosa, hasta la piel se me antoja distinta y no hay desinfectante capaz de arrancar esa sensación. En una oportunidad, una anciana me sorprendió por la acera y se lanzó a mis brazos suplicando ayuda. Fue solo un instante, pero cuando logré apartarla, descubrí que me había bañado con su vómito ensangrentado. Murió ante mis ojos, murió antes que yo tuviera tiempo de darle la espalda y huir.

Estoy cansado, muy cansado, Jenny. A partir del tercer día me fue imposible combatir el sueño, al igual que fue imposible encontrar un lugar relativamente limpio donde conciliarlo. Terminé por asumir la verdad: sí había sobrevivido hasta ese momento, sin importar los peligrosos niveles de contagio entre los que transitaba, quizás fuera uno de los pocos afortunados con una inmunidad natural.

Me arriesgué a manipular los cadáveres y despejé un sencillo apartamento, no muy lejos de aquí. Sin embargo, algo de paranoia y respetuoso temor me impide pernoctar dos veces en el mismo sitio. Es como si mis instintos de conservación se alertaran al pasar determinado tiempo en un lugar, más aún sabiendo el destino de los antiguos propietarios. Por eso comencé a buscar una residencia verdaderamente immaculada. Llegué a la conclusión de que semejante milagro solo podía hallarse en esta parte de la urbe. La mañana siguiente reinicié la exploración de la zona.

Pienso que fue más o menos durante esa jornada, la cuarta, que vi a la última persona viva antes de encontrarte. Era un niño. Quise alcanzarlo, ofrecerle ayuda, preguntarle por sus vivencias, comprobar que no era el único inmune a los efectos de la plaga. Sin embargo, el chiquillo huyó ante mi presencia y no lo he vuelto a ver.

Desde entonces estoy solo en medio de este mar de despojos, pero ya tenía un propósito, un plan de subsistencia que iba más allá de recuperar alimentos o esperar a los rescatistas. Me agencí una microcomputadora y algunas células energéticas para activar puertas clausuradas. He aprendido mucho en este tiempo, pero nunca hallé lo que buscaba. La tuya es la única vivienda estéril y tú eres la primera persona viva que he visto en los últimos tres días.

V

—Este es el fin de mi historia, pero no tiene por qué ser el fin de la “nuestra”, si sabes a lo que me refiero. Estamos solos en este cataclismo, dos sobrevivientes, dos seres humanos jóvenes y saludables, una pareja. Tal vez sea un designio divino. No hay nada que temer, Jenny. Podemos aguardar por las brigadas de rescate juntos. Por eso, te lo pido una vez más: por favor, Jenny, déjame entrar y ayudarte a compartir la carga de nuestra soledad.

—No.

Aquella palabra era una sentencia de muerte para Hiram. Por un momento, sus ojos se mantuvieron fijos en los de su verdugo, pero en ellos no vio otra cosa que la más absoluta de las resoluciones.

—Maldita hija de puta.

Esta vez fue Jenny quien quedó conmocionada. Antes de que tuviera tiempo de levantarse y huir de la entrada, Hiram se había incorporado con la clara intención de utilizar la temida mandarria. Entonces, Jenny cerró los ojos en espera del primer golpe y mientras tanto, por puro instinto, comenzó a gritar:

—¡Lo voy destruir todo! ¡El procesador de alimentos, el filtro atmosférico, el del agua! ¡Todo! Si tumbas esa puerta, no encontrarás nada que puedas usar.

Casi sin saberlo, las palabras hicieron estremecer los puntos más vulnerables de la consciencia de Hiram. Una vez más, el mazo se detuvo en el aire antes de impactar contra la estructura de la mansión.

—Maldita seas —dijo él y por el tono de su voz, ella supo que había vencido.

—No podrás impedirlo —insistió luego de levantarse en pos de la ofensiva—. Cuando consigas abrir un boquete para tu sucia persona, ya no quedará nada. Ni siquiera estaré yo. Prefiero suicidarme antes que exponerme a la infección y a ti. ¡Vete! ¡Vete y no regreses! No quiero volver a verte, ni aunque seas el último hombre vivo de todo el planeta. ¡Vete!

Como fustigado por los gritos de la mujer, Hiram retrocedió poco a poco del umbral de la entrada. Los insultos de Jenny lo acompañaron durante el camino de vuelta a la acera. Sin embargo, la mandarría no regresó con él. Tal vez fuera por el impacto de la derrota o por las maldiciones de la inquilina, pero el arma ahora parecía ser un objeto inútil en sus manos.

Hiram dejó la maza tras de él durante su huida y allí permaneció como una muda amenaza en medio del portal. Una amenaza mucho más viva y aterradora que todos los cadáveres infestados de la vecindad.

## VI

Pasaron algunos días antes que Jenny lo descubriera merodeando por los alrededores de la casa. La primera vez se asustó tanto que corrió hasta el panel de controles y estuvo a punto de acabar con todo. Sin embargo, los minutos transcurrieron sin que los embistes del terrible mazo de acero llegaran. Decidió asomarse al portal y espiar al acosador, pero cuando lo hizo, él ya se había marchado.

Aquella rutina continuó repitiéndose. Temiendo que Hiram quisiera aprovechar sus horas de sueño, Jenny comenzó a dormir en el salón principal, lo más cerca posible de los controles. No obstante, pasó una semana más sin que ocurriera ningún evento desagradable. Hiram rondaba la casa, siempre a una distancia prudencial. Por su parte, Jenny lo acechaba, siempre imaginando lo peor.

Una mañana, junto a la mandarría abandonada apareció un ramo de flores y Jenny no supo que pensar. Ese día durmió como nunca antes, arrullada por extrañas fantasías que se disolvieron con el nuevo despertar.

## VII

El sonido del timbre puso fin al monótono silencio de la casa. Jenny no tuvo que preguntarse quién era, lo sabía de antemano. De hecho, lo esperaba. Por supuesto, no iba a abrirle la puerta así como así, pero al menos le daría la oportunidad de disculparse por sus palabras y acciones.

No perdió tiempo con la visión unidireccional. En el mismo instante en que la puerta se tornó transparente, Hiram pudo comprobar en el rostro de ella la gravedad de su situación.

—Ya lo ves, preciosa —dijo mientras recostaba su torso desnudo a un lado de la entrada —no era tan inmune después de todo. Hiciste lo correcto al no dejarme entrar. Ahora sé que estás bien y que al menos tú vivirás.

Jenny buscó dentro de sí, pero las palabras se negaron a brotar. Sin embargo, las lágrimas en su rostro eran incontables, como los hematomas en la dañada piel de Hiram.

Al verla en aquel estado, él tampoco dijo nada. Poco a poco fue dejándose caer hasta quedar sentado en el suelo, de espaldas a la puerta, recostado al panel de la entrada.

—Tengo una última cosa que contarte, Jenny —comenzó a decir entre toses y sangrientas expectoraciones—. Pude establecer contacto con la red satelital. Hay un movimiento de rescatistas de las Naciones en camino. Debes escucharme bien y no olvidar lo que te digo: las Naciones han adoptado un nuevo símbolo: la Cruz Azul. En la red también informaban sobre brigadas de exterminio, fáciles de identificar por los trajes de contención amarillos y el emblema de la Cruz Roja. No te dejes engañar, puede que estos lleguen antes, reclamando a los sobrevivientes de la catástrofe, pero solo los integrantes de las Naciones tienen la verdadera cura. La labor de las brigadas es acabar con todos los que han sido expuestos a la contaminación y así reservar las vacunas para ellos mismos. Desde el momento en que te descubran, te tomarán como una posible infestada y te matarán. Debes ser paciente y esperar por la Cruz Azul, ellos vendrán y será tu salvación. Espera,

Jenny y no le abras a nadie. Adiós, Jenny, fue un placer conversar contigo por última vez.

Después, el silencio volvió a la casa, apenas perturbado por los sollozos de la mujer arrodillada en la alfombrilla de la entrada. En el exterior, el sol se ocultaba entre los edificios.

## VIII

—¡Somos las brigadas de rescate! —anunciaba por altavoz un hombre de amarillo y rojo —Si todavía queda alguien sano debe venir con nosotros e integrarse al grupo principal de evacuación.

—“Mentira, Hiram me contó la verdad sobre ustedes”.

—¡Este es el último llamado, mañana abandonamos la ciudad! El peligro biológico sigue latente en el área urbana, pero se han creado zonas estériles en las afueras. Si usted se encuentra sano, debe aceptar la ayuda del gobierno y sumarse a los grupos de sobrevivientes.

—“Más mentiras. Creen que no sé que quieren matarme, quedarse con mi cura. Hiram es mi amigo. Hiram me lo dijo. Hiram me advirtió de ustedes y sus mentiras. ¡Váyanse de una buena vez! ¡Déjenos en paz!”.

—¡Somos las brigadas...!

—Por favor —interrumpió otro de los uniformados —no comiences de nuevo. ¿No ves que no queda nadie? Mejor regresamos al campamento.

—Es que no puedo creer que en este barrio no haya ni un solo sobreviviente. ¿Has visto bien estas casas? La mayoría deben de estar equipadas con lo más moderno en tecnología de soporte vital: procesador, células energéticas, filtros, purificadores.

—¿Y eso qué? Casi todas están expuestas y el hongo no distingue clases sociales.



—¿Qué me dices de aquella de allá? Yo la veo bastante hermética. ¿Alguien ya fue allí en busca de sobrevivientes?

—¿Cuál? Ah, la casa del joker. Sí, fue una de las primeras que visitamos, pero nadie salió. La declaramos abandonada.

—¿Por qué le dicen así? ¿El joker...? Nunca entendí el chiste.

—Tienes que acercarte un poco más para comprenderlo. ¿Lo ves ahora? El cadáver recostado en la puerta. Mira su sonrisa. Ahora dime que no te recuerda al comodín de las barajas. Ese tipo debió hacer alguna maldad antes de morir.

## IX

Dos años después, cuando el filtro atmosférico dejó de funcionar, Jenny todavía esperaba por los rescatistas de la Cruz Azul.

**Eric Flores Taylor.** Escritor y crítico del género fantástico. Miembro de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC) y la Asociación Hermanos Saíz (AHS). Tiene publicados: *Historias del Altipuerto/Guerra de Dragones*, Gente Nueva 2013 (con Minsal y Premio Jurakán a la mejor novela publicada en el 2013). Además, *Crónicas de Akaland* (2014) Gente Nueva; y *Entre clones anda el juego* (2016), Gente Nueva. Como único autor: *Jaurías de la Urbe* (2014), Letras Cubanas; *Guerra de dragones II: Estigma* (2015), Gente Nueva; y *En La Habana es más difícil*, (2016) Casa Editora Abril. Ha sido jurado de diversos premios como el Oscar Hurtado (2010-14-15-16); Juventud Técnica (2011-14); Calendario Ciencia Ficción 2016 y Guillermo Vidal 2016. Como crítico ha publicado en la web, reseñas de libros de fantasía y ciencia ficción nacionales, así como trabajos sobre los espacios literarios jóvenes del panorama cubano.

## **La venganza no es un documento distópico**

Es la poética de Eric Flores Taylor un verbo que lija. Puedo afirmarlo porque tal vez sea una de las estéticas jóvenes que ha estado más cercana a mi creación y trabajo individual en los últimos años. Eric y yo hemos compartido —en el mismo vaso— el ácido y la dulzura de la escritura desde los primeros días en que ambos hablábamos de la ciencia ficción con mucho, todavía, de soñadores. Él no ha renunciado a creer que la imaginación es aún terreno fértil para los creadores: su cuento “Casa de cristal” es testimonio verdadero de esta aseveración.

“Casa de cristal” condensa, en pocas páginas, el temor que todos los seres humanos enfrentaríamos si nos viéramos, cara a cara, con un escenario x de catástrofe: la reclusión, la soledad, el instinto de supervivencia que ha de imponerse (sí o sí) sobre la piedad, el amor, los ecos casi moribundos de la compasión, la traición y el orgullo. Pero Eric —no contento con la exposición de estos asuntos— da un paso más hacia el vacío: muestra desnudos a sus personajes, en enfrentamiento con una humanidad limitada tras las barreras simbólicas de la cercana muerte (para algunos) o tal vez las barreras físicas de una casa —escudo, refugio, protección, claustrofobia— (para otros).

Su amplio sentido del diálogo y la acción cinematográfica nos obliga, como lectores, a sumergirnos en un mundo de imágenes que bebe de la cosmovisión generada por las historias de post-apocalipsis, los múltiples universos Z e, incluso, de la distopía. “Casa de cristal” no adolece, tampoco, de cierta tendencia a convertirse en las páginas de un libro de cómic para adultos, pues su imaginario es capaz de resemantizarse en visualidad, sinergia, cruce de fronteras.

No ha de verse este cuento como puro genéricamente, pues en él confluyen algunas de las más conocidas aproximaciones literarias al fantástico como estética literaria. Puede que el lector —a ojos cerrados— ignore qué mundo acontece, cuál es la peripecia, el alcance de los actos de estos personajes que se enfrentan al teatro de la vida, pero este no es un obstáculo para que el consumidor avezado de

literatura transite el mar de estos avatares y asuma, de esa manera, la historia que Eric Flores propone.

En “Casa de cristal” no avistamos un final de moralejas, un final con respiración boca a boca, que ayude a creer que nuestro futuro como especie humana no está del todo condenado. Imposible sería si se esperara algo así. Percibimos —poco a poco— la degradación de lo mejor del hombre mientras sus expectativas de vida se van disolviendo en el aire. A pesar de esto, y quizás por el hecho de que somos humanidad voluble, es que un concepto tan antiguo como la venganza se coloca, todavía, en el centro del círculo de esta narración: es el eje invisible sobre el cuál giran la historia, los personajes, los puntos de inflexión de cada hecho. Venganza cruda, papel de lija, verbo de lija, que no perdona. Venganza ubicada en ese futuro cercano, casi imprevisible, casi a la vuelta de la esquina, que Eric Flores nos propone en “Casa de cristal”. Venganza que es, precisamente, como esos cristales filosos y rotos que, si pisamos, han de manchar de sangre nuestros pasos por el mundo.

## La noche de los Djins

*Fatimiya, hija de Kemal, Guardián del Reducto.*

Dimos por perdido a Abdurraman tras los primeros acontecimientos de lo que más tarde llamarían la “Primera Oleada”. Mi padre, hombre práctico educado en los preceptos inamovibles de los reductos, achacó la desaparición a alguna operación tecnoanarquista que salió mal y mi madre —lo que quedaba de ella— vaticinó en su locura que había sido devorado por los monstruos, esos que la atormentaban en las noches y que ella describía como perfectas criaturas de fuego azul.

La pobre. Desde que contrajo la fiebre del Estigma Ardiente había perdido buena parte de sus conexiones sinápticas y no andaba muy bien de la cabeza según los Preparadores del Reducto, esos que acudieron presurosos ante el llamado y los dinares abonados por mi padre y lograron extraer el fuego negro de su sangre: solo un implante de neocortex podía devolver a mi madre al reino de la racionalidad. Pero esos implantes eran caros y solo se conseguían en Aelia Capitolina, ciudad que, tras la Primera Yihad, se había declarado Estado Libre de la Hegemonía y había cerrado sus puertas flotantes a cualquier mercader del Imperio.

Así que en medio de aquel caos que fue la Primera Oleada me vi rezando a los antiguos dioses por la vida de mi padre y de mi hermano unida a la cantilena alucinada que hilvanaba mi madre, la cual insistía en rezar al Retribuidor, un dios oscuro y antiguo, venerado por las primeras cofradías espaciales.

Mi hermano Abdurraman era el único que aportaba un poco de paz a aquel mundo viciado. Poseedor de un IQ demasiado alto para su casta, había roto con las normas de la familia y desde pequeño se volcó al espacio subliminal de las consolas de retroalimentación neural. Con el tiempo se convirtió en uno de los

mejores piratas informáticos de Nueva Medina. Y en uno de sus más temidos Ghost.

A mí me daba lo mismo como lo llamara mi padre. Siempre lo vería como el chico dulce, de ojos enormes y azules, aparentemente inexpresivos, que vendía paquetes de información para comprarme caramelos sintetizados en la lejana Damasco.

Las hijas de los guardianes, por cuestiones de seguridad, nunca salían del búnker autosustentable que le ofrecían de vivienda a un Guardián en cuanto entraba en posesión del cargo. Pero, el día que anunciaron el nombre de mi hermano por la telepantalla, como uno de los desaparecidos en la Primera Oleada, quise romper esa estúpida costumbre antigua y solo un oportuno bloqueo general decretado por el cerebro de casa me impidió salir a buscarlo.

Recuerdo que corrí hasta la consola que mi hermano mantenía en su cuarto, intentando enchufar sus conectores a algún orificio de mi cuerpo, sin entender que mi cuerpo se había mantenido puro. Estúpidamente puro.

Extrañamente, fue mi madre loca la que me consoló en ese momento. Mientras me secaba las lágrimas y acariciaba mis cabellos hablaba de “los Otros”, de sus ojos azules y sus cuerpos de fuego y de ceniza. De los grandes poderes de los djins, creaciones mutadas del gran Allah, conocido por los hombres antiguos como “el Retribuidor”. Nunca imaginé que una voz tan suave como la suya pudiera ser tan convincente. Casi le creo. Casi.

Todo aquello me sonaba a blasfemia y estaba seguro de que mi padre, tan recargado en su mazdeísmo tradicionalista, se horrorizaría si descubría la nueva teología que se gestaba en la cabecita de su adorada Fátima. ¿Sería capaz de cortar esa cabeza blasfema con su espada, como lo imponía la ley de Nueva Medina? Quién sabe. Yo, personalmente, le rezaría a Marduk, Allah o hasta al mismísimo Arriman si alguno de ellos fuera capaz de devolverme sano y salvo a mi hermano. Pero ya no me sentía con fuerzas para creer.

Esa misma tarde mi padre entró armado a la casa y anunció el estado de sitio. Nunca lo habíamos visto con su armadura de combate. La enorme espada Basta, unida al guantelete de su brazo por finas cadenas, símbolo de los guardianes, lo asemejaban a un dios antiguo. Esos que le arrebataron esta luna habitable a los casi extintos, pero aún muy temidos Xam de Hierro.

Usando su sangre como código de acceso personal, selló completamente el búnker. Mi madre entro en una nueva crisis de histeria y se puso a golpear la puerta, gritaba que dejaran entrar a su hijo, que él vendría en la noche, comandando a los djins. Papá la miró desde su altura y tal vez había lástima en sus ojos negros, pero toda expresión fue borrada cuando se colocó el yelmo y activó los servomotores de la armadura, luego saltó hacia el exterior por la salida de servicio.

Con la complicidad espontánea que genera el encierro, mi madre loca y yo contemplábamos por la telepantalla cómo nuestro hogar, el antiguo y hermoso reducto Nuevo Medina, era asolado por una plaga de criaturas oscuras e informes.

Desde el inicio de los reportes, mi madre se mostró extrañamente tranquila. Pegaba mucho el rostro a la pantalla brillante y señalaba de pronto a alguno de aquellos seres y lo miraba fijo, como si dudara. Yo la observaba con tristeza, pensando en cómo aquel linaje de sangre antigua y poderosa, descendiente de profetas y de dioses, había sido mancillado por la enfermedad.

Seguimos el rastro de la destrucción a través de las noticias. Ahora todos llamaban a aquel suceso infeccioso la "Primera Oleada". Aunque no se ponían de acuerdo en el estatus de aquellos seres. Los llamaban animales, criaturas de sombras, e incluso, para beneplácito de mi madre, fueron llamados Djins por un muslin errante que aceptó declarar para las cámaras y fue apedreado, días después, por una multitud comandada por la shura de ancianos de la ciudad.

Mi madre sonreía y solo se apartaba de la pantalla para ir a rezar al pequeño altar de su cuarto. Nunca supe si por la salvación de nuestras almas o por la condenación de las mismas.

Yo no dejaba de pensar en mi hermano. Esperaba verlo en algún campo de refugiados, entre los asaltantes de algún comercio del Bazar de Bajo Medina, entre los mendigos de la zona antigua que sobrevivían milagrosamente o entre los yejudis tratantes que aprovechaban el caos para colarse en el reducto que les había sido vedado desde los tiempos de la fundación. Jamás esperé verlo entre los muertos. Nunca entre aquella turba de cadáveres palpitantes e inquietos.

Mi padre volvió sin armadura, aferrado a su enorme espada y cubierto de sangre seca. Supe entonces que no quedaba esperanza.

—Ellos siguen un designio —me dijo antes de desmayarse en el salón.

Al reponerse nos contó de las batallas imposibles, de los Otros. De su crueldad, su organización y su fuerza.

—Pueden morir —nos dijo—, pero son extremadamente poderosos y desafían las leyes del mundo con su magia y sus milagros.

Intuía una palabra que él no quería pronunciar y sin quererlo la fui formando en mis labios: “djins”.

—¡El advenimiento de los Djins! —gritó mi madre y volvió a comportarse como una loca, corriendo histéricamente por todo el búnker. A duras penas logramos sedarla y atarla a una unidad de recuperación que mi padre compró para ella y nunca había querido usar con ese fin.

La calma que siguió a sus gritos fue demasiado tensa. Quise volver a las noticias, pero el cansancio era excesivo e incluso mi padre se había dormido, arrullado por las plegarias inconscientes de su adorada Fátima.

Caí en un abismo sin sueños. Aun así, sentía otra presencia a mi alrededor latiendo en la oscuridad. “¿Cómo será besar a un djin?”, pensé estúpidamente y quise soñar con una ciudad inmensa e indetenible, recorrida por seres escurridizos que le temían de manera servil a las máquinas cazadoras. Pero nada surgió de la profundidad de mi sueño.

Desperté con un dolor agudo y los gritos de mi madre taladrándome los tímpanos.

—¡Fátima! —grité mientras me levantaba y corría hacia la claridad que salía del cuarto de mis padres.

Fue entonces cuando vi a mi hermano. Alto, poderoso, rodeado de criaturas increíbles y diversas. Tenía los mismos ojos azules, perfectos e inexpresivos de siempre, pero ahora su silueta vibraba a una velocidad increíble, haciendo casi imposible definir sus rasgos. Al percatarse de mi presencia avanzó hacia mí, silencioso como las hojas de los murgales.

Una de aquellas criaturas se prendió del cuello de mi madre acallando de manera brusca sus gritos. El silencio repentino fue de una intensidad dolorosa y me hizo extrañar a mi padre. Lo busqué con la vista, pensando que un héroe antiguo no podía morir fácilmente, pero solo encontré, junto al altar de los dioses, su brazo derecho envuelto en cadenas y aún aferrado a la bastedad de su espada.

Mis piernas temblaron y estuve a punto de caer, pero un brazo poderoso y vibrante me aferró por los hombros y unos ojos muy fríos e inhumanamente azules me miraron tan de cerca que me entraron unas ganas irresistibles de besarlos, de perderme en ellos para siempre.

—Tranquila, hermanita, todo va a estar bien —dijo aquel djin oscuro que tenía los ojos y la voz de mi hermano, y yo comencé a llorar mientras su mano me atravesaba el pecho y apretaba mi corazón muy dulcemente.

**Ragnar Wilfredo Robas.** Graduado de la Academia Profesional de Artes Plásticas de Guantánamo, especialidad pintura. Colaborador del periódico *Venceremos*. Guionista Radial. Actualmente trabajo como Especialista de Literatura de la Casa de Cultura Regino E Boti del municipio Imías. Participó en la v Edición del Evento de Literatura La isla en Peso, Guantánamo 2015; Delegado a las ediciones 22 y 24 de las Romerías de Mayo, Holguín; Premio en Poesía categoría Adultos en el xxxvi Encuentro Debate Provincial de Talleres Literarios para Adultos, 2016; Premio en los géneros Poesía y Cuento en el Salón de Arte Erótico, Guantánamo, 2017; Premio en el Concurso para los Lectores del Periódico Venceremos, 2017.



## Djins *made in Cuba*

Para los lectores del *fandom* de la ciencia ficción y la fantasía siempre es motivo de jolgorio, el descubrimiento de un nuevo autor... más aún si este llega, a los predios del combate literario, armado con el poder de una buena historia. Es este el caso de Ragnar Wilfredo Robas, un joven escritor que compone sus historias desde Guantánamo, desmintiendo así la falsa idea de una supremacía *habanero-centrista* de lo que ha sido nombrado movimiento del fantástico cubano.

Ragnar, como otros autores con los cuales comparte espacio y generación, no muestra un apego textual al cuerpo mítico y temático de una supuesta “realidad” cubana ficcionalizada en los textos, sino que apuesta por el estudio antropológico, religioso y cultural de las civilizaciones orientales, fundamentalmente las musulmanas: soplo de aire fresco, quién lo duda, para el género fantástico gestado en el patio, donde muchas veces, propuestas estéticamente semejantes y fundamentadas en un mismo patrón de escritura proliferan entre los diversos autores.

Desde una periferia temática y genérica, Ragnar apuesta por lo novedoso, si bien no renuncia a *gadgets* propios de la ciencia ficción que conservan un especial hálito de homenaje al ciberpunk. No obstante, no se queda paralizado en el ciberpunk de sobras conocido, que ya ha dado resultados en los ámbitos del patio —y que, según mi opinión— poco de nuevo tiene por ofrecer escrituralmente, sino que deriva hacia el imaginario oriental (elemento apenas esbozado en la historiografía de nuestra literatura fantástica) y, por ende, sus manifestaciones en la escritura. ¿Resultado?: un cuento como “La noche de los Djins”, suerte de *tour de force* que parece anticipar sagas posteriores —ojalá una novela, predica mi deseo de lectora— y el desarrollo de un universo cargado de referencias, personajes, genealogías, guerras intestinas.

Estos Djins, remedo de superhombres demonizados o espectros de poderes increíbles, parecen obedecer al deseo del autor de conquistar otros territorios del fantástico, en este caso, los universos Z. Si bien los Djins de esta historia

pertenecen, por momentos, al ámbito de lo espectral, su condición de criaturas no vivas y a la par, tampoco muertas, nos hacen recordar —en una línea de pensamiento paralela— a los zombies, seres mucho más cercanos al imaginario cultural occidental gracias a cierta contemporánea tendencia de prostitución/comercialización cinematográfica que ha dejado el saldo de contadas obras memorables. No obstante, el lector no debe esperar que este cuento le muestre las usuales carnicerías gore del mundo Z: sus conquistas son contadas con ciertas dosis de sutileza —y hasta poesía— de voz y mano de la joven Fatimiya, una muchacha atrapada en un búnker, custodiada también por las tradiciones de su cultura patriarcal, por un padre castrador y una madre loca. Su única salida al mundo del amor y la ternura llega gracias a un hermano, desaparecido en la Primera Oleada. Desde los rebordes del incesto se construye la historia, matizada por cierta sensación de claustrofobia y por un *fatum* que el personaje narrador percibe desde los comienzos de su narración.

Locura, amores prohibidos, la caída de un imperio son los grandes ejes temáticos de esta historia. No obstante, pese a su singular calidad como escritura, “La noche de los Djins” se construye sobre una realidad estructurada en escenas, a grandes saltos que permiten vislumbrar, *sotto voce*, la enorme capacidad de este amplio mundo, incapaz de ser constreñido en las pocas páginas de un relato. Quizás, más que un cuento, “La noche de los Djins” promete ser capítulo de novela, cuadro de una trilogía, parte de un universo superior que comienza a orquestarse desde lo micro hacia lo macro, como toda buena historia debe hacer.

Recae siempre, sobre el autor del fantástico, cierta dosis de pesimismo, cierta culpa cuando otros escritores supuestamente “serios” señalan con el dedo la obra y el género en que esta ha sido escrita. Ragnar, desde la defensa de un fantástico que se ajusta a su mano de escritor como pieza de orfebre, rompe el estigma, la ecuación matemática de que ciencia ficción+escritura es igual a literatura de segunda categoría. Más que la muestra de este solo relato —que será siempre la esencia truncada de un proyecto mayor y tal vez aún inconcluso— es preciso

imaginar la estructura completa, el edificio soberbio de una escritura culminada bajo la forma de un libro.

La noche de los Djins nos advierte que no toda la buena literatura se escribe en los supuestos epicentros de un cuestionado *maistream* literario, *made in* la capital. Es preciso expandir el universo de referencias, abrir los ojos hacia el también cuestionado concepto de la periferia. La literatura no tiene capitales ni obedece a reglas geográficas: Ragnar nos ha abierto las puertas del búnker de su escritura y, ¡oh, Creyente!, ¿qué descubrimientos no te esperan una vez que pises sus umbrales?

## Junto al río

Fue la tarde antes del desastre, cuando ya soplaban vientos de tormenta. Yo recién abandonaba la choza del ermitaño. Iba azotando inútilmente al asno para que apurase la marcha cuando distinguí a escasa distancia al joven, que permanecía recostado al tronco de un roble, mirando alternativamente las aguas del río y el sendero irregular que conducía hasta la choza.

Aún me faltaba llegar al pueblo. Entraría por la calle principal en el momento de desatarse la tormenta, sin tiempo para entregar el resto de los encargos. Tendría un altercado con el mozo de cuadra, justo antes de meterme a la posada y alquilar un cuarto donde pasar la noche. Tal era el día que me esperaba y me pregunté si debía detenerme al pasar por su lado o simplemente llevar una mano al ala del sombrero, mascullar un saludo y seguir. Al final nada de eso importa, me dije. Lo que va a suceder, sucede.

—¿Puedo ayudarlo, joven? —le pregunté entonces, más por curiosidad que por un verdadero deseo de socorrer a quien parecía hijo de algún hacendado o comerciante, de esos que solo conocen la vida fácil.

—No, aunque se agradece —dijo y volvió sus ojos a la turbia corriente.

El animal aprovechó el descanso para ramonear en las hierbas que crecían al borde del camino, en el lodo de las lluvias recientes. Observé por un instante los nubarrones que se acercaban.

—Déjeme adivinar. Usted es uno de esos peregrinos que cruzan todo el país buscando al ermitaño y sus milagros.

El joven meneó la cabeza y esbozó una media sonrisa.

—Acertó solo en parte. Busco un milagro, sí, pero no vengo de lejos.

Me contó que había nacido muy cerca de allí. Su familia era, desde varias generaciones atrás, dueña de un astillero en las afueras del pueblo. Nada importante, apenas construían botes y veleros de mediano tamaño, que solían alquilar a pescadores y sobre todo a peregrinos. Luego el camino real se fue ensanchando, tornándose una amplia carretera, y el río se hizo más estrecho, tanto que solo era navegable en aquella época del año. Las crecidas se

convirtieron en algo poco frecuente. Aún me pregunto cómo fue posible el desastre de aquella noche. Para algunos, se trató de un embalse que se había formado allá en las montañas, llenándose durante semanas para luego reventar, abrirse de golpe, inundarlo todo. Creo que tienen razón. El viejo ermitaño diría simplemente que era cosa del destino y también tendría razón.

Toda aquella historia que el joven iba contando, unas veces mirándome a los ojos y otras al río, trajo a mi mente la pregunta de qué edad tenía el ermitaño, cuánto hacía que los viajeros visitaban este pueblo olvidado por Dios. Una vez, en la posada, oí decir a alguien que el pueblo se construyó solamente porque la cabaña estaba cerca de allí, de la misma forma que algunos asentamientos se levantan alrededor de una iglesia muy antigua. Por supuesto, era una broma. Todos celebraron la ocurrencia y siguieron hablando pestes del ermitaño. Ahora que las visitas eran menos frecuentes, la presencia del anciano era apenas una sombra molesta. La gente del pueblo hacía como si nadie viviera allá arriba y cuando alguien hablaba de visitar la choza, se reían en su cara.

Mientras tanto, el pueblo iba sintiendo la falta de visitantes. Tal vez nuevos milagros habían aparecido lejos de aquel valle recóndito, en las grandes ciudades. Los comerciantes o algún grupo de alegres muchachos, que se hacían llamar peregrinos, pero vestían a la moda y acudían al pueblo como en un viaje de placer, hablaban de luz eléctrica, de máquinas a vapor y todo tipo de ingenios. Aquella tarde el joven también me habló con entusiasmo de la capital y de los años que había vivido allá, hasta que recibió la noticia de la muerte de su padre y tuvo que regresar. Ahora debía hacerse cargo del negocio de la familia.

El astillero no ofrecía las ganancias de antaño. Pensaba el joven que era buena idea venderlo, pero otros en la familia, los más ancianos, le aconsejaban no obrar tan a la ligera.

—Comentan que podría ser un buen negocio navegar río abajo, hacia la desembocadura y de allí al puerto más cercano, cosa de veinte millas —el joven, más que hablar conmigo, pensaba en voz alta—. Solo tendríamos que contratar gente para armar una pequeña flota, pero no creo que valga la pena. Por como pintan las cosas en el pueblo, sería un gasto inútil.

Me hizo gracia que me estuviera contando todo aquello, como si quisiera saber mi opinión. Tomé el sombrero en mi mano izquierda y me rasqué la cabeza mientras pensaba qué decirle.

—Algo así podría dejarme sin trabajo. Si me pregunta, le diré que es una pésima idea.

El joven se echó a reír. Luego volvió a su estado meditabundo.

— ¿Y para qué desea ver al ermitaño? —le pregunté al ver que parecía dispuesto a abandonar la conversación en aquel punto.

—Aparentemente es el único que conoce un método para... ver hacia delante.

—Quieres conocer tu futuro —dije y volví a examinarlo de pies a cabeza.

El joven hizo una mueca de disgusto.

—Puesto de esa forma, suena raro.

En realidad sonaba estúpido. Más de una tarde habíamos pasado el ermitaño y yo en la choza, conversando sobre aquel tema. Cuando alguien conoce su destino, me decía el anciano, le es negada cualquier posibilidad de decidir. De igual forma el general que desea ganar la guerra, o el gobernante que busca acabar con una crisis, o el heredero de un pequeño negocio en un pueblo desconocido, o aquel que, sin haberlo pedido, consigue ver al menos una ínfima parte, está condenado.

—Ni siquiera creo que sea cierto, tal vez se trate de un embuste —dijo el joven alzándose de hombros—, pero quiero agotar todas las opciones antes de tomar una decisión.

Me enferma ese tipo de gente, siempre temerosos de decidir. Como una leve invitación a reanudar la marcha, hiqué ambos talones en las costillas del asno. Entonces le di un consejo al joven.

—No es ningún embuste, muchacho, pero es mejor que no lo hagas. Date la vuelta y regresa. Mira cómo está el cielo.

Alzó la vista hacia el negro horizonte, vio el resplandor de los relámpagos y se llenó los pulmones con el olor de la lluvia inminente. Llegué a creer que tomaría mi consejo, pero permaneció recostado al ancho tronco del roble. Me despedí de él mientras la bestia se movía cuesta abajo. El camino era resbaloso en algunas partes, así que la dejé marchar a su ritmo. De vez en cuando me volvía en la silla

para mirar atrás. Lo encontraba siempre en el mismo sitio, hasta que lo perdí de vista y me sentí aliviado. El camino se había hecho más llano. Ahora podía tomar la vara y golpear las costillas de aquel perezoso animal.

Apenas alcancé las primeras casas del pueblo, las gotas me azotaron la espalda como puntas de un látigo. El viento trataba de arrancarme el sombrero. Las puertas y ventanas se cerraban de golpe. Frente a la posada salté a tierra. Cargué con los bultos para salvarlos del agua, seguro de que las entregas podían esperar al día siguiente. Llamé a gritos a un mozo alto y robusto, que estaba sentado bajo el zaguán, bromeando con unas mujeres.

—Tienes que dar la vuelta, el establo está por atrás.

—Yo sé dónde queda el establo. Deja de hacerte el imbécil y cumple con tu trabajo.

El mozo se levantó de un salto. Las mujeres intercambiaban risitas, comentaban en voz baja.

— ¿Cómo has dicho? —preguntó el mozo, asomado al borde del zaguán.

Ni aun en sus bravuconadas quería salir afuera, donde la lluvia arreciaba. Subí los escalones entre ambos. Solo tenía una mano libre, aquella en la que sostenía la vara. Le di en el rostro con el pedazo de junco, tan fuerte que debió escucharse dentro de la posada, porque el dueño acudió al momento. Ya el mozo se preparaba para saltarme encima y mi mano soltaba la vara, buscaba el mango del cuchillo que siempre llevo colgado del cinto. Por suerte el posadero llegó a tiempo para intervenir. Obligó al mozo a meter en el establo al pobre animal, que nos miraba tembloroso debajo de lo que ya se había convertido en un diluvio.

—Debe perdonar al muchacho, es nuevo —dijo el posadero. También mencionó que lo obligaría a pedirme una disculpa y que lo iba a castigar, pero en el fondo era un buen muchacho. Nada de eso me importaba, yo solo quería un cuarto y algo de comida. Así se lo hice saber. El hombre, todavía nervioso, me invitó a pasar.

Fue una larga noche.

El mozo estuvo todo el tiempo sentado en una esquina, mirándome con expresión hosca. Algunos lugareños que llegaron al salón en busca de un trago, hablaban de

la crecida del río mientras que afuera el viento rugía. La expresión del mozo se volvía más desafiante con cada trago y parecía a punto de cruzar la habitación a pesar de las advertencias del dueño. Era mejor dejarlos allí (los lugareños conversando, el mozo rumiando su furia), subir a mi cuarto y correr el pestillo.

Me acosté, pero no podía dormir. Luego de varias horas revolviéndome en la cama, hasta el sonido de la tempestad y el vocerío que llegaba de la planta baja acabaron por transformarse en algo monótono. Hubiera preferido entonces, si no dormir, al menos conservar el mismo estado de lucidez. Estaba muy cansado para pensar y por mi mente solo pasaban los recuerdos como en un desfile marcial. Luego, parecido al niño que se harta de esperar a un lado de la calle y corre a la cabeza del desfile, recordé cosas que aún no habían ocurrido. Siempre me pasa cuando estoy entre la vigilia y el sueño. Entonces parece lo más natural del mundo.

Finalmente pude dormir, creo que un par de horas antes de que el sol comenzara a filtrarse por los tablones. Aún conservaba en mi cerebro la imagen del joven peregrino. Esos recuerdos nunca se esfuman con el sueño, por mucho que quiera olvidar. Ahí estaba su cuerpo, destrozado y flotando en la corriente. Había otras figuras alrededor, aunque parecían apenas sombras. Podía ser un sueño, pero no tenía la textura de los sueños. Aquello era real y sentí pena por el joven.

—Nadie debe conocer el futuro —pensé en voz alta mientras llenaba la palangana con agua de un balde. También resulta incómodo cuando ese conocimiento del futuro es incompleto. Ahora tenía curiosidad. Debía conocer los detalles de lo ocurrido durante la noche y, de ser posible, hablar con el viejo ermitaño.

Frente a mí, en la pared más alejada de la cama, las gotas de agua brillaban al caer por los maderos chorreantes. Afuera se escuchaba un inusual ajeteo. Quise asomarme a la ventana, entonces recordé que la habían clausurado. Terminé de asearme, me vestí y bajé las escaleras. En el salón se había reunido un considerable grupo de personas, mujeres mayormente. Los hombres estaban sacando cadáveres del río y salvaban lo que se podía. De la conversación me llegaba de vez en cuando el nombre de algún fallecido. Ninguno me resultaba familiar.



—También ha muerto el brujo —oí decir al posadero.

Así le llamaban algunos al ermitaño. Sobre todo el posadero, que se preciaba de ser un hombre práctico y trabajador sin tiempo para supersticiones. Le pregunté adónde habían llevado el cadáver y qué pensaban hacer con él.

—Enterrarlo, por supuesto —sentenció—. Incluso los estafadores merecen una sepultura.

No dije más. Luego de tomar el desayuno cogí los bultos y me encaminé a la salida. El posadero no había mencionado donde estaba el cadáver, pero tampoco hizo falta. Frente al establecimiento conté más de una docena de cuerpos, tendidos sobre el lodo y cubiertos con sábanas blancas. No era un espectáculo agradable. La mitad de las edificaciones del pueblo se habían ido abajo y la gente corría en todas direcciones, dando voces, sacando más y más cadáveres de la sucia corriente que, muy despacio, regresaba a su estado natural.

En aquel momento no sentía el menor deseo de salir a entregar los paquetes. Iba a ser todo un problema encontrar a las personas en la lista. Por suerte las mercancías que transportaba ya se habían pagado, era un problema menos. Aun así, no estaba de humor. Pensé en el anciano y en lo extraño de mi condición. Había previsto la suerte de un joven desconocido, sabía que estaba muerto, pero no fui capaz de adelantarme a lo que ahora mis ojos podían ver.

— ¿Puedo ayudarlo? —preguntó la voz grave del mozo de cuadra.

Lo vi llegar desde un costado de la posada. Cargaba mantas y sábanas viejas para entregárselas al párroco, un viejo alto y huesudo que iba de un lado a otro de la calle, cubriendo piadosamente los restos y consolando a su rebaño. Volví mi atención al joven y descubrí que no había hostilidad ni sarcasmo en su voz. Le dije que siguiera con lo que estaba haciendo, que yo mismo sacaría mi montura del establo. Él insistió. Cuando me tendió las riendas del animal, nos despedimos y eché un último vistazo a los blancos despojos. Alguno de aquellos cuerpos era el de mi viejo amigo, pero no quise perder el tiempo. El anciano me caía bien, hasta cierto punto era el único capaz de comprender mi situación, aunque también era un ermitaño y no creo que le gustaran los sentimentalismos.

Me llevó hasta mediodía cumplir con las entregas y aún quedaban algunas para el pueblo más cercano, que estaba bastante lejos. Obligué al asno a moverse más rápido. Se notaba que el descanso le había sentado bien. A pesar del fango, los escombros, troncos y ramas caídas que adornaban el camino, pronto estuvimos fuera del pueblo. Divisé los elevados techos de unos almacenes. Medio destruidas por el embate de las aguas, las construcciones más fuertes del astillero permanecían en pie, o se inclinaban sobre sus cimientos. En cambio otras, como el desvencijado muelle, se habían esparcido por toda la orilla en un caos de tablas, vigas de madera, embarcaciones a medio construir.

Un hombre se erguía sobre los restos de una chalupa volcada y con un remo intentaba atrapar un bulto flotante. Otros buscaban un modo de acercarse a la orilla, sorteaban los destrozos y vadeaban la corriente para alcanzar lo que parecía un cuerpo. Una anciana permanecía arrodillada en la arena. Intentaban levantarla, pero volvía a caer. El resto de las personas allí solo miraba.

—Es su hijo el que acaban de encontrar en el río —dijo uno de los curiosos. Tal vez demasiado sensible para acercarse, observaba la escena desde un promontorio, pero parecía bien enterado. Me contó que el astillero pertenecía a aquella familia.

—Cuántas desgracias en un solo día, ¿no cree?

No le respondí. Pensaba en muchas cosas.

¿Sabía el ermitaño lo que iba a suceder? Posiblemente no. El viejo siempre decía que nadie debe conocer su futuro, ese era el consejo que le daba a quienes le pedían semejante favor. Pero si insistían, nunca les negaba el milagro.

¿Y el joven? Prefería creer que nunca llegó a entrar en la choza. Era algo terrible imaginarlo saliendo de allí, caminando hasta la orilla del río para quedarse de pie, una amalgama de troncos y lodo acercándose. Temblaba al imaginarlo en ese momento, inmóvil, incapaz de decidir pues el destino lo había hecho por él.

—Lo que va a suceder, sucede —dije, aunque no me dirigía a nadie en particular.

—Disculpe, ¿ha dicho algo?

Con un toque de la vara, el asno reanudó la marcha. Un coro de lamentos llegaba desde la orilla.

Más por disciplina que por curiosidad, me encaminé hacia las ruinas del astillero.

**Alexy Dumenigo Aguila** (Placetas, 1991). Es egresado del XVI Curso de Técnicas Narrativas del Centro Onelio Jorge Cardoso y miembro del taller literario Espacio Abierto. Ganó el V Concurso Oscar Hurtado en la categoría de cuento fantástico en 2013, el Premio Mabuya en 2014 y el XII Certamen de Microcuento en Fantástico miNatura en 2015. En 2019 resultó ganador del Premio Calendario de Ciencia Ficción.

## **La realidad estremecida**

En el cuento “Junto al río”, su joven autor, Alexy Dumenigo muestra habilidad dramática en la arquitectura de situaciones: ha de pensarse en un puente viejo, un puente de pueblo, no por antiguo menos resistente. Su éxito radica en esa capacidad de mostrar, a través del narrador personaje —y, por supuesto, a través de una historia escrita en primera persona— el cuestionamiento sobre la posible omnisciencia del destino y la lucha eterna del ente humano en confrontación con la adversidad. Ciertamente: estos son temas ya abordados en algunos de los capítulos más intensos y memorables de la literatura universal; la pregunta radica en qué nuevo puede mostrarnos su autor en torno a esta historia.

“Junto al río” es un cuento líquido, un cuento de fluidez, que deambula sin tormentas entre los sucesos de una tarde y otra, entre el período de calma, destrucción y reconstrucción de esa calma perdida; dígame equilibrio—desequilibrio—nuevo orden, una de las construcciones más antiguas del cuento clásico. No debe aspirarse a que posea un final trepidante —ni siquiera sorpresa— ni que sus personajes reviertan la composición de sus vidas por un suceso estremecedor: ellos son simples espectadores del hado, colocados como fichas en un tablero de juegos, que quizás por este mismo motivo se conformen con ciertas maneras de supervivencia.

A través de la metáfora de la tempestad y de puntuales figuras, tropos o personajes arquetipos (el ermitaño, el pueblo aislado, el joven en busca del conocimiento, el testigo) se abre un espectro narrativo que recuerda mucho más a la estructura de un capítulo de novela que a un cuento en sí. Lo cierto es que Alexy Dumenigo posee el aliento de creación de una obra grande en extensiones, y no pienso que —al menos en este caso— resulte demasiado airoso en el intento de constreñirla dentro del espacio físico de un cuento. No obstante, es preciso decir que un narrador en ciernes y efectivo sí reluce en las páginas de este cuento, con una innata habilidad para construir atmósferas, situaciones y esbozos de personajes que resultan, al menos *a priori*, de sumo interés.

El narrador personaje, a pesar de la unilateralidad en la exhibición de las acciones a la que nos obliga, es una elección exitosa, pues muestra los eventos centrales de la acción desde un distanciamiento y, hasta cierto punto, una frialdad que concentra los acontecimientos en un foco radiado. No hay involucradas grandes emociones ni vínculos entre los personajes, lo que muestra un comedimiento que advierto como éxito, no hándicap, al menos en un tipo de historia como esta.

Es este un texto que el lector podrá disfrutar plenamente, tanto si se fía de su condición de cuento como si advierte sus posibilidades como texto novelado. “Junto al río” no es solo la amenaza de un destino metafórico que asume el cuerpo físico de una tormenta, de una inundación, de un evento que destruye parte de la vida conocida. “Junto al río” es también el testimonio de un *voyeur*, un conforme, un hombre que sobrevive en la orilla del mundo y que observa, desde una esquina confortable, los estremecimientos de la realidad.

## Galveston

Mi semen, impulsado por el movimiento de mis piernas, hace acrobacias en la bañera en forma de pequeños coágulos irisados. Se pega a mi piel, no se diluye en el agua caliente ni se mezcla con los restos de espuma. Lo puedo ver ahí, acercándose lentamente a mi abdomen, como pequeñas medusas blancas e inofensivas, portador de una vida que no comprendo. Pienso en por qué los fluidos y materias que expulsamos de nuestro cuerpo regresan a nosotros en el agua, inquilinos rechazados a los que volver la cara y evitar frente a los otros. Como aquel tío de la adolescencia que al ver lo mucho que había crecido me preguntaba si ya orinaba dulce. Hacía énfasis en la pregunta y yo me sonrojaba volviendo la cabeza, huyendo su mirada. ¿Sabrá dulce mi semen? Nora, cuando estábamos juntos, comentaba acerca del olor a ciruelas que había en el cuarto después de pasar horas encerrados descubriéndonos. Ella y sus morbos, siempre buscando olores a los que aferrarse. Uno de los coágulos blanquecinos se acerca a mi abdomen. Lo tomo y lo llevo a mi boca. No sabe a ciruelas, tampoco es dulce; más bien salado, con la textura de la masa de un coco joven.

—¡Isaac! Nos vamos a Galveston. Necesito ver mar, despejar un poco la cabeza. Acaba de salir del baño; si sigues tardando te quedas —grita Miriam desde el otro lado de la puerta.

—Ya salgo.

—Apúrate entonces.

Dejo ir el agua por el tragante de la bañera y me digo: “Que bien, al fin saldré de este encerramiento perpetuo en el que estoy desde que llegué”. Al salir veo que todos están listos. Los rizos rubios de Miriam dan la sensación de un caballo sin bridas en plena carrera. Hay veces en las que me pregunto si no estarán vivos; siempre que su cara refleja una emoción lo hace también su pelo. Cuando sermonea al adolescente púber de la casa, los rizos se arquean hacia delante y de manera proporcional Cristian se encoje y recula, en unos pasos de baile no pocas veces ensayados. Hoy lo regañan a causa de los Converse rojos que se ha puesto. Desentona con todo, dice Miriam, miro para un costado y con el rabillo del

ojo lo siento parpadear, hacerme señas como un semáforo. Además, los vas a estropear con el agua salada. Tomás, el padre de Cristian, observa la escena desde la puerta. Otrora bailarín profesional, fue el único de todos los que llamé que dijo ven al norte revuelto y brutal y te quedas con nosotros. Lleva lentes de contacto que le dan una mirada turbia en la que si profundizas puedes encontrar una inteligencia intuitiva, de las que desconciertan. Su carácter sereno, pasivo, complementa el de Miriam, impetuoso y envalentonado. Tomás me decía que una de las cosas que más le gustaba de ella era que cuando algo la emocionaba o la hacía sentir de verdad, ponía su mano encima del pecho (como agarrándose el corazón) y su dedo índice y el pulgar tocaban sus yemas por un momento para luego separarse. Yo nunca la había visto hacer ese gesto.

—Isaac, dile a David y Sofía que vamos a echar gasolina y que allí los esperamos  
—dice Miriam.

David y Sofía componen la otra pareja que vive en la casa. Él vino del mismo lugar que nosotros, ella no. Todo el día se la pasan encerrados en su cuarto, haciendo lo que Nora y yo en los inicios, quizás.

—Chicos, dice Miriam que nos vemos en la gasolinera. No se tarden.

Me voy al carro, abrocho el cinturón y googleo el nombre de la playa a la que vamos. Aparecen fotografías del lugar, todo se ve plano, perfecto: un muelle ancho penetra en el mar, encima, un parque de atracciones.

—Te vas a marear si sigues texteadando. Deja el móvil un rato. Mira el paisaje, disfruta.

Tomás no sabe que me entretengo en el móvil para no pensar en los accidentes. Todo es muy rápido acá y siempre imagino que nos estrellaremos contra algún loco. Si veo que quitan las manos del timón doy un respingo y en mi cabeza veo una secuencia filmográfica en la que me destrozo en pedazos.

Toda la zona industrial va quedando detrás, de varias calderas en las fábricas que se pierden sale un vapor ceniciento, evanescente, que luego llega (invisible) a los suburbios donde vivimos. Extraño mucho el lugar de donde vine. A todos los que dejé envió fotos en las que sonrío desde museos y locaciones con mucha luz, parezco feliz, mas no saben que todo es un montaje. Una *selfie* puede dar una

perspectiva errónea de lo que estás viviendo, pero otros se lo creen. Qué bien te va, comentan, y no saben que por dentro tengo todas las arrugas que aún no salen en mi cara.

— Mira el parque de atracciones, se parece a las ferias de las películas —dice Cristian a mi lado.

Es igual al de las fotografías que vi antes, aunque la magnitud cambia, también las luces. Como aún no anochece no las han prendido, solo los bordes de algunas atracciones pestañean, te hacen olvidar la oscuridad de la arena de la playa.

Buscamos donde parquear en los alrededores. Nunca había visto tantas casas de madera juntas, con veletas, áticos y techos a dos aguas. Incluso las gasolineras, fabricadas en cemento y protegidas con cristales, tienen ese aire salobre de los pueblos costeros.

—Vamos mejor directo a la playa, quizás allí encontremos parqueo. Me estoy cansando de dar tantas vueltas. Cristian, abróchate el cinturón y estate quieto, me tienes nerviosa con tanto movimiento.

Al llegar a la playa encontramos estacionamiento cerca de un descampado que lleva a las dunas. A unos metros de nosotros unos niños lanzan comida a las gaviotas. Estas la cazan al vuelo y hacen espirales. Escucho al más pequeño preguntarle al que parece su padre qué es la línea blanca que hay en el cielo. La estela de un avión. ¿Qué es una estela? Es el rastro que deja tras de sí un objeto en movimiento, ¿ves cómo se va agrandando la línea? Es porque el avión sigue moviéndose.

— ¡Isaac! Despierta y ayuda a Cristian a llevar la nevera a la playa. Y no mires tan fijo a la gente, eso molesta.

Está bien, solo miraba las gaviotas, no pasa otra vez, le respondo a Miriam. Es algo inevitable, por mucho que trate no puedo dejar de prestar atención a las conversaciones de los otros.

Cargo la nevera con las cervezas y siguiendo a Cristian me dirijo a la playa. Las mareas aquí deben ser espectaculares pues el espacio entre la arena mojada y el mar es enorme. Y gris. No estoy acostumbrado a estas playas oscuras, el olor es

el mismo, cala los pulmones, más nada tiene que ver con los azules y naranjas guardados en mi memoria.

Dejo la nevera en la arena junto a Sofía y David, observo los alrededores en busca de un lugar donde sentarme y descansar un rato. Detrás de la franja ocre de arbustos veo una casa de madera en construcción, edificios y varias personas corriendo hacia el otro extremo de la playa.

—Voy a darme una vuelta por aquella casa, quiero ver cómo construyen aquí. Vengo en un rato —digo a Miriam.

—Ten cuidado. ¿Por qué todos corren hacia allá?

—Algún ahogado, quizás.

Pongo mis sandalias en el carro, bloqueador solar en mi piel y sigo la vereda que lleva al otro lado de las dunas. La casa, como un gran esqueleto de madera, se agranda al acercarme. El olor agudo de las resinas y los tablones entra en mi nariz. Me acerco a uno de los pilotes y orino en su base; al hacerlo viene a mi cabeza el alivio, no solo de mi vejiga, sino también de mis pensamientos. Rodeo las columnas y busco la manera de subir al primer nivel, cuando la encuentro, veo a Cristian venir hacia mí.

—¡Corre! Hay un tiburón blanco encallado en la playa.

—¿Cómo?

—Sí, uno bien grande. Allá, ¿ves aquel gentío?

Echo a correr hacia donde Cristian señala, dejo atrás todo, la casa, el carro, a Miriam y Sofía que me siguen rezagadas. Llego y me abro paso entre la gente, escucho a una madre decirle a un muchachito rubio ni se te ocurra acercarte que aún está vivo, vuelve con tus hermanos; entonces lo veo. Un tiburón casi blanco, enorme, con la boca en forma de arco, aletea varado en la arena. Entreveo mandíbula y branquias abriéndose y cerrándose como si nos lanzara un grito mudo. Más personas se aglomeran alrededor creando un círculo de cual formo parte. Sofía, Miriam y Cristian llegan a mi lado, me pregunto dónde estarán David y Tomás, los busco con la mirada y los descubro entre la gente.

—Hay que devolverlo al agua —dice Sofía—. ¡Hay que devolverlo! —grita—. Hagan algo.



—Cálmate —dice Miriam y frunce el ceño—, cálmate.

Tiene la misma mirada del día en que volvió a casa después de haber manejado sola por primera vez. Un hombre la había hecho parar su auto al bajarse y dirigirse al pretil del puente. Luego nos contaría que quiso halarlo por la espalda, impedir que se lanzara, mas nada hizo. Se quedó paralizada y dio media vuelta hasta llegar a casa.

La veo caminar hasta donde se encuentran David y Tomás, decirles algo y luego arrodillarse en la arena. Comienza a cavar una zanja con sus manos, los otros la imitan y poco a poco vamos agrandando el círculo alrededor del escualo. Aparecen baldes de juguete, botellas de agua vacías con las que echamos agua encima de su piel.

—Diles que tenemos que hacer un canal que llegue al agua y luego arrastrarlo con una sogá. Es la única manera. ¿Cómo dices “soga” en inglés?

—Creo que es *rope*.

Traduzco las palabras de Miriam a los demás y alguien dice tener una cuerda en su camioneta, que irá a buscarla. Seguimos cavando, convirtiendo la zanja en un canal que poco a poco se inunda del agua salobre y grisácea. Noto menguar los aletazos del tiburón, no digo nada. Aparece la cuerda en manos del que reconozco como el padre que hablaba a su hijo de las estelas de los aviones. La atamos de la cola envolviendo la quilla y la segunda aleta dorsal. Comenzamos a arrastrarlo, debe medir unos siete metros y pesar lo que una columna barroca. Apenas se mueve, pero cuando llegamos al agua y esta lo empieza a cubrir es como si la electricidad volviese a su cuerpo. Miriam, ayudada por el dueño de la cuerda, desata la cola y junto a nosotros corre a la orilla. Estamos a la expectativa, Miriam a mi lado respira hondo, como queriendo llenarse de todo el aire de Galveston. El sol declina en el horizonte a través de las luces del parque. Observamos al tiburón destacar con su color blanquecino en el agua oscura. No hace por nadar, las olas lo tambalean, lo devuelven cerca de nosotros. Vuelvo la cabeza hacia Miriam y entonces la veo subir la mano izquierda hasta su pecho, agarrarlo como si le doliera. El dedo índice y el pulgar se tocan por un instante.

**Julián Marcel Baldemira.** Narrador, traductor, artista visual y profesor. Nació en Puerto Padre, Las Tunas, en 1989. Labora en la Universidad de las Artes, ISA. Egresado del Centro Onelio. Miembro de la AHS. En el 2016 obtuvo el XVII Premio Celestino de Cuento con su libro *Nubes oscuras alrededor de la cabeza*.

## La metáfora de los naufragios

Julián Marcel Baldemira hila —su paciencia es de orfebre— esta historia construida sobre (y para) los sentidos. Esos sentidos de lo físico que a veces hemos olvidado, o tal vez tan solo sublimado bajo la apariencia de lo espiritual (una palabra, esa, de moda, contemporánea, de muy buen gusto). Marcel, en su cuento “Galveston”, utiliza el recurso de cierta memoria emotiva, casi evocación, que nos trae una cinética espectacular, la posibilidad de estar ahí, junto a sus personajes, en la tina del baño, en la boca que prueba semen (no es dulce), en el olor a fruta del sexo (ciruelas), en la imagen de una playa de colores distintos, en la sutil metáfora de un tiburón blanco que ha encallado (curioso naufragio) en la arena de la costa.

Existe, sin dudas, en cuerpo metafórico que dinamita las posibilidades de lo real: sin llegar a convertirse en un filme surrealista, Julián acumula las anécdotas, en apariencia intrascendentes, el enfoque de acontecimientos que se gritan a sí mismos, el cadáver exquisito de una soledad que se va construyendo entre fingimientos, *selfies* alegres que no son tales, imágenes divorciadas de la tristeza, la playa, el niño y su padre, la estela de un avión, de nuevo el tiburón blanco, de nuevo el tiburón blanco. Sobre el eje de esa soledad (no compartida) aparecen los personajes de esta narración, criaturas que viven en un mismo espacio y tiempo, sí, pero que, no obstante, están divididos por un cristal finísimo, material de descomposición, material para el aislamiento. Cuerpo y cuerpo pueden tocarse, y, no obstante, para Julián, todos permanecen a solas.

Sin recurrir a manifiestos filosóficos, a análisis de economía, sin avistar el nuevo estreno de Netflix, estos personajes surgen como eternos enmascarados, seres que portan antifaces, que ocultan sus rostros bajo imágenes de una presupuesta felicidad que no es tal (no hay recurso que pueda producirla). La idea de la indefensión, del personaje que simula y miente es, a mi criterio, uno de los más hermosos logros de un relato corto, bien construido, arquitectura de cimientos sólidos.

Se habla aquí de naufragios. No solo el metafórico cuerpo del tiburón blanco aparece como una constante, casi obsesiva, casi paralela a aquella imagen del cuerpo desnudo en la bañera (espuma y semen, agua caliente y fría). Se percibe, si es hábil el lector, que el cuerpo del personaje protagonista, el gran solitario, posee la misma condición de estar varado (hundido) que más adelante veremos, físicamente, en el tiburón de la historia. Agua —digamos líquido vital, *amnios*, recurrencia al útero materno, a la incapacidad de escapar de la claustrofobia, al concepto de permanecer— es el elemento que no solo cubre a los cuerpos, sino que los ampara, y hasta cierto punto —ventajas de la metáfora bien utilizada—, es recurso para el aislamiento y, más adelante, la unión, el esfuerzo compartido.

Repito: con cuidado de orfebre, Marcel construye esta historia, anecdótica, real, surreal, crónica de cierto mundo conocido. Sus recursos narrativos tienen la habilidad de conducirnos más allá de Hulu, del *streaming*, de la *selfie*, de la foto compartida en redes sociales (¡hay un tiburón encallado!, publicaría alguien en Instagram o en Facebook). Sus recursos narrativos nos adentran en este mundo de la humana sensibilidad, del humano naufragio, de la humana condición de los inadaptados, de los soñadores, de los despiertos.

## El mal de aire

Madre revisa con celo mis horarios de medicación y reza. Aunque tengamos los ojos abiertos, es difícil ver a través de estos mosquiteros sostenidos por grotescos palos de marabú, hechos de una gasa tupida y gris que hace más densa nuestra respiración.

En el abrigo de mi propia covacha de tela, parezco un nimbo que flota sobre la cama, reduciéndose día a día. La misma bruma miserable emana desde cada mosquitero... Hacinados, los ojos cerrados por el dolor, solo nos quedan indemnes el sentido de la escucha y algunos pensamientos dispersos.

La Dirección Central ordenó improvisar salas de emergencia en escuelas, tiendas y gimnasios. Aquí ya somos tantos que de pronto no sabemos si estamos embutidos en nuestra gran gasa inmunda, o en la del otro que se queja un poco más allá, un poco más acá...

Al principio, solo éramos pacientes asustados culpando a los mosquitos. Pero ya pasa una semana y no nos dan el alta. Nos asemejamos a zombies, a nimbos apagándose sobre camas endeblés, bajo horribles mosquiteros.

Todo comenzó con el abatimiento. Después, la calentura perdurable. Un diagnóstico preliminar de fiebre amarilla y trajeron brigadas de fumigación contra los *aedes* y comenzaron a cocinarnos sopa de gallo reforzadas con vitaminas. Pero el número de nuestros leucos siguió sin crecer. Más tarde, la fase de los músculos entumecidos; ¡ya éramos víctimas del chikunguña africano! Los dolores cada vez más fuertes, nuevos síntomas se sumaban y la piel se nos secó, parecía pellejo amarillo pegado a nuestros huesos. Luego, permanentes disenterías hicieron que algún especialista escribiera la palabra "cólera" en nuestros expedientes clínicos; el mismo que se retractó al día siguiente, cuando las pústulas estallaron. Otros predijeron tosferina hemorrágica, como si estas botaduras sangrantes en nuestros cuerpos, fuesen las pequeñas bolas de cristal de algún oráculo; los últimos mencionaron al ébola, y un poco más tarde, ya hablaban del zica. El miedo se quedó entre nosotros. Para siempre.

He ido dejando de percibir los objetos en su forma física. Ya ni siquiera distingo las siluetas, solo escucho el cloqueo de mis huesos que parecen embutidos en una caja de metal, listos para ser guardados en el osario. Cloquean también los huesos de los otros, aunque los otros ya no tienen formas. Sus huesos siguen crotando y resistiendo. Los médicos saben que ya no tenemos formas precisas y que en mil representaciones se transmuta este flavovirus degenerador de órganos y hacedor de nimbos con orejas. ¡Lamentable!, exclaman los médicos, y el vendedor de bombones del otro cubículo vuelve a vomitar sobre sí mismo.

Escucho el chirrido de los trajes impermeables, importados con premura desde Beijing. Me gustaría saber de qué material están hechos, pero procuro no pensar otra vez. A través de sus máscaras protectoras, los especialistas respiran como búfalos. Puedo oírlo todo: la mujer que reparte merienda tiene el traje al revés. Oigo el roce de las costuras exteriores contra sus rollizas carnes de pantrista, como una malla sintética que friccionara su piel, aunque tengo dudas sobre si es malla sintética. Oigo a sus ojos husmeando el mosquitero de cada uno; buscando nuestros rostros a través de los entresijos de la gasa. Sé que la pantrista tiene los ojos bizcos: los he escuchado. Mientras intentan escudriñar la sala, detecto que se entrecruzan sobre la punta de su nariz. No digo nada, nadie dice nada. Pero todos sentimos lo mismo. El vendedor de bombones —que mientras pudo hablar nos contó cientos de veces la historia de su vida— vomita otra vez, y la negra de mi izquierda, balbuceando, culpa al negro de su izquierda y después apenas murmura: “Hermano, estamos fritos...”. Escuchamos a los médicos jugando con la culpa, tirándosela unos a otros como una patata ardiendo. También juegan con la verdad. Los escuchamos arrojársela como una patata ardiendo. Arrojan hacia arriba culpa y verdad y de pronto, ambas se quedan clavadas en el techo. Con las manos vacías, los médicos cavilan otra vez y discuten hasta que se cansan. Los oigo pensar, inventarse causas, dictámenes, pretextos... demasiados extranjeros en este país, demasiadas misiones en los desiertos de Angola, en la selva amazónica, en los míseros barrios de Timor del Este... Comentan que es la maldición de la bruja negra de Salem, que se acerca el fin del mundo. Me llegan presunciones, evasivas: las abejas que salen del vientre de los bueyes muertos, la

mordida de una raposa, el naufragio del buque cargado de acordeones, las predicciones de la loca Kate, el veneno de la flor de la heliconia, las castañas hervidas en nébeda y anís, el mal de aire...

Escucho cuando mi vecino de enfrente intenta otra vez abrir los ojos; reconozco el breve sonido de sus pestañas superiores tratando de despegarse de las inferiores. Escucho el sudor, adherido al traje impermeable de la asistente que reparte termómetros. Con agudeza, percibo su leve movimiento —la cara en una mueca, los dedos enfundados en sus guantes de látex— mientras levanta mecánicamente una esquina del mosquitero; el frío contacto de las axilas con el delgado vidrio, el bisbiseo del mercurio acercándose al grado 39, un efluvio sin expectativa, la confirmación de que la asistente calla al mirar con recelo el líquido plateado, sin informarle a alguno que tiene una fiebre de 40 y... Codeína, drogas, sales hidratantes... Oímos como desciende el medicamento por la manguerilla, despacio, gota a gota, así como nos apagamos nosotros, y llega a nuestras venas desaguadas la panacea temporal, provocando un ardor que es como fermentarnos. Nuevas píldoras pasan a duras penas por las gargantas, sin líquido que ayude a engullirlas.

Los pacientes-fantasmas ya no podemos hablar: el flavovirus atacó nuestras cuerdas vocales y sigue haciendo estragos. Alguno de nosotros puede; es un zombie-nimbo que avanza dando traspiés por el pasillo y tropieza continuamente, se enreda en los mosquiteros y se extravía por esta angosta sala, como si caminara sobre una ciudad muerta, llena de cadáveres que oyen. Al fin logra llegar a la puerta del baño, entrar: hay otro zombie-nimbo tratando de ducharse. Los oigo tantear el sanitario, la palangana llena de vómito, las paredes sucias; el orine que salpica y la mierda que cae durante minutos, horas, días...Una mierda sobre otra, ya no cabe un solo grumo en el baño, en la sala, en el mundo. Siento el crujido de las camas, mis vecinos se remueven y mis oídos retumban. Se rajan algunos palos de marabú, los talones se limpian contra las sábanas y mis oídos retumban. Ya nadie puede más, muchos desean morir, muchos necesitamos morir y mis oídos retumban. Mi madre está exhausta dentro de su traje protector y tiene

miedo. Yo no quiero que ella se contagie, pero no puedo ahuyentarla; me tranquiliza el eco de sus lágrimas cayendo sobre mi mosquitero gris.

Inesperadamente percibo el chasquido de un beso en la sien de mi vecino de la derecha. No es beso humano; un ser incorpóreo, al que en otras circunstancias nunca hubiera notado, aunque tuviese los ojos abiertos, se inclina sobre el enfermo. Puedo escuchar perfectamente su alucinación, junto a las voces de los médicos en el pequeño cubículo de estar, que siguen describiendo las misiones en los desiertos de Angola, en la selva amazónica, en los barrios más pobres de Timor del Este... y yo sigo confundiendo a las abejas que salen del vientre de los bueyes muertos, la mordida de una raposa, el naufragio del buque cargado de acordeones, las predicciones de la loca Kate, el veneno de la flor de la heliconia, las castañas hervidas en nébeda y anís, el mal de aire...

La sangre fluye cada vez más despacio... los estridentes recuerdos se alojan en el encéfalo como microorganismos. Los recuerdos se oyen, se oyen... Todos quieren morir... Ojalá yo estuviera sorda.

**Anisley Miraz Lladosa.** Narradora, poeta y artista de la plástica. Egresada del Centro Onelio, curso 2014. Miembro de la Asociación Hermanos Saíz. Graduada de Diseño Gráfico en la Academia de Artes Plásticas Oscar Fernández Morera, Trinidad. Entre sus premios se encuentran: Premio de la Ciudad Fundación Fernandina de Jagua en poesía para niños. Cienfuegos 2003; Premio Vitral, poesía. Pinar del Río 2003; Gran Premio Vitral, poesía. Pinar del Río 2003; Mención Especial, poesía. Premio Nosside. Italia 2004; Mención en el Hermanos Loynaz. Pinar del Río 2007; Mención en Narrativa, Premio Internacional Viajeros al Tren, Argentina 20014; Mención César Galeano, 2014; Finalista del Premio de Literatura Erótica Válgame Dios. Tiene editados los libros: *Un ruido que nadie entiende ahora* (2003), Ediciones Vitral, Pinar del Río; *Proyectos para un día en la isla* (2004), Ediciones Luminaria, Sancti Spíritus; *El libro de la salvación* (2004), Vitral; *Hadas en la cornisa* (2005), Mecenaz, Cienfuegos; *El filo y el desierto*

(2006), *Luminaria*; *Todos los árboles llegan al cielo* (2007), Mecenaz, entre otros muchos. Su más reciente libro es *El almendro de la memoria* (2016), La Luz.

## **Una muchacha sentada en la cabeza del fin del mundo**

¿Se ha preguntado usted cómo incubaríamos en Cuba un fin del mundo hecho a nuestra imagen y semejanza? ¿La Peste, tal vez? ¿Quizás la enfermedad incurable? ¿Un modelo a gran escala de cohetes que explotan sobre la capital? ¿Patrón *made in* la Guerra Fría? ¿Quién nos abatirá? ¿El rayo del cielo? ¿La prostituta de Babilonia? ¿Los jinetes (cuatro) del apocalipsis o, quién sabe, el mal del aire?

Ella parece tener una respuesta. Ella se llama Anisley Miraz Lladosa y es en apariencia una muchacha común corriente, de esas personas que se te cruzan por las calles del mundo y despiertan una sonrisa, un saludo, algo más, de esas personas que pueden ser tus vecinos, tus amantes, tus nietas, tus hermanas. Pero Anisley lo sabe. Anisley tiene el secreto y lo comparte en voz baja, para que otros no escuchen. Ella sabe la fecha y la hora exactas en que tu mundo (mi mundo) comenzará a resquebrajarse.

Pero no pienses, lector, que es la eterna sapiente, escritora trasmutada en Dios que nada ignora, señalética para el fin de la historia que ha sido colocada en la Tierra por orden divina. Ella—persona, personaje, narradora y autora a una misma vez— desnuda la verdad en su cuento, pero apenas recoge el instante, lo describe con atroz verosimilitud, no escatima en lo escatológico, en las sombras con olor a moho y a podredumbre que se extienden por el texto, pero cargadas de tanta gentil poesía que incluso el asco desaparece. Advierte, lector, que Anisley está aquí, en este cuento, solo para describirte cómo será ese mundo enfermo, ese mundo asolado por la Peste definitiva, ese mundo que parece haberse reducido a la habitación abarrotada de un hospital en zona de guerra (*horror vacui*). Tienes que saber, lector, que no puede esperarse que Anisley se levante



de la cama como el Mesías y te cuente de qué manera salvar huesos y pellejos del mal que se avecina para todos, porque este es un cuento sin final feliz, sin moralejas, un cuento sobre la destrucción humana que renuncia a los cánones de las películas que ganan Premios de la Academia. Por lo contrario, se concentra en la exploración de un espacio único, cámara en mano, producción de cine independiente que enfoca las ojeras, los baños cargados de inmundicia, las lágrimas de una madre que caen sobre un mosquitero sucio, la mirada (y el oído, qué importante es la escucha, la sinestesia, para Anisley) de una moribunda—narradora, moribunda—testigo, moribunda—voyeur que se llama — con cierto cinismo previo a la muerte— zombie... a ella y a los otros. Zombies en camino a ser zombies. Zombies ya convertidos en zombies. A esa mirada, a ese escenario, se reduce el mundo.

Es, esencialmente, una mirada de la derrota de la realidad y de la sociedad (tecnocrática) moderna. La autora posee la suficiente destreza, lector, como para no anticipar final ni comienzo posible, pues todo es sucesión, todo es continuidad: zombie sobre zombie, muerte sobre muerte, suposición sobre suposición. Como verás, lector, un escenario perfecto para el fin del mundo es este que se muestra en un cuento breve, un cuento descripción, más que narración, un relato de sentidos. Si bien el cuerpo va apagándose con cada latido, estos sentidos anteriormente mencionados permanecen aletargados, de súbito despiertos y alertas, mientras todo fenece alrededor. Hablamos, sí, de distopía. Y de caos. Y de la destrucción de una sociedad que bien le debe a ciertos filmes de moda (hemos hablado de apocalipsis anteriormente), deuda mayúscula hacia el género fantástico. La autora lo nota, lo escucha, lo ve. Lo huele. Hemos dicho que Anisley no lo sabe todo, pero sí reconoce que su mundo se apaga y que a su alrededor solo se perciben excusas, pánicos, doctores que no reconocen la enfermedad. Ella no es omnisciente, sino tan solo una narradora personaje que advierte la misma realidad que al lector revela: ni una gota más, ni un fragmento menos.

El concepto de la peste —dígase la Gran Epidemia— permanece como una cortina fantasmagórica, el sentido último que persigue a los personajes bajo la

encarnación de un *fatum* con guadaña tecnológica, con guadaña microscópica, con guadaña invisible, pero, aun así, guadaña que desciende segura sobre la cabeza de los inocentes y culpables por igual. Porque culpa hay, ¿quién lo duda?, en todo, y tal vez el cuestionamiento mayor de esta historia no se busca en el deseo de refrenar la enfermedad sino encontrar a alguien (o algo) a quien llamar testigo y cargar el peso de las responsabilidades.

Lector que escuchas y que todo ves, ¿no es acaso esta tu oportunidad de sumergirte en el miedo, en un miedo que no tiene forma, un miedo parasitario que no se ve a simple vista? Piensa que otros hubieran querido asomarse a las ventanas del ocaso del mundo y esta, sí, es tu oportunidad. Tal vez la única que te quede antes del fin.

## Océanos color rosa

La nave descendía por la atmósfera como una bola envuelta en llamas. Destellaba contra el azul profundo del cielo del planeta; un asteroide de metal pulido a segundos de azotar la acuosa superficie, pronto a convertirse en meteorito.

—¡Qué ha pasado! —preguntó en un grito el comandante Zambrano, aún aturdido por los golpes del estallido.

—¡La nave ha explotado, comandante!

—¿Qué? ¡Cómo que ha explotado la nave, Seltzer! ¡Qué pasó!

—¡Contactamos la atmósfera y...!

—¿Fricción atmosférica?, ¡pero si los datos mostraron que la atmósfera era tenue! Un tercero en la cabina pronunció: —¡Comandante, cinco minutos para impacto! ¡Hemos perdido todo control sobre la nave!

—Lo que “queda” de la nave —dijo Seltzer, tragando saliva con dificultad.

—¡Alesini —dijo el comandante al tercero—, activa de inmediato las cápsulas de evacuación y apaga todos los motores! No quiero que esto siga explotando...

Una explosión los zamarreó. Seltzer rebotó contra el techo. Una vez en el suelo, pudo ver la cara ensangrentada de Alesini, aún aferrado a su tablero, y a su comandante, unos metros más atrás, poniéndose de pie con una mano sobre la rodilla. La cabina se había llenado de humo y las primeras llamaradas asomaban al mismo tiempo que un silbido insoportable.

—¡Las cápsulas!, ¡todos a las cápsulas! —clamó Zambrano.

—¡No quedan, comandante! —respondió Seltzer, otra vez sentado frente al panel, sintiendo que una brisa entrometida revolvió sus cabellos—. ¡No queda ninguna!, ¡la nave está hecha pedazos!

—¡Dime por lo menos que nos queda algún satélite de anclaje personal!

—¡No veo nada en el panel, comandante!

—¡Activa la secuencia de liberación de todos modos!... ¡Actívala, hombre!

¡Terminen de ponerse los trajes, todos, de inmediato!

—¡Nos dirigimos al océano, comandante! —informó el piloto con el rostro cubierto de un rojo vinoso.

Zambrano se percataba del fuego detrás de él, más cerca de lo que hubiese deseado. Pensó en cuántos de sus hombres quedarían todavía, también desconcertados, sorprendidos por la detonación inesperada que había desgarrado su navío. Agradeció la eficacia del sistema de seguridad de la propulsión atómica de su astronave. De lo contrario, sabía, la explosión pudo haber sido incluso más grotesca. De todos modos, la combustión no dejaba de ser una fiera. Aseguró el casco de su traje, logró abrirse camino hasta su puesto y ajustó su cinturón.

—Tripulación —comenzó, con la sensación de no tener interlocutores—, les habla el comandante... —La turbulencia le obligó a sintetizar el mensaje; tenía que apretar el cuello para amortiguar las sacudidas—. Activen sus consolas y evacuen de la forma que les resulte más expedita. Nos dirigimos a superficie líquida.

—Dos minutos para impacto —dijo Alesini, en un tono controlado que se intercalaba con su fuerte respiración.

—Bien —dijo Zambrano—, nos vamos a eyectar. Seltzer, asegúrate de que las consolas se hayan sincronizado. Necesitamos los datos de la atmósfera y del mar.

—Sincronizadas, comandante. La información se siguió recopilando después de la explosión.

—Perfecto. Prepárense. Sigán el protocolo.

Zambrano presenció la inmensidad del océano que los iba a recibir; y se preguntó si los demás también lo estarían viendo de aquel color rosado. Imaginaba a sus hombres apretando los músculos con la misma intensidad con la que él se estaba ahora tensionando.

Tuvo un último pensamiento antes de eyectarse: el golpe iba a ser fuerte..., muy fuerte.

Del asteroide metálico que caía ardiente y destruido, con fragmentos humeantes dispersándose a sus lados, tres figuras emergieron como pequeños cohetes a chorro. Otros dos habían surgido hace un instante, escapando por igual de las llamas imponentes. Parecían fuegos artificiales en busca de la altura, lejos del incendio que caía desde las estrellas.

Cuando la nave espacial colisionó, un fulgor omnipresente se hizo dueño, por una fracción de segundo, de todo lo observable.

El comandante Zambrano recobró sus sentidos durante el descenso hacia el mar. Pestañeó varias veces asistido de contorciones faciales hasta que logró enfocar con nitidez. A lo lejos, las ascuas de su nave, un fuego refulgente de proporciones colosales. No supo cómo era posible que ardiera con tanta furia sobre este extraño océano, un océano que aún percibía de tintes rosados, sembrado de llamas elevadas y aisladas que indicaban la presencia de algún fragmento naufragado. Elevó la vista al sentir que su cuerpo iba cayendo.

El cielo era de un azul profundo, minado de astros tintineantes, imperturbables. Desplazó la mirada hacia ambos lados y se encontró con la silueta de Seltzer a unos veinte metros desde donde estaba él. Le respondió alzando también su pulgar. A mayor distancia, otra persona descendía. Alesini, pensó.

La velocidad con que se aproximaba a su destino se iba evidenciando. Podía mirar hacia sus pies para encontrarse, allá abajo, con el murallón líquido con el que pronto impactaría. Puede que ni siquiera sea agua, consideró, mientras alineaba su cuerpo como una flecha del espacio preparada para sumergirse, confiando en las propiedades de su traje para protegerlo de lo que fuese esa sustancia.

Sintió la rapidez. Tensó su cuerpo una vez más, y se hundió.

No era necesario cerrar los ojos y contener la respiración, pero lo hizo por instinto. Bajaba a gran profundidad protegido por su vestimenta. Le parecía que el descenso no cesaba, que los abismos del océano extranjero lo abrazaban con recelo. “¡Soy un hombre del espacio, no del mar!”, se recordó.

Se detuvo.

Con la propulsión de cada extremidad comenzó su recorrido hacia la superficie mientras el dispositivo de flotación se iba calibrando. Avanzaba con el visor de su casco empujando aquellas aguas, con el extraño contraste de estar seco..., sin tomar en cuenta la capa de sudor que lo empapaba.

Emergió.

El visor fue deshaciéndose de la escarcha que se había generado.

Activó la comunicación.

—¡Seltzer!, ¡Alesini!, ¿están bien?, ¿están heridos?

—¡Todo bien, comandante!

—¿Alesini?

—¡Sí, comandante, soy yo!

Zambrano imaginó su rostro aún cubierto en sangre. Un excelente piloto, decretó.

—¡Nos salvamos, comandante! —exclamó Seltzer.

—Nos salvamos... —Nos salvamos, concordó Zambrano, con una sonrisa nerviosa interrumpiéndole su rostro. Distinguía al joven tripulante ahí en la cercanía, con un brazo en alto, flotando. El otro hombre se perdía como una circunferencia oscura en el horizonte, donde el rosado y el azul se contactaban.

—Aquí comandante Zambrano, ¿hay algún otro sobreviviente? —Los otros dos mantuvieron el silencio para no interrumpir una posible respuesta—. ¿Hay algún sobreviviente? Voy a sincronizar las coordenadas de mi ubicación. ¿Hay algún sobreviviente?, repito, ¿algún sobrevi...?

—¡Aquí Prasad! ¡Aquí Prasad!

—Prasad, te escucho. Sincroniza tus coordenadas.

—¡Abascal explotó al tocar el mar!

—¿Qué?

—Nos eyectamos juntos, comandante. Cuando caímos... ¡Abascal se quemó!..., ¡como si hubiera explotado!

¿Y por qué nosotros no?, pensó Zambrano:

—Entendido, Prasad. Quédate donde... ¿Alesini?, ¿te estás acercando? —Pudo ver que su figura se acercaba manoteando a gran velocidad—. ¡Alesini!

—¡Ya estoy cerca, comandante! —Respiraba densamente.

—¡Quédate donde estás, es una orden!

Seltzer no decía nada. Se limitaba a escuchar y observar con su brazo aún en alto.

—¡Para! —bramó el comandante—. ¡Prasad, tampoco te muevas! ¡Para, Alesini! ¡Para!

Y Alesini explotó.

Sobre el visor de Seltzer se reflejaba, superpuesta a sus párpados abiertos y pupilas dilatadas, la bola de fuego en ascensión. La señal de comunicación fue dominada por el acelerado respirar del joven astronauta.

—Tranquilo, Seltzer. No te muevas. —¡Qué mierda está pasando!, pensó Zambrano. ¡Uno de sus tripulantes había entrado en aparente combustión de la misma forma que su nave!—. Prasad... —No hubo respuesta—. ¡Prasad!, ¡Prasad!

Cerró los ojos y se contuvo. No debía moverse, era todo lo que sabía. Maldecía en su interior. Seltzer era un buen muchacho; estaría a la altura del momento, sopesó.

—Tranquilo.

—Sí, comandante.

—No sé qué está pasando..., realmente no lo sé. La ubicación ya está sincronizada y el rescate debería ponerse en marcha pronto. ¿Cuántos satélites de anclaje personal tenemos?

Un instante de flotación silenciosa sobre las débiles olas rosadas.

—Uno...

—¿Tenemos un satélite de anclaje personal?

—Sí, comandante...

Quiso juntar sus manos y frotarse la barbilla, pero el temor y su casco lo impedían. Uno..., pensó. Tan solo un mísero satélite..., uno... ¡Qué desastre!

—Bien... —dijo—, actívalo. Lo vas a usar tú.

Debería usarlo usted, comandante, disertó la mente de Seltzer; usted tiene mucha más experiencia. Va a realizar un trabajo bastante mejor que yo allá arriba coordinando el rescate; vaya usted.

—Ni se te ocurra —respondió su comandante entreciendo sus ideas—. Tienes que ser tú. Eres más joven... y lo vas a hacer bien; no vas a tener problemas.

Él era más joven, era cierto; Seltzer lo entendía, y a su cuerpo completo le agradaba la idea de salvarse, de sobrevivir, de escapar de ese mar endemoniado.

El traje los mantenía sobre la superficie del océano... No había rastro de tierra firme, solo llamas esparcidas.

En el silencio, los pensamientos derramados discutían; diálogos e ideas solapadas funcionando en un marco temporal de leyes propias. Pero Zambrano no tenía duda de que hacía lo correcto, por mucho que le encantara poder también

salvarse él. Se había puesto en escenarios como estos, ¿quién no?, pensó. El joven debe salvarse y el capitán, sacrificarse, hundirse con su nave en la gloria que le era merecida. En la gloria..., en el honor... Entregaría su propia vida para salvar la de Seltzer. Era lo correcto, así le parecía, pero se encontró de pronto pensando sobre cuán desinteresado era su acto. Se estremeció. La idea lo había acorralado de improviso, lo había sobrecogido con su impregnación. No se lo había cuestionado nunca antes de esta forma, no desde esta perspectiva. Es en el instante en que hay que tomar la decisión que surgen las últimas preguntas, las últimas dudas que entorpecen, incluso si la decisión ya está tomada, declamaba para sí; es lo correcto, se decía, en la agitación de pensamientos desbordados, aterrados; debe serlo. Debe serlo, pero... me pregunto, de verdad me pregunto si existe el..., el altruismo verdadero. ¿Existen los actos que no esperan nada a cambio, en los que no esperamos nada a cambio?... Qué estupidez estás pensando, Zambrano; sí te van a recordar, haces lo correcto, de lo contrario te sentirías pésimo. ¿Podrías dejar a Seltzer atrás? ¡Por supuesto que no!, no lo dudo. Nunca dudé de eso, en lo absoluto. ¡Nunca!... En una de esas, quizás llamen al planeta con mi nombre... Pero ¡ahí está la cuestión! ¿Quién niega querer retribuciones, cualquiera que pueda ser? No se puede hacer el bien y recibir a cambio un mal, ¿no?... Qué importa... Qué tontería; ¡ah!, lo sé..., es solo miedo..., nada más. Ordénate, ordénate. Es duro saber que tal vez me quede aquí, pero cálmate..., tranquilo. Por lo menos Seltzer va a contar la historia.

Estuvieron callados, flotando en los mares rosados, sin querer aún pronunciar una palabra. Débiles flujos de agua los mecían, los alzaban de vez en cuando en un amigable bamboleo.

—¿Lo activaste?

—Sí, comandante —dijo Seltzer, recuperándose de su propio discurso mental. El comandante va a ser un héroe, pensó, y se lo merece más que nadie. Qué difícil debe ser...—. Gracias... —agregó.

—No hay nada que agradecer. Cuenta bien la historia, eso sí —rio Zambrano, ya más calmo y resuelto, con los cuestionamientos sosegados, ya más lejos del azote fugaz de la desesperación recién apaciguada.



—Por supuesto, comandante. Usted se eyectó justo cuando la nave se estrelló, justo. Y después, entre las llamas, surgió gritando: “¡Menos mal que la nave la paga el seguro!”.

—Idiota —le dijo el comandante, riéndose esta vez con más holgura, pero sin dejar de lado lo ocurrido. Retomó su seriedad y dictaminó—: Tomémonos un minuto de silencio por Alesini.

Y esperaron a que pasara aquel minuto, aquel breve período reverencial.

—Veamos los datos del mar y de la atmósfera —dijo luego el comandante.

Miraron la información que se había alcanzado a recopilar.

—Prácticamente todo el océano es oxígeno líquido a sesenta kelvin —dijo Seltzer mientras miraban los datos y porcentajes—. La atmósfera es algo parecida; el principal componente es el oxígeno —siguió leyendo—. Este mundo es realmente frío —terminó por declarar, sabiendo que al otro lado de su traje le esperaba un congelamiento instantáneo.

—Oxígeno líquido... —repitió el comandante—; qué extraño..., y la atmósfera... Supongo que por eso las cosas que podían explotar lo hicieron. No tenemos el resto de los porcentajes, ¿cierto?

—No, estos son los últimos datos que alcanzamos a tomar. Pero de ser oxígeno líquido, ¿no debería ser el mar más bien azul... o celeste, algo así, en vez de... rosado?

—Algo más tiene que haber; algún compuesto orgánico, algo de agua, tal vez, no lo sé —decía Zambrano, aún confundido—. Abascal habría sabido. La cosa es que hay que evitar los movimientos bruscos, por si acaso. Registra los datos al inicio del informe del planeta y pon ahí las siglas del oxígeno líquido, para que les llame la atención desde un principio. Ahora solo tenemos que esperar.

Llevaban unas cuantas horas flotando en los rosados mares de oxígeno. El satélite lanzado estaría posicionándose en una órbita estacionaria con la fuerza de su pequeña pila atómica, para luego dirigir las fibras de nanotubo del anclaje con la ayuda y la belleza del electromagnetismo.

Seltzer había descendido lentamente el brazo que mantuvo antes en alto.

Sobre ellos caía un suave manto de luz desde el estrellado azul profundo que los recubría. A los lados se extendían sus sombras en tres direcciones diferentes, de vez en cuando arremangadas por los movimientos del oleaje.

—No deja de ser un mundo hermoso —dijo Zambrano, observando los tres soles azules que alumbraban el planeta—. Y pensar que desde la vieja Tierra parece como si fueran una sola estrella —comentó, y se acordó de una antigua y profunda analogía que no lograba terminar de comprender.

—Y desde acá se ven perfecto las tres... Un poco chicas, eso sí, ¿no cree? Tienen que estar muy lejos para que este mundo sea tan helado.

—Muy lejos... Acuérdate que la más grande es veinte veces nuestro sol y cien...

—Ciento ochenta mil veces más brillante —completó Seltzer, con el mismo asombro que su comandante, y un poco avergonzado por el gesto realizado. Los datos los sabían ambos, de memoria, pero estar ahí, mirando esas esferas colosales, les traía de vuelta la pasión de la niñez, como aquel pequeño que desea contarle al mundo todo lo que sabe, sin importarle, y sin saber, que a pocos les interesa y que muchos ya lo saben.

—Es un buen trabajo —dijo Zambrano, aún a la deriva—. Me imagino a las personas en la Tierra, de noche, mirando las estrellas; mirando el cinturón de Orión alguna noche tibia de verano... Podrían apuntar con el dedo a la estrella más alta, si están en el hemisferio sur, claro, bien al sur, y apuntar el dedo sobre Alnitak, la de más arriba del cinturón del cazador, a la derecha, y sentir, creer, que estamos cerca...

Seltzer fue guiado por la imagen despertada. Quiso, por un instante, cerrar los ojos y apuntar desde la Tierra aquella estrella, ese diminuto punto azul que observaban los hombres y mujeres desde hacía tiempos muy antiguos; pero desde aquí, a más de setecientos años luz, donde Alnitak se revelaba y se mostraba múltiple, la excelsitud que recibía a simple vista lo tenía cautivado. Era hermoso, concluyó.

—A veces pienso —continuó Zambrano— si somos, en lo que hacemos, o si queremos ser... Si somos exploradores o somos más bien conquistadores.

Seltzer respondió tras un instante: —Un poco de ambos, comandante. Creo yo. No conquistadores en el mal sentido, de que lleguemos y rompamos todo, sino conquistadores para no ser solamente observadores. Todos queremos trascender..., y por suerte hay muchas formas.

Al comandante le agradaron las palabras. Zambrano sabía que era un buen muchacho. Habían recorrido billones de kilómetros juntos y, después de todo, él había sido su tutor, su pensamiento alternante. Se convertiría en un buen comandante, meditó.

Una llamarada se alzó muy cerca de ellos; una bola de fuego que los sobresaltó, recordándoles la condición en la que estaban.

Observaron sus consolas y luego alzaron la mirada.

—¡Allí viene!

—¡Ahí está..., lo veo! En unos diez minutos debería estar aquí —dijo Zambrano, contemplando a la distancia el descenso de la poderosa cuerda con la que realizarían el anclaje orbital. Parecía como si una línea oscura estuviese dividiendo el cielo en su camino, un relámpago rígido que destellaba en su trayecto por el manto sideral...

Ambos vieron los destellos.

—A esa velocidad las fibras están reaccionando con la atmósfera.

—Así veo... —dijo Seltzer, vislumbrando su próximo trayecto cuesta arriba.

—Pero si... se supone que los materiales de la cuerda no son inflamables...

—Tienen que ser los otros componentes de la atmósfera... Supongo.

—Vamos a sincronizar los datos que tengamos y vas a subir a la menor velocidad que se pueda. No me importa que te demores todo un día.

—Sí, comandante, no tengo ningún problema con demorarme —dijo recordando el resplandor de Alesini. ¡El pobre había explotado ahí mismo!—. Ningún problema, comandante...

—Vas a andar bien... Piensa que la cuerda venía a mucha más velocidad de la que tú vas a subir y no hubo ninguna explosión.

No nos queda otra, pensó Seltzer.

El enorme océano rosado aún les ofrecía un panorama de aspecto peligroso. Los estallidos repentinos seguían ocurriendo, a la distancia, como finas emisiones en el horizonte, contrastando con el sembradío azul profundo de los astros.

Zambrano divisó en el fondo del paisaje unas ligeras elevaciones, muy sutiles. Le sobrevino la sensación de que tal vez el oleaje se había incrementado, pero no estaba del todo seguro. Parecía que la elevación rítmica con que el mar lo movía se había agudizado, pero no sabía si la percepción era una simple consecuencia de aquello que miraba.

—¿Ves eso de allá al fondo? —preguntó.

—¿Las olas?

—¿Serán eso?

No había nada que recordara la presencia de alguna tormenta; la atmósfera seguía ofreciendo un aspecto delgado. No..., no ha cambiado tanto, se dijo Zambrano, me debo estar mareando.

—Comandante, va a llegar —decía Seltzer, preparado a levantar los brazos con delicadeza para hacerse cargo del cable.

—Recíbelo y ajústalo a tu traje. Ya sabes qué hay que hacer —le dijo aún nervioso.

El otro recibió la soga del espacio, las fibras de nanotubo que caían desde el satélite personal en una maniobra minuciosa que devoraba la energía. Ascenderían y se mantendrían flotando en la órbita trazada, a gran altura, con él todavía dependiendo en gran parte de su traje. De este modo se facilitaría el eventual rescate, evitando que otra nave combatiera contra aquel planeta, que, en este escenario, suponía Seltzer, significaría probablemente un estallido majestuoso.

Aseguró el anclaje.

En el peor de los casos me suelto, se dijo, y caigo donde mismo. Si la primera vez no me incendié... Aunque no sé si alguna corriente nos habrá movido mucho. Voy a subir lento, eso es todo.

Comenzó a ascender.

—No he explotado, comandante —dijo a unos diez metros de altura, controlando el temblor de su cuerpo. Escenas aún recientes acudían a su encuentro.

—Vas bien..., vas bien... ¿Cómo se ven las cosas desde allí?

—Nada nuevo... Las olas no parecen tan terribles.

—¿Eran olas?

—Parece... Solo veo mar. No hay nada de tierra. Aún hay fuego donde cayó la nave, pero nada más.

Las tres sombras de Seltzer tomaban rumbos diferentes. Se alejaban del mismo modo en que él lo hacía, cada una hacia un rincón de aquellas aguas engañosas como pétalos llevados por la brisa. Zambrano miraba la silueta del joven que ascendía con el aspecto de estar siendo rescatado por alguna fuerza universal, mística, una especie de divinidad mecánica. Las cápsulas de evacuación eran siempre la primera opción, pero en peores circunstancias quedaba aún la maravilla del anclaje orbital para astronautas: verdaderos salvavidas espaciales. Vuelve al espacio, Seltzer, pensó Zambrano, allá todo es más seguro... Al menos comparado con los designios de este mundo.

Ver al joven subir lo tranquilizaba.

Se entregó, una vez más, al mecimiento de las olas.

—Recuerda administrar bien los suministros del satélite —dijo.

—Sí, comandante. Guardaré las papas fritas para el último día.

—Exactamente.

Una ligera risa compartida. Ya hicimos nuestra parte, pensó. El rescate podía tardar una cantidad de tiempo nada despreciable; le diría a Seltzer que cortara la señal al segundo día para terminar tranquilo allí en el mar, sin perturbar al joven astronauta con su fin. Existía una ínfima posibilidad de que lo rescataran, si todo, absolutamente todo resultaba a su favor. Un rescate rápido, que no explotara nada... y optó por deshacerse de la idea. Sí..., le diría a Seltzer que cortara la señal al segundo día. Tal vez incluso un poco antes.

Se permitió experimentar un movimiento placentero a merced de aquellas olas bullentes de rosado. El bamboleo le era grato.

Con el paso de las horas la figura de Seltzer se perdía en los racimos estelares. El mar iba adquiriendo un toque familiar; ya no le importaba que la marejada aumentara. El comandante Zambrano podía cerrar los ojos y recordarse en los mares de su mundo natal. Se podía ver jugando entre las olas, con sus hijos, en las playas de arena gris y nubes densas, de vientos que azuzaran el oleaje. El agua austral de sus tierras le helaba los tobillos, le golpeteaba su espalda desnuda y al sumergirse le apretujaba firmemente el cráneo... Pero no dejaba de ser la mejor entretención, un retorno a la inocencia de la mano de su propia camada. Atrás, en la costa, con lentes de sol tendida sobre la toalla, estaba su mujer. Alzaba un brazo para saludarlos, para decirles que todo estaba bien, que estaba, simplemente, feliz.

¡Qué hermosa vida!, ¡qué hermosos recuerdos!, ¡qué hermosos todos!, pensó. Los vaivenes del océano lo alzaban. Un mar rosado... ¡Quién lo creería! Le habría gustado conocer otras estrellas, otros soles; llevar de viaje una última vez a su mujer... Pero no, se explicó, no quedaba nada pendiente. Las estrellas son, lamentable y maravillosamente, infinitas para una sola persona. Una sublime lección del universo.

La vida había sido buena, ¡infinitamente buena!

—Comandante...

No quiso responder de inmediato; aún gozaba del balanceo de su nueva y enorme hamaca.

—Comandante...

—Dime... —dijo sereno.

—Quiero que sepa que no han habido nuevas explosiones y..., y ya no se ve tanto..., tanto fuego...

—¿Qué pasa, Seltzer? —Abrió los ojos.

—El mar..., el..., el mar no se ve tan mal..., y el cable ha funcionado impecable...

—Seltzer...

—Comandante..., el..., el cable se ve bien, de verdad, y...

—¡Qué pasa, hombre!

—¡Comandante!

—¡Qué, hombre, qué!

Seltzer retuvo la estampida de palabras que guardaba.

Zambrano pudo ver, y el otro no se pudo contener: —¡Comandante!, ¡no son olas! Ya no en el horizonte, no en aquella lejanía idílica del rosado y del azul, sino tan solo a un par de kilómetros, cerca; lo que pudo confundirse a la distancia no tenía más excusas para seguir siendo inescrutable.

Una criatura mil veces el tamaño de Zambrano. No tuvo aliento para maldecir.

¡Calma!, ¡calma!, se iba diciendo, ¡calma!, ¡tranquilo!..., está avanzando lento, se insistía... ¡Está avanzando lento!

Era un verdadero monstruo mitológico.

—¡No es necesario que veas esto, Seltzer! ¡Corta la transmisión!, ¡no tienes para qué escuchar tampoco; después la activas si quieres!, ¡queda guardado en el registro de todos modos!

—¡S-sí, comandante!

Está todavía a unos cuantos kilómetros, siguió pensando. ¡Esto sí que no me lo puedo creer!, se dijo un tanto sorprendido, indignado, un poco asustado y también un tanto fascinado. ¡Cómo puede haber vida en este planeta, si aquí todo explota... o se congela!, ¡qué animal puede vivir aquí!, se decía, a medida que el coloso del mar rosa se acercaba, incesante. ¡Qué tipo de animal puede vivir en este enorme pozo de combustible!

Fue entonces que se le ocurrió.

Sin esperar, exclamó su veredicto:

—¡Debe ser un mar artificial!... ¡Seltzer!, ¡un mar artificial!

¡Es un pez gigante, comandante!, ¡gigante!, quiso responder el aludido.

—¡Lo..., lo anotaré en el informe del planeta! —replicó, aún así.

—¿No cortaste la transmisión?

—¡No, comandante!

—¡Debe ser un mar artificial, una especie de planeta estación para recargar naves o algo así!, ¡por eso todo es tan raro!

Todo es raro en el universo, comandante, habría sido su siguiente respuesta.

—¡Puede ser!, ¡puede ser! —proclamó en lugar de ello; no tenía muy claro qué decir. Estaba perplejo ante la imagen, observando los movimientos oscilantes de la impresionante criatura. Tal vez así son las ballenas azules de la Tierra, pensó Seltzer; pero esas se ven inofensivas, reconsideró, y no tienen fuego detrás de ellas—. ¡Puede ser, comandante! —gritó asustado.

Zambrano no pensó en una ballena, sino más bien en un tiburón, y blanco en vez de azul. Aun así, su idea le seguía pareciendo lógica.

—Puedes cortar la transmisión, de todos modos... —prefirió decirle, sin embargo.

Seltzer contempló la situación, el paisaje casi mítico. Buscó entre sus recuerdos una última respuesta:

—Con la vista siempre en las estrellas, comandante. Ahí es donde nosotros decidimos encontrar nuestras respuestas... Gracias —y no dijo nada más.

Zambrano recibió las palabras con aprecio; sabía que el muchacho se convertiría en un estupendo comandante.

Pero la criatura estaba cerca..., desplazándose..., gigantesca.

Debe ser... Tiene que ser un mar artificial. ¡Tiene algo de sentido!, pensaba. Y si es un mar artificial..., tal vez..., tal vez... ¡Tal vez no sea un monstruo!, ¡a lo mejor es inteligente!, ¡puede ser inteligente!, se dijo, omitiendo el aspecto de cetáceo de la mole que le tapaba ya uno de los soles. ¡O tal vez es una nave!, ¡sí! ¡Una nave! ¡Quizás...! Pero calló su pensamiento ante la inminencia del coloso. Dio un último vistazo a su adversario y cerró después los ojos, cubriéndose la cara con los brazos y el abdomen con las piernas.

Entonces fue engullido; tragado por la bestia que avanzaba y se adentraba en los mares de su mundo.

El oleaje rosado seguía su curso con trazos de fuego y estrellas reflejadas, con un hombre minúsculo que ascendía hacia el espacio, deseando que nada más se estampara en su visor.

Seltzer reactivó la comunicación. Por supuesto, nada se escuchaba.

Ya..., nada más, pensó. Nada más. Es suficiente.

Y siguió su ascenso, lento.

Ya no había rastro de Zambrano.



Lo último que el comandante pudo ver tras esas fauces... fue un rostro.

**Leonardo Espinoza Benavides.** Médico cirujano, escritor y cinéfilo. Autor de la novela *fix-up* de ciencia-ficción *Más espacio del que soñamos* (2018), Editorial Puerto de Escape. Miembro del directorio de la Asociación de Literatura de Ciencia Ficción y Fantástica Chilena (ALCiFF–Chile) y antiguo miembro de la Washington Science Fiction Association (WSFA). Expositor de la primera participación chilena en la convención Capclave de Estados Unidos (2015). Ha publicado ficción y no ficción en Editorial Puerto de Escape, *Revista Crítica.cl*, *Dos Disparos Magazine*, *LDP Magazine*, *Publicaciones Universidad Andrés Bello*, *Fantástica Review*, Editorial Escritores, El Sitio de Ciencia Ficción, *The WSFA Journal*, *Revista Literaria Letralia*, Portal de la Literatura cubana-Cubaliteraria, *Caltiki Magazine*, entre otros. Actualmente reside en Santiago de Chile.

## Océanos color Keats

I

Imagina un mar. Color rosa. Color chicle. Una tripulación. Una nave destruida. El terror ante la cercanía de monstruos antediluvianos. La imagen de hombres que explotan en la marea siempre rosa de un planeta. Imagina el color. El asco del color repetido hasta la saciedad de la belleza. Porque la belleza es la verdad, y eso es todo, según Keats. Imagina a Keats sumergido en la marea rosa, a la espera de un rescate, mientras cuenta los segundos que le quedan, mientras el Leviatán amolda su carne y sus dientes. Piensa en Keats. ¿Qué diría entonces de la belleza?

II

Es el miedo a lo desconocido el que hace eco en nuestras memorias al leer este cuento. Algo relacionado a Jung y al arquetipo. Hay una alarma que imita nuestros movimientos por la supervivencia. Esa alarma asume la forma de un cuento que, a su vez, debería transmutarse en novela. Quizás sea obviedad decirlo, pero existen narrativas que merecerían más páginas y nuevas exploraciones: “Océanos color rosa” es una de ellas. Primer capítulo de una novela constreñido en un cuento. Eso quisiera. Más de las aguas rosas.

### III

No debe sentirse temor del *space opera*. Es quizás el caldo más conocido de la ciencia ficción y, advertirán algunos, poco nuevo puede decirse dentro de él. ¿Poco nuevo? Háblese entonces de las teorías del miedo, de las imágenes cinematográficas que inyectan nuestros ojos con color mientras las páginas transcurren. ¿Un final sorpresa? Tal vez. Y abierto. Un final que nos alerta de la simultaneidad —y la profundidad— de otras inteligencias que conviven en las mareas rosas y desconocidas. Jonás dentro de la ballena. Mito bíblico reescrito. Y un dios enorme, un dios con forma de animal, que nos hace descubrir su rostro —uno de ellos— dentro del vientre del pez.

### IV

“El pez grande se come al chico”, nos alerta el dicho popular. El cuento parece tejido sobre esta máxima pues trabaja sobre las inversiones de las figuras arquetípicas del cazador vs. la presa. ¿Cuáles serán los roles? ¿Cómo serán distribuidos en el tapiz del texto? ¿Qué criterio nos ata a uno de los tantos rostros de la realidad? Esta es una de las inquisiciones que esta narrativa nos devuelve. El no saber es el eje. El cuestionamiento de nuestra inteligencia como especie es el eje. La pregunta de por qué es rosa el mundo que existe tras el mundo conocido.

### V

Una narrativa semejante a la de “Océanos color rosa” podría habernos conducido a un final cliché, esperado, recurrente. Su autor, Leonardo Espinoza Benavides,

sortea el lugar común gracias a un buen tino que le permite explorar paralelismos con los mitos bíblicos. El descubrimiento del rostro de Dios en la montaña desciende ahora a las aguas y se acomoda en el vientre del monstruo (la antigua ballena de Jonás). Este es un cuento dotado de equilibrio narrativo, de imágenes con movimiento, un relato que no renuncia a las capas superficiales del género que cultiva pero que se aventura un poco más dentro de la epidermis del *space opera*. Su propuesta final es una imagen y una pregunta. Un cuestionamiento y un terror. Siempre color rosa. Vivimos envueltos en la imagen de ese color. Recuerden a Keats. La marea que se cierne sobre su cuello y el monstruo que abre la garganta para engullirlo. Keats y la belleza dentro de Leviatán.

## VI

Con la imagen final del cuento se abre una pregunta sin respuesta. Ese sentido de lo inexacto, de lo que el lector no ha descubierto aún, de eso que lo hace deficiente en su conocimiento, levanta una cortina de duda, un guiño hacia nuevas visitas del texto. Insisto en la necesidad de que relatos como este se conviertan en capítulos de novelas. Novelas impresionistas. Como atardeceres de color sobre mares de color.

## VII

En mi mente lectora, Keats asume el rostro de Zambrano: es el *pharmakós* de la historia, el héroe desmembrado. En mi mente lectora, el autor se camufla tras la cara de Seltzer: el testigo, el *voyeur*, el sembrador de historias gracias a la supervivencia. Son claros los roles. Quién desciende al Inframundo, representado por el vientre del monstruo, para descubrir una Verdad (o múltiples); quién asciende hacia un Paraíso que tiene la forma de la salvación, en busca de la proyección de un testimonio. En ascenso y descenso no hay demasiadas diferencias ni pérdidas. Son dos formas monocigóticas de la trascendencia.

## VIII

Imagine que es el Leviatán. Que es Dios. Que habita las aguas rosas. Que en cualquier momento atrapará a un sobreviviente en sus entrañas. Imagine la sensación de llevar a Jonás en el vientre. La carga y el método. Imagínelo por un segundo. Invierta los roles. Quién el cazador. Quién la presa.

## Huesos

Maldito sol que baja en Colón, y con todas esas lápidas reverberando, espejando luz a todas partes, uno no sabe dónde poner los ojos, para dónde mirar. Por eso me compré estas gafas. Malísimas, las pobres, y dice Eva que no son de marca, pero a mí qué me importa... total, son para no quedarse ciego en estos turnos de día, no para ir a fiestar al Vedado.

Ya casi son las dos, y hoy tenemos que desenterrar gente. Coño, qué mal me cae, pero es parte del trabajo y uno se acostumbra a todo.

Así que voy caminando, rumbo la esquina B. Sentarme como siempre, en el banquito al lado de la tumba de Eduardo Saborit, a conversar un rato con cualquiera en lo que empieza la cosa.

Sol, sol. ¡SOL, CARAJO! Y no es agosto todavía, faltan dos meses. Si ahora se me cocina el coco, en pleno verano me voy a insolar “¿Insolarte qué, negro?” Eva se ríe, se burla del uso raro que hago de palabras de viejos. “Como no te insoles el blanco de los ojos, moro. Que la pelleja más prieta no la puedes tener”. Si me hubiera conocido de niño... yo no era blanco, pero... ¿negro?, ¡na’ yo era mulatico!

Y este overol, azul Industriales, parece una sauna. Cómo no voy a salir apestando... la gente se aparta de mí en la guagua cuando salgo por la tarde para casa de Evita, y ella me espera con el agua caliente o la ducha vacía, toda para mí.

Eva, mi Eva... no me deja que la toque mientras no me he bañado, y yo ni la beso antes de cepillarme las uñas y restregarme hasta que me arde la piel, no vaya a ser que le pegue alguna cosa de las tumbas...

El banco está ocupado, alguien se sentó al lado de Eduardo Saborit y ocupa mi lugar. No veo bien, esta reverberación del sol en las lápidas me tiene medio cegato. Hay un montón de gente, sentados en los contenes, a la sombra, pero ella...

Eduardito debe estar se relamiendo de gusto. No, si fuera yo, hasta muerto saco la guitarra y le canto algo... cualquier cosa, "Longina", "Ana", "Perla marina"...

No tiene nada del otro jueves, es una mujercita del montón, pero se ha sentado en el banco, con ese vestido verde que le queda como si hubiera nacido con él, y ha puesto una manito pálida que parece de cristal, sobre la lápida de Eduardo, y el viejo debe estar deseando salirse de allá dentro, sentarse al lado de ella, agarrarle esa mano frágil e irse a dar una vuelta llevándosela, sentarse los dos en el Malecón, ver el atardecer.

El jefe viene del osario y todo el mundo se levanta y va hacia él. Es un tipo buena gente, chiquito, feo, pero tiene una habilidad para que todos se pongan a hacer lo que les toca, medio cementerio debe envidiársela, si es que hay alguien capaz de envidia aquí.

La muchacha se levanta y va también hacia allá. Debe haber venido por el padre o la madre... o el esposo. Por poco no me río, he tenido que aguantarme... esposo... de madre irse al otro barrio dejando una princesa así para recoger tus huesos.

Se le ven los títulos en la forma de caminar, y cuando me pasa por al lado una vaharada de su olor me acaricia las ganas.

Mi Eva presume tremendo cuerpazo y es una diosa en la cama. Me tiene como a un rey, con ella se puede hablar de cualquier cosa, uno nunca se aburre a su lado, y encima se ha empeñado en que nos vayamos para España. Esa gallega es un pan, no sé qué va a hacer conmigo en la Madre Patria, con un tipo que no terminó ni el segundo año de universidad por un ataque de nervios.

Pero esta Eva que vino a desenterrar a Dios sabe quién me recordó a esas del preuniversitario y a una o dos de la facultad. Esas Evas de fuego que parecen

nada y todo, que no levantan tres cuartas del piso, pero te remueven el piso bajo los pies cuando las ves caminar, o cuando les oyes la voz:

—Buenas tardes — el jefe se ha vuelto hacia ella. Ya libre del tumulto que se le abalanzó un minuto antes, el viejo tiene cara de hastío, pero la voz de la mujer le ha cambiado el ánimo, se ve.

— Yo nunca he venido a estas... gestiones, ¿cómo es?

El jefe se rasca la cabeza y empieza a largar la parrafada.

—Bueno... señora, esto es bastante desagradable, pero...

—Eso lo sé —lo corta, haciendo una mueca, pero esa voz no se hace desagradable, no, sino más dulce, más plena—. No se refería a eso mi pregunta, sino a cómo es esto, ¿dónde tengo que estar?, ¿dónde los van a poner?, ¿qué hacen después?

Él la mira y me mira a mí, apartado pero presente, escuchando todo.

—¿Me permite la tarjeta que le dieron en la oficina de la entrada? Gracias. Ahora usted espera aquí, nosotros vamos a esperar a que llegue el tractor, entonces los sacamos, ponemos las cajas aquí, en la calle, y en las urnas que traen en la carreta ponemos los huesos. Luego los llevamos para el edificio ese que está ahí atrás, ¿lo ve? Si usted tiene un panteón... ¿no?, bueno... ¿y va a cremar los restos?...

Ella duda, se queda mirando para el osario que parece una enorme caja de zapatos.

—A lo mejor.

—Nosotros le damos la tarjeta con la ubicación y usted pasa por la oficina y abona diez pesos, es el precio del Estado por guardar los restos durante un año. Luego si quiere cremarlos o trasladarlos, hace la gestión con más tiempo...

Los ojos de ella, castaños y claritos, parecen polvo de café, ese del bueno, el que Eva esconde para que yo no se lo acabe. El color no es pardo oscuro, sino

carmelita, como caramelo. Los ojos están fijos y parece por un momento que se va a desmoronar, pero se aguanta y va a sentarse como todo el mundo... no, como todo el mundo no: se sienta donde mismo estaba, pero no en el banco, sino en la lápida de al lado, la que casi choca con el árbol.

Me le acerco al jefe y le echo una mirada a las tarjetas. Cinco cadáveres. Dos tumbas. El de ella es el tercero de abajo arriba, y al lado el número de la tumba: es la de la izquierda.

La familia que se sentó en el contén debajo del otro árbol está pasándose una caneca, hasta las mujeres la besan. Espero que no estén de ánimo llorón, los gemiqueos esos no los soporto, aunque los entienda.

Llega el tractor y el jefe se pone a protestar: ya son casi las tres, y esto debió estar en marcha a las dos y diez, máximo.

Las piquetas ya no me pesan, al principio era una barbaridad, y sin guantes. Abrimos la tumba de la derecha, solo hay dos, los difuntos deben estar bien abajo porque esta es profunda.

Qué peste a humedad, ya ni huele a muerto, aunque dice Eva cuando llego a la casa que huelo peor que un cadáver. Ella no sabe nada, no sabe lo que es abrir la tumba de un gordo, que ni en dos años logra descomponerse por completo, y tener que volver a cerrar enseguida, porque no hay nada qué hacer, no puede ni moverse para sacar a los de abajo. Y los muertos se quedan presos otros dos años, esperando que el gordito gozador haga lugar al acabar de desmenuzarse al fin.

La caja de arriba está que da pena. Parecería que ellas también se pudren. Había un viejo aquí que estaba en estos trámites desde antes del cincuenta y nueve, y decía que las cajas de muerto podían volver a usarse, porque pasaban veinte años y todavía estaban enteras. Estas de ahora son un asco, las tapas se zafan y el cristal se astilla. Una vez me corté con uno. Claro, las de aquella época debían pesar lo suyo.



Si no fuera por las cajas sería fácil sacarlos, lo pesado es levantar la lápida. Como pesan esas cabronas, una barbaridad, le parten la columna a cualquiera.

Suena el celular (cortesía de Eva, cómo no).

—Dime, mami... sí... temprano, claro... a las cinco, vieja... mentira, nadie te dijo vieja, tú no eres vieja... espérame en perfume...

“Espérame en perfume”... un leve tirón en la entrepierna del overol me recuerda qué perfume, y el Mosca se empieza a reír.

—Vaya, gallego, hablando por teléfono y todo...

Tengo que reírme, pero no mucho, no sea que este se crea que puede hacer chistes a mi costa, lo tengo entre ceja y ceja desde aquello de “sepulturero y jinetero, ¡coño, si hasta riman!”

Miro a la del vestido verde. Está rebuscando algo dentro de su cartera, un jolongo de esos que vendieron a cinco CUC, de los tos'tenemos. Yo también tuve uno, más buenos que salen...

El Mosca y yo movemos la caja hasta la calle y entonces oigo protestando a Berto detrás de mí, la otra caja se desfondó, y el satín barato, fijado con tachuelas a la madera, se zafó y dejó caer el contenido en el fondo de la tumba. ¿No te decía yo?: fondo de cartón tabla y tachuelas herrumbrosas. El foso está lleno de huesos y ya está Berto metido allá dentro refunfuñando, recogiendo lo que puede.

El jefe va a preguntar por ese muerto, pero nadie lo reclama. Menos mal: este muerto no es de nadie, así que no hay que ponerse fino con él. Mando al Mosca a buscar una de las urnas y dejamos a Berto y a Julio en el trabajito pesado de recoger el reguero.

La lápida me pesa un montón, más que la otra, si tuviera que levantarla yo solo me hernio, eso seguro. Quiero mirar a la Eva, pero esto es delicado, si esta cosa le cae en un dedo a alguien se lo arranca.

Adentro está oscuro. Siempre he pensado, y me pongo melancólico y más universitario, poeta y sensibilero de lo que debería, que a esta oscuridad debe dolerle cuando uno levanta la piedra, porque se esconde hasta en los rinconcitos más pequeños, debajo de los huesos, en el borde de la caja. Se parte en pedacitos y se disgrega, casi la oyes quejarse.

Un filito de luz se cuele y le hace cosquillas, pero la pobre no tiene consuelo.

Debajo de esta lápida está el muerto de la muchacha del vestido verde, la del jolongoito de cinco CUC. Esa Eva.

Levantamos la lápida de canto antes de dejarla al lado y puedo ver la caja... mide un metro a ojo, no necesito una regla para saberlo. Una caja de un metro. Menos mal que el que está al lado mío no es el Mosca, o seguro suelta uno de sus chistes y tengo que pararle los pies. Es Ernesto, el socio de Playa, el que casi no habla porque se queda ronco nada más de responder, muy conveniente. Nuestros ojos se cruzan y veo en los de él lo mismo que pienso: una cajita de un metro, la tercera de abajo hacia arriba. Trato de acordarme del nombre en la tarjeta, pero nosotros nunca miramos los nombres, eso lo hace el jefe.

Bajamos la pesada piedra rectangular y miramos los dos hacia la muchacha. Está muy tranquila, se parece a esas extranjeras que vienen aquí a tirar fotos y se sientan a tomar un poco de fresquito a la sombra, entre una caminata y otra.

De esta caja no podemos tirar, porque nos quedamos con uno de los lados en la mano, hay que subirla y que alguien la espere afuera.

Bajo yo: desde la tumba de Saborit se distingue muy bien toda esta maniobra, no quiero ver la cara de la muchacha cuando note que estamos subiendo el cadáver que le pertenece. La tapa se rompió, como era de esperar, y en la hamaca que formó el satín allí dentro, se ve un cráneo chiquitico entre un amontonamiento de polvo, pelo y aserrín podrido.

De los otros muertos, los dos que quedan, ni me doy cuenta. Los movemos a todos hacia la calle, acercando las cajas a la gente excepto la del que se esparció en el fondo de la tumba. Solo tres son reclamados, hay uno que permanece solo

debajo del árbol: los huesos de un desconocido que nadie añora, que nadie vino a reclamar.

Una pareja se acerca a la primera caja y se quedan mirando cómo Berto acomoda los restos en la cajita del osario. El Berto saca un hueso plano grandísimo, trata de acomodarlo y al ver que no puede, pide permiso. La pareja asiente y él rompe el hueso para que los fragmentos quepan en el espacio minúsculo.

La familia va hasta su muerto y una de las mujeres empieza a dar gritos, como si el difunto acabara de morir. Entonces yo acerco la cajita hasta donde está la muchacha y la deposito a sus pies: una ofrenda, como los gatos dejando pajaritos muertos en la ventana de sus dueños.

La pareja levanta los ojos, tan parecidos, y se quedan mirándola. La mujer gritona se calla. Todos miran lo mismo, están mirando a Eva y a su cajita de juguete. Si la muchacha no deja ir una lágrima, llorar ahora sería una vergüenza.

Ella está abriendo una jabita de nailon que sacó de su jolongo y veo un pañal doblado, blanquito como masa de coco, y una caja de talco, además de un paquetico de papel.

Le da la vuelta a la caja y se para delante de mí, con todo eso en las manos.

—¿Me permite?

Me aparto y ella se pone a acomodar el pañal en el interior de la urna. Deja caer una capa de talco, entonces abre el paquete de papel y saca unos guantes quirúrgicos de látex.

El jefe se ha acercado y le veo cara de regaño.

—Oiga, no puede hacer eso, mire que las infecciones...

Ella levanta las manos como si fuera a entrar a una cirugía, y le pone los dedos engomados casi debajo de la nariz.

—Vine preparada.

—Bueno, pero no puede hacer eso.

Ella lo ha mirado con esos ojos de café bueno, de caramelo quemado, y ha elevado una ceja, desafiante.

—¿Quién me lo va a impedir?

Ha sido un susurro, tal vez para que nadie lo oiga, pero yo lo escuché; el jefe ha mirado la cajita, ha tragado en seco y clavado los ojos en los de la muchacha, y se ha encogido viendo lo que hay en ellos.

—Bueno, pero deje que la ayuden.

Ella asiente y me inclino a su lado, sumergiéndome en su olor.

Saca primero el cráneo, y antes de ponerlo en su cuna de lienzo y estuco suspira, un suspiro bajo, fragmentado, parece que se le escapa de muy adentro. Pero las manos no le tiemblan.

Saca los huesos más grandes, apenas del largo de mi brazo, y un sinfín de huesos tan chiquitos como los de un perro. Va acomodando todo eso dentro de la envoltura de pañal. No me deja tocar nada, me aparta las manos y tengo que dejarla, permaneciendo a su lado, pero sin hacer nada, como un aprendiz mirón.

Al final escarba en el aserrín, el polvo húmedo y los ripios, buscando hasta el último huesito. Agita un poco la urna y abre la caja de talco, entonces esparce el polvo perfumado sobre los huesos, los envuelve en el pañal y se levanta.

Se quita los guantes, los tira en el ataúd desbaratado y me pide que ponga la tapa.

El osario es un edificio feísimo. Un chiste que se dice mucho entre nosotros es que los panteones son Miramar y Atabey, Víbora Park, Vedado... que, hacia el lado de Zapata, pegado al muro, están Habana Vieja, Marianao, La Lisa, Cerro, Centro Habana, Diez de Octubre... tumbas compartidas, comunes... pero el osario es Alamar. Bien puesto que lo tiene, igualito: edificios que parecen cajas de zapatos. Eva lo vio una vez cuando vino a buscarme, y le quedó una impresión malísima, no solo por el aspecto, sino por el olor. Tampoco me gusta, pero voy, aunque no me toca, siento que me queda algo por ver, algo por hacer.

El tractor va hasta allá dando una vuelta, y los familiares están ahí, esperando para ver dónde les alojan a sus muertos. Ella sigue apartada, pero ya no la aparta su voluntad de no mezclarse: todo el mundo la mira y las caras tienen una expresión que no logro entender. Es como si ella fuera otra cosa, algo más que una muchacha con un vestido verde, un fenómeno que no se entiende, pero provoca un respeto rayando con veneración y pena, como el de las viejitas que vienen a llenar de flores la tumba de La Milagrosa y se sientan a mirarla, preguntándose de qué forma divina o terrible pudo una cosita de nada como esa muerta triste convertirse en lo que ahora es.

Se suben las urnas, yo agarro la de ella, la de ella, y siento sus pasos que me siguen por las escaleras, por el pasillo.

—Si va a cremar los restos, compañera, debe llevar esta tarjetica a la oficina mañana antes de las diez.

El Tuerto no estuvo hoy en la exhumación porque tiene un catarro bien feo y mejor que no huela las tumbas abiertas, ahora está frente a la muchacha, ubicando las urnas en el osario. Anota los datos de la tarjeta de ella en otra tarjeta, pone la ubicación, pasillo y piso, se la da y se va con los demás dolientes.

La caricatura de ventanas, al final del pasillo, permite ver desde una posición elevada la ciudad, no solo porque estamos en un tercer piso, sino porque esta necrópolis se eleva hasta el punto en que, si te vuelves hacia la Plaza, ves el Memorial hundido en el suelo, muy surrealista, como dice mi Eva.

Estoy mirándola, permanece inmóvil frente a mí, sin verme, corre una brisita fresca y el vestido verde ondea en torno a sus piernas.

—Mire, lo voy a dejar aquí.

La palabra “urna”, seca y sin valor, como “caja”, como “hueco”, no me sale, no me sale...

—Es mejor que él se quede aquí arribita, por si va a incinerarlo, para que sea fácil encontrarlo después.

No contesta, no sé si me oyó, ahora está mirando a lo lejos y ha puesto su mano en la caja helada... es hora, comienzo a irme.

—¿Te gusta? Desde aquí se ve el mar.

Ha sido un murmullo y no era para mí, pero me detuvo mejor que si me hubieran gritado, porque hay murmullos que son eso: gritos. Gritos que salen desde muy adentro, como los suspiros quebrados. Nadie los oye, pero gritan y rompen todo como el aullido de una soprano desbaratando cristales, desbaratando cristales dentro de uno, dejando vacío el espacio que estuvo lleno de tantas cosas.

**Yadira Álvarez Betancourt.** Graduada de Licenciatura en Educación Especial (2003) y del Curso de Técnicas Narrativas Onelio Jorge Cardoso en 2006. Es una de las autoras del fantástico cubano más reconocidas entre el *fandom*. Entre sus publicaciones se encuentran: “El gaitero y las sirenas”, cuento incluido en la antología *Vestida de mar y otros cantos de sirenas* (2010), Ediciones Unión; “Al oeste del sol”, cuento en antología *Axis Mundi* (2011), Editorial Gente Nueva; “Cómico”, cuento en antología *Hijos de Korad*, Editorial Gente Nueva; “Huesos”, cuento, publicación digital, (2013); “Carne y pescado”, cuento en antología *Ciencia Ricción* (2014); Editorial Gente Nueva; e *Historias de Vitira* (2015), libro de cuentos en coautoría; Editorial Gente Nueva; La Habana, ente otros.

## **Crecen huesos en el corazón**

Una vez, hace ya mucho, conocí a Yadira Álvarez Betancourt y su obra. En un momento de epifanía —o de lo que yo creí una— le dije que en ella vivía Úrsula K. Le Guin, una autora poco conocida para el lector cubano que no pertenezca al *fandom* de la fantasía y la ciencia ficción. Pero la mayor cualidad de la escritura de Yadira es la polifonía, el registro que se niega a la heterogeneidad o al

encasillamiento: su trabajo, si bien ha tenido un mayor reconocimiento dentro de los terrenos del fantástico, cruza con igual facilidad y calidad por las aguas siempre ignotas del realismo. “Huesos” es el testimonio de esta verdad. Y es un testimonio escrito sobre un vestido verde, sobre un pañal con talco de bebé (blanco como el coco), sobre la tumba de un ser querido.

Yadira sabe manipular los sentimientos con artilugios de intérprete virtuosa. No se concentra en el melodrama, si bien lo domina. No se concentra en lo escabroso de las descripciones de un cementerio de losas abiertas y ataúdes rotos. No hace descripciones que rayen en lo arquetípico o el lugar común. Ella va hacia los detalles del alma de dos personajes que contemplan objetivos diferentes (polares, diría): el sepulturero que observa a la mujer del vestido verde; la mujer del vestido verde que espera en un banco cercano a la tumba de Saborit.

El encuentro entre estas dos criaturas tiene el trasfondo de la muerte, pero no es la muerte cruda, no es la muerte de funerarias y gritos, recargada de anécdotas, sino la muerte en su apariencia de bolero, de canción triste, de susurro sobre una cuna. Una muerte teñida de verde, muy cubana, por momentos melancólica, capaz de mirar al mar.

Existen relatos que no necesitan defensas ni diatribas. Que no exigen palabras de introducción ni precisan manuales para su lectura: este es uno de ellos. Sorprende ver la soltura de Yadira en su otro rostro realista de escritura. Asombra el descubrimiento de la muchacha hermosa cerca del osario. El color verde —por encima de todo lo gris y lo carmelita, sobre el polvo, los huesos y las cajas carcomidas— sobrevive, tanto que de repente es imposible que uno no establezca un paralelismo con aquella niña del abrigo rojo en *La lista de Schindler*. Este verde que ha sido homologado con la esperanza, con la vida, con el crecimiento, establece un hermoso canal de contacto —visual, cinematográfico— con un relato que aprecio más en su condición de corto, medimetro, película.

Es esta esencia cinematográfica la que se nutre de un espacio rico como el cementerio, donde el contraste entre vivos y muertos (choque cultural, de cierta manera) se hace más evidente. En él colisionan luz y sombras, huesos animados

contra huesos inanimados, talco de bebé contra restos. Y si bien el melodrama arroja su presencia contra el filo del relato, no debe el lector pensar que este es un cuento lacrimógeno, no este un cuento diseñado para arrancar lágrimas fáciles ni sonrisas inútiles: su sutileza es abordar el evento de la desgracia individual —vista desde el ojo del *voyeur*, del *vacilador*, en inicio fiesta de los sentidos y luego trastocado en marcha fúnebre— en su total dimensión.

“Huesos”: bajo ese nombre, casi lugar común, casi previsible, se oculta un relato (y, más que eso, una historia) de cierta tragedia silenciosa, que solo ha sido posible atisbar a través de una celosía, donde un vestido (verde) de mujer queda como el eco de cierto desgarramiento interior y silencioso.

¿Es posible que crezcan huesos dentro del corazón? ¿Huesos duros, como un cáncer de tristeza? ¿Es posible evitar que esos huesos se conviertan en raíces?